MANUEL TRILLO

LA CONQUISTA ESPAÑOLA OLVIDADA

La expedición que pudo cambiar
la historia de los Estados Unidos

CRÍTICA

MANUEL TRILLO
LA CONQUISTA ESPAÑOLA OLVIDADA
La expedición que pudo cambiar la historia de los Estados Unidos
CRÍTICA

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Introducción. La proeza española que alarma a Franklin: «Pretenden encerrarnos»

1. La Luisiana

2. Revolución

3. En guerra contra Inglaterra

4. Conflicto a gran escala

5. Norteamérica, campo de batalla

6. Lucha a muerte en la Alta Luisiana

7. El peligro continúa

8. La toma del fuerte San José

9. Los otros frentes

10. Roces entre los nuevos vecinos

11. Nueva era en América del Norte

Epílogo. Una gesta en el olvido

Conclusión

Agradecimientos

Anexos

I. Acta de posesión del fuerte San José y sus dependencias, con el río del mismo nombre y el de los

Ilinueses

II. La bandera española que ondeó sobre el fuerte San José el 12 de febrero de 1781

Cronología

Bibliografía

Láminas

Notas

Créditos

Manuel Trillo

La conquista

española olvidada

La expedición que pudo cambiar la historia

de los Estados Unidos

Incluye reproducción inédita del acta de posesión original

de la toma en 1781 del fuerte inglés de San José, en Míchigan,

por el capitán de milicias Eugene Pourée

CRÍTICA
BARCELONA

«Es de esperar que esta formidable unión de la casa de Borbón nos permita establecer la independencia de América en poco tiempo.»

George Washington

Cuartel general de West Point, 3 de septiembre de 1779*

Introducción

La proeza española que alarma a Franklin:

«Pretenden encerrarnos»

Una noticia recién llegada de España sacude los felices días de Benjamin Franklin en París. El flamante inventor del pararrayos, a la sazón embajador de una república en ciernes que se hace llamar los Estados Unidos de América, lee con estupor: los españoles dicen haber conquistado un fuerte inglés junto al lago Míchigan y proclaman su soberanía en la región bañada por el río Ilinueses, al este del Misisipi. Toda una amenaza para el país que está a punto de nacer.

La capital francesa es en la primavera de 1782 un hervidero diplomático. Franklin, que llegó hace cinco años para recabar apoyos a la causa rebelde, se ha convertido en un personaje popular en Versalles. Se codea con la alta sociedad y pasea su oronda figura de sarao en sarao. El exótico gorro de piel de marta, las lentes de científico perspicaz y una locuacidad desbordante cautivan a la flor y nata parisina. Las damas se lo disputan.

Él, viudo desde hace ocho años, se deja querer, galanteando con unas y con otras.

—¿Solo lo veré este sábado? Entonces, ¿puede prescindir de mí fácilmente un miércoles? —pregunta dolida madame Brillon en cierta ocasión.[n.1]

—Estuve mortificado anoche por no haber pasado por la casa de mi querida amiga.

Tuve una visita que duró hasta las once —justifica el embajador americano— Es cierto que le he dicho muchas veces que la amo mucho y he dicho la verdad.[2]

A las travesuras de esta vida regalada se suma la alegría por los últimos progresos para la causa americana. Tras la victoria de George Washington en Yorktown el pasado octubre, el Parlamento británico ha tumbado al primer ministro, lord North, y ya pide a Jorge III negociar la paz. Las viejas colonias acarician al fin su libertad.

Han pasado ya siete años desde que los súbditos de Su Majestad en Norteamérica

volvieran sus armas contra los británicos en Lexington y Concord, en Massachusetts.

Seis desde que los padres de la nueva patria, incluido el propio Franklin, firmaran en Filadelfia la Declaración de Independencia. La sangre de miles de patriotas y de casacas rojas ha corrido en esta encarnizada guerra a lo largo y ancho de las trece colonias rebeldes, de Nueva Inglaterra a Georgia.

Y justo cuando la meta parece tan cerca, los españoles ponen trabas con este fastidioso episodio en un recóndito paraje de los Grandes Lagos. Aunque la toma del fuerte sucedió hace más de un año, en febrero de 1781, no se ha conocido hasta ahora.

Toma pluma y papel. Escribe desde Passy, el acomodado barrio a las afueras de París donde lo acoge el aristócrata Jacques-Donatien Le Ray de Chaumont. El destinatario, al otro lado del Atlántico, es el secretario del Departamento de Asuntos Exteriores, Robert R. Livingston. Junto a otras novedades en la febril actividad diplomática de estos días, advierte:

Veo por los periódicos que, habiendo tomado los españoles un pequeño puesto llamado San José, pretenden haber hecho una conquista del país de Illinois. ¿Bajo qué luz aparece este procedimiento ante el Congreso? Mientras que ellos declinan nuestro ofrecimiento de amistad, ¿tenemos que soportar que invadan nuestras fronteras y nos encierren en los montes Apalaches? Empiezo a temer que tengan tales planes.3

Al ilustre «padre fundador» de los Estados Unidos no se le escapa lo que implica la toma de ese fuerte inglés para la futura nación. Los americanos tienen en sus genes el afán de expandirse hacia el Pacífico. Es lo que décadas después se llamará el «destino manifiesto», la creencia en que están llamados por la providencia a crecer sin límites.4

Pero ahora, sin que se hayan dibujado aún los mapas del gigante que está surgiendo, España amenaza con ponerle freno.

Los hechos que desatan su alarma se han hecho públicos por primera vez el 12 de marzo de 1782 en la *Gazeta de Madrid*. La nota recoge cómo un destacamento español enviado en plena guerra desde San Luis, en la Alta Luisiana, lograba izar la bandera de Su Majestad Católica en el «puesto de S. Joseph», a 220 leguas.[5] Jamás una misión terrestre había penetrado de esa forma en los dominios ingleses en Norteamérica y se había adueñado de una región enemiga tan amplia.

Lejos de ser una anécdota intrascendente, la noticia de esta conquista no solo enturbia la negociación de la paz y el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos, sino que marcará durante años el tira y afloja con España para fijar las fronteras de la nueva potencia.

Siglos después, este hito se perderá prácticamente en el olvido. A uno y otro lado del océano. Pocos en Míchigan saben que sobre su territorio flameó la bandera

española. Y en España se ignora que sus colores llegaron tan lejos. Tampoco en Francia se recuerda la proeza de ciudadanos de origen galo para apoderarse de un fuerte inglés en nombre del rey español Carlos III.

Desdibujado por la épica de la guerra de la Independencia americana, apenas ocupa unas líneas en algunos libros de historia. Tan solo unos cuantos académicos se han interesado por una aventura envuelta en un manto de oscuridad y misterio, presa de la amnesia colectiva.

¿Por qué un puñado de hombres recorrió cientos de kilómetros en mitad del invierno para conquistar un inhóspito fuerte inglés en lo que sería parte del estado de Míchigan? ¿Cómo sucedió?

Las respuestas están en los archivos. Es hora de que los protagonistas nos cuenten su historia.

1

La Luisiana

FRANCIA SE ADUEÑA DEL MISISIPI E IRRUMPE EN EL GOLFO DE MÉXICO

Adornado con una capa escarlata orlada con ribetes dorados y un aparatoso sombrero de plumas, René Robert Cavelier, señor de La Salle, se prepara para una ceremonia envuelta en la pompa versallesca. Le trae sin cuidado hallarse en mitad de un paisaje pantanoso y plagado de caimanes a miles de leguas de París. Las formas son las formas.

Es 9 de abril de 1682 y acaba de alcanzar la desembocadura del golfo de México tras descender el Misisipi en un largo viaje desde el Canadá. Toca ahora solemnizar la soberanía de su rey sobre aquellas tierras. Junto al resto de la expedición entona el *Te Deum*, el *Exaudiat* y el *Domine, salvum fac Regem.* Siguen salvas de mosquetes y vivas al rey. A continuación, planta una cruz y una columna con el blasón de Francia. Ante sus hombres en armas, alza la voz para proclamar a los cuatro vientos:

En nombre del muy alto, muy poderoso, muy invencible y glorioso príncipe Luis el Grande, por la Gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, decimocuarto de tal nombre, yo, René Robert Cavelier de La Salle, en virtud de la comisión de Su Majestad que tengo en mi mano, y que puedo hacer ver a cualquiera que pueda incumbir, he tomado y tomo posesión en el nombre de Su Majestad y de los sucesores de su corona de este país de Luisiana, mares, ensenadas, puertos, bahías, estrechos adyacentes y todas las naciones, pueblos, provincias, ciudades, villas, poblados, aldeas, minas, yacimientos, pesca, ríos, afluentes, comprendidos en la extensión de la dicha Luisiana.[1]

Se abre un nuevo capítulo en la historia de Norteamérica. La Salle, comerciante francés que ha hecho fortuna en el Canadá, había obtenido el monopolio del comercio de pieles al sur de los Grandes Lagos. En busca de una salida al mar para las mercancías del norte, ha atravesado un paso terrestre para acceder a la cuenca del Misisipi y, tras navegar durante meses por el esplendoroso río, al que él llama Colbert en honor al secretario de Estado francés para la Marina, ha

alcanzado su objetivo. La Nueva Francia se extiende ahora desde las frías aguas del Ártico hasta el cálido y tempestuoso Seno Mexicano.[2]

Pero los franceses no son precisamente los primeros europeos en llegar a la zona.

Más de siglo y medio antes de que La Salle pise el delta del Misisipi los españoles ya rondaban la costa norte del Golfo. El primero en asomar con sus barcos por esas latitudes fue en 1519 Alonso Álvarez de Pineda. Este cacereño tomó posesión de la bahía de Corpus Christi, en lo que será con el tiempo el estado de Texas, alcanzó el río de las Palmas (luego Bravo o Grande) y descubrió la propia desembocadura del Misisipi.

Un par de décadas después, en el lecho del gran río quedó depositado el cuerpo sin vida del también extremeño Hernando de Soto. Hasta allí había llegado tras arrastrar durante tres años a cientos de expedicionarios y cabezas de ganado desde la península de la Florida a una interminable marcha en busca de oro por el sureste de Norteamérica.

Falleció enfermo, sin hallar las riquezas que tanto ansiaba.

Pero las exploraciones españolas continuaron. En 1559, Tristán de Luna, oriundo de un pequeño pueblo soriano, fundó el primer asentamiento europeo en una bahía que él bautizó como Filipina y que más tarde se conocerá como de Panzacola.[3]

Mención aparte merece la epopeya del andaluz Álvar Núñez Cabeza de Vaca, náufrago de otra malhadada expedición, la de Pánfilo de Narváez de 1528. Cabeza de Vaca erró durante ocho años por el sur norteamericano, atravesó selvas y desiertos, fue esclavizado e incluso ejerció de curandero entre las tribus que encontró a su paso. En 1536, exhausto, logró regresar a la Nueva España. Dejó su relato de la odisea en el famoso *Naufragios*.[4]

Sin embargo, y a pesar de las penurias de tan esforzados exploradores, España tenía demasiados frentes que atender en su creciente imperio. En aquellas primeras décadas no llegó a afianzar su presencia en la región del norte del golfo de México y durante mucho tiempo apenas se preocupó por ella. Hasta que entra en escena Francia.

La irrupción de un nuevo competidor altera el tablero de juego y saltan las alarmas en Madrid.

La Salle tampoco lo tiene fácil para asentar sus reales en la Luisiana.

Anota erróneamente las coordenadas del delta del Misisipi que toma con su astrolabio.

Cuando regresa de un viaje a París y trata de localizarlo de nuevo para establecer un puesto no logra dar con él. Va a parar cientos de leguas al oeste, en la bahía de Matagorda, en la futura Texas.

Para entonces los españoles ya andan tras su pista. Tienen motivos para estar preocupados: si los franceses se instalan en el Golfo no solo tendrán una vía de acceso al

mar desde los Grandes Lagos a través del Misisipi, sino que pondrán en peligro las posesiones en Nuevo México. Así que se lanzan a perseguir al osado intruso. Pero cuando en 1689 localizan el poblado de La Salle en Matagorda únicamente encuentran restos de casas destruidas y unos cuantos esqueletos. Ni rastro del explorador francés.

Ha perecido víctima de un motín durante una de sus expediciones para reencontrar la desembocadura del Misisipi. Mientras La Salle ponía fin de forma trágica a su aventura, los nativos arrasaban el precario asentamiento que había dejado atrás, apresando o matando a sus habitantes.[5]

Con todo, la muerte de La Salle y la aniquilación de su poblado no ponen fin a la carrera entre Francia y España por dominar la costa norte del golfo de México. El capitán de la Marina francesa Pierre Le Moyne, señor de Iberville, que acaba de expulsar a los ingleses de la bahía de Hudson, recibe ahora el encargo de conservar su compañía de canadienses y colonizar el delta del Misisipi.

Pero el espionaje español anda despierto. El embajador de Carlos II en París descubre los planes e informa a la corte *ipso facto*. Como respuesta, se ordena volver a ocupar la bahía de Panzacola, que España había abandonado. «La mejor que había visto en mi vida», en palabras de Juan Jordán de la Reina al contemplarla en 1686. Francia no debe adelantarse esta vez. El propio De la Reina llega allí de nuevo el 17 de noviembre de 1698 desde La Habana con medio centenar de hombres. Cuatro días después se le suma desde Veracruz el que será gobernador de la plaza, Andrés de Arriola. Para disuadir a posibles merodeadores se construye un fuerte y se instalan 18 piezas de artillería.

Entre tanto, Iberville se demora. Una tormenta le obliga a dar la vuelta cuando había zarpado de La Rochela.[6] Finalmente se hace a la vela desde el puerto de Brest, en la Bretaña. En enero llega a la boca

de la bahía de Panzacola, a la que los españoles le impiden acceder. Continúa entonces rumbo oeste. Recala primero a orillas del río Biloxi y, más tarde, en la bahía de la Mobila.[7]

Pero en mitad del pulso por el control del golfo de México, los caprichos de la política en Europa dan un nuevo giro a los acontecimientos: la muerte de Carlos II y el ascenso al trono de Felipe V, primer rey español de la casa de Borbón y nieto de Luis XIV, rebajan la tensión entre las dos potencias. El consiguiente estallido de la guerra de Sucesión en 1702 une a ambas en un frente común contra Gran Bretaña. En América del Norte no les queda más remedio que pasar de adversarios a buenos vecinos.

Los franceses aprovechan para consolidar su presencia en el Golfo y, tras la guerra, continúan su expansión. A comienzos de la primavera de 1718, el hermano del ya

fallecido Iberville, Jean-Baptiste Le Moyne, señor de Bienville, completa la tarea que La Salle iniciara treinta y seis años antes. Funda por fin el ansiado enclave a orillas del bajo Misisipi. Lo bautiza en honor al duque Felipe II de Orleans, regente durante la minoría de edad de Luis XV: Nouvelle Orléans.[8]

Entonces los vientos de las alianzas europeas dan un nuevo bandazo. En 1719 se desata la guerra de la Cuádruple Alianza. Francia y España vuelven a estar a la gresca pese al parentesco entre sus monarcas. Bienville, que se entera antes que los españoles de la reverdecida enemistad, da un golpe de mano y el 15 de mayo se apodera por sorpresa de Panzacola. Los españoles la recuperan en agosto gracias a una flota al mando de Alfonso de Carrascosa, inicialmente destinada a atacar a los ingleses en Charleston. Carrascosa se dirige a la Mobila para devolver el golpe a los franceses, pero una tormenta y la inminente llegada de refuerzos enemigos se lo impiden. España pierde la oportunidad de barrer para siempre a los franceses del golfo de México.

En efecto, el almirante Desnots de Champmeslin se presenta con una escuadra. No solo retiene la Mobila, sino que toma Panzacola para los franceses por segunda vez. La guerra entre los dos países se prolonga en el teatro norteamericano con una serie de escaramuzas, tanto en mar como en tierra. Cuando llega a su fin, ni España ni Francia consiguen expulsar a la otra de la región. Con el tratado firmado el 27 de marzo de 1721, los españoles recuperan Panzacola y los demás puestos que hubieran perdido; los franceses obtienen a cambio vía libre para conservar la Luisiana.

La colonia francesa empieza a prosperar bajo el monopolio de la Compañía de Indias. Una serie de sondeos descubren que una de las desembocaduras del Misisipi tiene trece pies de profundidad, suficiente para que Nueva Orleans acoja barcos de gran calado desde el Atlántico. Gracias a ello se convierte en poco tiempo en el centro neurálgico de la Luisiana. El tabaco de Natchez[9] y luego el índigo, así como la exportación de pieles procedentes del norte, la consolidan como un dinámico foco comercial. Esta pujanza descansa en buena parte sobre los lomos de miles de esclavos llevados para desempeñar las labores más penosas. Para ello Francia importa a la Luisiana el implacable Código Negro que ya regula el trabajo servil en sus rentables islas del Caribe.

Aunque varios decretos españoles prohíben comerciar con los franceses, unos y otros se los saltan. El tráfico de mercancías con Nueva España, Texas y Nuevo México también contribuye al progreso de la Luisiana. Este contrabando experimenta un nuevo impulso con el estallido de la guerra del Asiento entre españoles y británicos en 1739.

En el Reino Unido se la conoce como guerra de la Oreja de Jenkins, por el pabellón auditivo amputado a un capitán galés en el incidente que la desencadenó.

Pese a estos lazos económicos, al concluir la guerra en 1748 se reanuda la tensión territorial entre los franceses de la Luisiana y sus vecinos españoles. Las incursiones en Texas obligan a estos a mantenerse en guardia.[10]

Pero lo que marca definitivamente el destino de la Luisiana es el estallido de la guerra de los Siete Años (1756-1763), de la que Francia saldrá mal parada.[11] Su gigantesco imperio en Norteamérica está a punto de desaparecer.

EL INCÓMODO REGALO DEL PRIMO FRANCÉS

Un tiempo de mil demonios recibe al sevillano Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral al desembarcar en Nueva Orleans el 5 de marzo de 1766. La lluvia y el viento zarandean la fragata *Volante* mientras en tierra le aguardan las fuerzas vivas francesas con las que le tocará lidiar. Mal augurio para su estreno como primer gobernador español de la Luisiana.

A sus cuarenta y nueve años, Ulloa se ha visto obligado a dejar su puesto al frente de las minas de azogue de Huancavelica, a casi cuatro mil metros entre las cumbres andinas, para asumir otra tarea peliaguda en las tempestuosas costas del golfo de México. El nuevo ministro de Exteriores, Jerónimo Grimaldi, ha recurrido a él para ponerlo al frente de la Luisiana, un territorio inmenso a poniente del Misisipi que Francia ha cedido a España. Ni siquiera se conocen bien los contornos de esta región que parece infinita.

Además de probar sus buenos oficios en los yacimientos del alto Perú, Ulloa tiene experiencia con los franceses. Sin haber cumplido los veinte años acompañó a una misión promovida por la Academia de Ciencias de Francia para medir el arco de un meridiano a las afueras de Quito. Es el Siglo de las Luces: la fiebre por el conocimiento y la exploración se apodera de las naciones occidentales y Ulloa es un científico eminente.

Al regresar a Europa, fue capturado por corsarios ingleses, pero la Royal Society hizo que lo liberaran. A ojos de Grimaldi se trata de la persona ideal para la Luisiana.[12]

Sin embargo, al pisar Nueva Orleans Ulloa se da cuenta de que la nueva misión no resultará nada fácil. De poco le va a servir aquí su brillantez como erudito. Serán sus dotes políticas las que se pongan a prueba.

Pero ¿por qué ha pasado la Luisiana a España? ¿Cómo ha acabado en manos de Carlos III la tierra de la que tomó posesión La Salle en nombre del Rey Sol a finales del siglo anterior? Los motivos del traspaso hay que buscarlos en el desastre francés en la guerra de los Siete Años (1756-1763).

Ya en julio de 1761, viendo que pintan bastos, Versalles trata de enredar a los españoles en el conflicto contra los británicos. Étienne François, duque de Choiseul y ministro de Exteriores, autoriza al embajador en Madrid a ofrecer la Luisiana a cambio de que entren en la guerra de su lado. Los lazos de sangre entre los Borbones pueden resultar ahora útiles. Al principio, Carlos III se resiste a implicarse en una contienda en la que no se le ha perdido nada. Pero, finalmente, el 15 de agosto se aviene a firmar con su primo Luis XV, bisnieto y sucesor de Luis XIV, un Pacto de Familia, el tercero entre Francia y España, por el cual «mirarán en adelante como enemiga común la potencia que viniere a serlo de una de las dos coronas». Ambas se garantizan mutuamente

«todos los estados, tierras, islas y plazas que posean en cualquier parte del mundo, sin reserva ni excepción alguna» y, bajo el principio de «quien ataca a una corona ataca a la otra», se comprometen a suministrar socorros cuando su aliada lo requiera.[13] El pacto llega enseguida a oídos de Londres. Tras meses de tensión diplomática, declara la guerra a los españoles el 2 de enero de ese año.

Francia, acorralada por los británicos, presiona a España para llegar a un arreglo cuanto antes, volviendo a poner sus territorios en América del Norte sobre el tapete.

Luis XV amenaza incluso con ordenar a sus súbditos

evacuar toda la Luisiana, antes que perder la oportunidad de conseguir la paz, solo por la discusión acerca de una colonia con la que somos incapaces de comunicarnos excepto por mar, que no tiene, y no puede tener, ni puerto ni rada en la que pueda entrar un jabeque de doce cañones y que cuesta a Francia 800.000 libras al año, sin dar un ecu a cambio.[14]

Carlos III se alarma ante el órdago de su pariente. Si los franceses se retiran del Misisipi, dejarán el campo libre a los ingleses y Nueva España quedará expuesta a una hipotética invasión. Además, para cuando recibe el mensaje de Luis XV a través de su embajador en Madrid, la posición española ante Londres ha quedado en desventaja: los británicos se han apoderado en agosto de La Habana, la joya española en el Caribe. Para devolverla exigen algo a cambio: Puerto Rico o la Florida. Aunque inicialmente el monarca español se inclina por seguir luchando, al final se rinde a la evidencia y opta por zanjar el conflicto: sacrifica la Florida para recuperar Cuba.

En compensación por tal pérdida el rey de Francia regala la Luisiana a su primo español. En un principio Carlos III se muestra renuente a recibir tamaño presente.

Aceptarlo supone tener que defender una nueva frontera de cientos de leguas con territorio británico a lo largo del Misisipi. Se excusa:

No, no, mi primo pierde demasiado en conjunto; no quiero que pierda más por mí, y rogaría al cielo que pudiera hacer aún más por él.[15]

Pero finalmente el monarca español escoge el mal menor. Prefiere conservar el Pacto de Familia y no arriesgarse a poner en peligro la Nueva España ante los británicos, de modo que acepta la firma en secreto el 13 de noviembre de 1762 en el castillo de Fontainebleau de un tratado por el que se hace cargo de «todo el país conocido bajo el nombre de la Luisiana». Una inmensidad al oeste del Misisipi que bien puede equivaler a cuatro veces la península ibérica, así como «la Nueva Orleans y la isla en la que dicha ciudad está situada», en el lado este, pasan a engrosar las ya extensas posesiones españolas de ultramar.16 En cambio, para Luis XV supone perder los últimos territorios en Norteamérica: doscientos cuarenta años después de que Jacques Cartier explorara el Canadá,17 la Nueva Francia desaparece del mapa. A Gran Bretaña, por último, el Tratado de París de 1763 le asignará la orilla este del Misisipi. Sin duda, un vecino embarazoso para la Luisiana española con el que saltarán chispas.18

España no se anda con prisas para tomar posesión de sus nuevas tierras. Tres largos años pasan desde la firma de la paz hasta el tormentoso 5 de marzo en que Antonio de Ulloa se presenta en Nueva Orleans. Y aun así, cuando el nuevo gobernador echa pie a tierra, renuncia a izar la bandera española. Pospone la ceremonia formal de incorporación de la Luisiana a los dominios de Su Majestad Católica porque solo han llegado treinta de los noventa soldados de La Habana para tomar el control de la provincia, insuficientes para ejercer su autoridad debidamente.

Tras una travesía desde Cuba sacudida por fuertes tormentas que han demorado su llegada, Ulloa desciende de la fragata en mitad del aguacero. Le acompañan su contable, Esteban Gayarre, y el comisario de guerra, José de Loyola. En la plaza de Armas de Nueva Orleans la escena no se presenta más acogedora que el clima. Los franceses lo reciben con extrema frialdad. Rostros ceñudos, desconfianza. Décadas haciendo y deshaciendo a su antojo y un español les viene ahora a gobernar. Ya verá quiénes mandan aquí, parecen advertir. El gélido encuentro bajo la lluvia entre Ulloa y los franceses de Nueva Orleans anticipa las tensiones venideras:

—¿Nos muestra sus poderes, *monsieur*? —le requieren los miembros del poderoso Consejo Superior, una institución civil que reúne a los hombres más prominentes de la hasta ahora francesa Luisiana.

—No voy a realizar la toma de posesión hasta que cuente aquí con todas las tropas españolas que deben arribar —replica el nuevo

gobernador—. Además, no me corresponde tratar con el Consejo Superior, que es solo un tribunal civil. Únicamente abordaré la cuestión de la toma de posesión con el gobernador saliente, Charles-Philippe Aubry.

El *ordonnateur*, Denis-Nicolas Foucault, toma la palabra en nombre de la sociedad civil de Nueva Orleans. No tarda en advertir una de las grandes preocupaciones de los vecinos, la depreciación de los antiguos billetes de la colonia. Exigen soluciones:

—Sabiendo que usted no trae orden de convertir los billetes, se quejan amargamente de la cantidad de años que han pasado desde que el rey les debe, del daño que les causa esta demora y del triste estado en que se encontrarán al final, obligados a sucumbir si se les da varios meses más para pagarlos y si, para rematar su desgracia, no pueden procurar sus necesidades con esta moneda, la única que poseen.

—Entiendo perfectamente lo que pasará si se prohíbe la circulación de esta moneda y, para sostenerla, hasta que haya orden de paralizarla por una conversión, me encargaré yo mismo, una vez esté en posesión de la colonia, de que continúen todos los negocios, tanto con españoles como con franceses, con un valor del 75 por ciento, al que varios hechos desafortunados lo han reducido.[19]

Además, aunque el duque de Choiseul ofreció a los españoles los 250 militares franceses presentes en la plaza, estos se niegan a servir bajo el estandarte de Carlos III.

—Estoy esperando más tropas. Cuando lleguen, ustedes serán libres de marcharse

—explica Ulloa a los mandos militares.

—Solo podemos hacer ese sacrificio por nuestro rey —responden secamente.

En realidad, según Aubry, todo se reduce a una cuestión salarial. Los españoles cobran más que los franceses y Ulloa, en lugar de aumentar la paga a estos para igualarlos, se la rebaja «a sus propios soldados de treinta y cinco libras que tenían en La Habana a siete».[20]

En cualquier caso, hasta diez meses después, en enero de 1767, Ulloa no toma posesión de manera formal. Y entonces tampoco lo hace en Nueva Orleans, ante los líderes locales y con la solemnidad propia de la ocasión. Celebra un sobrio acto en la Baliza, el puesto aduanero a la entrada del Misisipi, alejado de la ciudad.[21] Al gobernador le cuesta

domeñar a una población de amplia mayoría francesa.

Los comerciantes temen que España les ponga cortapisas con sus leyes

mercantilistas. Durante décadas, gracias al escaso control por parte de la lejana metrópoli parisina, han disfrutado de manga ancha para traficar con españoles, británicos y las Indias Occidentales. Estos recelos hacia sus nuevos dueños los llevan incluso a enviar a París en 1765 a Jean Milhet, comandante de milicias y el hombre más rico de Nueva Orleans. Su propósito es pedir a Luis XV que dé marcha atrás en la entrega del territorio a España. El rey ni siquiera lo recibe.

Pese a los temores de las élites francesas, lo cierto es que Ulloa tiene instrucciones de Madrid de que «en nada se sujete» la Luisiana a «las leyes y práctica» del resto de dominios españoles, «considerándola como una separada colonia y aún lo sea de todo comercio con ellos». Es decir, se la debe tratar como un caso excepcional entre las posesiones en América. De hecho, es la única donde España en lugar de gobernar a una población indígena, lo hace sobre otros europeos asentados previamente, con normas y costumbres propias desde hace décadas que las nuevas autoridades deben respetar.

En la práctica, en los primeros años conviven dos administraciones superpuestas, la francesa y la española. Aubry, el último gobernador francés de la Luisiana, se muestra colaborador para facilitar una transición suave. Pero el *ordonnateur*, más ambicioso, se comporta como si nada hubiera cambiado e ignora a Ulloa por completo.

La relación entre el nuevo gobernador y los hombres fuertes de Nueva Orleans empeora. Los 150.000 pesos anuales que debía recibir la provincia no llegan, mientras Francia decide repudiar todas las letras de cambio emitidas desde 1763. A ello se suma una ordenanza para regular el comercio que irrita a los mercaderes al ver amenazados sus privilegios.

La personalidad reservada de Ulloa, que no participa de las expansiones sociales de la ciudad, alimenta la animadversión. Él y su esposa apenas reciben visitas. No organizan fiestas ni asisten a las de otros, como es costumbre. Ni siquiera acuden a misa en la iglesia, sino que celebran la eucaristía de forma privada en su casa. Lejos de verla como una virtud, los vecinos se toman esta austeridad como un desprecio.[22]

Los franceses coinciden en destacar su meticulosidad de científico, pero llevada hasta extremos que le hacen ocuparse de detalles nimios,

y le reprochan falta de cintura en el trato. La descripción del coronel y caballero Jean de Champigny es despiadada: lo considera «violento», «imperioso», «minucioso en sus proyectos, quisquilloso en la ejecución», «arrogante cuando ceden ante él, tímido y flexible cuando le resisten»,

«desconsiderado en sus palabras, sin dignidad, sin generosidad, encerrado en su armario, mostrándose solo para ofender». En cuanto a sus rasgos físicos, Champigny no es menos condescendiente:

Es difícil ser más pequeño y flaco que don Antonio de Ulloa; una voz débil y aguda anuncia su carácter.

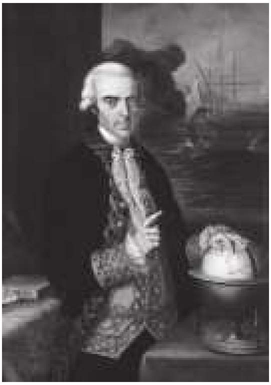
Su semblante, aunque bastante regular, tiene algo de falso; grandes ojos que, siempre bajos hacia el suelo, lanzan solo miradas esquivas, buscando averiguar sin dejarse descubrir. Una boca cuya risa forzada anuncia engaño, duplicidad e hipocresía.23

Incluso el más prudente Aubry reconoce ahora que Ulloa le parece «demasiado puntilloso» y que «a menudo pone dificultades en cosas que no merecen la pena»: A veces tenemos que discutir sobre cosas de lo más justas y sobre las que no habría que debatir. Es desagradable tratar así en todo lo que se hace.24

Aunque «buen oficial, sin que nada se le pueda reprochar en cuanto a sentimientos de honor y probidad, no es en absoluto político», resume el procurador general, Nicolas Chauvin de la Frénière.25

Las diferencias con el gobernador se hacen insalvables. La insurrección está a punto de estallar.

Pese a los esfuerzos de Ulloa, que logra que se le conceda una ampliación del situado en cien mil pesos a partir de 1767, no recibe todos los fondos prometidos y las circunstancias de la Luisiana se complican. La chispa prende con la aprobación de un decreto firmado en marzo del año siguiente que prima a los barcos españoles en el comercio con la provincia. Sus habitantes lo consideran una catástrofe. Ahora sí, la conjura contra Ulloa se pone en marcha. Foucault, La Frénière y otros miembros del



influyente Consejo Superior conspiran para tumbar al gobernador español y restituir el orden francés.

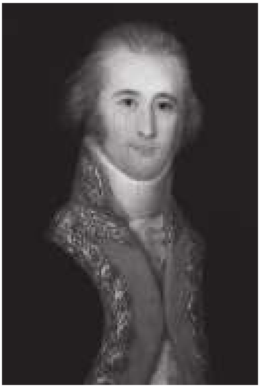
Alentados por los confabuladores con historias falsas acerca de que los españoles no les pagan pese a tener dinero, una multitud de acadianos[26] y alemanes asentados río arriba entran enfurecidos en Nueva Orleans en la tarde del 28 de octubre de 1768. En casa de uno de los promotores del complot, François Chauvin de Léry, reciben mosquetes y son regados con vino para enardecerlos aún más. Los rebeldes, que además tienen la milicia en sus manos, se adueñan de las calles. *Vive la France! Vive le roi*!

La escasa dotación militar española no tiene nada que hacer. Ulloa refugia a su familia en la fragata *Volante*. A bordo de esa misma nave, en la que llegó dos años antes, recibe de boca del notario del Consejo Superior la orden de expulsión. Sin otra salida, el gobernador se pliega a las exigencias de los sublevados. Ordena retirar hacia La Habana las tropas acantonadas en diferentes fuertes de la Luisiana. Él mismo pone rumbo a Cuba el 1 de noviembre. No lo puede hacer en la *Volante* por encontrarse en reparación y embarca en una fragata francesa, la *César*. La era Ulloa en la Luisiana llega a su fin.[27]

Sin embargo, los insurrectos no pueden cantar victoria. Crecidos por su triunfo, una delegación llega a Francia en abril de 1769 para reclamar de nuevo que se revoque la cesión del territorio a España. Pero Choiseul la recibe con otro portazo. El Pacto de Familia es sagrado y la Luisiana seguirá siendo española. La revuelta no ha servido para nada.

© *Casa Consistorial, Salón Montepensier / Album*

Antonio de Ulloa.



© *Bridgeman Images / Album*

Alejandro O'Reilly.

El general del ejército Alejandro O'Reilly y McDowell obtiene el encargo de restituir la autoridad de España. O'Reilly, de origen irlandés, se ha destacado en la invasión de Portugal durante la guerra de los Siete Años y en la supresión de unos altercados en Madrid. Al contrario que Ulloa, no se andará con contemplaciones.

Los acontecimientos se suceden rápido. El general llega a La Habana el 24 de junio de 1769. En solo diez días reúne una flota de 21 barcos con más de dos mil soldados y el 20 de julio ya está en la boca del Misisipi. Varios líderes de la revuelta se presentan ante él para mostrar sus respetos a Carlos III. O'Reilly los escucha, pero adelanta que abrirá una investigación. En la noche del 17 de agosto alcanza Nueva Orleans, donde a la mañana siguiente retumban los cañonazos de la artillería que anuncian el restablecimiento de la soberanía española. Con las tropas ya desembarcadas, a las cinco y media de la tarde O'Reilly desciende a la plaza de Armas. Los soldados españoles ocupan tres esquinas y los franceses la cuarta. Al contrario que tres años antes, cuando llegó Ulloa, ahora el general hace que Aubry deposite las llaves de la ciudad a sus pies.

La bandera española flamea sobre la plaza y las salvas de los barcos y los soldados completan la ceremonia. Ya nadie duda de que España ha tomado el mando.

El 20 de agosto, en la residencia del propio Alejandro O'Reilly, se leen los cargos de sedición y traición contra los cabecillas de la conjura. Seis son fusilados el 25 de octubre y otro ha muerto tras forcejear durante su arresto. Foucault se libra del paredón por gozar de inmunidad. Es deportado a Francia, donde entra en prisión, aunque pronto queda en libertad y obtiene un puesto en la India.

Tras poner orden, O'Reilly emprende una serie de reformas para enmendar los errores pasados y afianzar el control de España. Su primera medida es liquidar el Consejo Superior que tantos quebraderos de cabeza ha dado y sustituirlo por un cabildo a la española. A continuación, promulga un nuevo código de leyes, asea las cuentas, reúne a los indígenas para garantizarles sus regalos anuales, refuerza la regulación del comercio y reorganiza el sistema defensivo. Las cuestiones de Dios tampoco quedan ajenas a la frenética actividad de O'Reilly, que reclama más curas y frailes capuchinos y logra que se envíen velas a todas las iglesias.

Cumplida la tarea de restaurar la armonía, O'Reilly zarpa de Nueva Orleans al concluir febrero de 1770. Comienza la etapa del segundo gobernador español de la Luisiana, el malagueño Luis de Unzaga y Amézaga.[28]

A lo largo de sus siete años en el cargo, España consolida el control político y económico sobre la Luisiana. Paradójicamente, la tolerancia del gobernador hacia el comercio con sus adversarios en América del Norte, los británicos, impulsa el crecimiento. Según el tesorero Martín Navarro, la provincia

debe su estado actual solamente a la sabia precaución de un buen servidor del rey y al comercio ilícito de los ingleses, porque sin ellos ¿quién estaría allí para dotar a estos súbditos de negros y herramientas para el cultivo de sus tierras, recibiendo como pago sus productos?

© *Album*

Mapa de la Luisiana en 1762 (Library of Congress).

Una agria disputa entre capuchinos franceses y españoles da muestras de los recelos a los que debe hacer aún frente Unzaga. El padre Dagobert de Longuory, representante de los primeros, y Cirilo de Barcelona, de los segundos, pugnan por convertirse en vicario general del obispo de La Habana. Cirilo reprocha a Dagobert sus actitudes libertinas, como vestirse de laico y lucir joyas o celebrar opulentas comidas servidas por solteras mulatas y negras, además de haber participado en la rebelión de 1768. A propósito de esta riña, el gobernador se muestra conciliador:

La gente de aquí permanece tranquila siempre que sea tratada con amabilidad, pero el empleo del palo podría producir confusión y destrucción. Su buena disposición es el resultado del feliz estado de libertad al que se han acostumbrado desde la cuna, y en el que piensan permanecer, mientras se ajusten a las leyes del reino.29

Al contrario de lo que hicieron los británicos en buena parte del Canadá, forzando a los franceses a emigrar, España permite que sigan con su vida a lo largo del valle del Misisipi.30 La combinación del ejercicio de la autoridad con el respeto a la identidad francesa de los habitantes permitirá a los españoles gobernar la Luisiana con éxito durante décadas. Desde Nueva Orleans hasta la lejana San Luis, cientos de leguas al norte.

SAN LUIS, LA TIERRA PROMETIDA DEL COMERCIO DE PIELES

Chas, chas, chas. Pierre Laclède Liguest, militar francés del valle pirenaico de Aspe que ha cruzado el Atlántico para hacer fortuna, marca a hachazos unos árboles a orillas del alto Misisipi. Pocas leguas al sur de donde el Misuri descarga su enlodado caudal en el

«adre de las aguas», al fin ha dado con el lugar ideal para el establecimiento que ha venido a fundar. Los tajos en los troncos marcan el territorio para no dejarlo perder.

Chas, chas, chas. Ahora que llega el invierno y el Misisipi se congela no va a poder traer lo necesario para levantar el nuevo poblamiento. Así que encarga a su hijastro y mano derecha, el aún adolescente René Auguste Chouteau, que le acompaña en esta aventura:

«En cuanto las aguas vuelvan a ser navegables, regresa aquí con un grupo de hombres para despejar este sitio según el plan que te daré». Chas, chas, chas.31

Laclède y Chouteau partieron a principios de agosto de 1763 de Nueva Orleans con cinco *bateaux* cargados de provisiones. Su destino, el país de Ilinueses,32 cuatrocientas leguas río arriba. Se ponía así en ejecución el plan que el gobernador general de la Luisiana, el impetuoso y maquinador Louis Billouart, *chevalier* de Kerlérec, venía urdiendo junto con el próspero comerciante Gilbert Antoine de Saint Maxent y el propio Laclède para sacar provecho a las oportunidades de aquella remota región del norte.

La guerra de los Siete Años golpeaba duro la economía de Nueva Orleans y había

que tirar de imaginación para salir a flote. El grifo del comercio con los británicos, fuente de riqueza local en años pasados, se cerró de golpe. Además, la debilidad de la moneda no hacía sino agravar las estrecheces de los hombres de negocios de la ciudad.

Pero el comercio de pieles en el valle del río Misuri, en la Alta Luisiana, auguraba lucrativas posibilidades. En esa zona al oeste del Misisipi abundan animales cubiertos por tegumentos muy apreciados en Europa, como castores, osos, venados… Todo un tesoro aún por explotar.

Ahora que Francia ha perdido el Canadá y que la margen oriental del Misisipi va a pasar a manos de Gran Bretaña, es el momento de aprovechar las buenas relaciones que los franceses llevan décadas

cultivando con los indígenas y fundar en la orilla contraria un nuevo enclave peletero. Así que Kerlérec ha maniobrado para otorgar a Saint Maxent un monopolio con marchamo real de seis años para el comercio de pieles con los nativos en el Misuri. Esta fórmula de explotación en exclusiva evitará la competencia. Además, las pieles son un valor seguro que no se deprecia. Negocio redondo. Nacía así Maxent, Laclède et Compagnie. El gobernador y sus socios se frotan las manos.[33]

El viaje de Nueva Orleans a la región de Ilinueses remontando el Misisipi, aun en la época en que la corriente pierde brío y el cauce está libre de hielos, tarda en completarse de tres a cuatro meses. Más de lo que cuesta cruzar el océano. La travesía está plagada de dificultades. No se trata solo del esfuerzo titánico para avanzar contra el poderoso caudal a remo, a vela, con pértigas o con sogas desde la orilla, en medio de un calor sofocante. Los *bateaux* deben esquivar las peligrosas islas flotantes de vegetación que descienden aguas abajo y, peor aún, los temibles aserradores,[34] troncos en el fondo del río que suben y bajan con el flujo de la corriente y que, en efecto, son capaces de rajar el casco de las embarcaciones como si de una tabla en una serrería se tratara.[35] Y eso no es todo. Navegar por regiones infestadas de tribus no siempre amistosas obliga a permanecer en guardia. Acampar en las riberas significa jugársela.

En la época en que Laclède y Chouteau alcanzan el alto Misisipi, la región cuenta con un puñado de núcleos de población a orillas del río, casi todos en la margen este.

Los habitan en su mayoría canadienses que se han ido desplazando hacia el sur sin permiso de Versalles en busca de nuevos campos de cultivo y cosechas más prolongadas que las que producen las frías tierras del norte.

Los nuevos pobladores y sus descendientes criollos van creando un peculiar ecosistema en ese nuevo mundo en mitad de la nada, a base de pequeñas comunidades rurales de cultura francesa y fe católica, dedicadas a la agricultura y el intercambio con los nativos. La estrecha relación con estos, que forman sus propios poblados junto a los franceses, da pie a matrimonios mixtos, algo que los anglosajones ven una aberración.

El resultado es un *melting pot* [36] de canadienses, criollos, indígenas, métis[37] y esclavos de origen africano.

La identidad propia de este país de Ilinueses se plasma en el paisaje urbano. Nace un tipo peculiar de arquitectura, a medio camino entre las cabañas canadienses y las casas del Caribe: los muros se forman con troncos verticales clavados en la tierra (*poteaux-en-terre*) o en alféizares (*poteaux-sur-sol*), y se rellenan con arcilla mezclada con hierba (*bousillage*) o grava (*pierrotage*), pero los techados, con tejas de cedro y forma de sombrero de ala ancha, forman amplios porches que recuerdan a las viviendas de las colonias antillanas.

Pierre Laclède y su hijastro alcanzan los Ilinueses ochenta y cinco días después de zarpar de Nueva Orleans, el jueves 3 de noviembre de 1763. Atracan inicialmente en Santa Genoveva,[38] en este momento el mayor poblado de la región y el único al oeste del Misisipi. Allí los recibe un enviado de Pierre-Joseph Neyon de Villiers, comandante del fuerte de Chartres, principal puesto militar y capital de la región, unas cuatro leguas río arriba. No por casualidad, Neyon de Villiers es cuñado de Kerlérec, quien cuenta así con una persona de su entera confianza para controlar la Alta Luisiana. El fuerte, sin embargo, cae ahora en el lado inglés del Misisipi, con lo que en breve deberá cambiar de manos. Lo que Laclède y Chouteau ignoran todavía es que la margen occidental va a pasar a su vez a quedar bajo dominio español en virtud del Tratado de Fontainebleau firmado en 1762 por los dos primos borbones.

En diciembre, tras almacenar en el fuerte de Chartres las mercancías que traen desde Nueva Orleans, los dos expedicionarios continúan río arriba para buscar un lugar donde fijar un puesto avanzado para Maxent, Laclède et Compagnie. El despiadado tiempo invernal, «severo en extremo, frío, húmedo y ventoso», los castiga sin clemencia en su recorrido. La idea es establecerse en la desembocadura del Misuri, ya que el valle de ese gigantesco afluente del Misisipi que se extiende hacia poniente es de donde esperan obtener las pieles para su prometedor negocio. Pero una vez que alcanzan el punto en que se mezclan las aguas de ambos ríos, quedan decepcionados: no reúne las condiciones mínimas para ser habitable. Frustrados, dan la vuelta hacia el fuerte de Chartres.

Pero al poco de emprender el descenso, Laclède repara en una alargada cornisa rocosa que se asoma a la orilla oeste del Misisipi. Curioso, decide desembarcar de nuevo. Él y Chouteau se encaraman a lo alto del saliente y el terreno prácticamente virgen que se ofrece ante sus ojos los hace estremecerse. Tan solo la silueta abombada de un túmulo funerario revela la presencia allí de pobladores nativos siglos atrás. Es perfecto: suelo fértil para los labrantíos, agua en

abundancia, ricas praderas para el ganado y una altura que lo protege de las recurrentes crecidas del Misisipi. Todo ello a corta distancia de la confluencia con el Misuri. No hay dudas. Será aquí. Solo hace falta talar árboles para despejar el lugar y empezar a construir.

Dicho y hecho. Chas, chas, chas. Las muescas que Laclède y su joven acompañante dejan en los troncos son las señales para reconocer el lugar donde volver en cuanto sea posible y empezar a hacer realidad el proyecto concebido por Kerlérec. En efecto, nada más derretirse los hielos del Misisipi, Chouteau regresa con un puñado de hombres reclutados en el fuerte de Chartres, tal como le ha indicado su padrastro. Granjeros, albañiles, carpinteros, algún herrero… Desde adolescentes recién salidos de las faldas de su madre a cincuentones encallecidos por la vida en la frontera. Ellos serán los primeros habitantes de un lugar destinado a hacer historia en el corazón de Norteamérica.[39]

El 15 de febrero de 1764 se ponen manos a la obra. Antes incluso que sus propias casas, erigen un almacén para las mercancías destinadas a los indígenas. Cuestión de prioridades en un pueblo que nace con fines comerciales. No se trata de un puesto militar. Nada de empalizadas ni baluartes. Los nuevos pobladores no temen a los nativos. Al contrario, estos serán sus socios y protectores.

Los trabajos avanzan a buen ritmo. A principios de abril llega Laclède para supervisarlos en persona. Es entonces cuando bautiza el poblado en honor de Luis IX, el venerado rey capeto que en el siglo XIII combatió a los infieles en las cruzadas y fue elevado a los altares: la futura ciudad se llamará San Luis.[40]

Laclède aprovecha su visita para bosquejar la trama urbana del nuevo asentamiento: las primeras manzanas se desplegarán en cuadrícula en paralelo a la ribera, siguiendo el patrón de Nueva Orleans propio de los tiempos de la Ilustración. La Rue Royale, la Rue de l’Église y la Rue des Granges serán las calles principales, tendidas de norte a sur. Las cruzará en perpendicular la que llegue desde la plaza de Armas, que se situará entre el río y la residencia de Laclède, y será el centro de la vida en el pueblo.

Más allá habrá alargadas parcelas de tierras de labor para los nuevos colonos, como es costumbre entre los franceses del país de Ilinueses, así como un terreno comunal para el ganado.

No tarda el nuevo enclave en convertirse en polo de atracción para los franceses del otro lado del Misisipi. Con el territorio al este del río

bajo dominio británico, los colonos que se habían establecido en aquella parte se apresuran a cruzar de orilla.

Aunque Santa Genoveva es más antigua, el potencial de San Luis como emporio comercial lo convierte en el destino predilecto de quienes huyen de los ingleses. En sucesivas oleadas se van estableciendo nuevos vecinos, atraídos por la oferta de parcelas gratis y el sugestivo negocio de las pieles.

El nuevo poblado se va poniendo en pie sin que sus habitantes sepan que la tierra sobre la que se levanta, como el resto de la Luisiana, también va a dejar de pertenecer a Francia. Hasta diciembre de 1764 no llega la noticia de que la margen occidental del Misisipi pasará a manos españolas. Pero, para muchos, eso siempre será mejor que estar bajo el asfixiante yugo británico. España, nación amiga y católica, aliada por los lazos de sangre de su soberano con el francés, al menos respetará las costumbres y la religión de sus nuevos súbditos.

El fuerte de Chartres aporta la mayoría de los residentes de San Luis en estas primeras hornadas. El 10 de octubre de 1765, el último comandante francés, el canadiense Louis Saint-Ange de Bellerive, que ha reemplazado a Neyon de Villiers tras su marcha a Nueva Orleans, hace entrega del puesto a los Royal Highlanders del capitán escocés Thomas Stirling. A continuación Saint-Ange parte hacia San Luis con la veintena de marines que quedaban en el que ha sido durante décadas el bastión de Francia en el país de Ilinueses. *C'est fini.*

Entre quienes se trasladan con Saint-Ange al otro lado del río figura un militar de mediana edad y carácter emprendedor llamado Eugene Pourée, por sobrenombre Beausoleil, que pronto se hará un hueco en la clase influyente del pueblo recién fundado. Pourée está llamado a protagonizar una gesta que expandirá las fronteras de

España hasta donde nunca antes habían llegado. Pero él, tras años de servicio a la Corona francesa, ni siquiera lo sospecha todavía.

No solo los franceses se pasan de orilla. También los nativos de Ilinueses rehúyen a los británicos, precedidos por su fama. «Si permitís que los ingleses estén entre vosotros, seréis hombres muertos —reza una profecía—. Enfermedad, viruela y su veneno os destruirán por completo.» No le falta fundamento al augurio: en esa época soldados británicos infectan a propósito viruela en poblados indígenas de Pensilvania mientras colonos angloamericanos masacran a una veintena de nativos cristianos indefensos. Durante un consejo con Neyon de Villiers en diciembre de 1763, los chabanones41 le ruegan:

«Ten el coraje, padre mío, de no abandonar a tus hijos; los ingleses nunca vendrán aquí mientras viva un solo piel roja».

Las buenas relaciones con los indígenas son cruciales para los habitantes de la Alta Luisiana. Tanto para la prosperidad del negocio peletero como para su seguridad. Y la política de regalos a las tribus es la base para una convivencia cordial. Mantas, ropa, pero también armas, munición y alcohol, son algunas de las mercancías que los europeos les entregan a cambio de las pieles y de mantener la paz.

Para San Luis son imprescindibles, en particular, los lazos con los osages. Más aún, la alianza con este pueblo cazador y guerrero, temido por su ferocidad, es la razón de ser de San Luis. Los osages dominan un vasto territorio al oeste del Misisipi, entre los cursos del Misuri y el Arkansas, equivalente a media península ibérica, y serán quienes suministren las ansiadas pieles. Sus hombres son expertos en cazar las especies autóctonas y sus mujeres extremadamente hábiles para procesar los pellejos. Famosos también por una altura que en el futuro llamará la atención de Thomas Jefferson, su superioridad en el combate mantiene a raya a las tribus rivales. Sin lugar a dudas, la asociación con los osages será la base para el éxito del nuevo enclave comercial.[42]

Pese a habitar ahora oficialmente en territorio español, los vecinos viven durante los primeros años ajenos a esa realidad. Hasta 1770 ejerce el gobierno Saint-Ange de Bellerive, aunque lo haga en nombre de un país, Francia, al que se supone que la Luisiana ya ha dejado de pertenecer.

Sin un representante de la autoridad española, tropas regulares ni siquiera un párroco permanente, la liberal vida en la frontera imprime en San Luis un ambiente de costumbres relajadas. Fiestas interminables y otras diversiones son el pan de cada día.

Cuando en mayo de 1770 Saint-Ange transfiere el poder al primer teniente de gobernador español de la plaza, Pedro José Piernas, una de sus primeras medidas es

construir una pequeña capilla de madera. Ni eso han hecho los franceses en todo este tiempo.

Sin embargo, Piernas, casado en Nueva Orleans con una francesa, busca en todo momento ser tolerante con los vecinos. Consciente de los recelos hacia las autoridades españolas, confirma las concesiones de tierras realizadas hasta entonces, nombra a Saint-Ange y otros

franceses en puestos clave y se muestra comprensivo con los laxos hábitos religiosos de los lugareños. Y aunque el monopolio de Maxent, Laclède et Compagnie ha caducado y en teoría bajo el mandato español el negocio peletero está abierto a cualquiera, en la práctica, la relación con las distintas tribus se asigna a las mismas élites que la venían ejerciendo. Más aún, el francés sigue empleándose como lengua en las operaciones comerciales y hasta los terrenos continúan midiéndose en harpanes.43

Una cuestión peliaguda es la esclavitud. Al tomar posesión, Piernas da a conocer el decreto de Alejandro O'Reilly que prohíbe someter a esta condición a los indígenas, pero la norma choca con una práctica para entonces arraigada en la Alta Luisiana, especialmente entre sus ciudadanos más destacados. De hecho, al mes siguiente varios vecinos se saltan la prohibición y compran catorce indios. El teniente de gobernador eleva esta circunstancia a su superior en Nueva Orleans, Luis de Unzaga, quien se quita de en medio permitiendo que estos residentes conserven sus esclavos hasta que haya una decisión real. No obstante, la ilegalización acabará por frenar el comercio de indígenas.

La esclavitud sigue vigente para las personas de raza negra, aunque al menos las normas españolas les permiten comprar su libertad. Un censo de 1773 recoge que en San Luis hay en ese año 444 personas de raza blanca (285 hombres y 159 mujeres) y 193

esclavos. Al ser ilegales, los indígenas esclavizados no figuran.

En todo caso, la mano izquierda de Pedro Piernas va surtiendo efecto y se gana poco a poco a los franceses bajo su mando. Estos comprueban que, pese al traspaso de poderes y de que el comandante español se ha instalado en la que era residencia de Laclède, su vida apenas se ha visto alterada. Al fin y al cabo, la armonía entre administradores y administrados beneficia a unos y a otros. San Luis de Ilinueses prospera y se convierte en el gran centro político y económico de la parte alta del Misisipi.44

Por eso mismo, cuando llegue el momento, será también objetivo militar prioritario de los ingleses...

2

Revolución

LAS COLONIAS SE ALZAN EN ARMAS CONTRA LONDRES

El destello de un farol rompe la oscuridad de la noche del 18 de abril de 1775. Procede de lo alto del campanario de la iglesia del Norte, en Boston. Es la señal de alarma. Hora de actuar.

Los bostonianos llevan días observando el ajetreo de casacas rojas acantonados en la ciudad. Están al tanto de que los soldados británicos preparan una expedición a Concord, unos treinta kilómetros al oeste, para confiscar las armas y municiones que los rebeldes ocultan allí. Pero les faltaba conocer cuándo y por qué vía. Ahora ya lo saben.

El orfebre Paul Revere ha concertado con otros patriotas un sencillo código para alertar en caso de que las tropas de Su Majestad se pongan en movimiento: se prenderá una luz en la torre de la iglesia si lo hacen por tierra; dos si lo hacen en barco. Los británicos optan por avanzar a pie y al dar las diez de la noche setecientos hombres a las órdenes del teniente coronel Francis Smith se trasladan a la vecina Cambridge para emprender la marcha. La reacción no se hace esperar. Un par de amigos de Revere le llevan en bote a Charlestown, al otro lado del río, donde le espera una montura con la que protagonizará una galopada nocturna para la historia.1

Paul Revere pica espuelas y sale disparado hacia Concord. Tras sortear a un par de soldados en el camino, hacia medianoche llega a Lexington. Se detiene para prevenir a dos de los cabecillas de la revuelta, John Hancock y Samuel Adams, refugiados en esta localidad. Sin embargo, no logra concluir del todo su misión. Una patrulla lo detiene y le arrebata el caballo. En cambio, el doctor Samuel Prescott, de visita en Lexington para cortejar a una joven, consigue saltar una valla con su corcel y llevar el aviso hasta Concord.

La columna de casacas rojas alcanza Lexington al alba del 19 de abril. Allí los esperan unos setenta *minutemen* —patriotas dispuestos a reaccionar al minuto—

encabezados por el capitán John Parker. A alguien de no se sabe qué bando se le escapa un tiro. Se desata una refriega. Ocho rebeldes mueren. Es la primera sangre derramada en el conflicto que llevaba años cociéndose.

A las ocho de la mañana, las tropas británicas se presentan por fin en Concord.

Registran casa por casa en busca de polvorines ocultos. Mientras, al otro lado del pequeño puente Norte, se congregan entre trescientos y cuatrocientos paisanos dispuestos a plantarles cara. Cuando llega la

Infantería Real, la tensión electriza el aire.

Los colonos se acercan. Unos disparos al aire tratan de frenarlos, pero no surten efecto.

Y entonces los soldados tiran a dar. Dos americanos caen mortalmente heridos. Sus compañeros responden y matan a tres británicos. Son los primeros muertos entre los soldados del rey. La escaramuza cesa a los pocos minutos, pero ya nada volverá a ser igual entre Gran Bretaña y sus súbditos del otro lado del Atlántico. Ha estallado la revolución.2

Las hostilidades se desencadenan tras años de tensión entre la metrópoli y sus treces colonias de la costa atlántica. Los angloamericanos han visto cómo, tras la guerra de los Siete Años, el Parlamento de Westminster les imponía, sin consultarles, sucesivos impuestos para enjugar los cuantiosos gastos que acarreó la lucha contra los franceses y sus aliados indígenas. El lema «Impuestos sin representación es tiranía» hace fortuna.

Otras medidas contribuyen a enervar aún más a los locales. A las restricciones comerciales se suma el freno a la adquisición de tierras en el noroeste, en los codiciados valles del Ohio y el Misisipi. Una proclamación real de 1763 reserva a los indígenas los territorios al oeste de los Apalaches, lo que frustra las ansias expansivas de los colonos.3

Tras las crecientes protestas, reprimidas por la fuerza, la mecha de la revuelta ha prendido en Lexington y Concord. En las semanas siguientes, el fervor patriótico se adueña de los americanos, decididos a no dejarse avasallar por Londres. Por el momento se trata de hacer respetar sus derechos como sujetos británicos y pocos se atreven a hablar de soltar amarras con el imperio. La reconciliación, creen muchos, todavía es posible.

Pero sobre el terreno los acontecimientos se precipitan. Rebeldes de Nueva Inglaterra toman el 10 de mayo el fuerte Ticonderoga, a orillas del lago Champlain, y se hacen con un valioso cañón que no dudarán en emplear más tarde contra las tropas que hasta hace poco los defendían.

El 17 de junio, cuando no han pasado dos meses de los disparos en Lexington y Concord, un baño de sangre a las afueras de Boston eleva aún más la tensión. Un contingente británico de más de dos mil hombres trata de desalojar a más de mil rebeldes atrincherados en lo alto de una colina. Los casacas rojas, cargados con pesadas mochilas y

mosquetes, ascienden en formación por la ladera. La hierba alta y las cercas dificultan su avance. Arriba, los colonos aguardan pacientes para no malgastar pólvora.

«No disparéis hasta ver el blanco de sus ojos», cuenta la leyenda que se les ordena.

Cuando al fin los tienen a tiro, una cortina de fuego se abate sobre los soldados y oficiales de Su Majestad, que se ven forzados a retroceder. Sobre la hierba ensangrentada yacen numerosos cuerpos. Los británicos lo vuelven a intentar, pero la historia se repite. Los atrincherados esperan otra vez a tenerlos cerca y los repelen con la misma fiereza. Los atacantes reculan de nuevo. No desisten y se lanzan a un tercer asalto. Ahora la munición de los patriotas escasea y no ven más remedio que emprender la retirada. La poderosa maquinaria británica se impone finalmente, pero a costa de numerosas bajas (226 muertos y 828 heridos, por 140 muertos, 271 heridos y 30

prisioneros de los rebeldes) y de poner al descubierto sus flaquezas.[4]

El triunfo en la batalla de Bunker Hill tiene sabor a derrota para los británicos.

Confiesa el inglés Henry Hulton, miembro de la junta americana de inspectores aduaneros:

Le duele a uno que caballeros, valientes soldados británicos, caigan a manos de unos miserables tan despreciables como los que componen los bandidos del país, entre los cuales no hay uno solo que tenga la menor pretensión de llamarse caballero. Son una raza de lo más maleducada, depravada y degenerada, y es una mortificación para nosotros que hablen inglés y procedan de ese linaje.[5]

Envalentonados por haber estado a punto de derrotar a la mayor potencia militar del momento, los sublevados redoblan su lucha. Mientras los combatientes se fajan con los casacas rojas en Bunker Hill, en Filadelfia los delegados del Segundo Congreso Continental tratan de encauzar el rumbo del conflicto. Crean un ejército rebelde para el que nombran comandante en jefe a un respetado terrateniente de Virginia: George Washington.[6]

Al conocer la victoria pírrica de Bunker Hill, el primer ministro

británico, lord North, comenta al rey Jorge III que el conflicto en América «debe tratarse como una guerra extranjera» y su gabinete acuerda enviar veinte mil tropas el año siguiente. Para ello echará mano de mercenarios extranjeros. Lo intenta con los rusos primero, pero ante la negativa de Catalina la Grande, recurre a los pequeños estados alemanes de Brunswick, Hesse-Hanau y Hesse-Kassel.

La escalada bélica aleja cada vez más a los colonos de la madre patria. Sin embargo, al despuntar el año 1776, la idea de romper con ella todavía da vértigo. No en vano llevan casi ciento setenta años en su seno, desde que en 1607 los ingleses desembarcaran en las costas de Virginia.

Entonces el incendiario panfleto *Common Sense*,[7] del inglés mudado a Pensilvania Thomas Paine, enardece las ansias de ruptura. Paine, para quien «la causa de América es en gran medida la causa de la humanidad», arremete sin miramientos contra los reyes de Inglaterra, desde el «francés bastardo» Guillermo el Conquistador al

«endurecido y malhumorado» Jorge III:

Más vale un hombre honesto a la sociedad y a los ojos de Dios que todos los rufianes coronados que jamás hayan existido.[8]

Hay quienes le responden, como el terrateniente de Maryland James Chalmers. En

otro panfleto, Plain Truth,[9] y encubierto bajo el seudónimo Candidus, defiende que sin el control de la Corona la «constitución degeneraría inmediatamente en democracia», siendo a su juicio los «gobiernos democráticos o populares» históricamente fuente de guerras, rebeliones internas y opresión de los ricos por los pobres.[10] Pero el éxito de Common Sense es fulgurante: 120.000 copias vendidas en tres meses.[11]

El apasionado debate se mantiene hasta el 2 de julio. Ese día, martes, se somete a votación la declaración de independencia. La víspera todavía hay cuatro colonias que no la apoyan: Pensilvania, Carolina del Sur, Nueva York y Delaware. Otras nueve están a favor: New Hampshire, Connecticut, Massachusetts, Rhode Island, Nueva Jersey, Maryland, Virginia, Carolina del Norte y Georgia. En la votación final doce delegaciones dicen sí. La de Nueva York se abstiene, pero a la

semana siguiente se sumará a la aprobación. El borrador elaborado por Thomas Jefferson recibe su forma definitiva el 4 de julio de 1776 y reconoce

que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador de ciertos Derechos inalienables, que entre estos están la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad.12

La declaración incluye, en unos términos inéditos para la época, el derecho del pueblo a abolir un gobierno que destruya esos principios y a instituir uno nuevo.

El día 8 se proclama la independencia desde la Cámara estatal de Filadelfia entre los vítores de miles de personas. Campanas al vuelo, fogatas y desfiles de tropas se

unen a la celebración. El 19 de julio se le pone un título al texto con el que pasará a la historia: «La Declaración unánime de los trece Estados Unidos de América».13 Una nueva nación entra en escena en el Nuevo Mundo.

REUNIONES SECRETAS PARA ATRAER A LA CAUSA A CARLOS III

Una mezcla de regocijo y preocupación se apodera de la cancillería española. Que tenga problemas Gran Bretaña, el gran rival de España, siempre es una gran noticia. Todavía escuece en Madrid la humillante captura de La Habana de 1762 y la pérdida de la Florida al año siguiente por la derrota en la guerra de los Siete Años. Por no hablar del peñón de Gibraltar y de la isla de Menorca, arrebatados por los británicos a principios del siglo en la guerra de Sucesión española y todavía en sus manos. La revuelta de los colonos norteamericanos y su lucha por independizarse son una ocasión pintiparada de cobrarse la revancha y recuperar las posesiones usurpadas. Pero, por otra parte, la insurrección es un pésimo ejemplo para los criollos del vasto Imperio español, que pueden sentirse tentados de emprender el mismo camino.

Cuando los angloamericanos declaran la independencia, la mayor parte de Norteamérica está repartida entre Gran Bretaña y España. Por

supuesto, sus respectivos territorios incluyen múltiples pueblos nativos, más o menos amigables. Los británicos poseen prácticamente todo lo situado al este del Misisipi: además de las trece colonias que se acaban de sublevar, el Canadá y la parte oriental de la Luisiana, ganadas a Francia en la guerra de los Siete Años, así como la antigua Florida española, que también ha pasado a sus manos tras el conflicto. Los españoles, por su parte, son dueños de la Luisiana, cedida por los franceses, y de las tierras de la Nueva España que van desde el Seno Mexicano hasta el Pacífico, incluyendo Texas, Nuevo México y la Alta California.

Para los rebeldes, lograr el respaldo de Francia y España es crucial. Ya antes incluso de declarar la independencia, el comité de correspondencia secreta del Congreso Continental se pone en contacto con Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, dramaturgo francés de éxito pero también un eficaz espía en Londres. Como consecuencia de las conversaciones, se urde una trama para que ambas potencias borbónicas se valgan de una compañía pantalla, Roderique Hortalez y Compañía, para hacer llegar bajo cuerda pertrechos y ayuda financiera. El asunto derivará en los años

siguientes en un desagradable embrollo por querellas entre los agentes americanos, pero en ese momento es un primer apoyo clandestino a los rebeldes.

Los españoles pronto empiezan a recibir también visitas interesadas de los americanos. En una operación encubierta, el capitán George Gibson se presenta por sorpresa en Nueva Orleans «disfrazado en traje de un ciudadano con vestido humilde».

Procedente del fuerte Pitt,[14] ha descendido los ríos Ohio y Misisipi para entregar al gobernador de la Luisiana, Luis de Unzaga, una carta del general Charles Lee, comandante del distrito sur del Ejército Continental. Gibson deja su bote «fuera de la villa» e instruye al responsable de la Luisiana española del

motivo de su misión y carácter de capitán de una de las compañías que han levantado las provincias unidas, título con que se presentan al teatro de este mundo.[15]

Unzaga le hace ir al surtidero que se halla frente a su casa, donde el inesperado visitante entrega la misiva de la que es portador, con fecha

22 de mayo de 1776. En ella el general Lee pide armas, mantas y medicinas, así como autorización a las colonias para establecer un «comercio sistemático» con la provincia y utilizar los puertos españoles. Ofrece a cambio un caramelo goloso: tomar Panzacola a los ingleses para devolvérsela a España. A Unzaga no se le escapa la envergadura de las propuestas y se abstiene de comprometerse en tan «delicado y prolijo asunto» hasta saber las «reales intenciones».

Al conocerse en la corte, la oferta sobre Panzacola es música para los oídos de Carlos III. Se lo transmite así al gobernador de la Luisiana el ministro de Indias, José de Gálvez, el día de Nochebuena de 1776:

Enterado el Rey de todo aprueba su respuesta al general Lee y manda prevenir a este Gobierno que insistiendo los americanos en su propuesta de tomar Panzacola y los demás establecimientos ingleses en la orilla derecha de aquel río, se les manifieste con la mayor cautela y secreto que el Rey celebrará que lo consigan y que, asegurada su independencia, se tratará de la entrega que prometen a favor de la España.

Para facilitar ambos objetos se advierta también al gobernador de Luisiana que irá recibiendo por La Habana y cuantos medios sean posibles los socorros de armas, municiones, ropas y quina que piden los colonos ingleses, y se le preferirán los modos más sagaces y secretos para que ocultamente los haga suministrar con apariencias de vendérselos los comerciantes particulares, a cuyos fines se enviarán la correspondiente instrucción reservada y alguna persona de comercio que sirva de testa de ferro. Póngase aviso reservado al gobernador de La Habana previniéndole que por los correos mensuales y por

embarcaciones del comercio libre recibirá varios efectos, armas y otros géneros que irá remitiendo sin retardación al de la Luisiana, y que también le envíe desde luego el sobrante de pólvora que tenga en aquella plaza de la fábrica de México y el que hubiere de fusiles en aquella plaza en la seguridad de que se le reemplazarán prontamente.[16]

© Fine Art Images / Album

Benjamin Franklin.

© quintlox / Album

Arthur Lee.

© The Print Collector *Heritage Images* Album

Silas Deane.

La presión diplomática sobre Versalles y Madrid se intensifica a finales de ese año.

Tratando de no llamar la atención de los agentes británicos, el 3 de diciembre desembarca Benjamin Franklin en el discreto puerto francés de Auray, en la Bretaña.

Lleva bajo el brazo una propuesta de tratado de comercio y amistad con Francia y el encargo del Congreso para que él y los otros dos enviados que ya están en Europa, Arthur Lee y Silas Deane, se ganen a las dos cortes borbónicas para la causa americana.

Los tres saben que el respaldo de España no es menos importante que el de Francia.

El 28 de diciembre envían una nota conjunta al embajador español, el conde de Aranda, desde el Hôtel d'Entragues, al lado de los elegantes Jardines de Luxemburgo, para rogarle una entrevista:

Deseamos informar a Su Excelencia de que tenemos instrucciones de los Estados Unidos de América de cultivar la amistad de la corte de España, junto con la de Francia. A tal efecto, además de presentar nuestros respetos a Su Excelencia, nos proponemos cumplimentarle mañana, o en cualquier otro día que sea más conveniente, y a la hora que Su Excelencia tenga a bien señalar. Tenemos el honor de ser los más obedientes y humildes servidores de Su Excelencia.[17]

El conde accede a recibirlos a altas horas del sábado 4 de enero de 1777. Deane se encuentra indispuesto y solo acuden Franklin y Lee a la cita en plena noche que sentará las bases de la relación entre España y los Estados Unidos de América. Para salvar la barrera del idioma se suma como intérprete el conde de Lacy, embajador español en San Petersburgo de ascendencia irlandesa, entonces alojado en la residencia de Aranda. Este indaga las intenciones de los americanos:

—Doctor Franklin, ¿cuándo entregará el papel de su proposición para la España?

—inquiere el embajador.

—Lo tengo ya formado, falta solo confrontar su copia. Se ha retardado por la indisposición del señor Deane —responde Franklin.

—¿Contiene alguna cosa diferente del entregado a la Francia?

—No, es idéntico y conforme a las órdenes que tengo del Congreso.

—Precisamente, ¿no hay alguna diferencia atendiendo a que la posición de los dominios de España y sus nombres siempre exigen un contexto que habrá de variar desde la Francia? —insiste Aranda.

—Estoy autorizado por el Congreso para tratar con cada una de las dos cortes según sus intereses y con plenos poderes para cuanto ocurriese —replica a la defensiva el emisario norteamericano.

El diplomático español no se da aún por satisfecho. Busca descifrar la estrategia del Congreso para poder proporcionar a Madrid toda la información posible:

—¿Cómo es que, sin hallarse aún asegurados de su independencia y sin estar tampoco reconocidos aún por estas potencias, vienen proponiendo tratados? Todo el mundo creía que su venida se dirigía más presto a solicitar auxilios que los ayudasen hasta conseguir su separación…

—Señor Aranda, por medio de semejante tratado veremos la potencia que quiera ser nuestra amiga de veras —explica Franklin—. Y hasta vernos asegurados de esta calidad no creemos conveniente entrar en el punto de las necesidades, tanto más cuando nuestra situación aún no es tal que necesitemos inmediatamente auxilios directos.

—¿Es cierto que han recibido ya socorros de este reino? ¿Ha partido el *Amphitrite*?18

¿Otros dos bastimentos que debían seguirlo lo hacen o se suspenden? —continúa el interrogatorio, ahora buscando saber sobre el apoyo francés y el envío de tropas.

—De esta potencia no hemos recibido socorro alguno —aclara Franklin—. Por medio de una compañía se nos han provisto diferentes géneros, armas y municiones.

También se han recibido oficiales a su servicio. Y en todo esto no ha hecho la Francia otra cosa, sino el no oponerse y dejar libertad de practicarlo. En efecto, el *Amphitrite* ha salido y creo que se ha suspendido la salida de los otros dos buques.

—¿Cuáles serían los auxilios que más les urgen ahora?

—Cañones de bronce y buques de guerra, ya que los bastimentos que tenemos hasta ahora son inferiores en fuerza a los ingleses. Bien que tenemos muchos armadores y hemos hecho cantidad de presas hasta el importe de millón y medio de libras esterlinas, según cómputo hecho en el mismo Londres, no podemos presentarnos ante las naves de guerra inglesas. Necesitamos reparar esta inferioridad, tanto más que los

ingleses, con sus muchas naves de guerra y las de transporte cubiertas de ellas, están en estado de llevar sus tropas y víveres a cualquier parte del continente.

—¿Por qué no hace a la vez todas las explicaciones que tuviese para la corte de Madrid? Por la distancia, no hay posibilidad de manifestarlas y saber las respuestas de un día a otro, como en Versalles.

—Entregaré otro papel que contenga cuanto Vuestra Excelencia indica. Si conviene que uno de mis compañeros diputados pase a Madrid lo hará, desde luego… —desliza, aprovechando la sugerencia de Aranda.

La posibilidad de una visita a la corte en España pone en guardia al embajador.

Autorizarlo sería un paso comprometedor que traspasaría la cautela con que Madrid está siguiendo la sublevación de los colonos. Aranda, prudente, no se opone frontalmente, pero trata de disuadir a los diputados:

—Hacerlo o no es libre en ustedes… Pero no se adelantaría tanto, porque entre sí tendrían que entenderse por los correos ordinarios. En cualquier proposición que recibiese, la corte de Madrid querría consultarla con la de París, siendo mejor hacer aquí las explicaciones. Ya se comunicarán a Madrid con el dictamen de esta corte. Si lo desean, lo propondré a Madrid.

Los visitantes se deshacen en muestras de respeto a Su Católica Majestad.

—Nuestro principal fin es convencer de que anhelamos su protección —subraya Benjamin Franklin.

El conde aragonés cambia de tercio:

—¿Hacen algún comercio con los dominios españoles de América?

—Antes, estando bajo la dominación británica, hacíamos alguno por la parte de la Jamaica, pero en estos tiempos no lo practicamos.

—¿Tienen muchos oficiales extranjeros? —continúa el diplomático de Carlos III, tratando de averiguar las fuerzas que apoyan a los insurgentes.

—El mayor número es de franceses, algunos alemanes y un polaco. Al principio han pasado algunos desde Santo Domingo y otros transferidos desde los puertos de Francia, habiendo tenido el pensamiento de levantar tres regimientos en el Canadá,

pero inutilizándose por haberlo ocupado los ingleses. Mantenemos dichos oficiales asalariados, bien que sin emplearlos.

—¿No entrará la mala inteligencia en los miembros del Congreso?

—No —responde lacónico.

Aranda nota que las preguntas incomodan a sus invitados y trata de

tranquilizarlos:

—Caballeros, las cuestiones que les hago se dirigen a tomar luz del estado en que se hallan. También ustedes me pueden preguntar lo que les parezca. En lo que yo pueda corresponderles, se lo diré con franqueza —se ofrece—, como también si no me hallo en estado de contestarles.

Aprovechan entonces para interesarse sobre aspectos que los inquietan

notablemente, como la posibilidad de que Rusia envíe tropas a combatir contra los americanos. El embajador se limita a apuntar que las noticias de la *Gazeta de Madrid* han hablado de ello, sin aportar más detalles.

Los diputados también comentan el caso de seis cargamentos enviados a Cádiz por el Congreso dirigidos a la casa inglesa Buick y Compañía, que «se resiste a sus pagos».

Aranda plantea si no será acaso «una especie de represalia, como casa inglesa» por

«descubiertos que otros negociantes de las islas Británicas tengan con los americanos».

Para solicitar el cobro sugiere «presentarse un particular con los

conocimientos de su deuda y poderes necesarios» y pedir «ante el tribunal que correspondiese el pago de lo que se les deba».[19]

La entrevista concluye sin compromisos concretos. El embajador no puede aventurarse a tomar decisiones en cuestiones tan delicadas sin consultar a Madrid. Pero supone una primera toma de contacto que ayuda a conocer las intenciones de los enviados norteamericanos. No obstante, la conversación alimenta los temores del conde de Aranda hacia el nuevo gigante que está surgiendo al otro lado del Atlántico.

Advierte a Jerónimo Grimaldi de que

la España va a quedar, mano a mano, con otra potencia sola en todo lo que es tierra firme de la América septentrional. ¿Y qué potencia? Una estable y territorial que ya ha invocado el nombre patricio de América con dos millones y medio de habitantes descendientes de europeos…, y en cincuenta o sesenta años puede llegar a ocho o diez millones de ellos, mayormente que de Europa misma continuará la emigración, por el atractivo que ofrecen las leyes de aquel nuevo dominio.[20]

El ministro, por su parte, subraya lo improcedente de la alianza que buscan los delegados americanos en París, ya que

el Rey nuestro Señor, que posee en la India dominios tan vastos y tan importantes, tendría siempre gran reparo en hacer un tratado formal con unas provincias que hasta ahora solo están miradas como rebeldes, cuyo inconveniente no habría cuando aquellas colonias hubiesen logrado sacudir realmente el yugo y establecerse en potencia independiente. Son demasiado sagrados los derechos de todos los soberanos en sus respectivos territorios, y es también demasiado arriesgado el ejemplo de una rebelión para que S. M.

se ponga a apoyarla a cara descubierta.[21]

LA MISIÓN CLANDESTINA DE ARTHUR LEE QUE IRRITA A LA CORTE

Los emisarios americanos necesitan atar el apoyo español e insisten en visitar la corte en Madrid. El elegido para la misión es el virginiano Arthur Lee. El 25 de enero solicita a Aranda verle y el embajador lo recibe esa misma tarde, de nuevo con el conde de Lacy como traductor.22

—Tenemos por conveniente que uno de los tres pase a la corte de Madrid —

informa Lee—. Para ello me hallo dispuesto yo mismo, lo que vengo a participarle y practicaré en breves días. Le pido prevenga de ello con anticipación a su corte.

—¿Consideran indispensable este paso? —cuestiona Aranda, suspicaz.

—Sí, porque aunque en el objeto general bastaría entenderse en esta Corte para con las dos, hay otros cabos particulares relativos a la sola España que exigen en aquella corte la presencia de uno de los diputados.

Aranda comprende que los americanos están empecinados y ya no opone

resistencia. Ni lo aprueba ni disuade al escogido para el viaje. Pero le advierte de la necesidad de pasar inadvertido:

—Convendría guardarse enteramente el incógnito dándose por inglés en su viaje y haciéndose conocer solamente del secretario de Estado del rey católico.

Asiente Lee, que insiste en su ruego de que anticipe la noticia de su partida para que conste a su llegada. El embajador se compromete a hacerlo y a darle «una carta sencilla expresando solamente su nombre».

Después de recoger el escrito de presentación prometido, el 7 de febrero parte rumbo a España, con el propósito de llegar «con el tiempo suficiente para conseguir las mayores ventajas del crítico estado de la presente situación». El viaje causa profundo enojo en la corte madrileña. Escribe Grimaldi a Aranda desde El Pardo:

Esta noticia ha sido de disgusto para el Rey, porque sobre no ser necesario el viaje del diputado, mediante que las Cortes de España y Francia proceden de acuerdo en todo y estaban tratando unidamente

con los tres diputados ahí, halla también S. M. grave inconveniente en que Lee se presente en un pueblo como Madrid, en donde fácilmente sería descubierto, por más precaución que se tome, y podrán resultar fuertes reconvenciones de parte del embajador de Inglaterra, que nos pondrán en grande embarazo, no deseándose por otro lado disgustar o exasperar a los colonos.23

Poco después, Grimaldi manda avisos al regente de Pamplona y al administrador

de correos de Burgos. Si el obstinado americano pasa por esas ciudades, deben entregar una carta para él en inglés de Diego de Gardoqui, un comerciante bilbaíno clave en las relaciones con los americanos.24

Tras pasar por Nantes, Burdeos y Bayona, Arthur Lee cruza los Pirineos el 23 de febrero. Se hace pasar por un inglés en viaje de negocios. El día 26 ya está en Vitoria, desde donde anuncia a sus compañeros Franklin y Deane que espera llegar a Madrid antes de tiempo:

Voy ya muy adelantado en mi viaje, que, con la propina de seis doblones más, voy a terminar dos días antes de lo que en un principio se había acordado. Así que si no ocurre ningún accidente, llegaré a mi destino el día 6 del mes próximo.25

Al franquear el paso de Pancorbo, la impresión que le causan Castilla la Vieja y sus habitantes es pésima. Allí, afirma, «el orgullo, la pobreza y la suciedad reinan por doquier»:

Los castellanos se parecen mucho a los indios, pero más feos, y su suciedad y olor a ajo los hace más desagradables que la pintura y la grasa de cerdo salvaje con que estos se embadurnan. Los españoles parecen ignorar que en el mundo existan más pueblos que el francés, al que odian a muerte. No hay acomodo para los viajeros y nadie les muestra la más mínima atención, como no sean las pulgas y otros insectos que en enjambres acuden a presentarle a uno sus respetos. Desde la cuadra, que es el habitáculo común de los caballos, asnos,

mulas, perros, cerdos, mendigos y vagos, se sube hasta la habitación, donde te reciben toda clase de pulgas y piojos, y donde todo está tan sucio como si este detestable pueblo profesara una hidrofobia general y constante. Eso sí, están muy atentos a exigirte el dinero a cambio de su suciedad, y a sisarte y robarte. El país es montañoso; apenas se puede ver un árbol y pocos cultivos. Se parece a Escocia más que a cualquier otro sitio que yo haya visto hasta ahora, y espero no tener nunca el honor de ver un país que se acerque mucho a este.26

El último día de febrero, ya habiendo oscurecido, Lee entra en Burgos. No irá más lejos. Al conocer su llegada a la ciudad, el administrador de correos le entrega la carta escrita por Gardoqui que le había hecho llegar Grimaldi. En ella le indica que no siga a la capital, ya que

en una ciudad tan pequeña como Madrid será absolutamente imposible guardar el incógnito, ya con propio ya con ajeno nombre, y que V. será desde luego espiado aquí por alguien que tiene en ello verdadero interés, y que por consiguiente no podrá V. tratar con los ministros sin perjudicar en el más alto grado a las colonias en sus propios negocios y colocar además a esta corte en discordia sin éxito alguno.27

Le emplaza a permanecer en la ciudad del Cid, donde lo encontrarán Grimaldi y el propio Gardoqui. Con evidente decepción, Lee se limita a contestar: «He recibido su carta del 17 y, conforme a su petición, le espero en esta ciudad».28

Allí llega el comerciante bilbaíno el 2 de marzo. Diego María de Gardoqui y Arriquíbar, miembro de una familia vizcaína con solera, está educado en Inglaterra. A través de la compañía familiar Gardoqui e Hijos mantiene una intensa relación comercial con Gran Bretaña y se mueve como pez en el agua entre los funcionarios de la corte en Madrid. Su papel en el envío de suministros a los rebeldes y más tarde en las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos será fundamental.

Gardoqui va preparando el terreno en Burgos para la llegada, dos días después, de Jerónimo Grimaldi. Este veterano político y diplomático de origen genovés, con título de marqués, es despreciado por no ser español y ha caído en desgracia tras el fracaso de la invasión de Argel

de 1775.29 Cuando se entrevista con Lee, ya ha presentado su

dimisión como secretario de Estado y se dirige a su nuevo destino como embajador ante los Estados Pontificios. Lo sustituye como canciller el murciano José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca, precisamente el diplomático que deja libre el puesto en Roma.

Arthur Lee, por su parte, es un médico devenido diplomático que procede de una

ilustre estirpe de Virginia. Su hermano Richard Henry Lee es uno de los padres fundadores de los Estados Unidos. Arthur tiene un carácter insoportable y a su compañero en París Silas Deane lo tiene harto con sus desprecios. A decir de Benjamin Franklin, no es el único caso:

Aprecié vuestro talante celoso, suspicaz, malévolo y pendenciero, que a diario se manifestaba contra Mr.

Deane y casi contra cualquier persona con la que teníais relación.30

Nadie quiere perder el tiempo. Esa misma noche se reúnen los tres hombres que se han citado en Burgos. Se diría que con Arthur Lee los encuentros nocturnos se convierten en norma. El comisionado norteamericano sigue empeñado en seguir hasta Madrid para demostrar ante la corte lo importante que es para España y Francia «la separación de las colonias americanas de la Monarquía británica».

—Dudamos de que los socorros que las dos coronas puedan darnos por el método

disimulado hagan el efecto necesario, tanto por ser tardíos como por no producir en nuestra nación el aliento que les daría si viesen que España y Francia adoptan abiertamente su partido —explica Lee.

—De ningún modo le conviene para sus propios intereses el pasar a Madrid —

replica Grimaldi, tajante—, pues constándome que Su Majestad está muy ajeno de emprender guerra contra la Inglaterra, y por consiguiente de no dar paso que se pueda interpretar como acción hostil contra aquella potencia, seguramente serían inútiles todas sus

representaciones. Al contrario, podría su presencia en Madrid causar disgusto al Rey y a su ministerio, y resultarles el no sacar aquellos auxilios que por medios indirectos podrían facilitarles algunos vasallos españoles y señaladamente don Diego Gardoqui.

En todo caso, Grimaldi deja clara la disposición de Carlos III a apoyar a las colonias sublevadas y le avanza los movimientos en marcha en las fuerzas navales hispanofrancesas:

—Las dos cortes de España y Francia, recelosas de los armamentos ingleses en Europa, se ven en la precisión de tomar medidas de precaución armando algunas escuadras. Este mismo hecho producirá en la corte británica una parte de ese efecto que usted desea, esto es, de no emplear todas sus fuerzas contra las colonias, desguarneciéndose en Europa. Según mis cálculos, es imposible que ni la corte de España ni la de Francia crean favorable el momento actual para mover guerras en Europa.31

Nuevo jarro de agua fría para Lee. Tras ver frustrada su intención de comparecer en Madrid, las esperanzas de que España reconozca a corto plazo a los Estados Unidos se desvanecen. El diputado americano, no obstante, entrega a Grimaldi un memorial que traía preparado, en el que recalca que la neutralidad de España y Francia deja a los británicos el campo abierto para obrar con toda su fuerza:

Si la Gran Bretaña consigue por otra vez reforzarse con la América, bien sea por conquista o acomodo, será en vano amenazarla con la guerra, porque como a la América hasta ahora solo se la ha contemplado como a Hércules en la cuna, la Gran Bretaña, unida de nuevo con un poder tan crecedero, reinará sobre su aborrecido y será el irresistible árbitro de Europa. Este, pues, es el momento en que el poder de España y Francia podrá cortar las alas de su vuelo para siempre.32

La conversación a la luz de las velas se dilata. Son muchos los frentes que atender.

Al carecer todavía de moneda propia, Lee pide un crédito español para el Congreso americano. Las necesidades son extensas, desde mantas hasta anclas o incluso agujas.

Grimaldi le sugiere que recoja todas en una lista y él pedirá a

Gardoqui y a varios ministros que faciliten lo que se pueda. El secretario de Estado tampoco olvida el ofrecimiento que se hizo llegar a Luis de Unzaga de apoderarse de Panzacola para devolvérsela a España, del que no se ha vuelto a saber. En la conversación, indica que Carlos III no ambiciona «extensión de posesiones», pero puede «convenir mucho a los colonos aquella conquista, para sacar con facilidad socorros de las islas españolas y francesas».33

Arthur Lee da largas. Dice ignorar tal proposición, aunque garantiza, en cambio, que los territorios españoles en Centroamérica y Sudamérica «no serán molestados».

Grimaldi, según la versión del enviado americano, apostilla que la corte española «está persuadida de que sus dominios corren un peligro mucho menor con una república comercial que con un monarca ambicioso».34

El marqués, que no recoge ese comentario en su propio relato de la entrevista, ve en el diputado un «carácter moderado, y de entendimiento, al parecer», aunque también

«algo fuerte de opinión».35

Concluido el prolongado e intenso encuentro, los tres quedan en volver a verse en Vitoria unos días después. Lee entrega la lista de peticiones que le ha sugerido Grimaldi, pero también, erre que erre, una carta para que le transmita a Carlos III que si fuera a Madrid atendería mejor «las graciosas intenciones que S. M. pueda tener de asistir a los Estados Unidos». En cualquier caso, reconoce que las colonias necesitan

«unos fondos considerables para mantener la contienda» y suplican «la asistencia de las potencias amigas, y como a tal, de ninguna esperan más que de S. M. el Rey de España».36

Grimaldi echa humo con su testarudez. Celebra como un «éxito» hacer retroceder a Vitoria «a este hombre que Aranda», dice, les «ha encajado aquí» y que tanto los

«embaraza». Así se lo expone en otro escrito a Floridablanca aún desde Burgos, convencido de que saldrán «de este mal paso» y de que, en caso de que el encuentro que ha mantenido con él llegue a oídos de Inglaterra, se le podrá hacer constar «que el Rey no ha querido admitirle en España».37

La carta de Grimaldi sirve para «tranquilizar» a Su Majestad. El rey

respalda los argumentos empleados para persuadir al diputado americano de que vuelva a Francia y exponerle el rechazo de las dos potencias borbónicas a declarar la guerra a Gran Bretaña. No obstante, subraya que la suerte de las colonias interesa «muy vivamente» a España y «se hará por ellas cuanto permitan las circunstancias».38

El marqués, Gardoqui y Lee vuelven a verse las caras en la ciudad alavesa el 13 de marzo, según lo acordado. Desde el otro lado del océano, las noticias sobre las victorias de Washington en Nueva Jersey insuflan optimismo sobre la causa americana. Para no variar, la nueva reunión se celebra en la oscuridad de la noche. Con el respaldo real bajo el brazo, Grimaldi concreta algunas medidas:

—Vasallos españoles podrán suministrarles socorros desde España o desde la Nueva Orleans, y señaladamente la casa Gardoqui, y el conde de Aranda tendrá medios para facilitarle algún crédito en Holanda, o acaso, si lo necesitase, en algún puerto de Francia, pues aquel embajador del rey tiene orden de entenderse con el ministerio francés y caminar de acuerdo en las medidas que las dos cortes juzguen tomar según las circunstancias.

—¿A cuánto ascenderá? —se interesa Arthur Lee—. Es muy importante que pueda informar cuanto antes a los Estados hasta qué punto se valoran en Europa.

—Eso no está aún establecido, ya que debe recibirse primero su respuesta —

responde Grimaldi—. Pero probablemente será en varios plazos.39

En realidad Grimaldi sabe que Su Majestad ha resuelto dar de momento a los rebeldes «un socorro de quinientas mil libras tornesas, para en géneros del país (de que se tratará después directamente con Gardoqui), y para en dinero». Pero Floridablanca no quiere que se lo desvele a Lee:

Parece del caso no expresar al diputado la suma fija, así para excusar reconvenciones, si la juzgare corta, como para no comprometernos y estar en libertad de irla aumentando, según el tiempo y las circunstancias.40

En cuanto a la toma de Panzacola por los colonos, de la que se había

hablado en Burgos, Lee aporta en Vitoria un plan con el que a todas luces espera seducir a los españoles:

Despachar una pequeña embarcación con bandera americana, tripulándola los marineros de la misma nación que sacaría de los navíos que están en Bilbao y de uno que está en Burdeos, a la Carolina meridional para animar a aquella provincia a apoderarse de Panzacola y de la Florida.[41]

De otro modo, sostiene, no le sería «fácil sacar socorros de la Nueva Orleans».

Grimaldi se da por enterado, pero desconfía: «No me he opuesto a esta idea, siempre que pueda ejecutarla», confiesa al concluir esta nueva conversación. Lo cierto es que los americanos jamás llevarán a cabo esa conquista. Le tocará hacerlo a España.

El 21 de marzo Arthur Lee sale de Vitoria y unos días después, para alivio de la corte española, cruza al fin la frontera de vuelta a Francia. Grimaldi advierte de su escasa fiabilidad para que el embajador en París esté ojo avizor:

Me parece convendría prevenir al Sr. Conde de Aranda los términos precisos en que me he explicado con el diputado Arthur Lee, porque se puede recelar que este, con el fin de sacar más partido, le suponga ofertas mayores o más positivas de las que yo le he hecho, en las cuales he tenido el mayor cuidado, para que no suene empeños de nuestra Corte ni esperanzas de determinadas cantidades.[42]

Una vez el viajero de vuelta en la capital francesa, el embajador español recibe de nuevo a los tres representantes americanos el 5 de abril. Ni que decir tiene que la reunión se celebra de noche. Tras el pormenorizado relato de Lee de cuanto departió en España con Grimaldi y Gardoqui, quien suelta una inesperada bomba es Franklin:

«Acabo de recibir del Congreso una orden para pasar yo mismo a España como embajador».

Aranda se queda de piedra. Después de todas las advertencias de lo inconveniente que resultaba que fueran a Madrid y de las maniobras de Grimaldi para impedirlo,

¿ahora esto? El embajador pone pie en pared y los convence para mantener las relaciones con la corte a través de él. Más aún, para evitar que sus visitas den que hablar a los espías británicos pide «que no frecuenten» su casa, ni siquiera «en horas oscuras», y que le hagan llegar por escrito sus deseos.43

El doctor Franklin no tiene más remedio que posponer su viaje a España «hasta que las circunstancias lo hagan más adecuado». Sabe que no es el momento oportuno y que

«el Congreso no querría hacer nada que pueda incomodar en lo más mínimo a una Corte a la que tanto respeta».44 En realidad, nunca llegará a ejercer como ministro plenipotenciario en Madrid.

Con todo, los roces diplomáticos no impiden que la ayuda prometida por España

salga adelante. El Misisipi se convierte en la arteria por la que fluyen los auxilios españoles que dan vida a la revolución. Ya en 1776 el gobernador Unzaga había acordado con el comerciante escocés-irlandés Oliver Pollock, afincado en Nueva Orleans, armar un *bateau* con bandera y capitán españoles para transportar nueve mil libras de pólvora procedentes del almacén real hasta el necesitado fuerte Pitt. Otras mil libras irían a Virginia con el capitán Gibson, que previamente ha permanecido entre barrotes bajo cargos falsos para ocultar los auténticos fines de la operación.

El trasiego de munición y otros bastimentos continúa en los años siguientes.

Además de mantas que Gardoqui se ha comprometido a ir a buscar a Burgos y Palencia, se destinan cuatro millones de reales de vellón a adquirir 216 cañones de bronce, 209

culebrinas, 4.000 tiendas de campaña, 12.826 granadas, 30.000 fusiles, 30.000 bayonetas, 30.000 uniformes militares, 51.314 balas y 300.000 kilos de pólvora. En 1778 se añadirán

18.000 mantas, 11.000 pares de zapatos y 41.000 pares de medias y piezas de tela para la confección de camisas, además de medicinas y gran cantidad de tela para tiendas de campaña adicionales. Todo suministrado a través de la compañía de la familia Gardoqui por

importe de 600.000 reales de vellón. Los fondos proceden de la Tesorería General de Guerra y la Administración de Rentas Provinciales.

Así pues, en los primeros años de la guerra España logra esquivar la presión de los americanos. Evita involucrarse de forma abierta en un conflicto que, de momento, no le conviene, al tiempo que proporciona a los rebeldes de forma clandestina los medios para combatir a los británicos y propiciar así su desgaste. Pero ese doble juego no durará mucho. Tarde o temprano la corte de Carlos III debe tomar una decisión que marcará el curso de los acontecimientos.

3

En guerra contra Inglaterra

AMENAZAS, SAQUEOS Y ULTIMÁTUM A GRAN BRETAÑA

El primer día del año 1777 toma posesión en Nueva Orleans un nuevo gobernador para la Luisiana: Bernardo de Gálvez. El militar de Macharaviaya,[1] nombrado el año anterior coronel del Regimiento Fijo de la Luisiana y luego gobernador interino de la provincia, se ha bregado en la guerra de Portugal, en la Nueva España y en el desastre español en Argel de 1775, entre otros destinos. Muy ligado a su tío José, ministro para las Indias, el perfil castrense de Gálvez viene como anillo al dedo en los agitados tiempos que se avecinan.

La tensión prebélica va en aumento. España se ve empujada cada vez más a la guerra. La tentación de aprovechar las dificultades de Gran Bretaña en Norteamérica para recobrar los territorios que le arrancó años atrás es demasiado poderosa. El actual pariente de Su Majestad Católica en el trono francés, Luis XVI, se inclina cada vez más por tomar partido por los insurgentes. Y, por si fuera poco, España ha recuperado ya lo que Portugal le había arrebatado en el río de la Plata. En junio de 1777 los dos países firman un armisticio. Eso disipa los vientos de contienda entre los vecinos ibéricos, pero elimina también un factor que frenaba el choque directo de España con Gran Bretaña.[2]

Mientras, los barcos de guerra británicos patrullan el Misisipi y el lago Pontchartrain, justo al norte de Nueva Orleans. Una provocación que en cualquier momento puede causar algún encontronazo. En abril, uno de esos buques, para más inri nombrado *West Florida*, osa capturar tres embarcaciones en el mencionado lago. En represalia, y para hacer respetar las normas comerciales vigentes, Gálvez incauta 19

barcos retenidos por los británicos en las orillas españolas. A su vez, el capitán de la corbeta *Atalanta*, Thomas Lloyd, decide descender desde Baton Rouge a Nueva Orleans para reclamar que se devuelvan los barcos confiscados. Sus 18 cañones se plantan frente a la ciudad en actitud intimidatoria. Pero Gálvez no se arredra. Se mantiene firme y, por lo que pudiera pasar, solicita un par de buques de refuerzo a La Habana. Finalmente, el *Atalanta* se escurre Misisipi abajo con el pretexto de perseguir a un barco americano.

Las hostilidades no llegan a estallar. Por el momento.[3]

La Luisiana se prepara para la guerra. La corte dota a la provincia de un nuevo batallón con reclutas de las islas Canarias y la Nueva España, y crea un fondo de 40.000

pesos anuales para fomentar la inmigración de mano de obra, de la que hay grave escasez. También adopta medidas para que barcos españoles y franceses sustituyan a los británicos en el tráfico comercial, a la vez que permite los intercambios directos con Francia y la venta de tabaco al monopolio real de México. Además, la exportación de pieles a España estará exenta de impuestos durante diez años.[4]

Un nuevo roce con los británicos, ya en 1778, eleva aún más la tensión. James Willing, comerciante de Filadelfia que ha vivido una temporada en Natchez, sale en enero de ese año del fuerte Pitt con destino a Nueva Orleans en el buque *Rattletrap*.

Lleva consigo una treintena de hombres y el respaldo del comité de comercio del Congreso Continental. Su propósito, además de regresar con suministros río arriba, es que la Florida Occidental se una a la causa rebelde. Al descender el Misisipi se lanza a saquear plantaciones y propiedades de colonos lealistas, incluyendo esclavos y embarcaciones. También se hace con una patrullera británica que le sale al paso. En Natchez, población situada en el lado británico, reclama la adhesión de los habitantes a la independencia.

Las quejas desde Panzacola no tardan. Los británicos despachan un buque de guerra a Nueva Orleans. De nuevo, la amenaza a tiro de cañón. Al no estar España en guerra, Willing se convierte en un huésped incómodo. Gálvez le obliga a marcharse.

Ordena también un juramento de neutralidad a americanos y británicos, pero estos se oponen y el gobernador retira la orden. Willing sale al fin de Nueva Orleans, aunque no se le permite llevar los suministros al norte y se dirige a Filadelfia. Acaba apresado en el mar por los británicos.[5]

El incidente hace que Gran Bretaña aumente sus patrullas por el Misisipi. En consecuencia el flujo hacia el norte de pertrechos españoles para los rebeldes se interrumpe. Gálvez vuelve a pedir refuerzos, reorganiza la milicia y mejora las defensas. Además, una visita del capitán Jacinto Panis a Panzacola, organizada supuestamente para limar asperezas, es aprovechada para espiar los efectivos y condiciones de esa plaza y la cercana Mobila.[6]

Esta última está «muy expuesta» y sus fortificaciones «en muy mal estado», sin que el gobernador inglés haya tomado providencias.[7] En cuanto a Panzacola, confiesa que se trata del «mejor puerto conocido en todo este Golfo», gracias a su resguardo de los vientos y la barra de la entrada.

Su población casi a la orilla del mar, muy arenosa, se compone de unas cien casas poco más, construidas todas de madera y de solo un alto la mayor parte de ellas, habiendo por cerca de doscientos moradores,

sin contar los negociantes pasajeros que allí se relevan con corta diferencia de aumento o disminución según la circunstancia de sus intereses.

La plaza dispone de «siete cañones de 32 y diez de 24», además de cincuenta o sesenta piezas que coronan el recinto «con algunos pocos morteros», aunque «no son de mucha defensa por su cortedad, pues todos son para el servicio de marina».[8]

Mientras el gobernador de la Luisiana lidia con las bravuconadas británicas, a miles de kilómetros tiene lugar un hecho trascendental para la guerra. El 6 de febrero de 1778, deja de ser la simple lucha de unos súbditos británicos contra su metrópoli y alcanza dimensión internacional. De una parte, Benjamin Franklin, Silas Deane y Arthur Lee, representantes del Segundo Congreso Continental, y de otra, el diplomático Conrad-Alexandre Gérard de Rayneval, en nombre del rey de Francia Luis XVI, firman ese día en el Hôtel de Crillon de París el tratado de alianza y el tratado de amistad y comercio que tanto ansiaban los rebeldes. Los documentos incluyen el reconocimiento francés de la independencia de los Estados Unidos de América y apoyo mutuo en múltiples campos. También suscriben una cláusula secreta por la que se permite a España y otros países incorporarse a la alianza.[9] Este paso aboca a Francia a entrar de lleno en la guerra contra Gran Bretaña.

España se mantiene al margen por ahora. No se siente todavía preparada para otra guerra. Antes de dar el paso necesita cargarse de razones. Prefiere de momento adoptar un papel de mediadora, seguir facilitando ayuda financiera y provisiones a los rebeldes y sacar la mejor tajada posible. En el fondo, su objetivo prioritario no es otro

que sacarse la gran espina que lleva clavada desde 1713: Gibraltar. Pero esa es una pieza difícil de cobrar ejerciendo de mero árbitro. Todo apunta a que España no tendrá más remedio que entrar en la contienda.10

Entre tanto, en Norteamérica, los rebeldes llevan la guerra a las puertas de la Alta Luisiana española. El virginiano George Rogers Clark se hace en el verano de 1778 con la parte este del país de Ilinueses, la que Gran Bretaña obtuvo de Francia en 1763. Al mando de unos ciento setenta hombres armados desde Nueva Orleans con la connivencia española, el 4 de julio se apodera sin resistencia de Kaskaskia, al otro lado del río, frente a Santa Genoveva. Justo dos años después de la declaración de independencia. Al día siguiente cae Cahokia, enfrente de San Luis, y en agosto, Vincennes, más al este, en la ribera del río Wabash. Los británicos recuperan esta última población en una contraofensiva, pero en febrero de 1779 Clark vuelve a capturarla.11

En Europa sigue la tensión diplomática. El conde de Floridablanca envía el 3 de abril de 1779 un ultimátum a Gran Bretaña. Nueve días después suscribe la convención de Aranjuez, una alianza entre España y Francia para el caso de que Londres no acepte las condiciones exigidas. Una negativa perfectamente previsible.12 Según Carlos III, a pesar del particular esmero que hemos puesto hasta ahora en buscar medios de evitar las calamidades de una guerra, vemos estrecharse los lances cada día más y recelamos con bastante fundamento que nos precisen al cabo a tomar parte en ella nuestro propio decoro, la seguridad de nuestros vasallos y los vínculos de amistad y parentesco que nos unen con el Rey Cristianísimo.

Al no producir «efecto alguno favorable los oficios de paz practicados con el ministerio británico», el acuerdo establece que

ha llegado el caso de recelar justamente Su Majestad Católica que la Corte de Londres procura tomarse tiempo para llevar adelante las agresiones e insultos meditados y ejecutados, no solo contra la misma Francia, sino también contra los dominios ultramarinos de la España y contra su pabellón, el cual ha sido ofendido repetidas veces, sin que hasta aquí se haya logrado satisfacción alguna, no obstante las muchas reconvenciones hechas al ministro inglés. En tales circunstancias, para el caso de no tener mejores efectos los esfuerzos últimos practicados

por el Rey Católico con el objeto de lograr el beneficio de la paz, se ve Su Majestad en la sensible necesidad de tomar parte en la guerra, a fin de precaver e impedir los gravísimos daños que amenazan a todos sus amados vasallos de ambos mundos, y también para satisfacer la amistad y empeños de esta Corona, conforme a los Tratados que entre ellas subsisten. Para esto han acordado Sus Majestades Católica y Cristianísima, en explicación y exacta ejecución de dichos Tratados y especialmente del artículo 16 del Pacto de Familia, concertar las operaciones de guerra para el caso de que esta se verifique, y las condiciones o ventajas que los dos altos contratantes han de procurar adquirir o establecer en el tratado en que se proporcione la paz.

El articulado expresa que, en caso de que Londres no admita las condiciones propuestas el 3 de abril, Carlos III «entrará en guerra con el Rey y Corona de Inglaterra y hará causa común con Su Majestad Cristianísima». Reconoce el propio texto que «ya se ha empezado a hablar y convenir» el plan de operaciones para las fuerzas de mar y tierra de ambas coronas, que incluye «una invasión en los dominios de Europa pertenecientes a la Gran Bretaña». Se comprometen también a «no escuchar proposición alguna, directa o indirecta, de la parte del enemigo común, sin comunicársela recíprocamente».

España, no obstante, sigue marcando distancias con unos colonos rebeldes a los que aún no permite tratar de tú a tú. El propio acuerdo especifica que, aunque el rey francés sí reconoce la independencia de los Estados Unidos, Carlos III no lo hace al carecer de tratado alguno «en que se arreglen sus intereses recíprocos», aunque desea

«procurar a los Estados Unidos todas las ventajas a que aspiran y puedan obtenerse».

El texto pasa después a enumerar los objetivos de cada potencia en esta guerra y que aspiran a ver reflejados en un eventual tratado de paz. La causa de los americanos, por mucha simpatía que pueda despertar, es ante todo una excusa para ajustar viejas cuentas con Inglaterra.

Francia reclama su derecho a «hacer en Dunkerque los trabajos de mar o tierra que juzgue necesarios», la «expulsión de los ingleses de la isla y pesca de Terranova», la libertad absoluta e indefinida del comercio de las Indias Orientales, recuperar Senegal y la libertad de comercio en las costas de África fuera de los establecimientos ingleses, la

«posesión irrevocable» de la isla Dominica y la abolición del tratado de comercio firmado con Inglaterra en Utrecht en 1713.

El rey español, como no podía ser menos, se marca como primer objetivo la

«restitución de Gibraltar». Además, la «posesión del río y fuerte de la Mobila», la

«restitución de Panzacola con toda la costa de la Florida correspondiente al Canal de Bahamas hasta quedar fuera de él toda dominación extranjera», la «expulsión de los ingleses de la bahía de Honduras y la observancia de la prohibición pactada en el último Tratado de París de 1763 de hacer en ella ni en los demás territorios españoles establecimiento alguno», la «revocación del privilegio concedido a los mismos ingleses de cortar el palo de tinte en la costa de Campeche» y la «restitución de la isla de Menorca». Además, si Francia logra Terranova, permitirá pescar en sus caladeros a los súbditos españoles. Del mismo modo, en caso de que España impida a los ingleses acceder al palo de Campeche, concederá ese privilegio a los franceses.

La determinación de ambos monarcas de no claudicar es firme. Se comprometen a

hacer todos sus esfuerzos para procurarse y adquirir todas las ventajas arriba especificadas, y de continuarlos hasta que hayan obtenido el fin que se proponen, ofreciéndose mutuamente no deponer las armas ni hacer tratado alguno de paz, tregua o suspensión de hostilidades sin que a lo menos hayan obtenido y asegurado respectivamente la restitución de Gibraltar y la abolición de los tratados relativos a las fortificaciones de Dunkerque, o en defecto de este, otro cualquiera objeto de la satisfacción del Rey Cristianísimo.[13]

Quedan meridianamente claras las metas que Francia y España persiguen con la guerra. La independencia de los Estados Unidos es una pieza más en el tablero de juego mundial en el que pugnan entre sí las grandes potencias europeas.

Como era de prever, los ingleses hacen caso omiso al ultimátum. El tratado suscrito el 12 de abril por los reyes español y francés entra en vigor. España declara la guerra a Gran Bretaña el 21 de junio de

1779.[14]

ESPAÑA AFILA SUS ARMAS: «SABRÁN CUMPLIR LA VOLUNTAD DEL REY»

Bernardo de Gálvez convoca una junta de guerra urgente el 13 de julio de 1779. Aún no ha llegado a Nueva Orleans la declaración oficial, pero sabe que el conflicto está a punto de estallar. El 18 de mayo le han avisado desde Madrid de que es inminente.[15] No hay más que respirar el ambiente: los británicos lanzan cada vez con más frecuencia a los nativos a perseguir a los americanos en el Misisipi y acumulan tropas de refuerzo en Panzacola.

Además, Gálvez cuenta con información privilegiada. En un golpe de fortuna, ha interceptado una carta del comandante de la Mobila, Elias Durnford, para William Horn, de Natchez, que pone al descubierto las líneas maestras del plan británico para hacerse con Nueva Orleans y controlar la Luisiana y el Misisipi.

La idea consiste en lanzar en la primavera de 1780 un doble ataque masivo y simultáneo desde el norte y desde el este para estrangular la ciudad. Por una parte, unos quince mil hombres, entre indígenas aliados y tropas del fuerte Detroit y de Montreal, descenderán por el Misisipi. A su paso, capturarán las plazas españolas de San Luis y Arkansas, anulando de este modo su contribución a la defensa. Finalmente, se presentarán en Manchac, a las puertas de Nueva Orleans. Mientras, la segunda ofensiva partirá de Panzacola, el gran bastión de la Florida Occidental británica, con un número similar de efectivos, si bien en este caso con mayor proporción de británicos. Si la estrategia funciona, los españoles quedarán atrapados en la capital de la Luisiana como por una gran tenaza. Pero, además, Gran Bretaña eliminará la amenaza de los rebeldes al oeste de las colonias y cortará de raíz su aprovisionamiento por los españoles a través del Misisipi y su afluente el Ohio.[16]

A la junta en casa del gobernador acuden los oficiales de graduación y capitanes de la guarnición. Se palpa la severidad del momento. Gálvez expone sin tapujos «las circunstancias críticas en que se halla esta ciudad y provincia en caso de rompimiento de guerra con los ingleses». Sus fuerzas ascienden a ochocientos hombres de tropas veteranas que «han juntado en Natchez, Baton Rouge y Manchac, sin

contar con una compañía de *rangers*, cazadores y milicianos», así como un «número crecido de indios a su devoción». Eso sin incluir otra cantidad de tropas que esperan de Panzacola.

La Luisiana española, en cambio, tan solo dispone para su defensa de unos seiscientos hombres. De ellos, 450 reclutas instruidos a toda prisa. Pero eso no es todo.

Gálvez despliega sobre la mesa un plano exacto del curso del Misisipi, lagos y esteros.

Observa con preocupación:

—Se ve lo abierto, la facilidad y la multitud de puntos en que podemos ser atacados, no obstante las prudentes precauciones y preparativos tomados hasta el día de construir galeotas, lanchas cañoneras y otros barcos ligeros y propios para descubierta y dar avisos, de haber levantado baterías, compuesto estacadas y reedificado fuertes, pues con todo nos vemos sin abrigo.

El gobernador pasa a leer solemnemente la carta de Su Majestad del 21 de octubre del año anterior en la que pide acometer «los posibles esfuerzos para conservar en su Real Dominio esta ciudad y provincia». Y subraya:

Conocerán que este es el primer móvil de la obligación de todos y que animados con el título de fieles vasallos y del honor de sus empleos, como así mismo del espíritu patriótico propio de la nación española, sabrán en la ocasión esmerarse en cumplir la voluntad del Soberano.

A la vista de los documentos que tienen ante sí, pide escuchar las opiniones de los vocales de la junta. Uno tras otro, sugieren reforzar la defensa de Nueva Orleans.

Consolidar la estacada, aumentar el foso, cavar trincheras, construir reductos, establecer centinelas… La prioridad, vienen a coincidir, es garantizar la seguridad de la capital.

—No siendo posible defender los demás puestos de la provincia a causa de las cortas fuerzas que hay en ella, como por estar situados a demasiada distancia de esta capital, se darán órdenes a los comandantes para que en caso de ser atacados, capitulen lo mejor que

puedan a favor de los vecinos establecidos en ellos o que se retiren a esta plaza —llega a recomendar Manuel de Nave, capitán del Regimiento Fijo de la Luisiana.

—Aun cuando no fuese el principal objeto del enemigo la toma de esta capital, como debe siempre considerarse una vez reunidas en ella todas nuestras fuerzas, podrán atenderse con mayor acierto las necesidades exteriores —razona el capitán del Regimiento de España Hilario Remírez—. Soy de parecer que, lejos de esparcirlas, se conserven en ella.

Pero Bernardo de Gálvez no piensa quedarse en Nueva Orleans a esperar la embestida inglesa, como le plantean los asistentes a la junta. Siguiendo el viejo aforismo militar, la mejor defensa es golpear primero: se lanzará a atacar los puestos ingleses en el Misisipi. Debate zanjado.[17]

La noticia de la declaración de guerra llega al fin a la Luisiana,[18] pero Gálvez exige a sus comandantes mantenerla en secreto. Al mismo tiempo ordena prepararse para un ataque fulgurante a Manchac y Baton Rouge y permanecer en guardia ante una posible ofensiva enemiga.[19]

Aunque Gálvez no ha esperado a recibir órdenes, su tío José, ministro de Indias, transmite desde Madrid la estrategia general española en el teatro norteamericano el 29

de agosto de 1779. Se trata de un plan conjunto con los americanos para barrer a los británicos de la costa del golfo de México, el Misisipi y la Florida:

El Rey ha determinado que el principal objeto de sus armas en América durante la guerra contra los ingleses sea arrojarlos del Seno Mexicano y orillas del Misisipi.

Su Majestad desea que, «sin demora alguna», se organice

una expedición compuesta de las fuerzas de Mar y Tierra que puedan juntarse y se acometa a la Mobila y Panzacola, que son las llaves del Seno Mexicano, destacando antes o después divisiones que recorran y

limpien de ingleses las márgenes del Misisipi, el cual debe mirarse como el antemural del vasto imperio de Nueva España.

El rey quiere que «esta expedición la mande en jefe el brigadier don Bernardo de Gálvez, gobernador propietario de la Luisiana», al cual prefiere frente «a otros oficiales de más años de experiencia, y sin duda más a propósito para cualquier otra empresa».

Al mismo tiempo que Gálvez invade por mar y tierra Panzacola y la Mobila, tres mil hombres de los Estados Unidos «embestirán» contra San Agustín de la Florida y «tal vez harán otra diversión por las orillas del Misisipi».[20]

Gálvez planeaba lanzar el ataque al fuerte Bute de Manchac unas fechas antes de la emisión de esa carta, el 23 de agosto. Sin embargo, en vísperas del día D, la furia de uno de los huracanes más destructivos de la época se ceba con las embarcaciones que iban a trasladar a las tropas. Solo se mantiene a flote la fragata *Volante*. Pese a la devastación general, el comandante en jefe se reafirma en sus planes. No quiere que los ingleses, menos afectados por el ciclón, tomen la iniciativa. El factor sorpresa es la clave.[21]

Entre tanto, desde Londres se dan instrucciones ante el nuevo frente que se va a abrir en Norteamérica. De nuevo toca enfrentarse a España, todavía una potencia temible a la que no conviene menospreciar. El 17 de junio de 1779, antes incluso de que Madrid declare oficialmente la guerra, lord Germain encarga al gobernador del Canadá, Frederick Haldimand, montar un ataque desde el norte contra los españoles y los americanos establecidos en el país de Ilinueses.[22] Ocho días después remite al general Campbell de Panzacola la orden de atacar la Luisiana española por el sur, empezando por Nueva Orleans. Tras tomar la ciudad, debe ascender por el Misisipi hasta unirse en Natchez a la ofensiva procedente de los Grandes Lagos.[23] Es la estrategia de la tenaza que ha destapado Gálvez con la carta de Elias Durnford.

Los casacas rojas activan en la parte baja del Misisipi los preparativos para la guerra. El coronel inglés Alexander Dickson erige el fuerte Nuevo Richmond en Baton Rouge mientras que en la cercana Manchac el fuerte Bute se refuerza con 400 alemanes del regimiento Waldeck.[24]

Lo que no saben los británicos es que una columna encabezada por

Bernardo de Gálvez se dirige ya hacia esos dos puestos militares.

ATAQUE RELÁMPAGO DE GÁLVEZ CONTRA LOS PUESTOS INGLESES

Gálvez se pone en marcha la tarde del 27 de agosto. Ascendido ya a brigadier, encabeza un contingente de 170 veteranos, 330 reclutas, 20 carabineros, 60 milicianos, 80 mulatos y negros libres, siete voluntarios americanos y 160 nativos, además de buena cantidad

de alemanes y acadianos alistados por el camino. En total, 1.427 hombres dispuestos a expulsar a los británicos del bajo Misisipi.

La columna avanza por intrincadas trochas entre el río y el bosque, atravesando ciénagas y *bayous*. Un cuarto de legua por delante, morenos e indígenas comprueban que el camino está despejado, alertas ante posibles emboscadas en mitad de la espesura.

Los milicianos bajo el mando de Gilberto Antonio de Saint Maxent, suegro de Gálvez, y los alemanes cubren la retaguardia. Diez cañones y munición son transportados por una pequeña escuadra que manda Julián Álvarez, incluyendo cuatro barcos reflotados tras hundirse durante el huracán.

Manchac se abre a la vista de los expedicionarios el 6 de septiembre. La dureza del camino ha dejado fuera de combate a un tercio de ellos. El comandante del fuerte Bute, Alexander Dickson, aún desconoce que España ha declarado la guerra a su país. Gálvez, que lo ha mantenido en secreto hasta ese preciso momento, informa ahora a los suyos.

Ya saben por qué están ahí. El asalto será al día siguiente.

Con las primeras luces, los milicianos se lanzan al ataque. Saint Maxent, seguido por sus hombres, penetra en el fuerte por una tronera. El puesto está escasamente defendido, ya que cuatrocientos ingleses han salido justo dos días antes hacia Baton Rouge. La guarnición restante, integrada por una veintena de soldados y tres oficiales, es cogida desprevenida. La rendición es inmediata.[25]

El mismo día que la expedición de Bernardo de Gálvez toma el fuerte Bute en Manchac, no muy lejos, en el paso entre los lagos Pontchartrain y Maurepas, los españoles logran otra importante

victoria. Vicente Rieux, al mando de un bergantín, ha desembarcado en ese punto con sus cañones pedreros para acechar a las naves que puedan llegar con refuerzos para el Misisipi desde Panzacola o la Mobila. Cuando en efecto se acerca una, abre fuego y hace gritar a sus hombres desaforadamente, como si fueran una multitud embravecida. Con el enemigo intimidado bajo el engaño de que está ante un ejército muy superior, se lanzan al abordaje. Tras una lucha cuerpo a cuerpo, apresan a la tripulación.

Mientras, Carlos de Grand Pré tapona el acceso británico al Misisipi por otro punto clave, Roche-a-Davion, y se hace con los puestos del río Amita y Thompson Creek (Nueva Feliciana). A su vez, la milicia comandada por el capitán José Pauly captura el puesto Green en el río Iberville.

Las acciones españolas en los lagos se complementan con la audaz captura del bergantín inglés *West Florida* por la fragata *Morris*, capitaneada por el americano

William Pickles y financiada por Gálvez, tras una batalla naval en las aguas del Pontchartrain. El *West Florida*, rebautizado como *Galveztown*, pasará a ser el buque insignia del gobernador de la Luisiana.[26]

Tras un respiro de cinco días en Manchac, las fuerzas que han tomado el fuerte Bute reanudan la marcha. Próximo objetivo: Baton Rouge.

Dos centenares de hombres del batallón de la Luisiana se apuestan frente al fuerte Nuevo Richmond que ha erigido Alexander Dickson. Su aspecto es imponente. El amplio y profundo foso, los altos muros, las bocas de sus trece cañones y los 400

veteranos que lo protegen lo hacen casi inexpugnable. En lugar de asaltarlo por las bravas, Gálvez trama una añagaza para sacar ventaja de su artillería. En la noche del 20

de septiembre, ocultos en la foresta, milicianos blancos y negros e indígenas arman un gran alboroto para simular un ataque y atraer el fuego inglés. Mientras, el grueso de la tropa se establece en otro punto, con los cañones apuntando al fuerte.

La martingala da resultado. A primera hora de la mañana siguiente, la artillería española descarga su furia contra los adarves de la fortaleza sin dar a los británicos tiempo a reaccionar. En tres horas y media el fuerte queda arrasado y los defensores se rinden. 375 soldados son hechos prisioneros. El puesto pasará a llamarse San Carlos.

© Album

Bernardo de Gálvez.

Los términos de la capitulación que Gálvez impone a Dickson incluyen la entrega del fuerte Panmure en Natchez, 40 leguas río arriba. El comandante de esa plaza, Anthony Forster, no tiene más remedio que rendirse ante el enviado español, el capitán Juan Delavillebeuvre, sin siquiera combatir.27

La operación relámpago de Bernardo de Gálvez en el bajo Misisipi y los lagos se ve coronada con un éxito pleno. En menos de un mes ha barrido a los ingleses de la región al norte de Nueva Orleans, capturado tres importantes fuertes y hecho más de medio millar de prisioneros. Estos triunfos aseguran el control español de la zona y que

el suministro de pertrechos a los americanos continúe. Todo con un saldo de tan solo dos heridos en las propias filas, frente a al menos 36 muertos y diez heridos entre los enemigos.

Pero la tarea no ha concluido. La amenaza británica persiste tanto al este, en Panzacola y la Mobila, como en el lejano norte, donde las tropas canadienses acechan a la región de Ilinueses. Gálvez tratará de hacer su parte en el golfo de México.

Cae la tarde el 11 de enero de 1780 en el muelle de Nueva Orleans y el gobernador pasa revista a las tropas para la próxima expedición: el segundo batallón del Regimiento España, 43 hombres del Regimiento del Príncipe, 50 del Regimiento Fijo de La Habana, 141 del Regimiento Fijo de la Luisiana, 14 artilleros, 26 carabineros, 323 de las milicias blancas, 107 pardos y morenos libres y 24 esclavos.[28] El gobernador, ascendido a mariscal de campo por sus últimas hazañas aunque él aún firma como brigadier, observa con orgullo a los valerosos combatientes que se han fajado en Manchac y Baton Rouge con el ejército más poderoso del planeta. Todo listo para la venidera campaña, aún más trascendental que la anterior. Los nuevos objetivos, la Mobila y Panzacola. Aunque los británicos hayan sido borrados del bajo Misisipi, mientras esos dos bastiones de la Florida Occidental estén en manos enemigas seguirán suponiendo una amenaza.

Gálvez ha pedido a La Habana 2.000 hombres para las operaciones en la costa del Golfo, pero no puede esperar a que lleguen. Su plan es lanzarse en primer lugar a por el fuerte Carlota de la Mobila y, una vez en su poder, utilizarla como base para abalanzarse sobre el premio gordo, Panzacola.

Tras un breve retraso por el mal tiempo, el día 14 embarca en su buque insignia, el resplandeciente bergantín arrebatado a los ingleses y rebautizado como *Gálvez*.[29] A las nueve de la mañana, pone la proa al este y se hace a la vela. Lo acompañan la fragata de guerra *Volante*, una fragata mercante, cuatro saetías, un paquebote, el bergantín real *Kaulicán*, la galeota *Valenzuela* y otras embarcaciones de transporte.[30]

Al salir a mar abierto, una tempestad infernal vapulea la expedición. El golfo de México, haciendo de nuevo de las suyas. Violentos vientos del suroeste, acompañados de lluvia, granizo, truenos y un torbellino que pone al convoy «a pique de zozobrar», obligan a los barcos a mantenerse a la capa durante la noche del 6 de febrero para no ser arrojados contra la costa.

Salvada la formidable tormenta, un cambio de viento permite a la

flotilla presentarse a la entrada de la bahía de la Mobila a mediodía del 9 de febrero. Al fondo de la ensenada, en su extremo norte, espera el fuerte Carlota, reforzado en los últimos cuatro meses. Se le ha dado a sus parapetos «siete pies más de grueso del que tenía en tiempos de los franceses». Al frente de la guarnición se halla el coronel Elias Durnford,

veterano de la toma de La Habana por los británicos en 1762, un insulto difícil de olvidar para las armas españolas.

Las dificultades no terminan para la escuadra de la Luisiana. Varios barcos, incluido el de Gálvez, quedan encallados en los bancos de la entrada a la bahía mientras tratan de dar caza a una fragata inglesa. La tropa española, no sin apuros, se ve obligada a desembarcar con el bagaje que a duras penas ha podido rescatar. Al pasar revista, Gálvez comprueba que hay

cerca de 800 hombres náufragos, que solo habían podido salvar sus personas, la mayor parte de ellos desnudos, perdiéndose por consiguiente los víveres que les correspondían con gran parte de las municiones y artillería.

Sin embargo, «en medio de la más espantosa calamidad», la tropa conserva

«siempre el mismo anhelo de que la llevasen al enemigo». Durante su penoso avance, empiezan a llegar algunos de los refuerzos pedidos a La Habana, aunque se sigue esperando al grueso.

Los primeros cañonazos parten de la galeota *Valenzuela* a finales de mes. Al principio sin respuesta. Tras algunas escaramuzas y con sus tropas ya a distancia de tiro, Gálvez manda un emisario y un tambor con bandera de paz al fuerte para dar al coronel Durnford la oportunidad de entregarlo. En una carta en francés, firmada en el río de los Perros, se lo deja claro:

Si el número de tropas con que yo voy a embestir ese castillo no excediese en mucho al que V. m. tiene para defenderse no le propondría que se rindiese; pero la gran desigualdad de fuerzas nos pone en el caso o de que V. m. ceda inmediatamente, o de que yo le

haga sufrir todas extremidades de la guerra si una resistencia inútil e inoportuna irrita la paciencia de mis tropas ya demasiado aburridas con algunos contratiempos que han sufrido. Hoy estoy dispuesto a conceder una capitulación regular y conforme a las circunstancias: mañana no tendrá V. m. quizá otro recurso que el infructuoso arrepentimiento de no haber aceptado mi proposición en favor de los infelices que están bajo su mando.

A las cuatro de la tarde, un orgulloso Durnford manda su respuesta. Busca ganar tiempo para que lleguen tropas de auxilio desde Panzacola:

Estoy convencido de que la diferencia del número milita a favor de V. S.; pero no por eso está mi tropa en ánima de condescender a lo que propone y mucho menos yo, que si entregase el fuerte sería mirado como un traidor a mi Rey y a mi patria. El justo amor a estos dos respetables objetos y mi propio honor exigen que no me rinda hasta hallarme en la necesidad de hacerlo y estar convencido en la práctica de que es vana mi resistencia.

Mensaje recibido. Se les ha ofrecido una rendición indolora y no la han aceptado.

Ahora deberán asumir las consecuencias. Esa misma tarde el jefe de las tropas españolas ordena montar la batería con que batir los muros del fuerte.

La tensión bélica no impide una cortesía militar exquisita, con intercambio de vinos, gallinas, confituras y tabaco. Así mismo, Gálvez garantiza tratar a los prisioneros

«con todos los respetos de la humanidad», aunque reprocha a su contraparte inglesa «la total desolación del primoroso pueblo que estaba al amparo del fuerte», al incendiar numerosas casas.

Caballerosidad aparte, los españoles interceptan cartas que confirman el envío de tropas de socorro para Durnford. Gálvez despacha destacamentos para vigilar su llegada por tierra y por mar, mientras ultima los preparativos del ataque. No quiere quedar atrapado entre el fuego del fuerte y el de los refuerzos. Los españoles arman fajinas y

salchichones, rematan trincheras y montan la artillería. Al ver lo avanzado de los trabajos para el bombardeo, los defensores desatan el día 10 «un vivo fuego de cañón con bala y metralla, carabinas y mosquetes» contra el espaldón que protege a los atacantes. Seis españoles caen muertos y otros cinco heridos.

El general Campbell está a solo nueve leguas con 1.100 soldados de Panzacola. No hay tiempo que perder. A las diez de la mañana del 12 de marzo, el campamento español abre fuego con ocho cañones de 18 libras y uno de 24. Los ingleses responden como pueden. Se entabla un duro duelo artillero, aunque Gálvez lleva las de ganar. Sus proyectiles golpean una y otra vez las defensas hasta que, a la caída del sol, se iza una bandera blanca. Sin otra salida, Durnford rinde el fuerte Carlota de la Mobila. 300

hombres son hechos prisioneros. Los españoles suman un muerto y tres heridos a sus bajas.31 Escribe el oficial británico con pesar a Campbell: Tengo la desgracia de informarle de que esta mañana mi pequeña pero valiente guarnición marchó a través de la grieta y se entregó como prisioneros de guerra a las superiores armas del general Bernando

de Gálvez. Le escribo para su información y le pido me haga el favor de informar a la Sra. Durnford de que gozo de buena salud y no debe preocuparse por mi suerte. Cuando esté en mi mano enviaros la capitulación, lo haré. Mientras tanto le aseguro, señor, que ningún hombre de la guarnición ha manchado el brillo de las armas británicas.32

Ante la noticia de la rendición y el temor a quedar ahora a merced de las tropas españolas, Campbell da media vuelta y se retira a Panzacola. Dos lanchas enviadas a observar su retirada regresan con otros 20 prisioneros. De haber llegado tres horas antes habrían cogido al propio general británico. Gálvez está exultante por la victoria, aunque reprocha no haber recibido los refuerzos de Cuba:

No cabe en expresiones el sentimiento con que todos los individuos de mi pequeño ejército vieron retirarse al del general Campbell sin venir a las manos, ni podemos reflexionar sin dolor el que si la expedición de La Habana hubiera llegado a juntarse con nosotros hubiera sucedido a los ingleses lo mismo que en Saratoga.33

En su informe, que cruza el Atlántico hasta el despacho de Carlos III en el palacio veraniego de Aranjuez, el militar de Macharaviaya lamenta que «se ha malogrado una ocasión» que, además de dar Panzacola, «hubiera sido gloriosa a la nación».[34]

La toma de la principal plaza de la Florida Occidental va a llevar más tiempo del que le gustaría. Las tropas que solicitaba Gálvez no salen de La Habana hasta el 7 de marzo, pocos días antes de la rendición del fuerte de la Mobila. Se trata de una flotilla bajo el mando de Juan Bautista Bonet con cerca de seis mil hombres a bordo, de ellos más de dos mil soldados destinados al combate.[35]

Pero pronto estallan las discrepancias entre Gálvez y la Marina que tanto lastrarán los esfuerzos por tomar Panzacola. Bonet pretende atacar por una ruta interior desde la Mobila, utilizando un brazo del río Perdido. El gobernador de la Luisiana, en cambio, exige forzar la entrada a la bahía y lanzar un asalto desde el mar. Gracias a las labores de inteligencia sabe que las defensas inglesas son superables.

Pese a su oposición inicial, la escuadra de Bonet acaba por penetrar en la bahía el 27

de marzo. Los británicos ven con asombro aparecer ante la ciudad de Panzacola 21

buques españoles cargados de soldados. La población huye de sus casas, los cañones del puerto son destruidos y las fuerzas defensoras, aún exhaustas por su expedición

fallida a la Mobila, se atrincheran en el fuerte Jorge y dos reductos cercanos. Sin embargo, Bonet no se decide a atacar. En dos días leva anclas. Han llegado auxilios británicos desde Jamaica y no quiere arriesgarse a quedar atrapado. Gálvez insiste: hay que acometer ya. Pero la ofensiva no se ejecuta.

Impotente, el 4 de mayo de 1780 aborta la operación. Viendo «desvanecidas» sus

«mejores esperanzas», «malograda la buena disposición de la tropa, lleno del dolor que debe quedarme en ver incompleta una obra que el Rey se dignó confiarme», asegura el gobernador de la Luisiana, «queda disuelta la expedición por ahora». El convoy se vuelve a La Habana sin combatir.[36] La conquista de Panzacola no ha sido posible. De momento.

Conflicto a gran escala

LA OPERACIÓN HISPANOFRANCESA PARA INVADIR INGLATERRA

La lucha de los colonos por su independencia ha dejado de ser un asunto interno de Gran Bretaña. En realidad, es ya solo parte de una guerra a escala global. La insurrección contra Londres queda subsumida en la pugna por la hegemonía planetaria entre las grandes potencias del momento: Gran Bretaña contra España y Francia. Cada una con sus propios intereses geoestratégicos.

Gran Bretaña pelea por preservar sus colonias en América del Norte frente a los insurrectos, pero tiene además intereses que defender por todo el mundo: desde la India al Caribe, pasando por el Mediterráneo.

Los franceses quieren retener sus posesiones en las Antillas, a los ojos de Versalles mucho más provechosas que el Canadá y la Luisiana gracias a la caña de azúcar cultivada con mano de obra esclava. Pero también cuentan con colonias en la India y en África que entrarán en la partida.

España busca, casi tres siglos después de la llegada de Cristóbal Colón a Guanahaní, conservar el colosal imperio que ha levantado en América y que, pese a las dificultades, sigue en pie. Ha conseguido expulsar a los portugueses de la isla de Santa Catalina, pero los ingleses se inmiscuyen en las costas del Yucatán para explotar el valioso palo de Campeche, empleado para elaborar los tintes que lucen en sus vestidos las damas europeas. Lo que más anhela, en cualquier caso, es recuperar las dos joyas que Gran Bretaña le arrebató en la guerra de Sucesión de principios de siglo: Menorca y, sobre todo, Gibraltar.

Con la entrada de España en la guerra contra los ingleses, las dos potencias borbónicas se proponen un objetivo ambicioso: golpear al enemigo común en su propia casa. La invasión de Inglaterra se pone en marcha.

El plan prevé formar una poderosa armada combinada para desembarcar en las costas británicas 40.000 hombres, previamente reunidos en la Bretaña, Normandía y Flandes. Esta acción fulminante está llamada a cortar de raíz la capacidad naval de

Inglaterra y obligarla a permanecer en sus puertos, minando así sus

defensas en América y otras plazas como Gibraltar.

El 23 de julio de 1779, se unen las escuadras española y francesa a la altura de las islas Sisargas, frente a la letal costa gallega. Forman una de las mayores flotas de guerra jamás vistas: 150 velas, 66 de ellas navíos, ponen rumbo al canal de la Mancha dispuestas a acabar con el poder marítimo de Gran Bretaña. El objetivo inicial es concentrar las tropas en la isla de Wight, justo enfrente del importante puerto de Portsmouth, y utilizarla como cabeza de puente para la invasión.

Al mando de la armada combinada se sitúa el almirante francés Louis Guillouet, conde de Orvilliers. La componen cinco escuadras: ligera, vanguardia, centro, retaguardia y observación, todas con navíos de ambos pabellones salvo la última, a cargo de Luis de Córdova, en la que todos son españoles.

El 14 de agosto, la armada surge frente a Plymouth, al suroeste de Inglaterra. A la vista de la impresionante flota hispanofrancesa, los británicos entran en pánico. Los habitantes del litoral huyen al interior, los negocios se interrumpen y la Bolsa de Londres se suspende. Es la mayor amenaza directa a la isla desde la Gran Armada de Felipe II casi dos siglos atrás. Sin navíos ni defensas suficientes, los ingleses están a merced de los invasores. Sin embargo, una serie de infortunios y decisiones erráticas complican las operaciones navales.

Un tiempo inclemente, con fuertes vientos contrarios y mar revuelta, dejan la armada a la deriva y saca a los navíos del Canal. En ese momento se desata una epidemia de escorbuto que se propaga rápidamente entre la marinería, especialmente en los barcos franceses, que no aplican las medidas profilácticas de los españoles, como regar las cubiertas con vinagre. Solo en el navío *Ville de Paris* perecen 280 hombres. El hijo del propio conde de Orvilliers está entre las víctimas.

Entonces llegan órdenes desde Francia de cambiar el punto de desembarco. En lugar de la isla de Wight, ahora el objetivo es Falmouth, un apartado puerto de Cornualles, en la punta suroeste de Gran Bretaña. Los generales, reunidos en consejo a bordo del *Bretagne*, deciden desplazarse hacia las islas Sorlingas, al oeste del nuevo objetivo y donde se sospecha que se encuentra la escuadra británica que protege la costa.

Al amanecer del 31 de agosto, con viento del suroeste y proas al noreste, la armada combinada avista en la distancia la flota inglesa a las órdenes del almirante Charles Hardy. Sus 36 navíos, ocho fragatas y varios barcos ligeros llevan rumbo sur sureste. El

conde de Orvilliers da la señal para virar a estribor, ceñir el viento con el propósito de formar línea de combate y atacar a los enemigos desde barlovento.

Hardy renuncia a presentar batalla y emprende la huida a todo trapo para buscar refugio en la costa. El jefe de la armada combinada ordena virar a babor para darle caza.

La frenética persecución, con los británicos retirándose en desorden y la armada francoespañola pisando los talones a su retaguardia, dura veinticuatro horas. A primera hora del 1 de septiembre, con los barcos enemigos a solo seis leguas, una espesa niebla acude oportunamente en su auxilio y se esfuman entre la bruma que cubre el horizonte.

De pronto, la armada atisba a lo lejos un convoy. Tomándolo por su objetivo, se lanza a por él. Pero al aproximarse descubre que se trata de pacíficos transportes holandeses. Para entonces la escuadra del almirante Hardy se halla a salvo en puerto.

Únicamente se ha dado alcance a uno de sus barcos.[1]

Perdida la oportunidad de destrozar a la flota británica, la enfermedad sigue causando estragos y el otoño se echa encima. Además, cientos de buques llegan de las Indias Orientales y Occidentales para reforzar la defensa de los puertos ingleses. El desembarco se hace cada vez más complicado y desde Francia se ordena regresar a Brest. La diezmada escuadra se retira en espera de mejor ocasión. Pero la invasión ya nunca llegará a realizarse.[2]

La operación, no obstante, no ha sido en vano. La amenaza directa sobre su territorio obliga a Gran Bretaña a distraer recursos del teatro americano para protegerlo.

Para evitar que vuelva a quedar expuesta la isla, parte de la Royal Navy se quedará montando guardia en estas aguas sin poder contribuir a la defensa de sus colonias. La revolución en Norteamérica sigue adelante.

LOS ESTADOS UNIDOS SUPLICAN LA AYUDA ESPAÑOLA

El neoyorquino John Jay, recién nombrado ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América, arriba al puerto de Cádiz el 22 de

enero de 1780. Trae un mandato expreso de los delegados del Congreso Continental: incorporar a Su Católica Majestad a los tratados de alianza, amistad y comercio ya firmados con el rey francés.3

Los líderes de la rebelión contra Londres saben que el apoyo de Carlos III es indispensable. La «interesante y agradable» noticia de la declaración de guerra a Gran Bretaña insufla ánimos a George Washington en su cuartel general de West Point.4

Ahora sabe que la victoria está al alcance de la mano. «Es de esperar que esta formidable unión de la casa de Borbón nos permita establecer la independencia de América en poco tiempo», barrunta el comandante en jefe del Ejército Continental ante el paso «decisivo» de España.5

Pero el apoyo militar no es suficiente. Los americanos presionan para que Su Católica Majestad, como su pariente francés en 1778, reconozca la independencia de las colonias y considere a los Estados Unidos una nueva nación aliada en el concierto internacional. La importancia que otorgan a la misión es tal que escogen para ella a una figura de peso como Jay, hasta entonces presidente del propio Congreso.

El emisario, que viaja con su esposa, un sobrino y una criada, escribe desde la ciudad andaluza al ministro de Indias, José de Gálvez, para presentarse. Desde la primera línea menciona el artículo secreto del tratado con Francia que permite adherirse a España:

El Rey Cristianísimo declara, en consecuencia de la íntima unión subsistente entre él y el Rey de España, que, al concluir con los Estados Unidos de América este tratado de Amistad y Comercio y el de alianza definitiva y defensiva, Su Majestad se ha propuesto y se propone reservar expresamente, como reserva por el presente pacto separado y secreto, a Su dicha Católica Majestad, el poder de adherirse a los dichos tratados y participar en sus estipulaciones cuando juzgare oportuno, bien entendido, no obstante, que si alguna de las estipulaciones de los dichos tratados no es del agrado del Rey de España, Su Católica Majestad puede proponer otras condiciones análogas al fin principal de la alianza y conformes con las reglas de igualdad, reciprocidad y amistad.

El despacho de Jay deja claras sus intenciones. El Congreso de los

Estados Unidos, anhelando establecer perpetua amistad y concordia con un Príncipe y con una Nación que le merece sus mayores respetos y con quienes diversas circunstancias le mueven a desear la más cordial y permanente amistad, ha creído natural requerir a Su Católica Majestad adherirse a los dichos tratados, y así excluir la necesidad de aquellas medidas emanantes del modo especificado en dicho artículo.

La travesía de Jay desde el otro lado del Atlántico no ha estado exenta de percances. Tras embarcar con el hasta entonces embajador francés ante los Estados Unidos, Conrad-Alexandre Gérard, a los trece días el barco quedó desarbolado y su timón dañado, de modo que tuvo que refugiarse en Martinica. Ambos diplomáticos tomaron allí una fragata francesa destinada a Tolón, aunque con órdenes de hacer escala en Cádiz. Una vez en el puerto andaluz, recibieron información de hechos que desaconsejaban continuar a Francia.

Y habiendo sido así querer de la Providencia el conducirme directamente a España, el respeto debido a Su Majestad Católica me impide dilatar un momento más la comunicación de mi nombramiento y de mi llegada, y este mismo motivo me ha de inducir a permanecer aquí hasta que a Su Majestad le plazca significarme su agrado.6

Le contesta semanas después por orden del rey el secretario de Estado, conde de Floridablanca, como jefe de la diplomacia española. Carlos III celebra y aplaude la elección que de su persona ha hecho el Congreso americano para el encargo que expresa dicha carta, así por lo recomendables que son para S. M. los miembros que han concurrido a esta elección, como por los informes que S. M. tiene de la probidad, talentos y circunstancias de V. S. Ha oído también S. M. con agrado el anhelo que tienen las colonias de formar un enlace con la España, de cuyas buenas disposiciones tienen ya bastantes pruebas. Sin embargo piensa S. M. que antes de todo conviene que se arreglen el modo, puntos y recíproca correspondencia, sobre que deba fundarse la unión que desean entablar con esa Monarquía los Estados Americanos.

Su Majestad ofrece buenas palabras y da muestras de desear la alianza. Pero España, una gran potencia europea con un imperio inmenso que guardar, se anda con pies de plomo. A pesar de haberse

metido ya de lleno en la guerra contra Gran Bretaña, prefiere no entablar relaciones diplomáticas con los Estados Unidos sin haber firmado antes tratado alguno. Sin duda se recuerdan los quebraderos de cabeza que dio Arthur Lee tres años atrás. Así que Carlos III pone freno al ímpetu de Jay. Cada cosa a su tiempo. De momento

no hay reparo en que V. S. se transfiera a esta Corte para explicar sus intenciones y las del Congreso, y oír las de S. M., acordándose por este medio la basa sobre la que pueda fijarse una perfecta amistad, sus extensiones y consecuencias. El Rey cree que, hasta ver la proposición que haya de concertar aquellos puntos, como S. M. espera, no corresponde que V. S. explique un carácter formal, el cual depende del reconocimiento y tratado futuro; pero debe V. S. persuadirse de las sanas y sinceras disposiciones de su real ánimo para con los Estados Unidos y de sus deseos de que se allanen cualesquiera dificultades para la felicidad de ellos y de esta Monarquía.[7]

Tan escrupulosa es la corte española que el rey ni siquiera recibe al exembajador de Francia en América por temor a que se interprete como un reconocimiento implícito a la independencia de las colonias. Carlos III «nunca rehusaría recibirle y tratarle como a un vasallo distinguido del Rey Cristianísimo», pero sí podría tener

inconveniente en considerarle como a ministro destinado a unos Estados cuya soberanía no había reconocido hasta ahora el Rey por acto ninguno público ni secreto.[8]

Pese a estas cautelas, Jay muestra su «más caluroso agradecimiento» por los

«sentimientos» de Su Majestad y «la atenta manera» en que Floridablanca se los hace llegar. Plenamente convencido de «la franqueza y benevolencia» de las intenciones reales, se desplaza a Madrid con la esperanza de «una unión entre un monarca magnánimo y un pueblo virtuoso que desea lograr por tal alianza únicamente beneficios recíprocos y ventajas mutuas». Mientras se deshace en nuevos halagos: El honor y la probidad que han caracterizado siempre la conducta de España, junto con la elevada reputación que Su

Majestad ha adquirido siendo ejemplo eminente de ambos, han inducido al pueblo de los Estados Unidos a depositar la más alta confianza en las pruebas que ha recibido de su amistosa disposición hacia él y a considerar cada compromiso con este Monarca como garantizado por esa certeza y asegurado por la honorabilidad que ha distinguido tan gloriosamente a su Majestad y a este Reino entre los Príncipes y Naciones de la tierra.9

Pero las adulaciones no serán suficientes para lograr la alianza que tan desesperadamente busca. Floridablanca quiere que baje de las palabras grandilocuentes a los datos concretos para saber a qué atenerse. Para «poder entrar en materia», es indispensable que el rey conozca exactamente

el estado civil y militar de las provincias americanas y todos sus recursos para la continuación de la presente guerra, no solo en lo que se refiere a la defensa de su propia libertad, sino también a la ayuda que sería necesario dar a España en sus operaciones si un día llegase a ser aliada de América.10

© Granger, NYC / Album

John Jay.

Ante este requerimiento, el representante estadounidense remite el 25 de abril una amplia memoria en la que detalla desde la población de

cada estado y su forma de gobierno hasta los ingresos y la deuda pública, así como las ventajas comerciales que obtendría España, si bien reconoce que no puede ser preciso en todos los aspectos.[11] De lo que no ofrece dudas es de «que el pueblo de América jamás estuvo tan unido en objeto alguno» como «en el de su independencia». Según asegura, todos los partidarios de la Corona británica «han abandonado voluntariamente el país o han sido expulsados».

En cuanto al estado de las fuerzas rebeldes, Jay destaca la necesidad de armas y ropa para soldados y milicianos, por lo que vuelve a reclamar ayuda:

Resulta imposible describir, y de hecho casi imposible de creer, los padecimientos que han sufrido por su falta. Ha habido casos (y hablo desde la más indudable autoridad) de grandes destacamentos marchando descalzos sobre escabrosos trechos de hielo y nieve.

Tan acuciantes como los aprietos de la tropa, o más, son los de la tesorería. Las súplicas para cubrir los agujeros de los Estados Unidos serán una constante a lo largo de la estancia de John Jay en Madrid. Sus zalamerías no solo buscan el reconocimiento internacional de su nación, sino también ayudas más pedestres.

Sus ruegos de asistencia financiera a Carlos III comienzan el 28 de abril de 1780.

Resulta que el Congreso decidió el septiembre anterior no emitir más billetes que los que ya estaban en circulación, al tiempo que creaba «un fondo por medio de contribuciones», cuyo primer plazo y paga se fijó para el 1 de enero de 1780. Pero viendo los «riesgos y dificultades» de este «canal de auxilios» y que si se retrasaba el pago de los impuestos las arcas se quedarían vacías, optó por «otros medios»: el 23 de noviembre, «como no había ninguna mejor ocasión para valerse de la bondad de S. M.

Católica», giró contra Jay letras por 100.000 libras esterlinas que espera pague el monarca español pese a no consultarle antes. El representante americano trata de justificarlo:

Se vieron obligados a librar sin contar con la aquiescencia de S. M.

Católica, porque el éxito de la operación estaba en hacerse desde el 23 de noviembre al 1 de enero.[12]

Floridablanca responde con la habitual cortesía, pero haciendo ver a Jay que España no es un pozo sin fondo. Le asegura que el rey quisiera tener en el día las 100.000 libras que importarán las letras, porque «desea contribuir a los alivios de los Estados Unidos y a la satisfacción personal del mismo *monsieur* Jay», pero las necesidades de la guerra y la dificultad de conducir nuestro dinero de América, sin exponerlo a grandes riesgos, nos pone en la imposibilidad de suplir esta cantidad en moneda corriente, como desearíamos.

Sugiere algún medio alternativo para «salir de este ahogo», como que «los dueños de estas letras se contentasen con la obligación del Rey de pagarlas dentro de dos años»

con intereses. Pero además pide algo para «recompensar e indemnizar al Rey de este y otros desembolsos»: que los Estados Unidos construyan para él «cierto número de fragatas y otros bajeles de guerra menores» que se emplearían contra el enemigo común.

Si se pudiesen armar desde luego tres o cuatro fragatas y otros buques ligeros en las costas de las colonias, enviando de acá los efectos para armarlos por cuenta del Rey, se podría concertar el modo de caer sobre alguna flota de la Compañía inglesa de las Indias; supuesto que hay muchos americanos prácticos de los parajes en que se debiera buscar y dar este golpe.[13]

Sin apearse de su empalagoso lenguaje, a Jay parecen no agradarle las pegas de los españoles. No oculta su frustración en una extensa carta. A su juicio, el Congreso encajaría con «profundo pesar» que

la ayuda que solicita, pequeña en comparación con su idea de los recursos de España, se ha considerado inviable por los gastos de una guerra que por la parte de España es de fecha reciente. No será su decepción menor que su disgusto cuando vea su crédito disminuido

por el fracaso de una medida que esperaban exitosa.

Aunque Jay no objeta «la buena fe de Su Majestad, que es reconocida por todo el mundo», señala que los comerciantes buscan tener «el dinero en su mano» y no esperar dos años a cobrar, aunque sea con intereses. Tampoco ve posible compensar con barcos a España, ya que «la madera, el hierro, el mástil y otros artículos» para construirlos «no se pueden conseguir sin dinero» y el Congreso lo necesita para «su propia defensa, el mantenimiento de sus ejércitos y buques de guerra y los demás gastos inherentes a las operaciones militares». Jay solo ofrece promesas vagas de cooperación militar. Según afirma,

los Estados Unidos estarán felices de unir sus armas a las de España en toda oportunidad que se presente durante la guerra y de cooperar con ellas en cualquier expedición contra las Floridas u otros objetivos que las circunstancias hagan conveniente.

Recurre además a cierto chantaje moral al advertir de «las conclusiones que extraería el enemigo de la incapacidad de España para adelantar la suma en cuestión».[14]

Pero las muestras de generosidad española no cesan. Diez días después, Jay vuelve a pedir ayuda para una letra de 333 dólares que no puede pagar[15] y Floridablanca se presta a abonarla. Le advierte, no obstante, de que con sumas elevadas no sería posible y le insta a buscar otras fórmulas si no acepta las que le propone.[16]

John Jay y el secretario de Estado se entrevistan también en persona en alguna ocasión, como revela una nota del americano fechada en Aranjuez en mayo. Poco ducho en las prácticas cortesanas, como él mismo reconoce, teme incomodar a Floridablanca si habla de sus conversaciones al embajador francés:

Usted me habló la pasada noche en calidad de caballero privado así como de ministro público, en ambas sin reserva. Permítame su Excelencia informarme por tanto si debo considerar sus conferencias conmigo, en su totalidad o en parte, como confidenciales.[17]

El conde lo tranquiliza: puede contarle lo que departieron sin problema. Más aún, elogia su «delicadeza» al consultarle, lo que «responde bien a la idea» que se ha formado de su carácter, comenta.[18]

Sea por vía epistolar o cara a cara, Jay va obteniendo los fondos que necesitan los americanos. Pese a su irregular proceder, girando letras sin avisar ni ofrecer nada a cambio, Carlos III se aviene a socorrerlos y afianza «el pago de las letras libradas hasta ciento o ciento cincuenta mil pesos» por espacio de tres años. Ahora bien, exige algunas señales efectivas de correspondencia, proponiendo medios recíprocos de recompensa que establezcan una sólida amistad y confianza sin reducirse a palabras y protestas de puro cumplimiento.[19]

El rey mide sus pasos con los rebeldes. Para España la revolución de los colonos americanos es una oportunidad para minar el poder de Gran Bretaña, pero no quiere ir más allá de lo que dicta la prudencia. En esta guerra tiene sus propios objetivos. El primero, recuperar Gibraltar.

OBJETIVO, GIBRALTAR: LA AFRENTA QUE ESPAÑA NO OLVIDA

Nada más declarar la guerra, el Peñón se convierte en la prioridad número uno para España. La plaza, custodiada por 4.646 hombres y casi quinientos cañones a las órdenes del general George Eliott, es prácticamente imposible de conquistar al asalto. Como alternativa, los españoles organizan un bloqueo por tierra y por mar para asfixiar a la colonia británica, aunque la falta de hombres y recursos es una queja constante de los responsables de aplicarlo, el teniente general Martín Álvarez de Sotomayor y el marino Antonio Barceló.

Como temían los españoles, un convoy inglés se pone en camino para auxiliar a Gibraltar. El almirante George Brydges Rodney zarpa el día de Navidad de 1779 de la isla de Wight al mando de más de veinte navíos y numerosas fragatas que escoltan a los buques de transporte. El 16 de enero, en medio de una densa niebla, le sale al paso el español Juan de Lángara con once navíos de línea y varias fragatas a la altura del cabo portugués de Santa María. La aplastante

superioridad de Rodney se impone. La escuadra española sale derrotada y el propio Lángara resulta herido y preso. El fracaso del bloqueo es un hecho. Gibraltar, sin embargo, seguirá rondando las cabezas de las autoridades españolas durante el resto de la guerra.[20]

En ocasiones, mensajes equívocos de los británicos alimentan falsas esperanzas. Es el caso del comentario al desgaire del comodoro George Johnstone, comandante de las tropas en Lisboa, que desata un terremoto diplomático en noviembre de 1779. Johnstone sugiere que se podría brindar Gibraltar a España a cambio de la paz y alguna otra posesión. La insinuación llega hasta el conde de Floridablanca, que se la transmite a Carlos III e impulsa una propuesta confidencial a Londres sin contar con Francia.

Pone la iniciativa en manos del capellán del rey, Tomás Hussey, de origen irlandés y con experiencia diplomática en la embajada española en la capital británica. A través del agente doble Luis Cantofer, Hussey logra verse con Richard Cumberland, secretario del ministro para América, lord Germain. Le lanza la oferta: Gibraltar por buques, dinero e incluso territorios.

Lord Germain entrega a Hussey una carta cargada de buenas palabras, pero no menciona Gibraltar. Floridablanca responde con otra misiva en el mismo tono, a pesar de que el duque de Almodóvar, antiguo embajador en Londres, aconseja prudencia ante las posibles triquiñuelas. Tras varias reuniones a principios de 1780, el gabinete negociador británico expone sus condiciones, no sin antes subrayar:

La importancia de Gibraltar es tan grande y tan interesado está el amor propio nacional en la conservación de aquella plaza de una naturaleza extraordinaria, que sería imposible a un ministerio, cualquiera que sea, devolverla sin estipular ante todas las cosas un equivalente.

Además, en un claro intento de sembrar discordia con los aliados franceses, señala que resulta «muy ventajoso decidir a España firmar la paz separadamente». Por todo ello se permite exigir la isla de Puerto Rico, la fortaleza de Orán y su territorio, la adquisición de los pertrechos militares y la artillería de Gibraltar por su valor real más 2.000.000 de libras en compensación por las fortificaciones construidas, así como la renuncia a los compromisos militares con

Francia respecto a Inglaterra y a dar cobertura a los rebeldes americanos.

Pero ni con esas condiciones van los británicos a desprenderse de la Roca. Lord Stormont, secretario de Estado para el Departamento del Norte, advierte con suficiencia:

Si España me pone ante la vista el mapa de sus estados para que busque un equivalente de Gibraltar fijando tres semanas para la decisión, no podría en tan largo plazo hallar entre todas las posesiones del rey de España nada que bastase para compensar la cesión de aquella plaza.

Esa opinión acaba por imponerse. El primer ministro, lord North, corta en seco las conversaciones al tildar al comodoro Johnstone de «simple comandante de crucero con genio proyectista que de modo alguno tenía capacidad negociadora para estos asuntos».

Habrá otro intento de acercamiento en julio de ese mismo año con el envío a Madrid de Cumberland y más tarde, en 1782 y 1783, nuevos tanteos. Pero las condiciones imposibles de Gran Bretaña y, en definitiva, su escaso interés en devolver Gibraltar a España, acabarán frustrando cualquier conversación.21

España tampoco desechará la vía militar hasta el final de la guerra. Incluso con las negociaciones de paz ya en marcha en París en 1782, organiza un ataque contra el Peñón con unos novedosos artefactos ideados por el ingeniero francés Jean-Claude Le Michaud d'Arçon, conde de Arçon. Se trata de una decena de baterías flotantes

«insumergibles e incombustibles», construidas a partir de antiguos navíos, con entre seis y veinticuatro cañones de bronce, para abrir fuego desde el mar. Cada una tiene tres muros de madera consecutivos, con arena mojada entre ellos y una cubierta de

corcho húmedo, para protegerse de la artillería enemiga. Por encima llevan una protección blindada con planchas de hierro. Además, están dotadas de un sistema hidráulico con tubos en los costados y en el interior como medida de seguridad en caso de incendio.

Las baterías, también llamadas empalletados, comienzan a situarse ante Gibraltar el 8 de septiembre.22 El general Eliott no tarda en

responder con más de seis mil doscientos disparos de sus cañones. El fuego británico se cobra 23 vidas españolas y francesas. La ofensiva se prolonga varias jornadas y el día 12 se suma a ella la escuadra combinada de Luis de Córdova, con medio centenar de navíos. A la mañana siguiente las baterías flotantes, respaldadas por los buques recién llegados, abren fuego. Pero su cercanía al objetivo las hace vulnerables. Varias son pasto de las llamas pese al sistema antiincendios y los hombres se ven obligados a lanzarse al mar. Entre marineros y soldados, los británicos hacen más de trescientos prisioneros. El experimento del conde de Arçon acaba en desastre.[23]

Este nuevo fracaso debilitará a España en las conversaciones de paz. Sus esperanzas de recuperar Gibraltar en la mesa de negociación se desvanecen. El infructuoso cerco se mantiene hasta el fin de las hostilidades en 1783, pero España ya ha perdido su oportunidad.[24] El Peñón permanecerá durante los siguientes siglos en manos británicas.

5

Norteamérica, campo de batalla

«EL TEATRO DE GUERRA DEBE SER AMÉRICA»: LA ARMADA DE SOLANO

El levante inflama al fin las velas de más de cien buques en la bahía de Cádiz. Obenques y estáis pugnan con el viento para sujetar los palos. Un enjambre de marinos, mezclados con soldados llegados desde cada rincón de España, trajina por las cubiertas entre el aparejo. Todo a punto. Vestuario de lienzo, casacones y calzones para la navegación listos. Armamento en buen estado de servicio.[1] Ungüentos, jarabes, bálsamos, escordio, emplastos para las heridas en el campo de batalla.[2] Tiendas de campaña con sus estaquillas. Carros y cureñas para la artillería. Hasta el último tornillo, perno o clavo queda consignado.[3] Faltan camas, pero se suplen con paja.[4] Víveres para cinco meses en las bodegas. Sin vino.[5] Esta misión no admite distracciones. El enemigo inglés puede acechar al doblar cualquier cabo. La mayor armada con rumbo a América jamás organizada por España está a punto de zarpar.

Con la invasión de Gran Bretaña descartada y el asalto a Gibraltar sin opciones de éxito tras la debacle de Juan de Lángara, España traslada de Europa al Nuevo Mundo el foco de la contienda con su eterno rival. Ambrosio de Funes de Villalpando y Abarca de Bolea, conde de Ricla y

ministro de Guerra, aparte de antiguo capitán general de Cuba, deja claro que «es y debe ser en las presentes circunstancias el teatro de la guerra en América, y no en Europa», como hasta ahora. Reflexiona ante Carlos III un par de meses antes de que parta la flota:

Con dos empeños de la mayor gravedad y consideración hemos empezado la guerra, los cuales debían hacernos los más felices y gloriosos si se conseguían y traernos las peores consecuencias si se malograban: el primero es el desembarco proyectado en Inglaterra, que ya está desvanecido por haber mudado enteramente las cosas, y el segundo, que es la toma de Gibraltar por el simple bloqueo, es asunto aún más imposible y desesperado, pues la plaza se halla en la actualidad más abastecida que a los principios del bloqueo con motivo del grande convoy que les ha entrado: y así vemos por experiencia que las tres potencias beligerantes que pongan su mira en hacer conquistas en Europa perderán su tiempo, caudales y fuerzas sin el menor fruto ni ventaja.

Según sus noticias, los ingleses cuentan para la campaña en América con «el plan más sólido y ventajoso a su situación» y, por tanto, «de mayor daño y perjuicio» para los dominios españoles. La estrategia británica pasa por disfrazar sus intenciones.

Consiste, asegura el conde de Ricla, en situar en Nueva York y el Canadá suficientes fuerzas para la defensa, «sin objeto verdadero de ofender por aquellas partes», mientras que con el grueso de las demás «entretienen» en Georgia a los colonos y franceses, y usan de ellas realmente contra nosotros, haciéndonos conquistas de consideración que les subsanen de las pérdidas que han sufrido en sus colonias, bien sea adelantando por la parte de Guatemala a ganar la provincia de Yucatán, por la Florida conquistarnos la Luisiana, como cualquiera otro paraje que esté más endeble tanto en el Seno Mexicano como fuera de él.

En «un esfuerzo superior a las campañas anteriores», informa el ministro, Londres ha enviado «diez mil hombres de buena tropa para aumentar y reforzar las considerables fuerzas que tenían en América». Frente a ello, el ministro plantea despachar a La Habana «un cuerpo volante» de al menos diez mil hombres de infantería, con «un tren

correspondiente de artillería de campaña y otro de batir». Tras llegar a Cuba, cuatro mil de ellos deberían ir destinados a Campeche y los seis mil restantes a

reforzar la Luisiana, con el objeto no solo de ponerla en el mejor estado de defensa, sino también de tomar a Panzacola y seguir la conquista de la Florida hasta San Agustín.

No obstante, al estar en lugares tan próximos, «en muy pocos días pueden juntarse para obrar unidos en donde convenga». Además, el general que mande la expedición debe indagar el estado de las defensas, tropas y guarnición de Jamaica para un posible desembarco para conquistar ese nido de piratas.

Con todo, el conde de Ricla previene de que el envío ahora de este refuerzo deja

«poca esperanza de hacer alguna conquista formal» a los ingleses por ser «diminuto y tardo» respecto al suyo. Pero al menos confía en que España se pueda «lisonjear» de defender sus «posesiones, incomodar algo al enemigo y no hacer tan desgraciada la campaña».

En su informe apunta que si se sacasen tropas de la línea de Gibraltar para enviarlas en un segundo convoy a América, podrían sumarse hasta dieciséis mil hombres. Este contingente, unido al de franceses y colonos, sí permitiría hacer conquistas y que «todas las ventajas» del plan de los enemigos se les volvieran en contra, pues «se les encajonaría» entre esas dos fuerzas «tan grandes y respetables».[6]

Carlos III da su visto bueno y moviliza tropas de inmediato. Las órdenes para trasladarse cuanto antes a Cádiz recorren la Península:[7] deben embarcar los regimientos de Soria, Guadalajara y el Segundo de infantería ligera de Cataluña, que se hallan en el Campo de Gibraltar; el de Aragón, que está en Málaga, y el de Flandes, situado en Cartagena. El de Hibernia ya los espera en el puerto gaditano. A ellos se sumarán el Inmemorial del Rey, el de la Corona, el del Real de Artillería, la compañía de Guatemala y cien reclutas para Puerto Rico.[8] A los altos mandos se les exige máximo secreto sobre el destino final de este ejército. No hay que dar pistas al contrario. Los hombres llevarán dos meses de paga por anticipado y «seis pesos por plaza en consideración al vino durante la navegación», entregadas en «mano propia».[9]

El rey ordena embarcar sin «el menor retardo». Si algún oficial no puede por salud o ausencia, será reemplazado con otro del mismo rango «de los regimientos que quedan en España».[10]

El encargado de coordinar la compleja operación desde Cádiz no es otro que Alejandro O'Reilly, el expeditivo militar que puso orden en la Luisiana tras la sublevación de 1768, ahora capitán general de Andalucía. Poco más de un mes después de recibir la orden, tiene todo a punto. Acoge en su casa una junta[11] con el teniente general Victorio de Navia, héroe de Santa Catalina y comandante general de la expedición; Francisco Manjón, presidente de la Casa de Contratación, y el teniente coronel Antonio de Gálvez,[12] comandante de los resguardos de la bahía de Cádiz. La gravedad de la tarea entre manos envuelve la reunión. Acuerdan la distribución de tropas en los buques, repasan los últimos detalles. Que cada oficial comandante reconozca si falta «cosa alguna» en su embarcación y que de «cualquier incomodidad o falta esencial» que note dé «inmediatamente noticia» a su coronel.

Preparados para embarcar. Solo falta que el viento acompañe. O'Reilly informa orgulloso a Su Majestad:

No hay ejemplar de haberse hecho por potencia alguna una expedición de este tamaño para América en el corto tiempo en que se verificará esta, y apenas lo creería posible cualquier inteligente que supiese lo mucho que ha sido preciso trabajar, disponer y arreglar para su logro.[13]

A las cinco y media de la mañana del 28 de abril de 1780, tras semanas a la espera de que el aire sople del este, se da a la vela la imponente flota.[14] Doce navíos, dos fragatas, un chambequín, un paquebote y un cúter escoltan a más de cien barcos de transporte[15] con artillería de campaña y doce mil soldados de infantería bajo el mando de Navia.[16] Comanda la escuadra José Solano, natural de una tierra privada de océano como Extremadura, pero formado como guardiamarina en la propia Cádiz y con dilatada experiencia tanto en los mares como en tierra.[17]

Solano lleva consigo el Plan de Operaciones en América que le ha hecho llegar el ministro de Marina, marqués González de Castejón. Sus objetivos son despejar de ingleses el Misisipi, tomar la Mobila y

Panzacola, expulsar al enemigo de las costas caribeñas en Centroamérica, afianzarse en Caracas, Cartagena de Indias y Portobelo y capturar Jamaica y las Bahamas.[18]

La amenaza británica está siempre presente. Incluso antes de zarpar hay rumores sobre buques enemigos merodeando el Algarve portugués[19] y ataques en las Canarias.[20]

Felizmente, infundados.

Tras pasar sin problemas por Santa Cruz de Tenerife,[21] Solano se deja llevar por los alisios para seguir la ruta oceánica que tantas veces han empleado los españoles desde el primer viaje de Colón. En las Antillas debe unirse al sur de Martinica a la escuadra francesa del conde de Guichen. Pero a su llegada se entera de que el almirante Rodney ronda esas aguas con una temible flota. Posiblemente está esperándolo gracias al aviso de unas fragatas enemigas que Solano ha avistado al superar el cabo Cantín.[22] A pesar de ello, la pericia del comandante español logra esquivar los barcos británicos al alterar su derrota y perderse en el laberinto de islas caribeñas.[23] El convoy arriba a su destino final, el puerto de La Habana, entre el 3 y el 5 de agosto de 1780, con los buques de guerra de la Real Armada cubriendo la retaguardia.[24] Solano obtendrá por esta maniobra el título de vizconde del Feliz Ardid.[25]

Sin embargo, el escorbuto causa estragos. «Las enfermedades aumentan diariamente y va creciendo mucho el número de la tropa que se pierde», lamenta Navia.[26] Los muertos se cuentan por cientos y los enfermos por miles.[27] Son las mayores bajas que registrará España en toda la guerra.

En todo caso, los refuerzos venidos desde Cádiz son un aporte decisivo para las fuerzas españolas en las costas de América del Norte y Central, lo que le valdrá a Solano también el título de marqués del Socorro.[28]

Con su escuadra y los soldados de Navia en La Habana, España pone definitivamente el foco de la guerra en América. Pero adonde no llegan de momento estos auxilios es al apartado distrito de Ilinueses, en la Alta Luisiana. Los británicos han puesto en marcha allí una brutal ofensiva para destruir los florecientes y desprotegidos enclaves españoles.

El gobernador del Canadá obedece sin rechistar las órdenes de Londres. Se activa el plan de ataque al país de Ilinueses. Frederick Haldimand envía una circular a los comandantes de Michilimackinac y Detroit, en los Grandes Lagos, en la que les ordena formar los mayores contingentes de indios que puedan reunir, tomando para ayudarlos súbditos leales a Su Majestad a los que se pueda persuadir para participar en el mismo ataque y reducir los diversos puestos ocupados por los españoles en el país de Ilinueses o allá donde puedan extenderse sus operaciones.29

Queda claro que buena parte de la operación sobre el terreno recaerá en indígenas aliados. Los británicos no escatiman en regalos con que comprar su lealtad. Incluidos mosquetes y munición. Además, la perspectiva de un buen botín en el saqueo a los españoles se antoja irresistible.

La entrada de España en el conflicto ha forzado a Gran Bretaña a volver sus ojos al oeste. Desde 1775 estaba centrada en sofocar la sublevación en las trece colonias a lo largo del litoral atlántico. Ahora tiene otro enemigo en el Misisipi.

Desde el final de la guerra de los Siete Años en 1763, los británicos poseen todas las tierras al este del gran río —excepto la ciudad de Nueva Orleans—, pero apenas se han ocupado de ellas. De hecho, se han dejado arrebatar por los americanos sin mayor resistencia Kaskaskia, Cahokia y Vincennes. La conquista inglesa del alto Misisipi supondría un duro golpe para la presencia española en Norteamérica, al tiempo que permitiría a Gran Bretaña expandir las tierras accesibles para sus comerciantes y cortaría el grifo de los suministros a los americanos. Además, y no menos importante,

sería una demostración de fuerza ante las tribus para ganarse su respeto y forjar alianzas. Para lord Germain, los objetivos

son de la mayor importancia en el presente estado de cosas, de modo que si triunfamos, todas las posesiones de Su Majestad en los márgenes del Misisipi y la amistad de todos los indios del sur con Gran Bretaña quedarán asegurados.30

Plan británico contra los españoles en el Misisipi

Al entrar España en guerra con Gran Bretaña en 1779, el secretario para América del Norte, lord George Sackville Germain, da órdenes de desplegar una doble ofensiva desde el norte y desde el sureste.

Fuentes
Lord Germain a Frederick Haldimand, 17 de junio de 1779, y Stephen L. Kling Jr., Kristine L. Sjostrom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC, San Luis (Misuri), 2017.

La ofensiva principal sobre el país de Ilinueses se organiza desde Michilimackinac, el fuerte situado en el estratégico estrecho que comunica los lagos Míchigan y Hurón, y cuyo comandante es Patrick

Sinclair. Este recibe las órdenes de Haldimand el 14 de febrero de 1780 y pone al frente de la operación a Emmanuel Hesse, antiguo oficial del 60.º Regimiento de Infantería metido a comerciante de pieles y al que otorga el rango de capitán.

El grueso de sus fuerzas estará compuesto por nativos. A los jefes de las tribus principales, Wapasha[31] de los siux y Matchekewis de los chippewas,[32] se les otorga el título de capitanes para el ataque. Reciben incluso las correspondientes casacas rojas adornadas con galones y charreteras doradas, así como gorjales de plata con el escudo de armas británico. También participan winnebagos y menominis.

Además, se suman a la expedición en torno a medio centenar de comerciantes y aventureros del Canadá que esperan obtener derechos exclusivos para explotar las regiones que conquisten. Entre ellos hay algún resentido con los españoles, como Jean-Marie Ducharme, a quien en el pasado se le confiscaron pieles y otras mercancías por internarse sin licencia en el río Misuri.

Hesse reúne a sus huestes a finales de abril de 1780 en Prairie du Chien,[33]

tradicional punto de encuentro de indígenas y comerciantes de pieles en las remotas tierras del norte del Misisipi, allá donde vierte sus aguas el Wisconsin. Su objetivo es descender en canoas por el Misisipi para atacar San Luis y el poblado situado justo al otro lado del río, Cahokia. Cree que hacerse con estos puestos será pan comido por carecer de defensas y una fuerza bien organizada. Por ello ni se molesta en transportar la pesada artillería. Fía su éxito a un asalto a pecho descubierto.

Según los planes, Hesse permanecerá en San Luis tras someter a los españoles mientras los siux de Wapasha continuarán río abajo hacia Natchez, atacando por el camino Santa Genoveva, Kaskaskia y el pequeño puesto de Arkansas.

Como apoyo a esta fuerza principal, otra más pequeña dirigida por el capitán del Departamento de Indios Charles Michel de Langlade e integrada por voluntarios canadienses e indígenas debe sumarse descendiendo por el río Ilinueses y el Misisipi. El punto de encuentro de este segundo grupo es un lugar en el suroeste del lago Míchigan donde desemboca un río llamado Chicago.[34] Langlade llegará allí en barcos desde el fuerte San José, un puesto a orillas del río del mismo nombre que desemboca en el sureste del lago y que se está

convirtiendo en un punto clave para los planes ofensivos británicos.

Además de los contingentes de Hesse y Langlade, la ofensiva británica desde el norte incluye otras operaciones complementarias. Una fuerza menor de 60 otaguas liderados por Le Petit Bled parte del fuerte San José con destino a Vincennes, en la ribera del Wabash, una de las poblaciones ocupadas por los americanos. Su misión es impedir que los españoles de San Luis y los americanos de Cahokia reciban apoyo desde allí. A la partida inicial se les suman otros 30 otaguas encabezados por el jefe Nissowaquet y otros 30 indígenas más, supuestamente chippewas.[35]

Entre tanto, desde el fuerte Detroit se organizan ataques de diversión a lo largo del río Ohio con los que entretener a las tropas del fuerte Pitt y otros enclaves para que no acudan tampoco a socorrer a los españoles y americanos atacados en el Misisipi. Según el comandante de Detroit, Schuyler DePeyster, este movimiento

beneficiará a la partida del vicegobernador Sinclair por el Misisipi, desviará la atención del Niágara y dará algún servicio al brigadier general Campbell en caso de que no haya tomado todavía Nueva Orleans.[36]

Emmanuel Hesse ultima a finales de abril los preparativos en el campamento de Prairie du Chien, donde se cargan provisiones en las canoas para una expedición que promete ser decisiva.

En esos días un destacamento enviado a unas minas de plomo aguas abajo, a unas

quince millas, hace prisioneros a 17 españoles y americanos y se incauta de una importante cantidad de ese metal con que fabricar munición.

Otra patrulla que vigila el Misisipi captura un *bateau* con destino a Prairie du Chien fletado por el comerciante de Cahokia Charles Gratiot y capitaneado por Jean-Baptiste Cardinal. Navega con licencia de las autoridades americanas y españolas, lo que lo convierte en enemigo. Cardinal ignora que se ha declarado una guerra entre Madrid y Londres, pero se tropieza en el camino con Joseph Calvé, otro comerciante que ejerce de agente británico y sí está al tanto de las hostilidades. Se trata sin duda de un golpe de suerte bien oportuno

para los ingleses, ya que la embarcación está repleta de pieles, ropa, comida, utensilios de cocina, licor y otras mercancías muy apropiadas para la expedición.

El 2 de mayo de 1780, la flotilla parte de Prairie de Chien. 750 hombres ponen rumbo a San Luis. Por delante, más de ciento cuarenta leguas corriente abajo por el Misisipi. La gran mayoría son indígenas. Apenas un puñado de británicos forman parte de la fuerza atacante: el comandante Hesse, el sargento J. F. Phillips y dos o tres soldados para mantener la disciplina, incluido uno que ejerce de intérprete. Además, puede que alguno o algunos se hayan quedado en Prairie du Chien para cuidar las pieles y mercancías dejadas allí y ni siquiera hayan embarcado. No hay más de cincuenta que no sean indígenas.

En el camino hacen una parada en el importante poblado de Saukenuk, de los sacs y renards. Aunque son amigos de españoles, franceses y americanos, la expedición consigue que cambien de bando y reforzarse con entre doscientos y doscientos cincuenta de sus combatientes. Para ello los obsequian con nueve cinturones de abalorios, aunque puede que lo que finalmente los convenza sea la intimidante cantidad de guerreros de distintos pueblos que integran el poderoso ejército, así como la promesa de quedarse parte del botín. En total suman ahora un millar de hombres dispuestos a arrasar el país de Ilinueses.37

La gran ofensiva de los británicos desde el norte está en marcha. Se las prometen felices. Pero acabar con los españoles no será tan sencillo.

6

Lucha a muerte en la Alta Luisiana

UN ENCLAVE PUJANTE EN EL PUNTO DE MIRA

¡Ya vienen! Seis centinelas enviados río arriba regresan el 23 de mayo de 1780 con la alarmante noticia. Lo han visto con sus propios ojos: a tan solo 20 leguas de San Luis, un ejército de guerreros de distintas tribus y algunos voluntarios, liderados por un puñado de ingleses, desciende por el Misisipi con intenciones nada amistosas.1

Se confirman las sospechas. Desde marzo, poco después de llegar el aviso de que España y Gran Bretaña están en guerra, circulan por la Alta Luisiana rumores de un ataque masivo desde el norte. Un comerciante procedente de la zona británica, un tal John Conn, da fe

de que son ciertos.[2]

San Luis es ahora una boyante población de cerca de mil trescientas almas que crece al calor del comercio peletero. Aunque se la conoce también como Pain Court o Pancur, supuestamente por escasear el pan,[3] es sin duda el asentamiento más dinámico en cientos de leguas a la redonda. En los últimos años ha atraído a nuevos vecinos del otro lado del Misisipi, hasta convertirse en el principal núcleo del país de Ilinueses.

Tanto de la orilla española como de la británica.

La mayoría de sus habitantes tienen raíces y costumbres francesas. Hablan la lengua de Molière. Proceden del Canadá o de la parte oriental del Misisipi, la que pasó a manos inglesas. Pese a que siguen teniendo sus más y sus menos, han acabado por aceptar a sus gobernantes españoles, que hacen lo posible por congeniar y tolerar su modo de vida. Buena parte de los documentos del día a día, desde compraventas a contratos matrimoniales, se siguen redactando en francés. En general, reina la armonía.

Además, con la guerra no hay más remedio que unirse frente al ancestral enemigo común: Inglaterra.

Aunque no todos en San Luis tienen raíces europeas, desde luego. Buena parte son individuos de raza negra, indígenas o mestizos, tanto libres como siervos. Por las calles corretean niños métis, fruto de la unión de franceses con mujeres osages.[4]

En San Luis hay más de treinta negros libres, algo impensable aún en ciertas colonias británicas. Es el caso, por ejemplo, de Jeanette Forchet. Casada y enviudada

varias veces, es dueña de una de las parcelas urbanas originales y un

terreno de cultivo.

Su marido, Pierre Ignacio, es herrero, cazador y agricultor.[5] Ambos viven como cualquier otro residente, con los mismos derechos y deberes.

Sin embargo, un tercio de la población es aún esclava. Pese a la derogación del brutal Código Negro francés y la implantación de la ley española, menos severa, sigue siendo habitual comprar, vender o legar en testamento seres humanos. Como meros objetos. Si bien al menos tienen la esperanza de comprarse la libertad. Además, las normas españolas prohíben esclavizar a los nativos. No sin resistencia de los propietarios. En 1770 aún había 37 vecinos que poseían 78 esclavos indígenas, que en buena parte se encargaban de proporcionar los osages tras capturarlos entre pueblos rivales.[6]

Francisca Millert, viuda de Gabriel Dodie, figura entre los poseedores de varios esclavos. En 1776, estando «mala de cuerpo y puesta en su cama» pero «sana de espíritu, memoria y juicio», declara magnánima en sus últimas voluntades

que da la libertad a Francisco, su negro esclavo de edad de unos cuarenta años, en atención a los buenos servicios y socorros que ha recibido de él. Bien entendido que esta libertad no la gozará si no es después del fallecimiento de la citada testadora, queriendo que ínterin ella vive continúe sirviéndola con el mismo buen afecto y circunstancias que ha estado hasta ahora sin que ninguno de sus herederos pueda poner impedimento a esta su disposición, pues considera que el expresado negro la merece, y deja sus demás bienes para ser repartidos entre ellos.[7]

© Album

Plano de San Luis en 1780 (The State Historical Society of Missouri).

En el inventario de los «bienes» que lega a sus herederos tras fallecer finalmente en 1783 se incluirá «un negro llamado Jacobo y una negra nombrada Francisca», él de sesenta años y ella de cincuenta, «estimados los dos juntos en mil y ochocientas libras», así como «una

mestiza llamada Francisca, de edad de unos treinta años con una hija llamada Lucía de cinco años estimadas las dos juntas en dos mil libras» y «un mestizo llamado Luis de edad de veinte y tres años, estimado en dos mil y quinientas libras».

Sobre ellos no dice una palabra de manumisión. Tras mencionarlos, el listado sigue enumerando de forma rutinaria: un armario de nogal, una sierra, una maza de hierro…[8]

El paisaje urbano de San Luis, ordenado sobre la planta en cuadrícula ideada por Pierre Laclède al fundarla, lo dominan bucólicas casas construidas bajo el tradicional sistema de *poteaux-en-terre* y rodeadas de pequeñas parcelas cercadas. En un lugar central, frente a la plaza de Armas, el antiguo caserón de dos plantas levantado por Maxent, Laclède et Compagnie para su negocio de pieles ejerce ahora como residencia del teniente de gobernador, barracón para las tropas y almacén de los regalos para los indígenas. Es la sede del poder español en la Alta Luisiana.[9]

El comercio con los nativos es el claro motor económico. Al recorrer San Luis, uno ve carpinteros, albañiles, herreros, panaderos o comerciantes, sin que falten los curtidores. Cómo no tratándose de una ciudad peletera.[10]

Por otra parte, el mando español va dejando su huella de disciplina católica entre los licenciosos franceses. La precaria capilla levantada en 1770 ha sido reemplazada ya en 1776 por otra permanente de piedra.[11]

Al oeste del área residencial se sitúan las extensas praderas donde crece el trigo y el maíz. También el centeno, la cebada, la avena, las calabazas, los melones, el lino o el algodón. Un molino de agua y varios accionados por caballos o a mano transforman el grano en harina. Además, existe un terreno comunal donde pasta el ganado y los lugareños se abastecen de leña y madera. Solo este está vallado para evitar que escapen las bestias. El resto de tierras y el pueblo carecen de barrera o defensa alguna. Nunca han hecho falta. Al menos hasta ahora.[12]

Más allá de San Luis, la otra población de la Alta Luisiana española es Santa Genoveva.[13] Veinte leguas río abajo, también ha crecido gracias a los franceses que huyen del dominio británico en la orilla este. En el censo de 1772 figuran 691 habitantes, dedicados en buena parte a la agricultura. De hecho, la ubérrima Santa Genoveva es la gran proveedora de trigo de Nueva Orleans. Además de producir tabaco,

índigo o

azúcar de arce. Y también explota unas valiosas minas de plomo a las afueras y unas salinas muy útiles para que la carne y el pescado no se echen a perder.

Santa Genoveva y San Luis están unidas no solo por vía fluvial. También por una carretera paralela al río, abierta cuando empezaron a sonar los tambores de guerra con Gran Bretaña en 1779. Gracias a ella se puede acudir a caballo a Santa Genoveva para socorrerla en caso necesario y se mantiene la comunicación directa entre las dos villas todo el año, sin que en invierno lo impidan los hielos del Misisipi.[14]

Mientras al otro lado del río, en la ribera británica, languidecen las localidades de Cahokia[15] y Kaskaskia,[16] situadas frente a San Luis y Santa Genoveva, respectivamente.

Ahora ocupadas por los americanos, su población se ha visto diezmada por la huida de los antiguos habitantes franceses hacia la Luisiana española. Más al este, a orillas del Wabash, resiste la remota Vincennes,[17] también bajo mando americano tras la breve reconquista británica.[18]

El ataque sobre la Alta Luisiana española está a la vuelta de la esquina. Y el encargado de organizar la defensa es Fernando de Leyba. Este ceutí de cuarenta y cinco años, de una estirpe de Antequera con larga tradición militar, llegó a Nueva Orleans en 1769 con Alejandro O'Reilly. Tras ejercer como capitán de una compañía de fusileros en el nuevo Batallón Fijo de Infantería de la Luisiana, se curtió durante tres años como comandante del apartado puesto de Arkansas, un pequeño enclave fortificado a medio camino entre Nueva Orleans y San Luis. De aquella época arrastra un delicado estado de salud.

Desembarcó en San Luis el 10 de junio de 1778 para tomar posesión como teniente de gobernador del distrito de Ilinueses. Sustituía al navarro Francisco Cruzat, que a su vez había relevado en 1775 a Pedro Piernas. Ha llevado hasta allí a su esposa María Concepción de César y Martínez-Fortún, de una ilustre familia de Cartagena, y a sus dos hijas, Pepita (Josefa) y Rita (Margarita).[19]

A su llegada le cuesta encontrar a alguien que domine el castellano. Cuando a los pocos meses envía un mapa a Bernardo de Gálvez, se justifica:

La tarjeta y explicación de dicho plano van en francés, por lo malo de mi letra y no haber en este puesto quien escriba medianamente en español, si no es un soldado del que no me he valido por las muchas equivocaciones que padece.[20]

Sus achaques no le impiden emplearse a fondo para mantener el orden. Prohíbe las carreras de caballos, galopar por las calles, las reuniones nocturnas de esclavos, arar nuevas tierras sin permiso o que los bueyes atraviesen tierras de labor. Para atajar una ola de robos de piraguas, frutas, hortalizas y animales de corral, hace instalar un poste donde encadenar a los ladrones para su público escarnio.

Se preocupa también por la prosperidad del pueblo. Alienta la llegada de nuevos habitantes con la promesa de tierras y plantea cultivar trigo ante la subida de la harina.

Para proteger el comercio local, promueve la llegada de más mercancías que intercambiar por pieles con los nativos y combate el contrabando de tramperos sin licencia.[21]

Al mismo tiempo, Fernando de Leyba cultiva el entendimiento con los americanos

del otro lado del río. Traba una relación amistosa con George Rogers Clark, el joven comandante virginiano al que felicita por su conquista de los puestos británicos.

Aunque le desconcierta el rudo aspecto de sus hombres, más propio de una banda de forajidos que de un ejército a la europea, admira el control que tiene sobre ellos, así como sus buenas maneras, clemencia y recta administración de justicia.[22] El americano, a su vez, confirma a un camarada:

Entre Don Leyba, teniente de gobernador del Illinois Occidental, y yo se ha iniciado una relación estrecha. No ha omitido nada que estuviera a su alcance para demostrar su afecto a los americanos con tanta franqueza que no deja lugar a dudas.[23]

Al conocerlo en persona, Clark observa: «Este caballero se interesa mucho a favor de los Estados, más de lo que podía haber esperado»,

comenta a Patrick Henry, gobernador de Virginia.24 El propio Henry escribe a Leyba para recomendarle al coronel Clark y ofrecerle «toda la ayuda e intercambio amistoso de buenos oficios que la mutua felicidad y prosperidad de ambos pueblos hagan necesarios».25

El comandante americano visita a Leyba en el verano de 1778 y su anfitrión no escatima pólvora para recibirlo con salvas. Lo agasaja con dos noches de cenas, brindis y bailes.26 El invitado queda encantado:

Como nunca había estado antes en compañía de españoles quedé gratamente sorprendido en mis expectativas, porque en lugar de encontrar esa desconfianza tan peculiar en esta nación, no vi aquí el menor síntoma; gozar de tanta libertad, casi excesiva, daba el mayor placer.27

Tal vez a las causas de tal contento se sume el rumoreado romance con una joven pariente de Leyba de la que habría quedado prendado, si bien la supuesta relación se pierde en la nebulosa de una leyenda que perdurará a lo largo de los siglos.28 De lo que no hay duda es del cariño de Clark por las hijas del teniente de gobernador. En alguna ocasión da recuerdos a la señora Leyba y a sus «dos favoritas», las «pequeñas señoritas»

Pepita y Rita. Pero por su juventud no parece que ese afecto vaya más allá de la mera cortesía hacia unas inocentes niñas.29

La buena sintonía se traduce en colaboración en el terreno militar. El comandante español facilita suministros a Clark y, a cambio, recibe de primera mano valiosa inteligencia sobre los movimientos de la guerra, que a su vez hace llegar a su superior en Nueva Orleans.30

Leyba va más allá. Ofrece hombres a Clark en caso de ataque de guerreros indígenas enviados por los británicos desde Detroit.31 Incluso aporta ayuda para provisiones de su propio bolsillo y del de varios comerciantes de San Luis. Como pago recibe letras de cambio del agente americano en Nueva Orleans Oliver Pollock. Pero cuando este es incapaz de satisfacerlas, el generoso teniente de gobernador queda atrapado en una deuda con sus vecinos de diez mil pesos por «haber salido fiador». «La llegada de los americanos a este distrito me tiene enteramente arruinado», acaba confesando.

A estos apuros achaca la desgracia que llega a su vida el 6 de

septiembre de 1779.

Ese día fallece su amada Concepción, dejando a sus hijas huérfanas de madre. El temor a la bancarrota familiar ha terminado con su salud. Leyba queda sumido en el desconsuelo:

Mi querida esposa, que con mucho esfuerzo vino a este exilio para asegurar la oportunidad de retirarse a España, viendo sus esperanzas rotas por el laberinto de deuda en el que estoy, ha sido sobrepasada por una melancolía tan grande que al cabo de cinco días en la cama ha pasado de esta a la otra vida.32

Enfermo, endeudado y atravesado de dolor por la pérdida de su mujer, Leyba debe hacer frente ahora al ataque que se cierne sobre San Luis. La floreciente ciudad, acostumbrada a vivir en paz, apenas está preparada para la horda que amenaza con destruirla. Sin fortificaciones, murallas ni defensas de ningún tipo, rodeada de campos abiertos por todas partes salvo la del río, los asaltantes pueden acometer prácticamente desde cualquier punto. No hay tiempo que perder.

FERNANDO DE LEYBA SE PREPARA PARA EL ATAQUE ENEMIGO

La guarnición de la Alta Luisiana para defender un territorio inmenso son ridículos.

Solo 16 soldados del Regimiento Fijo de la Luisiana (antiguamente batallón) están acuartelados en San Luis, mientras que Santa Genoveva cuenta con un teniente y otros doce hombres. En el fuerte del Príncipe de Asturias Señor Don Carlos, un destartalado puesto de madera con cinco cañones a la entrada del río Misuri, hacen guardia un cabo y seis soldados más. En total no hay más que 36 militares para hacer frente al enemigo.33

Meses antes de que España entrara en guerra con Gran Bretaña, Leyba ya pedía a

Bernardo de Gálvez reforzar la defensa con otros 200 hombres y dos

nuevos fuertes, uno en la boca del Misuri para sustituir al antiguo y otro a la entrada del río Mua,[34]

unas setenta leguas aguas arriba.[35] Pero el gobernador declinaba su propuesta por falta de fondos y de personal:

Debo decirle que no solo no tengo facultad para hacer gastos extraordinarios al Real Erario, pues que (como V. m. no ignora), el situado de esta provincia es reducida solo a los sueldos de empleados y prest de tropa de ella, sino que también se añade a esta dificultad la de ver demasiado corta por ahora la guarnición de toda esta colonia para destinar 200 hombres a esos establecimientos.[36]

Gálvez, más preocupado por hacerse con los puestos británicos del bajo Misisipi y reconquistar Panzacola, hace oídos sordos a sus lamentos. En una guerra donde los intereses de España van desde Gibraltar a Campeche, pasando por Menorca o Jamaica, y teniendo que defender un imperio que abarca desde Manila a La Habana, un pueblo

perdido en la inmensidad de Norteamérica no figura en las prioridades militares. Leyba debe apañarse con lo que tiene.

El grueso de sus fuerzas frente al inevitable ataque consistirá, pues, en milicianos.[37]

Es decir, ciudadanos de a pie reconvertidos en tropa para su autodefensa. De acuerdo con las normas introducidas por Alejandro O'Reilly en 1770, todos los hombres de entre quince y cincuenta años capaces de portar armas deben alistarse y dedicar parte del domingo, siempre que el tiempo lo permita, a adiestrarse.[38]

Tanto San Luis como Santa Genoveva cuentan con sus propias compañías de milicias, integradas en su mayor parte por habitantes de raíces francesas, de origen canadiense o del propio Ilinueses. También se encuentran en sus filas unos cuantos *chasseurs*, cazadores venidos de los bosques para defender sus derechos comerciales en la región.

San Luis dispone de una compañía de infantería de milicias de 170 hombres, capitaneada por Jean-Baptiste Martigny y con Benito Vázquez como teniente y Pierre Montardy como subteniente. Pero desde julio de 1779 posee además una segunda compañía, creada por

Fernando de Leyba y autorizada por Bernardo de Gálvez. A diferencia de la original, en este caso es de caballería. Cada miembro debe procurarse su propia montura, si bien la escasez de equinos hace difícil que todos tengan el suyo. Para liderar esta compañía de caballería, Leyba escoge a un veterano miliciano y vecino distinguido: Eugene Pourée, alias Beausoleil. Es aquel antiguo militar francés que se mudó con Louis Saint-Ange en los primeros años de San Luis y que hoy ya se codea con la élite local.39 Ascendido de teniente a capitán de milicias, tiene a Louis Chancelier como teniente y a Charles Tayon como subteniente. Además de estos tres oficiales y de tres sargentos, la compañía consta de 48 «hombres montados», aunque Leyba augura entonces que este número «será mayor en teniendo caballos algunos mozos que desean entrar».40

Al sur, en Santa Genoveva, la milicia de infantería está formada por 175

miembros.41 Al mando se sitúa Francisco Vallé, prominente comerciante y cabeza de la familia más poderosa de ese pueblo.42

Del otro lado del Misisipi, en el territorio británico ahora ocupado por los rebeldes americanos, la defensa de Cahokia y Kaskaskia recae en un número indeterminado de milicianos de origen francés y un puñado de soldados del regimiento virginiano de George Rogers Clark.43

Eso es todo. Tan escasas fuerzas harán frente al vendaval que busca barrer desde el norte a españoles y americanos. Nadie más acudirá en su socorro.

Con el enemigo al acecho, Fernando de Leyba activa la defensa de San Luis. No es momento para viejos recelos entre franceses y españoles, hay que prepararse con todos los recursos al alcance. Y hay que hacerlo rápido.

El 6 de abril recibe un aviso desde el desolado fuerte San Carlos en la desembocadura del Misuri, que los rigores del invierno han dejado inservible. El cabo,

«retirado a una cabina que quedaba aún en pie», alerta: «Las naciones salvajes, animadas por los ingleses, están en las cercanías».

Para evitar que las cinco piezas de artillería de ese puesto apartado caigan en manos de los invasores y aprovecharlas para defender San Luis, Leyba envía a por ellas al capitán de la milicia con un destacamento. Se trata de cañones de cuatro y seis libras que pueden

llegar a pesar cerca de una tonelada, con sus respectivas cureñas. El traslado no es sencillo, pero se completa con presteza.

Cazadores que baten las orillas del Misisipi informan pocos días después de que los guerreros hostiles ya están próximos a San Luis. Ante la eventualidad de un ataque, Leyba lleva tiempo mascullando la idea de levantar «cuatro torres o reductos de piedra», uno en cada costado del pueblo: norte, sur, este y oeste. Ahora que el asalto es inminente, convoca a la vecindad a una asamblea en su residencia. Les expone sin paños calientes los peligros evidentes a los que se exponen por «los ataques de los ingleses y salvajes» en un pueblo que está «abierto por todos lados al enemigo y sin defensas». El escaso número de habitantes juega en contra:

No seremos suficientes para preservarnos de la furia de los bárbaros si no ponemos pronto remedio construyendo algunas fortificaciones.

El teniente de gobernador les comunica su plan y la mayoría lo acepta. Pero para aplicarlo hace falta arrimar el hombro. Del tesoro real no cabe esperar un peso, ya lo ha dejado claro Gálvez. Así que pide financiar las torres a escote, cada uno según sus medios. Todos se ofrecen «con alegría y buena voluntad», aportando en función de sus posibilidades, según Leyba. Consigue reunir mil piastras, pero 400 salen de su propio bolsillo «con el fin de aliviar a estos pobres habitantes». Asegura que no puede hacer un

esfuerzo mayor por tener que atender a las necesidades de sus dos hijas, desde hace meses sin madre. En todo caso, encomia a los vecinos:

Estas buenas gentes han consumido y hecho lo imposible para juntar entre unos y otros seiscientas piastras, además de cerca de cuatrocientas jornadas de trabajo.

Pese a los elogios, la colecta no alcanza para mucho. Leyba ordena empezar por erigir la torre oeste, «desde donde se domina la mayor parte de este pueblo».[44] El padre Bernard de Limpach solemniza el inicio de la obra en una ceremonia a la que asisten Leyba, el capitán

Martigny y el teniente Vázquez, entre otros. «Bendice esta primera piedra del fuerte en la colina detrás de la iglesia, nombrada Fuerte Don Carlos en honor de Su Majestad Carlos III», pronuncia el párroco.[45] Entonces el comandante advierte que las cuentas no salen para levantar el resto de fortificaciones.

Después de cavar los cimientos y poner la primera piedra, hice el cálculo del costo de la primera y vi con pesadumbre que toda la contribución no bastaba para pagar los gastos, tan solo los de la primera torre, y que era imposible continuar las otras por la miseria y gran pobreza a la que estaban reducidos los habitantes, que han hecho el último esfuerzo al reunir esas seiscientas piastras privándose de las cosas más necesarias para el cuidado y comida de sus familias.

De haber podido levantar las cuatro torres proyectadas, unas pocas tropas y los habitantes bastarían para defender el puesto. Incluso se podría «proteger una parte del campo donde los habitantes plantan y recogen el trigo», afirma Leyba, abatido. Sin ellas San Luis estará «continuamente expuesto a las incursiones y masacres de los salvajes», que podrían llegar a asolar sus calles. Pero ya no hay margen para reconcomerse. En la medianoche del 8 al 9 de mayo llega un tal La Fontaine con nuevos informes:

Un ejército de guerreros nativos se encuentra en el río de la Roca,[46] formado por novecientos hombres, entre ellos algunos ingleses y canadienses. Estarán aquí en unos días para reducir el país.[47]

Fernando de Leyba estima que a estas alturas solo les faltarán unas veinte leguas para llegar a San Luis, que vaticina será el primer objetivo. El mismo día 9 despacha un correo urgente para el capitán de la milicia de Santa Genoveva, Francisco Vallé, al que ordena

hacer armar, a la recepción de esta carta, dos *bateaux* de los primeros que encuentre en su puesto, cada uno con treinta hombres de la milicia incluido el teniente y el abanderado.

Deben estar listos para zarpar en veinticuatro horas. Hay que cargar las culebrinas que tengan en Santa Genoveva, junto con víveres para veinte días, cuya cuenta se pasará después. Los dos *bateaux* partirán bajo el mando del teniente Silvio Francisco de Cartabona, del Regimiento Fijo de la Luisiana.48 A este también escribe Leyba, indicándole que incluya un sargento, un cabo y nueve soldados. Al día siguiente, 12 de mayo, el pequeño convoy empieza a remontar el río y el 14 a las ocho de la mañana alcanza San Luis.49 Los 60 milicianos y el pequeño grupo de soldados se unen al operativo de defensa.50

Con los refuerzos de Santa Genoveva y los cazadores a los que Leyba ha llamado, y descontando los no aptos para el combate por enfermedad o ausencia, la fuerza total efectiva ante la batalla que se avecina ronda los trescientos hombres. Según el informe posterior del intendente de la Luisiana, «29 soldados veteranos y 281 paisanos».51

En lo alto de la única torre erigida, llamada fuerte San Carlos pese a no ser más que un tosco reducto de unos diez metros de alto, se instalan los cinco cañones traídos desde el Misuri. A ambos lados, rodeando el pueblo por su parte más expuesta, Leyba encarga excavar unos atrincheramientos en los que apostar a los defensores con sus armas. Una en el lado norte, de doce harpanes de largo.52 Otra al sur, de veinte.53

La vigilancia se extrema. El teniente de gobernador envía al capitán de la milicia de infantería con 40 hombres a patrullar con tres piraguas a diez o doce leguas aguas arriba y montar guardia durante cinco días. Además, manda a seis cazadores en dos canoas hasta una distancia de 20 leguas para que permanezcan allí hasta avistar al enemigo. «No he podido organizar esta expedición sin hacer algunos gastos al tesoro real», confesará más tarde a Gálvez, al que aclara: «Todo esto se ha cargado por orden mía al teniente de infantería de la milicia, señor Benito Vázquez».

Son esos cazadores quienes el 23 de mayo de 1780 alertan de que han visto a los atacantes a solo 20 leguas de San Luis.54 La batalla es inminente.

LA HEROICA DEFENSA DE SAN LUIS ANTE UN ASALTO FEROZ

San Luis amanece en aparente calma el 25 de mayo. Es el Corpus Christi y los habitantes no van a dejar de celebrarlo. Pese a las últimas advertencias del avance enemigo, algunos se aventuran a buscar flores y fresas silvestres. Otros trabajan para no descuidar las cosechas ni el ganado. Salvo la torre recién construida y las rondas de vigilancia, nadie diría que al día siguiente los espera la jornada más sangrienta de su corta historia. Pero no muy lejos de allí, unos ojos observan.

El ejército de Emmanuel Hesse ha alcanzado la tarde anterior la desembocadura del río Ilinueses, a unas doce leguas, donde se les debía unir desde el río Chicago la facción de Charles Michel de Langlade. Este no se presenta, pero no le van a esperar.

Una pequeña avanzadilla desciende el día 25 por el Misisipi hasta las inmediaciones de San Luis. Los merodeadores dejan sus canoas en la orilla, al norte del pueblo, y se deslizan por tierra para escrutar de cerca su objetivo. El ajetreo en los praderíos y las patrullas los disuaden de aproximarse demasiado. Ocultos entre el follaje, se limitan de momento a vigilar.

Al día siguiente llega el grueso de las fuerzas invasoras. Una parte, alrededor de doscientos cincuenta combatientes a las órdenes de Ducharme y Matchekewis, la mayoría chippewas, cruza hacia la ribera este para embestir contra Cahokia y arrebatársela a los americanos. El resto desembarca en la orilla oeste, siguiendo los pasos de la avanzadilla de la víspera, para hacerse con San Luis. Es el objetivo principal.

Se despliegan con sigilo desde el norte, rodeando el pueblo por el oeste y bloqueando una posible huida por el sur. Las escarpaduras a la vera del río impiden acceder por el este.

Baptiste Riviere, uno de los milicianos de la compañía de caballería, dormita en una cabina en los predios al noroeste de San Luis. El enemigo está más cerca de lo que cree.

Los guerreros que avanzan por esa parte lo sorprenden en mitad del sueño. Es posiblemente su primer prisionero. El asalto está a punto de comenzar.[55]

A la una de la tarde del 26 de mayo de 1780,[56] un griterío infernal se desata a las afueras de San Luis. Más de setecientos guerreros se dirigen al pueblo a toda velocidad por la Gran Pradera entre escalofriantes alaridos, capturando y matando a los campesinos que hallan a su paso.[57] La escena sobrecoge a Fernando de Leyba: La

seguridad de que iban a encontrar el puesto sin ninguna fortificación les hizo avanzar como locos, con una audacia y furia increíbles, dando gritos espantosos y un fuego terrible.58

«¡A las armas, a las armas!» La alerta recorre a voces las calles. Un cañonazo urge a todos a acudir a sus puestos.59 Seguro se oye la campana tocar a rebato.60 No se trata de un simulacro. Es hora de ejecutar el plan improvisado por Leyba. Una mitad toma posiciones en la trinchera norte y la otra en la sur. La caballería cabalga de lado a lado para parchear huecos. Comerciantes y labriegos mutados en combatientes.61 No queda

«un solo hombre en las casas», recordará Leyba. En su propia residencia se refugian mujeres y niños, protegidos por 20 guardianes a cargo del teniente Cartabona.

No todas las damas se resignan a aguardar pacientemente el fin de la contienda.

Según una historia popular, Marie Josepha Pinconneau almuerza con su esposo, el miliciano Ignace Rigauche, cuando se desata el ataque. Ella se levanta, se enfunda la casaca roja de su esposo, se la abotona hasta la barbilla, toma una pistola en una mano y un cuchillo en la otra y sale disparada a las trincheras. Desde allí, *madame* Rigauche llama a los hombres a combatir y los alienta durante la lucha, exponiéndose a ser herida.62

Leyba reacciona. Este día, como parte de sus obligaciones, le ha cogido ocupado en resolver un pleito entre comerciantes.63 Ahora toca luchar. Minado en sus fuerzas por la enfermedad, acude en una *brueta* o silla de manos con el resto de la guarnición y seis cazadores a lo alto del fuerte San Carlos para dirigir la agónica defensa.64 De seguro lleva su catalejo para otear los movimientos del contrario.65

Quien se pierde el combate es el flamante capitán de la milicia de caballería, Eugene Pourée. El ataque lo coge fuera de San Luis, remontando el Misisipi, y eso lo

«mortifica».66 Todavía no ha llegado el momento que le reserva la historia en la guerra contra los ingleses en los páramos de Norteamérica.

En la confusa turba de siux, winnebagos, menominis, sacs y renards se combinan

camisas y torsos desnudos, penachos de plumas y crestas sobre cabezas rapadas,

taparrabos de vivos colores y leotardos, brazaletes y gorjales, collares de conchas, pinturas de guerra… Muchos van armados con mosquetes, pero no faltan hachas, cuchillos y garrotes. Puede que tampoco arcos y flechas. Algunos voluntarios canadienses, ataviados con sus gorras de castor, largas camisas y leotardos, armados con rifles, se mezclan con los nativos.

El jefe siux Wapasha, al igual que Matchekewis, luce la casaca encarnada con charreteras y ribetes dorados de los británicos. Wapasha y Joseph Calvé, el ambicioso comerciante que propició la captura del barco de Charles Gratiot, dirigen sendos destacamentos. El capitán Hesse se queda atrás, en segundo plano. Deja que los nativos den rienda suelta a su furia.[67] Pero, de pronto, bum, bum, bum. Un enorme estruendo paraliza a los atacantes. El fuego de artillería desde el fuerte San Carlos frena la feroz acometida.

Aunque la torre no estaba del todo cubierta y el parapeto para los cañones no fue emplazado, nos servimos de ellos con éxito, maniobra que causó gran sorpresa a los salvajes, que no lo esperaban; y a no ser por la velocidad con la que actué juntamente con todo el mundo en las fortificaciones, habría sido el último día de San Luis.[68]

A ras de suelo, escopetas y mosquetes hacen su parte. Ráfagas incesantes impiden penetrar en el pueblo. Las pistolas de la caballería y los oficiales se reservan para las distancias cortas. El fuego, el humo y el estrépito de las armas envuelven el frente de batalla. Una encarnizada lucha entre los que quieren borrar a los españoles del Misisipi y los que protegen el confín norte de un descomunal imperio americano que se extiende hasta la Tierra del Fuego.

La mayoría de los defensores son de sangre francesa, pero sienten San Luis como algo propio. Dejarán hasta la última gota de sangre antes de que se la arrebaten. Detrás de cada uno hay una historia de supervivencia y tenacidad.

El francocanadiense Jean Marie Cardinal no esperaba morir este día. Cazador, trampero, comerciante y minero, está acostumbrado a la agreste vida en la frontera y a las pendencias con los británicos. Llegó a San Luis en 1765 buscando refugio tras matar a dos ingleses con los

que tuvo una trifulca más al norte, en la zona de Prairie du Chien.

En la nueva meca del negocio de la piel empezó una nueva vida. En su iglesia se casó con una panis,[69] con la que tuvo numerosos hijos. El pasado abril logró escapar del asalto a la mina donde los británicos apresaron a 17 españoles y americanos y se

hicieron con un importante botín de plomo. Llegó hasta San Luis para dar la voz de alarma. Ahora lucha junto al resto de los vecinos por defender lo suyo. En un lance del combate Cardinal es capturado. Trata de huir, pero queda malherido. Lo cogen de nuevo. No aguanta. Al poco expira a las afueras de San Luis. No será el único.

Para Leyba, «lo más desolador» es

la confusión y los gritos lamentables de las mujeres y los niños, que se escuchaban desde donde estaban nuestros combatientes, y solo el heroico coraje impidió que las armas cayeran de las manos de los padres de familia que se han señalado con todo el valor inimaginable en esta ocasión, en la que parecía que no podrían rechazar al enemigo por el gran número al que nos enfrentábamos.[70]

La férrea resistencia española frena la embestida. El ardimiento de los guerreros se da de bruces una y otra vez con una muralla de fuego, la de los cañonazos del fuerte San Carlos y las escopetas de las trincheras. Wapasha, destacado con su uniforme colorado, pretende asaltar la línea de defensa con sus aguerridos siux. No lo consigue.

Los winnebagos también lo intentan. Se estrellan igualmente contra la dura oposición local. Ni unos ni otros encuentran huecos por los que perforar la defensa. Poco a poco su ímpetu se diluye.

Con el combate a favor, los atrincherados están dispuestos a salir de sus zanjas a contraatacar al enemigo en su terreno. Leyba prefiere no arriesgar la ventaja conseguida:

Nuestros milicianos y habitantes realizaron prodigios de bravura afrontando los peligros más evidentes en la defensa de las fortificaciones, y querían incluso llevar a cabo una salida sobre el enemigo de no habérsela impedido por miedo a que sucumbieran bajo

el gran número de enemigos que solo esperaban ese momento para forzar la entrada en el pueblo.71

También el intendente de la Luisiana recogerá en su informe que «la tropa como el paisanaje mostraron el más bizarro espíritu, pidiendo con instancia se les permitiese hacer una salida».72

Los sacs y renards acaudillados por Calvé, incorporados a regañadientes al ejército de Hesse, empiezan a recular. Los demás atacantes, en especial los siux y los winnebagos, llegan a temer que cambien de bando en plena batalla y quedar atrapados entre ellos y los españoles. Así que también emprenden poco a poco la retirada.73

Pero el horror no cesa. Sin posibilidad ya de conquistar el pueblo, los agresores se ensañan ahora, con brutalidad inusitada, con los hombres y las bestias que hallan a su paso en los campos.74

Nuestros enemigos, viendo que no podían por nuestra vigorosa defensa forzar nuestras posiciones, se dispersaron por el campo, donde descubrieron un grupo de habitantes y de esclavos que estaban trabajando en la cosecha del maíz. Arrasaron el campo y mataron salvajemente todo lo que encontraron: bueyes vacas, caballos, cerdos y aves; en general, causaron los daños más terribles, pero lo que es más lamentable es que masacraron muchas personas que estaban ocupadas trabajando la tierra y que no pudieron llegar a tiempo a los atrincheramientos.75

La crueldad contra los pobres indefensos que tienen la mala suerte de encontrarse fuera del pueblo no tiene límites. Prácticamente todos los habitantes a los que el ataque sorprende en las praderas son apresados o asesinados de forma cruel.

Algunos, sin embargo, logran salvarse. Se cuenta que un tal Chancellier,76 un americano apellidado Kennedy, una mujer y al menos dos niñas se cuelan entre las filas enemigas en una carreta tirada por dos caballos al galope. En medio de una lluvia de disparos consiguen entrar en el pueblo. El americano muere y los demás a bordo quedan heridos. Los caballos, acribillados con cien heridas, sucumben nada más pisar San Luis.

Otra historia heroica habla de un esclavo del comerciante Jean Gabriel Cerré que, hostigado por un atacante con un mosquete y un hacha, se las ingenia para ponerle la zancadilla, quitarle el arma de fuego y matarlo. A continuación se presenta orgulloso en el pueblo con su perseguidor muerto como trofeo.77

La vesania del ejército lanzado contra los españoles deja un reguero de cuerpos descuartizados y vísceras por una campiña hasta esta mañana apacible. Leyba se estremece solo de traerlo a su memoria al dar cuenta a Gálvez, al tiempo que lamenta la escasa dotación con que ha tenido que hacer frente a tan salvaje correría:

¡Oh, mi gobernador, si hubiera podido ver con sus ojos un espectáculo tan desgarrador su corazón paternal habría derramado lágrimas! Era una aflicción y una consternación general ver esos pobres cuerpos cercenados en piezas y por trozos, las entrañas arrancadas, los miembros, cabezas y piernas esparcidos por el campo. ¡Qué espectáculo de horror, mi general! Al contárselo me siento afligido por el más amargo dolor. Es en este campo de San Luis donde se ejecutó, en menos de dos horas, la barbarie más inaudita. Fue llevada a cabo hasta el exceso sin que se haya podido evitar debido a la poca gente que tenía, que consistía todo en alrededor de unos 300 hombres, tropas milicias y habitantes. Juzgad, mi gobernador, qué suerte nos esperaba si la divina providencia, la bravura y la actividad no nos hubieran preservado del furor de estos bárbaros animados por los ingleses.78

También el intendente de la Luisiana refiere con patetismo la carnicería perpetrada en el infructuoso ataque a San Luis:

Desengañados por fin los enemigos de la inutilidad de sus redoblados esfuerzos, se esparcieron por la campaña donde saciaron su crueldad y furor en la sangre de 22 labradores que con sus esclavos se ocupaban en el trabajo. No contentos con haberles destruido las sementeras y muerto sus ganados, sacrificaron a su ferocidad aquellas inocentes víctimas que estaban sin otras armas que las de la buena fe, destrozando sus cuerpos y haciéndoles sufrir una muerte atroz.79

Después de dos horas de combate, San Luis ha resistido. Pero a un precio muy alto.

A los veintidós «labradores» perecidos que menciona el intendente se suman siete heridos (seis blancos y uno negro) y setenta prisioneros

(57 blancos y 13 negros), capturados tanto en la zona del pueblo como en los alrededores.

Los británicos, sin embargo, elevan la cifra de muertos a 68, y reducen los prisioneros a dieciocho, lo que indica que buena parte de los apresados perderán la vida

después a manos de sus captores.80 Hay quien asegura incluso que algunos son

«quemados vivos».81

Los informes de bajas de los asaltantes, en cambio, dan cifras inverosímilmente reducidas: tan solo un jefe winnebago y otros tres combatientes de la misma tribu muertos, y otros cuatro heridos. Un prisionero local que logra escapar reporta a Leyba incluso números más bajos, solo tres muertos y dos heridos.82

Los británicos no ocultan su rabia. Desde Michilimackinac, un frustrado Patrick Sinclair sospecha que los españoles han recibido chivatazos que los han puesto sobre aviso. Pero sobre todo culpa del fracaso a Joseph Calvé. Los atacantes, bufa,

habrían asaltado las líneas españolas si los sacs y outagamis bajo el mando de su traicionero líder *monsieur* Calvé no hubieran retrocedido tan pronto.83

Pese a la humillante derrota británica, San Luis no puede bajar la guardia. Señala Leyba:

Después de esta masacre, nuestros enemigos se retiraron sin darse mucha prisa, no habiendo podido forzarnos, y la prudencia no nos permitió seguirlos por temor a desproteger el puesto y caer en un engaño de nuestros enemigos.

Exploradores enviados por el teniente de gobernador comprueban que el

contingente enemigo ha regresado a la boca del río Ilinueses, el punto

donde han esperado en vano la llegada del refuerzo de Langlade desde Chicago. El prisionero huido informa a Leyba de que la intención es que, cuando aparezca «con un ejército de salvajes», desciendan sobre San Luis «una segunda vez a golpear este puesto». Por ese motivo el comandante español retiene en el pueblo a los milicianos de Santa Genoveva y ordena «hacer la guardia con todo el mundo, ancianos y jóvenes, en las fortificaciones día y noche».[84]

La batalla pasa factura al propio Fernando de Leyba. Dada su mala salud, ni siquiera puede escribir de su puño y letra el informe del 8 de junio en el que relata a Bernardo de Gálvez lo acontecido.

Una enfermedad que me aqueja desde hace tiempo no me permite escribiros de mi mano y el único soldado que hay aquí que sabe escribir en español no es capaz de hacerlo bajo dictado ni de plasmar por escrito mis ideas, lo que hace que en esta ocasión me sirva de la mano de mi secretario francés para haceros partícipe de los sucesos ocurridos aquí en los últimos tiempos.[85]

Aun con las penalidades sufridas, Leyba se siente en la obligación de justificar los gastos extra en que ha incurrido:

Como los pobres habitantes están en tal estado de indigencia que apenas tienen de qué subsistir, que sus cosechas de maíz han sido escasas este año y han sido usadas para alimentar a los milicianos desde el 13

de mayo hasta el 31, he decidido hacer un trato con el comerciante Cerré para proporcionar a estas milicias una ración diaria mientras estén de servicio, con el fin de aliviar a nuestros pobres y desafortunados habitantes.

Añade Leyba que todas las órdenes que ha dado para los gastos anteriores están firmadas por él «con mano temblorosa» y se excusa del exceso de desembolsos en la gran cantidad de harina empleada «para el consumo de los salvajes» y en que su precio se ha disparado.[86]

Pese a todos los desvelos del enfermo Leyba para librar del desastre a San Luis, no todos están de su lado. Un libelo anónimo enviado a Bernardo de Gálvez tras la batalla se queja de su actitud:

Unos que, para defender a sus mujeres e hijos y para conservar su módica fortuna, pedían con toda su fuerza pólvora y balas, otros que pedían, para la defensa de la patria y del honor de su nación, un jefe que por su experiencia y su valor pudiera conducirlos a la victoria: gritos vanos e inútiles, pues durante todo el peligro al cual estaban expuestos y del fuego continuo que han asegurado contra el enemigo, su comandante, encogido de temor y de miedo, estaba encerrado en una torre casi inútil y levantada por la fuerza y el dinero del pobre desgraciado.

El insidioso escrito aparece firmado por alguien que se dice *«Virtutis, veritatis que Amicus»*, es decir, «Un amigo de la virtud y la verdad». En él culpa a Leyba del caos reinante incluso horas después del ataque:

En la noche del 26 al 27 uno de los centinelas situados al norte de la ciudad controlando el Misisipi, habiendo apercibido un árbol a la deriva que tomó por una canoa llena de salvajes, se dirigió rápidamente al gobierno para informarle; súbitamente los 60 hombres destinados a la guardia de las mujeres se han desplazado en grupo y sin ninguna orden a las orillas del Misisipi. Viendo un árbol a la deriva, que han tomado igualmente por una canoa llena de combatientes, han realizado una descarga general. No percibiendo ninguna mutación en el objeto de su visión, un terror tan peligroso como general se ha extendido súbitamente entre ellos, corriendo con precipitación a la desbandada y la de sus jefes hasta el lugar donde estaban las desconsoladas mujeres. Los unos, en su precipitada fuga, tratando de ocultar su cobardía y pasando sobre los cuerpos de estas desgraciadas mujeres, han estado a punto de aplastar a sus hijos; los otros, después de haber clavado los cañones para seguridad del gobierno, han hecho una descarga de fusilería sobre un destacamento enviado para su defensa por el Sr. Benito Vázquez, oficial de la milicia y digno de este puesto, quien tirándose al suelo se ha sustraído de los disparos mortales que la imprudencia, el desorden y el miedo le lanzaban de todas partes. Durante estos horrores y en medio de las tinieblas de la noche, varios de entre la tropa reglada que estaban de

guardia de la torre reclamaron con insistencia las pólvoras del Rey enviadas al Misuri y distribuidas a los salvajes para provecho de su capitán. Otros se daban ánimos recíprocamente y lanzando al mismo tiempo mil imprecaciones contra su jefe, le llamaban en voz alta para que se pusiera a la cabeza y se preguntaban los unos a los otros qué era de él, si se había ido al Cielo a implorar el socorro de la Divinidad o a los infiernos para traer la desgracia.87

El estado de Leyba empeora. Solo dos días después de enviar su informe a Gálvez, el 10 de junio, dicta las últimas voluntades. Viendo cercano el final, dispone que sus hijas, Pepita y Rita, sean acogidas en el convento de las ursulinas en Nueva Orleans, se preocupa de que su propia madre sea atendida en Barcelona y hace cuentas con su socio, Francis Vigo, a quien endosa las letras de cambio de los americanos aún sin pagar. Con sus asuntos arreglados, está listo para partir de este mundo.

Menos de un mes después de la memorable batalla de San Luis, a las cuatro de la madrugada del 28 de junio de 1780, el capitán Fernando de Leyba expira.88 Carlos III, en premio a su «vigorosa defensa», le asciende a título póstumo al grado de teniente coronel. El teniente Silvio Francisco de Cartabona, que obtiene el de capitán, asume el mando de forma interina.89

San Luis ha sobrevivido esta vez al ataque de un millar de implacables guerreros que querían destruirla. Pero sus habitantes no pueden dormir tranquilos. El peligro continúa.

«SALVAR AL PAÍS DE LA RUINA»: LA OFENSIVA AL OTRO LADO DEL RÍO

En la orilla de enfrente, Cahokia no está menos expuesta que San Luis a la ofensiva británica. El llamado fuerte Bowman apenas es un caserón grande de piedra en el recinto de la antigua misión católica que dio origen a esta población. El coronel George Rogers Clark está atareado en la boca del Ohio, unas cuarenta y cinco leguas Misisipi abajo, levantando un fuerte y se ha llevado consigo a buena parte de la guarnición. Al mando de la parte de Ilinueses ocupada por los americanos queda ahora el coronel John Montgomery. Pero los habitantes de Cahokia, en su mayoría de origen francés, se ven

indefensos y temen ser arrasados por el ejército del capitán Hesse. Ante la «angustia y la miseria» a la que se ven reducidos por «las naciones salvajes de todos lados», envían una carta urgente a Clark para que vuelva en su ayuda.

Estamos en vísperas de ser atacados en nuestra aldea por grupos considerables de salvajes y no podremos trabajar en el cultivo de nuestros campos si no recibimos pronto socorro.[90]

Montgomery, creyendo que el enemigo no es demasiado numeroso, garantiza a Clark que «nada salvo la muerte concederá la rendición». Y en caso de que los superen, basta con «retirarse siguiendo la corriente» del Misisipi, opina.

Tan confiado está que pretende lanzar un ataque preventivo río arriba para frenar a los invasores. Llega a planteárselo a Fernando de Leyba días antes de que se presenten los guerreros desde el norte. Su idea es que los americanos aporten 150 hombres y los españoles un centenar, además de la mayoría de las embarcaciones, la artillería, la munición y las provisiones. Pero la inminencia del ataque, la complejidad logística y, en definitiva, la inviabilidad del proyecto dan al traste con él. Urge, en cambio, preparar la defensa.[91]

El plan ahora consiste simplemente en encastillarse en el fuerte Bowman y resistir lo mejor que se pueda. Aquí no se erigen torres ni se cavan grandes trincheras. La estacada que rodea el recinto de la misión y los muros del caserón serán toda la protección de los soldados y milicianos cuando llegue el enemigo.

Veinticuatro horas antes del ataque el coronel Clark atiende la llamada de los vecinos y se presenta en Cahokia. Providencial. Justo a tiempo para levantar la moral y

«salvar el país de la ruina inminente», en palabras de Montgomery, ahora aliviado.[92] La leyenda está servida. Tanto el coronel americano como el propio Leyba le habían urgido a regresar ante la proximidad de la invasión. Para ello ha tenido que cabalgar a toda prisa desde el Ohio con un pequeño grupo de hombres. Otros 150 de refuerzo remontan el Misisipi en gabarras, pero para cuando lleguen se habrán perdido la batalla.[93]

El mismo día y a la misma hora que en San Luis, la una de la tarde del

26 de mayo, comienza el asalto a Cahokia. Tras desembarcar en la orilla este del Misisipi, una fuerza de 250 chippewas bajo el mando de Matchekewis y canadienses liderados por Jean Marie Ducharme se lanzan contra un poblado defendido por entre cien y ciento cincuenta milicianos y soldados del Regimiento Illinois.

La contienda se resuelve en poco más que una pequeña escaramuza. No dura más

de veinte minutos. Los atacantes confiaban en una victoria fulgurante y al ver que la oposición es mayor a la esperada pronto cejan en su empeño. Además, el menor tamaño de Cahokia la hace más fácil de defender que San Luis. En una hora los frustrados atacantes están de regreso a sus canoas. La orilla este del Misisipi también ha sobrevivido a la ofensiva orquestada por Gran Bretaña.

Como en San Luis, los agresores buscan causar la mayor destrucción en los campos de los alrededores, bien en su avance, bien en su retirada. Queman cosechas, matan ganado y capturan a cinco hombres. En total los defensores cuentan cinco víctimas mortales: un oficial y un soldado americanos y tres milicianos de origen francés a los que se arranca la cabellera. Los británicos no reconocen baja alguna, de nuevo un saldo poco creíble para haber entablado combate.94

¿Y qué pasa con Charles Michel de Langlade? ¿Por qué no ha acudido a la confluencia del Ilinueses y el Misisipi con los refuerzos que podían haber inclinado la balanza a favor de los atacantes? Langlade y sus hombres llegan al río Chicago el 29 de mayo, tres días después del doble ataque a San Luis y Cahokia. Y todavía les queda alcanzar el paso por tierra hasta el Ilinueses y navegar unas ochenta leguas río abajo hasta la desembocadura en el Misisipi.

La tardanza puede obedecer al retraso en reunir a las fuerzas necesarias en el fuerte San José, desde donde fueron trasladados en barcos por el lago hasta la boca del Chicago. El contingente estaba formado por guerreros nativos, en su mayoría seguramente otaguas aunque también putuatamis de la zona y canadienses.

La división entre los putuatamis puede tener algo que ver con la demora: los del este, influidos por el fuerte Detroit, son probritánicos, mientras que los del oeste son tradicionales aliados de franceses y españoles, y más recientemente también de los americanos. El jefe de los putuatamis occidentales, el Heturno, no ha querido sumarse a la ofensiva. Al contrario, junto con otro jefe inferior, Naquiguen,

obstaculiza el acceso al río Ilinueses por parte de Langlade. Al menos esa es la información que llega hasta Silvio Francisco de Cartabona, el sustituto provisional de Fernando de Leyba como teniente de gobernador en San Luis. Estos contratiempos impiden que acuda para reforzar al derrotado ejército de Hesse. Cuando Langlade alcanza el Ilinueses se topa con Matchekewis y sus chippewas ya remontando el río de regreso.95

Más al este, la acción de diversión contra Vincennes, en el río Wabash, tampoco logra mayor éxito. La idea era atraer a los soldados de George Rogers Clark para que no puedan auxiliar a Cahokia ni Kaskaskia, en el Misisipi.

El jefe llamado Le Petit Bled sale del fuerte San José con unos cuantos putuatamis hacia el cauce del Wabash para descender por este hacia su objetivo. Pero en el camino un comerciante francés les cuenta que Vincennes se ha reforzado con 4.000 soldados, también galos. Buena parte de la expedición se lo traga y da media vuelta. Le Petit Bled continúa, no obstante, junto con un puñado de fieles y al llegar a Vincennes comprueba que la guarnición es de solo 23 hombres.

El burlado jefe acude hasta el fuerte Detroit y convence al mayor DePeyster para que le proporcione armas y pólvora con las que vengar la afrenta. Esta vez coliderará la partida el canadiense lealista Dagreaux du Quindre y a los putuatamis se les sumarán algunos otaguas por el camino. Esta vez los aplastarán, garantizan a DePeyster.

Pero esta segunda expedición a Vincennes ni siquiera llega a su destino. Cae en una emboscada de los piankashaws, que están enfrentados a los otaguas. Cuatro guerreros de Le Petit Bled mueren y varios son heridos. Toca regresar de nuevo sin completar la misión. Desde el fuerte San José los putuatamis reclaman los regalos que les corresponden por los trabajos padecidos. Aunque de mala gana, DePeyster se los concede con tal de que no se pasen al enemigo.96

Junto con el ataque a San Luis y Cahokia, la otra gran expedición de la ofensiva británica desde el norte es la que sale del fuerte Detroit contra Louisville, en las cascadas del Ohio. Su propósito es cortar toda la ayuda que recibe Clark desde el este a través del fuerte Pitt, al tiempo que reafirmar la hegemonía británica al este del Misisipi y asegurarse la alianza de los pueblos de la región.

Aunque el grueso de la fuerza vuelve a recaer en guerreros de las tribus, esta vez participan tropas regulares. El 25 de mayo se pone en marcha el capitán Henry Bird, del Octavo Regimiento, con unos cien

hombres blancos, entre soldados y milicianos, y otros tantos nativos, aunque el número de estos va aumentando por el camino hasta cerca del millar. Chabanones, chippewas, delawares, otaguas y otras tribus marchan con ansias de obtener un jugoso botín. El jefe de la expedición, que recibe noticias de que Clark no está en Louisville, es optimista. Confía en tomarla y en que el país, «de vuelta» con los británicos, «será sumiso y en cierto modo sometido».

Sin embargo, las discusiones con los nativos lastran el avance. El ejército combinado llega el 9 de junio al río Ohio. Entonces se oyen rumores de la presencia de Clark. Los guerreros temen haber dejado sus aldeas expuestas al ataque de los americanos y los temibles «cuchillos largos» que, según historias que circulan, emplean sin piedad contra los nativos indefensos.

Finalmente convencen a Bird para no seguir adelante y asaltar, en cambio, algunos puestos más desprotegidos y de éxito más sencillo. El 24 de junio, los expedicionarios atacan la llamada estación Ruddle y dos días después el fuerte Martin. En ambos casos logran la rendición y garantizan un trato humano, pero los guerreros traicionan esta promesa entregándose a un brutal pillaje y masacrando a numerosos prisioneros. Lo peor para Bird es que se lanzan también a matar el ganado, lo que deja sin acceso a provisiones al numeroso ejército y los cuatrocientos cautivos que han pasado a su cargo.

El capitán británico no ve más remedio que regresar a Detroit. Aunque dejando gran destrucción a su paso, tampoco esta expedición ha cumplido su objetivo.97

En definitiva, la gran ofensiva de los británicos desde el norte ha sido un fiasco. Sin embargo, la amenaza persiste. Los españoles tendrán que reaccionar.

7

El peligro continúa

CASTIGO A LOS TRAIDORES Y ALERTA DE NUEVAS AMENAZAS

Esto no va a quedar así. Una vez que exploradores enviados por Fernando de Leyba confirman la retirada de los invasores, españoles y americanos ponen en marcha una operación para acosarlos en su huida y castigar a los aliados traicioneros. El ataque del 26 de mayo a San Luis y Cahokia deja más claro que nunca que el juego de alianzas

con los nativos es decisivo en esta guerra.

Parte del ejército atacante ha ascendido el Misisipi, de vuelta hacia Prairie du Chien, y otra ha tomado la embocadura de su afluente el Ilinueses para, desde este, pasar al río Chicago y navegar por el lago Míchigan hasta Michilimackinac.[1]

Tras ellos marcharán Pierre Picote de Belestre, antiguo soldado francés ahora al servicio de España, al frente de un centenar de voluntarios de San Luis y el coronel americano John Montgomery, que encabezará un destacamento de 100 soldados regulares y otros tantos milicianos de Cahokia y Kaskaskia. A ellos se sumarán nativos amigos, que algunos calculan en otro centenar. Los españoles aportan también una barcaza y piraguas.[2]

La fuerza conjunta zarpa el 14 de junio rumbo al norte. Remonta el Misisipi hasta la confluencia con el Ilinueses y se adentra en este río aguas arriba. En un momento dado, españoles y americanos deciden dividirse: Montgomery y los suyos siguen ascendiendo por ese mismo cauce para perseguir a Matchekewis y Ducharme, mientras que los españoles de Belestre se desvían por tierra hacia Saukenuk, el poblado de los sacs y renards que se pasaron al bando británico.

Al entrar en la aldea, sin embargo, la hallan vacía. Sus habitantes, temiendo precisamente ser blanco de represalias, han salido huyendo. Belestre deja un aviso claro del enfado que ha causado su deslealtad: destruye el pueblo y quema las cosechas. Por si el mensaje no fuera suficientemente explícito, cuelga una nota, bien visible:

«Volveremos con un ejército aún mayor».[3]

Una partida de los hombres de Belestre continúa hacia el norte, hasta Prairie du Chien, para tratar de hacerse con el cargamento de pieles que los británicos y sus aliados dejaron allí antes de atacar San Luis. Pero para cuando llega ya se han llevado la mayor parte y el resto las han quemado para que no caigan en sus manos.

Entre tanto el destacamento de Montgomery trata en vano de dar caza a Langlade y Matchekewis por el Ilinueses. Escasos de vitualla y munición, dan la vuelta, teniendo que comerse sus caballos por el camino.[4] Los perseguidos logran subir a las embarcaciones que los esperan en el Chicago y escapar hacia Michilimackinac.[5]

La expedición de castigo regresa a San Luis el 4 de julio.[6] Para

entonces Fernando de Leyba ha exhalado su último aliento y el mando ha pasado de forma interina a Francisco de Cartabona. El 24 de septiembre le sucede, ya de manera definitiva, el navarro Francisco Javier Cruzat, que ha completado el viaje desde Nueva Orleans en solo cincuenta y nueve días, un mes menos de lo habitual.[7] Bernardo de Gálvez lo escoge por su experiencia en el cargo, que había desempeñado justo antes que Leyba.

Nacido en Tafalla el 10 de marzo de 1739,[8] Cruzat es ya un militar veterano: cadete a los dieciséis años, subteniente al año siguiente, cuatro años en Orán, subteniente de granaderos en 1764, teniente del Regimiento de Infantería de Guadalajara en 1765 y ascenso a capitán tres años después. Como Fernando de Leyba, llegó a Nueva Orleans en 1769 con la expedición de Alejandro O'Reilly, que lo puso al mando de la Cuarta Compañía de Fusileros del Batallón de la Luisiana.

Accedió por primera vez al puesto de teniente de gobernador de la Alta Luisiana en 1775, relevando entonces a Pedro Piernas, y se mantuvo en él hasta 1778, cuando lo sustituyó Fernando de Leyba. Al año siguiente participó en la toma de los fuertes ingleses de Manchac y Baton Rouge. Tras fallecer Leyba, Gálvez recurre a él de nuevo para San Luis. Está casado con la cartagenera Nicanora López y Ramos,[9] con la que ha tenido seis hijos, de los cuales solo le sobrevivirán dos, José María y Antonio.[10]

Cruzat regresa a los Ilinueses en un tiempo extremadamente complicado. La aún reciente masacre del 26 de mayo y la amenaza latente del enemigo obligan a reforzar la defensa, consolidar la cohesión interna y ampliar las alianzas con los indígenas. Junto a sus dotes militares, el carácter dialogante del que hace gala le resultará muy útil para lidiar tanto con los habitantes de origen francés como con las tribus de la región.

En tan delicado momento, no quiere imprudencias. Su primera ordenanza al regresar a San Luis busca impedir que se dé alcohol a los indígenas, ya que muchos vecinos se saltan la prohibición vigente y tratan de emborracharlos para aprovecharse de ellos pese a los peligros que eso entraña. Así que se castigará a quienes incumplan la norma, cualquiera que sea su ocupación, rango, sexo o condición, y a los reincidentes se

les abrirá un proceso y se los enviará a su propia costa al gobernador para que él decida su destino.[11]

De momento, surten efecto las advertencias que hizo Pierre Picote de

Belestre a los traicioneros sacs y renards en la operación de castigo de junio. Emisarios de estos pueblos se presentan sumisos en San Luis para ofrecer su amistad. Como prueba de fidelidad, devuelven las medallas que los británicos les regalaron y liberan a seis prisioneros del ataque de mayo, de ellos tres ciudadanos de San Luis y tres esclavos.

Los españoles, recelosos aún, les dan un ultimátum: o estáis con nosotros o con los británicos.

Tras su acto de contrición y garantías de lealtad, la alianza se restablece.[12] España concede a los jefes nuevas medallas con el rostro de Carlos III y el lema «Al mérito» en el reverso, como símbolo patente de su compromiso mutuo. Además, se les entregan diplomas acreditativos, como este otorgado por Bernardo de Gálvez y firmado por Francisco Cruzat:

En atención a las pruebas de fidelidad y amistad que hemos tenido del indio llamado Iscate, de la Nación de los Salus del Lago, manteniendo estrecha unión con los españoles, y venerando el respetable y alto nombre de nuestro Católico Monarca (que Dios guarde) y Emperador de España y de las Indias, de su valor, y séquito con todas las otras naciones circunvecinas, y de su buena disposición y conocimiento para mandar con el acierto que se requiere, por cuanto deseando premiar tan recomendables circunstancias, hemos venido en nombrarle como por el presente le nombramos por tal jefe principal de la Grande Medalla de la expresada nación, previniéndole de la estimación que de ella debe hacer y obligación en que queda de gobernar bien su gente, manteniéndola con la quietud y respeto que debe a los españoles, y enseñándola la veneración que corresponde al Gran Rey de España.[13]

A España le van a hacer falta estas alianzas. En el otoño de 1780 llegan noticias de planes británicos para volver a atacar. Un desertor canadiense llamado St. Michel alcanza San Luis el 25 de octubre tras escapar un mes antes de Michilimackinac. Trae información de sumo interés para Cruzat:

Ha habido discrepancias entre los comandantes de la partida, compuesta por mil quinientos hombres, que iba a marchar contra este

puesto el pasado verano. Estas discrepancias y la valiente resistencia hecha contra Langlade por los indios El Heturno y Naquihuen fueron los responsables del abandono del plan que habían hecho para atacar en el tiempo de la cosecha de maíz.14 Sin embargo hay todavía doscientos

canadienses en Michilimackinac preparados y deseosos de asumir una nueva empresa contra estos asentamientos, como anticipan hacer la próxima primavera.

El desertor asegura que todavía hay 60 soldados regulares en aquel puesto y que los ingleses están construyendo un nuevo fuerte en la isla de Bois Blanc, no lejos del antiguo de Michilimackinac. El teniente de gobernador, que informa a Bernardo de Gálvez el 13 de noviembre, añade otro dato preocupante:

Hay noticias de que uno de nuestros mayores enemigos, que el pasado invierno, por medio de la persuasión y grandes regalos, excitó a las naciones de los indios del Misisipi a venir y cometer crímenes con la crueldad que es su costumbre, está encontrando alojamiento en la parte del extremo norte del río, completamente abastecido de mercancías. Su propósito es incitar a las naciones del norte y hacerles ejecutar con furia excesiva su bárbara hostilidad contra estos asentamientos el próximo año.

Cruzat dice poseer además «información cierta» de que un comerciante de Montreal, de nombre Duguet, ha llegado con numerosas mercancías al puesto de San José, en la jurisdicción de Detroit, con el único objeto de incitar a la nación «pu»

(putuatami) y todas los demás de la zona contra la Alta Luisiana.15

Las revelaciones son constantes, la inquietud de Cruzat crece por momentos.

Españoles y británicos se disputan el favor de los pueblos nativos. La correspondencia es frenética. Solo un día después de su último paquete de cartas, el militar navarro vuelve a tomar la pluma. Entre otros asuntos, comunica la llegada la víspera de un tal Antayá,

uno de los hombres asignados con Mr. Boucher de Monbreun para acompañar a una partida de indios de la nación renard y algunos de sus principales jefes, que están viniendo para solicitar que sean recibidos bajo la protección de la bandera española y que sean tratados como nuestros aliados y amigos. Es verdad que algunos de ellos se dejaron convencer por los ingleses la pasada primavera pero la gran mayoría de la nación se ha mantenido neutral y siempre con la idea de no separarse de nuestra amistad.

Las ventajas para estos asentamientos de obtener la buena amistad de la susodicha nación renard me obligan, por muchos motivos esenciales, a enviar al susodicho Antayá a doscientas cincuenta leguas de este pueblo hasta la parte más septentrional del Misisipi, donde las dichas naciones residen, para forzarlos a tomar un lado u otro. Tengo la satisfacción de decir que han preferido nuestra alianza y que

han cerrado sus oídos a la persuasión de nuestros enemigos, que invariablemente los excitan con la misma fuerza que usan en incitarlos contra nosotros.

El propio Antayá informa a Cruzat de que los ingleses se afanan en llevar provisiones y municiones al lugar conocido como la Bahía,[16] a orillas del lago Míchigan, con idea de lanzar una expedición contra «estos asentamientos» la próxima primavera.[17]

No le falta razón. El comandante de Michilimackinac tiene esos planes en mente desde la dolorosa derrota de mayo en Pancur y Cahokia:

El año que viene no puede suceder un desastre igual, y puedo aventurarme a asegurar a Su Excelencia que mil siux, sin mezcla alguna con tribus vecinas, estarán en el campo en abril bajo el mando de Wabasha (si no le ocurre ningún accidente).[18]

Las novedades más alarmantes se alternan con otras más alentadoras. El mismo 14

de noviembre Cruzat escribe otra carta al gobernador:

A través de los indios renards y el jefe Naquihuen que están en este pueblo, he sabido que un gran número de indios de diferentes naciones e incluso de las mismas naciones que vinieron a atacarnos la pasada primavera están ahora preparándose para venir la próxima primavera con la idea de solicitar nuestra clemencia y alianza. Con el objeto de recibirlos y darles regalos, tendré gran necesidad de mercancías, particularmente pólvora, ropa, mantas, *brandy*, armas, bermellón y otros artículos indispensables que desean los indios.

Acuciado siempre por las estrecheces de presupuesto, avisa Cruzat de que para adquirir esos bienes se verá obligado a gastar del erario real mucho más de lo asignado.19

Las continuas visitas de estas naciones le «impiden dormir las horas necesarias», confiesa. No debe de ser lo único que le quita el sueño. Su segunda etapa en San Luis no está siendo fácil. Apenas saca tiempo para dar cuenta de todas sus diligencias:

Las indispensables e intrincadas negociaciones de un gobierno que quedó en la más desordenada condición por la muerte de Don Fernando de Leyba no me permiten poner a Su Señoría al día de las muchas otras materias que le haré llegar por medio del *bateaux* que estoy preparando.

Mientras, sigue llegando inteligencia sobre distintos frentes de la guerra, si bien no siempre resultan del todo fidedignas. Otro confidente, un comerciante canadiense de nombre Jacob Poric que salió de Montreal el 27 de junio y ha llegado el 3 de septiembre con abundante mercancía, asegura que veinte mil franceses han desembarcado sin oposición en el río San Lorenzo. A las órdenes de *monsieur* Duchafau, se habrían situado debajo de Quebec con la intención de sitiar la ciudad. Otro tratante llamado La Yoneza, de Vincennes, apunta tras venir de Virginia que el mencionado Duchafau pasó el último invierno con su escuadra en las costas de Nueva Inglaterra.20

En cualquier caso Cruzat no espera que Francia vaya a salvarle de los ingleses y sus aliados. Enseguida toma providencias para que si se

produce otro ataque, no los pille desprevenidos. Aunque no cree que durante el invierno vayan a «ser molestados» y ha reducido a un centenar el número de hombres de servicio diario, establece un par de puntos de vigilancia, por si acaso: además de enviar a Esteban Boucher de Monbreun con un destacamento de 40 milicianos Misisipi arriba hasta la tierra de la nación sac, despacha a Jean-Baptiste Malliet al río Ilinueses, con doce hombres a su cargo.

Considera que esto

no solo es necesario para que ambos puedan observar los movimientos del enemigo, sino también para ganar el afecto de las naciones, traer a los indecisos a nuestra amistad y mantener a aquellos que son nuestros aliados en la condición necesaria para la conservación de estos asentamientos.21

Así mismo, para evitar las funestas consecuencias del caos en caso de ataque sorpresa, da instrucciones precisas para que las milicias respondan *ipso facto* en cuanto se dé la alarma: si durante el día se ve izado el pabellón y se escuchan dos cañonazos y los tambores, una compañía acudirá inmediatamente a la trinchera norte y la otra a la del sur; si la incursión sobreviene de noche, se escuchará un cañonazo y la alarma de los tambores para que cada hombre corra hasta su trinchera. Allí los esperarán sus oficiales, Eugene Pourée, Aguste Chouteau y Carlos Tayón en una y Jean-Baptiste Martigny, Pierre de Belestre y Pierre Montardy en la otra, para indicarles su puesto asignado.

Además, las instrucciones prohíben a los combatientes emprender salidas de los atrincheramientos sin autorización, para evitar ataques desordenados que puedan dejarlos expuestos a la furia del enemigo.22

Francisco Cruzat se dispone a pasar el invierno en tensión. Debe acelerar los preparativos para evitar otra carnicería como la de mayo y reforzar la red de naciones amigas. La guerra no ha terminado, ni mucho menos.

Entre tanto, al este, la revuelta en las colonias británicas sigue sin resultado claro.

Las tropas reales han conquistado Charleston,23 pero los rebeldes los han derrotado en Camden, también en Carolina del Sur.24 Y más abajo, en la costa del golfo de México, España sigue empeñada en tomar Panzacola. Bernardo de Gálvez se prepara para la próxima campaña.

DESASTRE EN EL GOLFO: PANZACOLA TENDRÁ QUE ESPERAR

Bernardo de Gálvez decide coger el toro por los cuernos. Se siente frustrado tras el fracaso del primer intento de tomar Panzacola. La culpa es de La Habana, gruñe. Ni corto ni perezoso, el 25 de julio de 1780 se embarca en el bergantín *Galveztown* rumbo a Cuba para plantarse ante la junta de generales.25 No quiere que el alto mando vuelva a privarle de un triunfo al alcance de la mano. Además, sabe que Carlos III está de su lado. El teniente general Juan Bautista Bonet, comandante de la flotilla que renunció en el último momento a atacar, ha recibido un rapapolvo de la corte.

Tras dejar a Pedro Piernas como gobernador interino de la Luisiana, Gálvez desembarca en el puerto habanero el 2 de agosto. Su llegada coincide prácticamente con la de los refuerzos traídos por José Solano, que acaba de zafarse del almirante Rodney con su «feliz ardid» en el Caribe y asume el mando de la armada destinada a conquistar Panzacola. Por orden de la corte, el de Macharaviaya será el comandante en jefe de la tropa de combate.

Los oficiales de La Habana tratan de mostrarse esta vez más colaborativos. Aunque las tiranteces persisten. Gálvez se queja de que embarcan tropas sin que él pase revista antes y del trato que le dispensan pese a mandar la expedición.

La flota se encuentra lista para zarpar a mediados de octubre. Una docena de buques de guerra van a escoltar a 51 barcos de transporte con 3.991 soldados a bordo.26

Pero todavía es plena temporada de huracanes y el tiempo no pinta bien. Solano, como comandante de la escuadra, pide esperar unos días a la menguante de octubre. Gálvez no quiere más dilaciones. Está harto de esperar y no va a permitir que la oportunidad de recuperar Panzacola se escurra de nuevo entre sus dedos. Tras acaloradas discusiones en la junta de generales, impone su criterio: salida inmediata.

El 16 de octubre de 1780, la escuadra se hace a la mar.27 Las campanas de La Habana repican para despedirla y en las iglesias se ruega por su ventura. Pero a bordo del navío *San Juan Nepomuceno*, Solano no deja de observar el cielo amenazador. Teme que una tempestad arruine lo que tanto ha costado organizar. Como precaución, ha distribuido instrucciones cerradas a los capitanes para el caso de que la tormenta los disperse: deberán dirigirse a un primer punto de encuentro en la sonda Tortuga, al oeste de los cayos de la

Florida, o si lo rebasan, a un segundo al sur de la Mobila.

Gálvez, convencido de que esta vez arrancará Panzacola a los británicos, navega en la fragata *Nuestra Señora de la O*. Con suficiencia, se acerca al *San Juan Nepomuceno* a las diez de la mañana y comenta a Solano, en medio de un vendaval ya considerable:

—Hoy es la menguante y ya se ve su efecto…

—Sí, pero aún no ha pasado el tiempo que yo pedía —le previene el general extremeño.28

Los peores augurios de Solano se hacen realidad. A las pocas horas se desata «un huracán furioso y el de mayor duración de que se conserva memoria en estas regiones».29 La brisa es tan fuerte y el oleaje tan crecido que un golpe de mar destroza el fogón del buque insignia y lo desarbola. El viejo lobo de mar sabía de qué hablaba.

Durante tres días infernales el ciclón arremete contra los barcos como si fueran de juguete. Los esparce por cada rincón del Seno Mexicano: unos aparecen en Nueva Orleans, otros en la Mobila, algunos más en Campeche… Pocos son los que llegan a los puntos de encuentro fijados. Uno que lo logra es la *Nuestra Señora de la O*, desde donde Gálvez insiste, pese al desastre general, en seguir adelante contra Panzacola. Gabriel Aristizábal, al mando de la fragata, y otros oficiales de la Armada determinan por el contrario que en esas condiciones es imposible. Dan vuelta a La Habana.

Esta vez al malagueño le ha traicionado su instinto: la expedición es una catástrofe sin paliativos. El 17 de noviembre entra en el puerto cubano y dos días después lo hace Solano, decepcionados por no acercarse siquiera a Panzacola y «viendo diferidas las esperanzas» de «comunicar ahora o en breve la noticia de la rendición de aquel puerto».30 Bernardo de Gálvez no puede ahora culpar a nadie. Él erró al ignorar las advertencias de los marinos. A él le tocará volver a la carga.

Con la situación todavía sin resolver en el golfo de México, acabar con la amenaza de los británicos cientos de leguas al norte, sobre la ya castigada San Luis, se hace aún más apremiante.

LAS CORRERÍAS DE LOS AVENTUREROS DE LA BALME Y HAMELIN

Un enigmático personaje entra en escena. Embaucador, ambicioso, temerario, intrigante…, la irrupción del francés Augustin Mottin de la Balme en la parte este del alto Misisipi, la ocupada por los americanos a los británicos, tendrá efectos notables sobre toda la región de los Ilinueses y los Grandes Lagos.[31]

De oscuro pasado, este antiguo oficial del Ejército francés llegó a América unos años antes para ofrecer su espada a la causa rebelde.[32] Traía bajo el brazo una encarecida recomendación de Benjamin Franklin y Silas Deane, embajadores estadounidenses en París. El Congreso lo nombró en julio de 1777 inspector general de caballería, pero no duró demasiado. Al ver que la jefatura de esa división del Ejército Continental estaba reservada al polaco Casimir Pulaski, se sintió preterido y el 3 de octubre de ese mismo año presentó su renuncia.

No regresó a Francia. Se instaló en Filadelfia, donde probó un tiempo en los negocios,[33] sin excesivo éxito. A finales de la primavera de 1780 volvió a la acción.

Marchó al oeste para tratar de movilizar a los franceses frente a los británicos.

Su traslado coincidía con los planes del comandante en jefe americano, George Washington, para instigar una sublevación en el Canadá y aunar esfuerzos por la independencia. Contaban con la bendición de su general francés de confianza, el marqués de La Fayette, y el plenipotenciario de Versalles en los Estados Unidos, Anne-César de La Luzerne. Washington quería disimular así sus intenciones de atacar Nueva York cuando llegara una escuadra y soldados franceses, y hacer que tropas británicas se desviaran al Canadá. De la Balme escribió al propio comandante en jefe para anunciarle su viaje a los «estados meridionales de América», aunque en abril, según consta en la correspondencia de un tal Barriere, ya pensaba ir a la zona de Ilinueses. En todo caso, no hay evidencia de que acudiera por encargo explícito de George Washington.

Sea como fuere, el 27 de junio se encuentra en el fuerte Pitt,[34] justo donde los ríos Monongahela y Allegheny alumbran el Ohio. Allí se une al agente virginiano Godefroy de Linctot para atraer a los nativos a la causa de España, Francia y los Estados Unidos.

Pero pronto comprueba la animosidad hacia los americanos de las

tribus de la zona, firmes aliadas de Gran Bretaña.35

Al mes siguiente alcanza Vincennes, una de las poblaciones arrebatadas por George Rogers Clark a los ingleses. Entonces descubre que las relaciones entre los habitantes franceses y los virginianos que controlan el este del país de Ilinueses no atraviesan su mejor momento.36

Los americanos habían sido recibidos con los brazos abiertos al conquistar la zona entre 1778 y 1779. Las promesas de libertad y alianza con Francia se ganaron enseguida la simpatía de los locales, que detestaban vivir bajo el yugo de Londres. El 12 de mayo de 1779, Clark se dirigía a una muchedumbre congregada ante la iglesia de Kaskaskia con sus mejores galas para elegir a los nuevos magistrados. Proclamaba las bondades de la nueva era:

En breve conoceréis el sistema americano, que quizás os parezca extraño en principio, pero al final encontraréis en él tanta paz y tranquilidad que bendeciréis el día que abrazasteis la causa de los americanos. Persuadíos de que deseamos haceros felices y procuraros todo el socorro posible.37

Los franceses se deshacían en atenciones a esos virginianos que llegaban «medio desnudos como los árabes».38 Como prueba de su entrega, no dudaban en alistarse voluntarios y arriesgar su vida defendiendo el territorio. Los comerciantes aportaban el dinero que hiciese falta para las campañas. Los vecinos ofrecían gratis sus bienes a los nuevos gobernantes con tal de lograr la prometida libertad.

Pero la luna de miel con el coronel Clark y sus hombres no dura mucho. Los habitantes quieren ahora cobrar por lo que al principio entregaban de balde. Los americanos les retribuyen con papel moneda continental y letras del tesoro de Virginia o del agente de Nueva Orleans Oliver Pollock, pero la especulación hace caer su precio en picado. Es como si no pagaran nada.39

Las deudas pendientes empiezan a envenenar la convivencia, aunque no son el único problema. El choque cultural entre los franceses y los asilvestrados aventureros de frontera cada vez genera más fricciones. Unos son católicos, educados, sociables,

respetuosos de la ley y tolerantes con los indígenas. Los otros

protestantes, rudos, individualistas, acostumbrados a sus propias normas y partidarios de exterminar a los nativos. Mientras los primeros viven en inmaculadas casas con jardines cercados, los segundos prefieren cabinas de troncos en medio del bosque. A esto se añade la voracidad de los especuladores virginianos que acaparan sin orden ni concierto las feraces tierras de la Alta Luisiana, quebrantando el tradicional orden para ocupar las praderas en el viejo Ilinueses francés.

La lista de agravios va en aumento. Los soldados virginianos, acuciados por sus propias penurias, matan animales de particulares en terrenos comunales para subsistir.40 Los vecinos de Kaskaskia protestan ante los magistrados: Deberían percibir, caballeros, que el hambre ha empezado a sentirse en este país y que podemos suministrar con dificultad comida a aquellos que realmente ameritan raciones por su servicio y no deberíamos estar obligados a dar de comer y abrigar a los miembros inútiles del estado.

En el caso de Cahokia, la localidad al este del Misisipi frente a San Luis, han tenido que acoger tropas en sus casas, suministrarles provisiones y ver cómo se les incauta la harina de sus molinos. «Nacimos libres y deseamos disfrutar la libertad de verdaderos ciudadanos», recuerdan los franceses,41 que ven ahora lejos las promesas salvíficas que les hiciera Clark.

El coronel Montgomery hace caso omiso a las quejas. Ordena a sus hombres confiscar casa por casa cuanto necesiten y sacrificar animales para su sustento. Le son indiferentes los padecimientos de la población tras el invierno más crudo en años. Más aún, amenaza: «Quienes se nieguen serán considerados traidores a la causa de América» y tratados «en consecuencia».42

Los ultrajes se multiplican. Un capitán entra en la casa donde se aloja uno de sus hombres, que se ha quejado de la comida que recibe. En tono autoritario ordena al anfitrión matar a todas sus gallinas, «hasta la última», para satisfacer a sus subordinados. Otro oficial pone una pistola en el cuello de un vecino que se niega a albergar a un soldado, después de haber cobijado a hasta cuatro a la vez, y le amenaza con «volarle la cabeza» si no acata sus órdenes.43

Para ser unos libertadores, los americanos se parecen bastante a los antiguos tiranos. Muchos franceses adoptan la medida que otros tomaron años antes para huir de

los británicos: emigrar a la Luisiana española. Lo hacen en busca «de un asilo donde encontrar la protección que es debida a un pueblo libre».[44] Entre quienes enfilan la otra orilla del Misisipi figuran algunos de los más conspicuos vecinos, como Gabriel Cerré, la mayor fortuna de Kaskaskia, o el comerciante Charles Gratiot.

El hartazgo de los franceses es el caldo de cultivo perfecto para el oportunista Augustin de la Balme al llegar a la región. Y no desaprovecha la ocasión de sacarle partido. El oficial de caballería regala los oídos de sus paisanos, excitando su nostalgia de los viejos tiempos, cuando Francia poseía buena parte del mapa de América del Norte, desde el Canadá al golfo de México.

Los afligidos residentes del Ilinueses oriental se vuelcan con De la Balme. Lo reciben «como los hebreos al Mesías», al decir del agente americano Richard Winston.[45]

En un memorial que le entregan el 21 de septiembre de 1780,[46] los vecinos de Cahokia aseguran que nunca dejan de «suspirar» su condición de franceses: «Estamos dispuestos a sacrificar no solo nuestros bienes, que son demasiado escasos, sino nuestra propia vida», le garantizan. Reconocen que, cuando llegó el coronel Clark, lo aceptaron «con la mayor credulidad», cegados con «la dulce esperanza de verse en poco tiempo como muy humildes y fieles súbditos de su antiguo y muy poderoso monarca, el rey de Francia». Ahora esa esperanza renace con De la Balme.

¿Podemos creer que nuestro generoso y muy buen padre el rey de Francia nos abandonaría también a nuestra malhadada suerte si pudiera saber que en el fondo de nuestros corazones estamos listos para sacrificarnos? Debemos creer que él pensaría lo más elevado de nosotros y no encontraría verdadera felicidad hasta procurarnos en el futuro una infinita felicidad al retomarnos bajo su protección y declararnos sus bienamados súbditos. Esperemos, queridos compatriotas, que una vez persuadido y seguro de nuestra lealtad de corazón no solo nos reconocerá por sus fieles hijos y nos proveerá de todos los medios y socorros necesarios para sacudirnos la pesada carga que nos aplasta. Y apoyados por tal monarca, ¡qué potencia se atreverá en el futuro a sojuzgarnos!

De la Balme les hace creer que, en efecto, su querido «padre», el rey

de Francia, va a tomar de nuevo el control de la región. Conociendo la animosidad de los vecinos hacia los americanos, el recién llegado ni se molesta en hablar con Montgomery o sus hombres. La misión se limitará a los franceses que añoran la *grandeur* de su antiguo imperio norteamericano.

El plan consiste en reunir un destacamento para marchar sobre el fuerte Detroit —

conocido por los españoles como el Estrecho—.47 Desde allí continuar hacia el Canadá,

donde confía en que se le sumen miles de habitantes con las mismas ansias de librarse de la opresión británica y de recuperar los dominios perdidos. Su arenga empieza por avivar el fuego contra los aborrecidos virginianos:

Las tropas del estado de Virginia han venido aquí contra el deseo de los otros estados de América, según he sabido de miembros del Congreso antes de mi salida de Filadelfia, y los diferentes diputados que componen ese órgano ignoran los repulsivos procedimientos y actos de violencia que las tropas están practicando con vosotros y que no solo son denunciables, sino condenables en el tribunal del mundo entero. Por tanto, es muy importante para vosotros, caballeros, ante las apremiantes circunstancias, que sin pérdida de tiempo os dirijáis al ministro de Francia para forzar al estado de Virginia a canjear el papel moneda, las letras de cambio y otras obligaciones que tenéis en vuestras manos, y a retirar de entre vosotros a las tropas que os están oprimiendo en contra de todo derecho, desde que expongáis la causa del rey de Francia y sus aliados; tropas que, lejos de protegeros frente a la furia de los crueles enemigos, os hace víctimas de una guerra que los indios, que han sido siempre amigos de los franceses, nunca habrían hecho si no fuera por ellos.

Tras enardecer sus corazones patrióticos con esta soflama, llama a filas a los vecinos para acometer la expedición a Detroit,

que ganará la confianza del honorable Congreso y convencerá al rey de Francia del interés real que tomáis en una causa por la cual él ha hecho grandes sacrificios y procurará para vosotros en muy poco

tiempo todo el apoyo imaginable por su parte.48

Todo es una patraña. Su Majestad Cristiana no sabe nada de todo esto y las tropas francesas no van a volver a enseñorearse jamás por el Misisipi. Pero la promesa de hacer reverdecer la bandera de la flor de lis en Norteamérica inflama los espíritus de los habitantes de la margen izquierda del Misisipi.

Encabezada por la enseña francesa y animada por cánticos patrióticos, la expedición al Estrecho parte el 5 de noviembre de 1780.49 La integran medio centenar de voluntarios y unos cuantos nativos afines. De camino, en Vincennes, De la Balme espera incorporar a otros doscientos franceses. Sin embargo, le puede la impaciencia y sigue adelante sin esperar a los refuerzos.

Antes de llegar a Detroit, De la Balme se propone atacar los poblados de los miamis que se encuentran en la ruta y que sirven de base para los comerciantes ingleses. Según

llega a sus oídos, en una aldea llamada Kekionga tiene su puesto avanzado el agente británico Charles Beaubien. Pretende hacerse con trescientas o cuatrocientas mil libras de mercancías de las que ha tenido noticia. El 20 de octubre, instala un campamento en un lugar llamado Ouiatenon, donde el caudillo francés espera que se les unan los refuerzos. Como no se presentan, se niega a perder más tiempo y avanza hacia Kekionga. En ese momento cuenta con unos cien voluntarios y algunos nativos.

Prácticamente a la vez que De la Balme, parte de Cahokia un pequeño destacamento bajo las órdenes de un «medio indio» llamado Jean-Baptiste Hamelin. Su objetivo, atacar el fuerte San José, saquearlo y huir con el botín.50 Este puesto próximo al lago Míchigan ha tenido un papel activo en las últimas expediciones contra el Ilinueses.

De allí salieron parte de los guerreros que se unieron a Langlade y también las fallidas incursiones lideradas por Le Petit Bled contra Vincennes.

El apellido Hamelin no es ni mucho menos desconocido en San José. Jean-Baptiste pertenece a una prominente familia que ha vivido en el fuerte durante años.51 El grupo está formado por entre 16 y 20 hombres, entre quienes figura el popular cazador de osos americano Thomas Brady, ahora afincado en Cahokia. Se suma también el veterano padre Beson, que oficia un rezo por el éxito de la arriesgada

marcha antes de partir.52

No está del todo claro si esta segunda expedición forma parte de la ofensiva planeada por De la Balme o se trata de una simple correría de pillaje organizada al margen.53

Al otro lado del Misisipi, el teniente de gobernador de la Alta Luisiana española, Francisco Cruzat, observa con escepticismo a Augustin Mottin de la Balme. Lo juzga como «un sujeto al parecer instruido y capaz, por lo menos así lo demuestra», pero se extraña de que este inesperado trotamundos haya aparecido «sin cartas del Congreso o del fuerte Pitt», donde «hay un comandante y un comisario que tienen noticia extensa de los americanos que aquí se hallan». De haberlas traído, apunta, se «lo hubiera comunicado el coronel Montgomery». Le resulta chocante también que pretenda «tomar el Estrecho sin más recurso ni otras municiones de guerra que dos libras de pólvora y el correspondiente de balas que llevan cada uno de sus voluntarios y que ellos mismos se han procurado, como también víveres para cuarenta días».

Solo teniendo la dicha de apoderarse de las mercancías de los vyais, como lo intenta este oficial, haciendo con ellas la guerra y distribuyéndolas a los indios o juntándose con algún destacamento fuerte de americanos que viniese tal vez del susodicho fuerte Pitt, pudiera a mi parecer hacerse amo del Estrecho, pues según he oído decir se hallaban en buen estado de defensa los dos fuertes de aquel establecimiento.

Aun así, reconoce tener noticia de que «los habitantes maltratados de los ingleses»

están deseando ver ondear en su país la bandera española o la francesa «para sacudir el yugo que los oprime». Ellos mismos se volverían contra los enemigos que «los tratan como esclavos, haciéndoles cargar espuertas de tierra sobre los hombros para las fortificaciones que procuran perfeccionar». En cualquier caso Cruzat no se termina de fiar del francés:

No obstante la manera con que ha hablado a los indios delante del teniente don Francisco Cartabona y en todas las demás ocasiones el

referido Mr. De la Balme en favor de nuestra Nación y de la francesa, excitando a los salvajes no abandonasen la protección que se les ofrecía por nuestra parte y que procurasen incomodar en cuanto fuese posible a los enemigos, no teniendo aseguranza de ser sus intenciones puramente favorables, como procura demostrarlo, me mantengo siempre en la desconfianza y con el ojo alerta sobre los movimientos del mencionado Mr. De la Balme hasta tener noticias seguras de la rectitud de sus operaciones, de las que informaré a V. S. exactamente.[54]

Sean cuales sean sus intenciones últimas, no habrá ocasión de comprobarlas: la expedición fracasa a las primeras de cambio.

Los hechos se suceden con rapidez. El 3 de noviembre llega a los habitantes de Kekionga un aviso de que unos «rebeldes» están en camino. Ya es tarde para recibir ayuda. Los guerreros están diseminados por el bosque, es temporada de caza. Solo da tiempo a salir huyendo.

Cuando los hombres de De la Balme llegan dos días después se encuentran el poblado desierto. Tampoco hay rastro del comerciante Beaubien. Sin pensarlo dos veces, arramblan con cuanto encuentran en almacenes y casas. Llenan sus sacas con las mercancías que guardaban los británicos para mantener la amistad con las naciones aliadas y azuzarlas contra los españoles: caballos, ropa, mantas, plomo, pólvora…

Tras la depredación vuelven a acampar. Preparan el asalto a una segunda aldea.

Pero mientras tanto Beaubien y sus aliados miamis reaccionan. El jefe Pequeña Tortuga es escogido para liderar una fuerza de 600 guerreros chabuanones,[55] lups[56] y de otras tribus que se cobre la revancha. Localizan el campamento y por la noche toman posiciones. Lo rodean sigilosamente. Los voluntarios que han seguido la llamada del caballero francés duermen confiados. Satisfechos tras su fácil victoria en Kekionga. Ya sueñan con extender la flor de lis sobre Detroit.

Un grito aterrador rasga las tinieblas: «¡¡¡Ueaaaaaaah!!!». La garganta de Pequeña Tortuga llama al ataque nada más amanecer. Cientos de guerreros sedientos de vindicta caen por sorpresa sobre los inadvertidos expedicionarios. Por todas partes. Lo que hace un momento era un pacífico lugar de reposo se vuelve un infierno. Los

hombres de De la Balme, desconcertados, no tienen tiempo de reaccionar. En cuestión de minutos mueren masacrados treinta o cuarenta. Augustin de la Balme entre ellos. La ilusión de que Luis XVI recupere sus dominios queda destrozada. El «padre» de los franceses no acudirá en su auxilio.

Francisco Cruzat recibe «la fatal y funesta noticia» para todos «en estos establecimientos» de «la destrucción del destacamento de Mr. De la Balme». Aunque el último correo acaba de salir, escribe a Nueva Orleans sin esperar un momento. El suceso es

tanto más doloroso que sus consecuencias se harán sentir en todos los Ilinueses, pues los inhumanos enemigos que desean subyugarnos no olvidarán de animar a los indios con este ejemplo de prosperidad, prometiéndoles mayor incremento en lo sucesivo.

El teniente de gobernador expone de forma diáfana su temor a que las hordas enemigas vuelvan a caer sobre la Alta Luisiana española. Dice informar a su superior

«con la mayor brevedad» para que

vea la situación en que me hallo y las apariencias fuertes y verosímiles que tengo de ser incomodado el año próximo venidero por nuestros tenaces y bárbaros enemigos.57

Los franceses del este del Misisipi y sus aliados indígenas claman venganza. Los americanos, con quienes De la Balme no contó para su expedición, rechazan ahora escucharlos, pretextando

la promesa de lealtad que los habitantes han hecho al Rey de Francia creyendo por ella sustraerse al gobierno de la América, del que son indudablemente súbditos por conquista.

Así se lo hace saber a Cruzat desde Kaskaskia el agente del estado de

Virginia John Dodge,[58] que dice de quienes se enrolaron en la desgraciada expedición: Han querido escuchar a un hombre que era un absoluto extraño para ellos y que, para hacer su camino, no tuvo reparos en sacrificarlos. Son ellos quienes, según las apariencias, han metido en la cabeza de los salvajes dar el paso que han dado hoy. Por descontado, señor, que nosotros siempre estaremos contentos de cooperar con usted en todo lo relacionado con la causa común e instruirle de todas las novedades en esta cuestión.

Por el momento se desconoce la suerte que ha corrido la otra expedición, la encabezada por Hamelin contra el fuerte San José. En todo caso, los franceses que viven bajo la autoridad americana se sienten cada vez más dejados de la mano de Dios.

Los españoles son su última esperanza.

LLAMADA DE AUXILIO DE FRANCESES E INDÍGENAS DESDE EL ESTE

La situación al este del Misisipi es desesperada. Los habitantes de la desolada Vincennes, así como sus vecinos ouyatanons y quicapus, hacen llegar a Francisco Cruzat una llamada de auxilio. Amenazados por tribus enemigas, con una escasez galopante y sin el apoyo que esperaban de los americanos que ocupan ese territorio, no ven otra salida que mirar al otro lado del río en busca de la ayuda española. El canadiense Antoine Lefèvre, alias Chapeau, armero y vecino de Vincennes, entrega en mano los mensajes de unos y otros al teniente de gobernador el 14 de diciembre de 1780:

Los habitantes del puesto de *Ste.* Vincennes y los ouyas tienen el honor de declararle con el mayor respeto que, como buenos ciudadanos franceses, aliados de la corte de España y de Norteamérica, están expuestos a todo tipo de peligros con respecto a las naciones de los miamis y más allá. Estas naciones no han cesado durante todo el pasado verano de darnos problemas y de arrancar cabelleras en nuestro pueblo, y nos impiden diariamente atender nuestras labores y tareas ordinarias, como se muestra en este

último asunto en el cual el francés ha sido muy mal tratado por ellos. Todo está causado por la pobreza e indigencia que reina en nuestros pueblos, ya que no tenemos con qué satisfacer a las naciones y procurar las necesidades para vivir y vestirnos. Si en adelante la gente no encuentra medios para obtener pólvora, plomo y bienes, se verá obligada necesariamente a abandonar el puesto de *Ste*. Vincennes, como han hecho los ouyas, puesto que está cerca de todas las naciones bárbaras que se han declarado completamente en contra de los franceses y sus aliados. Lo último lo han hecho debido a la solicitud y los regalos de los ingleses que los ha llevado a arruinarnos.

Por estas razones los suplicantes han recurrido a usted, Señor, para que se sirva concederles la ayuda que desee, ya sea munición de guerra, bienes o incluso aconsejarles y darles los medios de evitar los peligros que los amenazan. Su gratitud será ilimitada y no dejarán nunca de rogar por la conservación de sus preciosos días.59

Firman la súplica casi treinta vecinos de Vincennes. Los líderes tribales, por su parte, rinden sus respetos al comandante español. Quieren dejar claro de qué lado están. Así Loutarde, jefe de los ouyas:

Mi padre francés y español, escúchame: hemos perdido a nuestro padre hoy. Por favor, da por seguro que no hemos tenido parte en ese oscuro acto. Nosotros todavía seguimos la senda marcada por nuestros antiguos padres. Ellos están muertos, pero nos dijeron siempre que estuviéramos unidos y su espíritu todavía vive, de modo que nosotros continuamos siguiendo el mismo camino. Nuestros ojos están llenos de lágrimas a la vista de estos tiempos convulsos y no dejamos de lamentar la pérdida de nuestro padre.

La mayoría de nosotros somos jóvenes y atolondrados, pero aún hacemos lo que nuestro padre nos dijo.

Estamos unidos con los franceses. Nuestro padre francés y español, rogamos tengas piedad de nuestras esposas y nuestros hijos.

Los ruegos y demostraciones de lealtad al que llaman su «padre francés y español»

se suceden. «Estoy ciego hoy. Los cielos están oscuros. Antes estaban

claros. Espero que los ilumines para nosotros de nuevo», clama La Mina de Plomo el joven, que promete de forma candorosa: «Los ingleses nunca han sido mi padre. Yo nunca he querido estar de su lado en el pasado y no quiero estarlo en el futuro tampoco».

Pierna Torcida, otro jefe de los ouyas, recuerda que ha luchado dos veces en defensa de los franceses y justifica así su paso temporal al bando británico:

El inglés salió victorioso y fui obligado a llamarlo mi padre por un momento, ya que era el fuerte en ese tiempo. Todos los franceses principales son testigos de esto y me han visto en acción. No hemos hecho

nada sino echar un vistazo a nuestro padre por un instante y lo hemos perdido casi de inmediato. Vengo a ti, padre francés y español, para que tengas piedad de nuestras esposas e hijos. No puedo decirte nada más para probarte mi sincera lealtad. La gente de los lagos sigue amenazándonos porque defendemos vuestros intereses.

Uno detrás de otro reafirman su fidelidad a los españoles y se distancian de los ingleses. Poco a poco Cruzat va tejiendo la red de alianzas que necesita ante la amenaza que persiste desde el norte y a la que tarde o temprano tendrá que hacer frente. El representante de los quicapus concluye las proclamas:

En el pasado nuestras manos no se han mojado con la sangre de los franceses. Todos ellos están en posición de hacernos esta justicia. Nuestros antiguos jefes siempre nos han dicho que nunca nos apartemos de la mano francesa, y que ellos tendrían piedad de nosotros. No estoy hablándote con palabras edulcoradas. El Amo de la Vida nos escucha y no queremos fallarle jamás en nuestra tarea.60

Cruzat se muestra compasivo con la angustia que le transmiten los vecinos de Vincennes y los pueblos indígenas vecinos. Aprecia que acudan a él para obtener protección:

Caballeros: tan pronto como recibí vuestra petición, mi corazón se conmovió con gran tristeza ante la desdichada y crítica situación en que os encontráis. Me toca mucho porque la humanidad aboga en vuestro favor y apela a todos los hombres que son conscientes de los peligros obvios que amenazan a sus semejantes. Debéis, por tanto, caballeros, imaginar la emoción de mi alma ante los infortunios que os amenazan y cuyos funestos y obvios efectos torturan mi mente con la mayor crueldad. Desearía, caballeros, ser capaz de desviar la tormenta, ayudando en todas las formas que me fueran posibles, como deseo más que ayudar por todos los medios justos a aquellos que están afligidos.

Sin embargo, su margen de acción está limitado, ya que Vincennes se encuentra en el lado americano. Francisco Cruzat debe ser escrupuloso para no meterse en terreno ajeno. Al ser «súbditos de los Estados Unidos por derecho de conquista», no puede hacer nada

sin la participación y el consentimiento de los oficiales de esos dichos estados, que son aliados de España y Francia. En consecuencia, caballeros, debéis dirigiros a aquellos que están en el Ilinueses para que con ese proceder, en acuerdo y al unísono conmigo, os podamos ayudar en vuestra necesidad. Os prometo que emplearé todo mi poder para mejorar vuestra situación y para demostraros que el Rey de España, mi más respetable amo, observando hacia sus aliados las sagradas leyes de la alianza, los protege y favorece con la más generosa humanidad.61

El agente virginiano John Dodge, cada vez más distanciado de los franceses, glosa despectivamente la declaración de los vecinos de Vincennes cuando llega a sus manos.

Aunque dice no ser «ignorante» de su estado, advierte de que ahora están bajo el mando americano:

Ellos son súbditos del estado de Virginia, al que tengo el honor de servir, y a pesar del hecho de que han firmado y prometido lealtad al Rey de Francia, que no tiene autoridad, posesiones ni súbditos en este país, pienso que no será necesario convencerle a usted de que ellos no

conocen la sumisión a que están obligados por haber hecho juramento de fidelidad. No me sorprendería si, a pesar de este juramento y promesa que han hecho al Rey de Francia, le pidieran refugio en sus tierras y ofrezcan jurar fidelidad a usted, a la vista del error que han cometido y su temor a los realistas.62

La petición de ayuda desde Vincennes se ve emponzoñada además por una decisión de Dodge que irrita profundamente a Cruzat y que pone en peligro sus esfuerzos por conservar la amistad con los indígenas. Al pasar Chapeau por Kaskaskia hacia San Luis con sus mensajes para el teniente de gobernador de la Alta Luisiana, el agente americano le confisca unos collares que los ouyas y los quicapus le han entregado para los españoles, cinco de porcelana azul y blanca y un sexto de peltre.63

Según Dodge, Chapeau no está autorizado para «conferenciar» con los nativos. «Si todos tienen derecho indiscriminadamente a dar o recibir sus mensajes —censura—, ni Su Majestad Católica ni los Estados Unidos necesitarán nombrar agentes».64 Francisco Cruzat protesta de forma enérgica por la incautación de los presentes:

No puedo dejar de expresarle mi sorpresa, considerando la unión que reina entre la España y los Estados Unidos de América. Veo que, contra todas las reglas de alianza e interés recíproco entre dos naciones unidas por una misma causa, os habéis quedado unos collares que no estaban dirigidos a usted y que no debiera creer sospechosos puesto que eran para mí. No sé si sus derechos se extienden a tanto, pero, cualesquiera sean los poderes que tenga, jamás creeré que está usted autorizado para violar los derechos

de naciones aliadas que está obligado a respetar al igual que yo, siendo como somos miembros de estas dichas naciones.

El representante español en la Alta Luisiana exige que le devuelva «sin demora» los regalos en aras de preservar la relación amistosa entre sus dos países. La intención del gobierno español, reafirma, es «no alterar en ninguna manera la alianza que ha contraído con los mencionados Estados Unidos de América», que a su juicio debe

«compartir los mismos sentimientos».65

Cruzat eleva la queja al coronel George Rogers Clark, máxima autoridad de los virginianos en la parte este de los Ilinueses, advirtiendo del perjuicio que supone la confiscación de esa mercancía. La conducta de Dodge «podría levantar a las naciones en nuestra contra», recrimina el comandante español, para quien la alianza entre España y los Estados Unidos hace sus «intereses recíprocos y que la causa sea una común»: Espero, señor, que con el objeto de cumplir y mantener entre nosotros el plan de alianza suscrito por la Corte de España y el Congreso de los Estados Unidos de América, haga devolverme los mencionados collares que Mr. Dodge ha incautado en contra de toda regulación y buena armonía que creo (siendo algo sagrado) nunca debería ser violado por personas privadas en detrimento de las naciones unidas de las que somos súbditos.66

El agente Dodge, tocado en su orgullo, no se toma bien la reacción de Cruzat. Dice haberle «sorprendido» enormemente. Reprochándole que ignore sus constituciones y que crea que «cualquiera puede mezclarse en asuntos de estado», responde en una carta fechada el día de Navidad:

Mr. Chapeau es un súbdito del estado de Virginia, que ha visto adecuado nombrarme para manejar ese asunto y no permitiré a nadie hacerlo mientras yo conserve mi comisión. Lejos de mí está hacer cualquier cosa que pueda dañar o echar a perder nuestra alianza. Yo deseo siempre actuar en buena unión e inteligencia con usted, siendo los asuntos manejados como se debe.

El virginiano dice tener «el honor de informarle» de que «no es costumbre para los salvajes mantener conferencias ni enviar mensajes con o a través de personas que no están autorizadas para llevarlos» y que lo contrario es «una contravención de las normas establecidas por las potencias». Si hubiera tenido intención de ocultar los mensajes enviados, sostiene, «habría arrestado a Mr. Chapeau y lo habría enviado preso a Williamsburg».67 «Únicamente por consideración a usted le he permitido retomar su viaje, un favor que no merece», añade condescendiente. Pese a sus protestas, asegura que un intérprete que ya está en camino le hará llegar los hilos y collares retenidos. Se

despide con un último arranque de dignidad:

En cuanto a la autoridad que tengo, y en cuanto a lo que he hecho, aquellos que me han dado mis poderes serán los jueces de mi conducta, ya que no tengo cuentas que dar excepto a ellos.68

El militar navarro pone a Bernardo de Gálvez al tanto del incidente de los dichosos collares, un «proceder irregular» que, además de «indisponer» tal vez a las naciones, es

«contrario a la correspondencia y buena armonía» que él siempre observa en lo posible con los americanos.

También le da a conocer las penurias de los vecinos de Vincennes y los nativos que se han dirigido a él. Le anticipa que la necesidad de agasajar a los aliados para mantener su amistad está sangrando los fondos:

De la petición de los habitantes del puesto Vinzene y de las continuas de los indios podrá V. S. inferir la triste y deplorable situación en que se hallan tanto estos como los pueblos franceses de estos parajes, pues todos desproveídos de las cosas las más indispensables para su sustento y defensa se hallan obligados a concurrir continuamente a este pueblo de San Luis, lo que me fuerza, aunque observo como es notorio la mayor economía en los regalos que doy a los indios, hacer unos gastos aunque grandes tan precisos que creo no los desaprobará V. S. en vista de la indispensable necesidad en que me hallo de hacerlos por el concurso continuo de indios que cada día vienen a implorar nuestro socorro por hallarse estos sin tratores69 y no tener como dicen más auxilio que el de su bueno y verdadero padre español, pues por lo que corresponde a los americanos parecen por su modo de obrar con los indios y frialdad con nosotros más neutrales en la causa que debe ser común que aliados.70

Con su último comentario hace notar el distanciamiento que aprecia en los americanos. Tal vez avizore ya el día en que sean independientes y los españoles pasen de ser sus coaligados frente a Inglaterra a unos vecinos que estorban.

A la Alta Luisiana le espera un invierno en tensión. El fin trágico de la expedición de De la Balme ha sido un mazazo, especialmente para los franceses de la margen oriental. Pero también un aldabonazo para los españoles: hace falta proceder de forma contundente y reforzar los lazos con las naciones de los Ilinueses y los Grandes Lagos para frenar a los ingleses y sus aliados.

Más al sur, el comandante del puesto de Arkansas, Balthazar de Villiers, actúa por su cuenta. El 22 de noviembre de 1780, cruza el Misisipi en piragua con una docena de hombres y, sin resistencia, toma posesión de la orilla izquierda hasta el límite del distrito de Natchez. Simbólicamente, deposita el acta que da fe y el escudo de armas de Carlos III en una caja de lata enterrada bajo unos árboles.[71] Un gesto que muestra que los españoles no se dejan arredrar.

Pero en la Alta Luisiana continúa la amenaza. Y está visto que con los americanos apenas se puede contar. Va siendo hora de que Francisco Cruzat tome nuevas providencias si no quiere que se repita la escabechina del 26 de mayo último.

SAN LUIS SE FORTIFICA: «LO PONDRÍAN A FUEGO Y SANGRE»

Manos a la obra. Francisco Cruzat no está dispuesto a permitir otra matanza como la del 26 de mayo. Han transcurrido cerca de siete meses, pero nadie en San Luis olvida el terrorífico ataque. El invierno se echa encima. En cuanto se deshagan los hielos, el enemigo puede estar de nuevo al acecho. Es momento de prepararse:

La situación en que hallé a mi arribo a los Ilinueses este pueblo de San Luis, tan diferente de lo que había sido en otro tiempo, me hizo hacer las más serias reflexiones para poder hallar un medio que al mismo tiempo que fuese fácil y económico al Real erario, pudiese poner en mayor seguridad de en la que se hallaban las vidas y bienes de estos infelices habitantes, tan sumamente afligidos de la última catástrofe que habían padecido.[72]

© Album

Francisco Cruzat.

En consecuencia, explica Cruzat, ha examinado por su cuenta y en compañía de

«los más prácticos del país» la condición en que se halla el poblado y, a la vista de la inspección, ha tomado la resolución de «fortificarlo». Desde su fundación por Lacléde y Chouteau como puesto avanzado para el comercio peletero, San Luis no había tenido muros ni un fuerte en condiciones. La torre y las trincheras que improvisó Fernando de Leyba ante la ofensiva de mayo han sido sus únicas defensas.

El teniente de gobernador expone a Bernardo de Gálvez los razonamientos que le

llevan a adoptar esta importante medida. Empieza por repasar de forma descarnada la brutalidad de los guerreros a los que se enfrentan:

El modo con que hacen la guerra los indios de la América septentrional es de entre todas las naciones bárbaras el más feroz y cruel que se puede imaginar. Todo el mundo sabe que humanidad, respeto al derecho de las gentes, honor ni ninguna otra de aquellas virtudes que caracterizan a los hombres tuvieron jamás cabimiento en los corazones de los pueblos de que trato. La guerra de estos, leal

retrato de su barbaridad y educación silvestre, no tiene otras reglas ni método más que el de procurar coger un hombre, mujer o criatura (que para ellos es lo mismo) por sorpresa, escondiéndose detrás de un árbol o entre las matas, para sacarle la vida asesinándolo miserable e ignominiosamente a machetazos o con un cuchillo; bien que suelen también otras veces, arrastrándose por el suelo, acercarse a un pobre infeliz que se halla descuidado y tirarle fusilazo.

Causa admiración el ver con qué ligereza y ambición destructiva embisten a la pobre víctima de su furor cuando la ven caer al suelo, haciendo tremular el aire de voces y gritos de alegría cuyo retumbante eco repite lo inhumano de la acción y penetra el corazón del desdichado que cae en sus manos. Apenas

pueden agarrarlo que, levantándole la túnica del cráneo, ponen su cuerpo dividido en mil pedazos y las más veces apagan como tigres rabiosos el fuego violento que los anima bebiéndose la sangre del que acaban de sacrifica.73

El recorrido por el salvajismo con que se emplean los combatientes no acaba aquí.

Según Cruzat, nada de lo descrito antes

es comparable a lo que padece un prisionero cuando su fatal destino le deja caer en el poder de tan temerarios y tenaces enemigos, pues quemando al paciente atado a un poste o en un cuadro, le dan los tormentos más vivos que puede imaginar la más negra y malvada atrocidad, haciéndole comer pedazos de su propio cuerpo y padecer dos y tres días enteros los más insufribles dolores que se pueden inferir.

Se puede observar de paso que las mujeres de los indios son las más animadas contra los desdichados prisioneros, pues se recrean en verlos atormentar, inventando ellas mismas los más horribles e inhumanos martirios.74

Tras recordar la desenfrenada brutalidad con que se conducen, el teniente de gobernador cuestiona su coraje.

Como nunca los indios tienen suficiente ánimo para atacar un fuerte, trinchera, destacamento ni partida si el número de ellos no es duplicado del de sus contrarios, el primer ímpetu con que embisten es tan arduo y violento, acompañado de voces tan fúnebres, que si no se corta con una resistencia activa y fogosa es difícil resistir a la furia que los pone en movimiento, y troncada esta ya no son hombres, sino mujeres desmayadas y sin aliento.75

Hechas estas reflexiones, Francisco Cruzat razona su apuesta por fortificar San Luis. De entrada, enumera siete motivos por los cuales no le parecen eficaces otras medidas.

En primer lugar, en caso de hacer un fuerte «resultaría que nunca fuera bastante grande para contener todas las familias, municiones de guerra y de boca para su sustento y defensa». Cree también que faltaría «siempre el agua, objeto indispensable, porque no se pueden hacer pozos y ser peñasco el plan en que se halla situado este pueblo». «De encerrarme solo con mi corto número de tropa en el fuerte —continúa en el tercer punto—, sería privar a los habitantes de la protección que concede

benignamente nuestro Católico Soberano (Dios Guarde) a sus amados súbditos».

Además, en «cualquier parte» que se construyese, «nunca pudiera defender ambas extremidades del pueblo por su mucha extensión, como sucede con la torre Real de San Carlos», que, pese a situarse «en el centro de la línea de la espalda» del pueblo, «solo puede con su mucha elevación batir la campaña por aquella parte y no por los extremos».

Igualmente descarta levantar el fuerte en La Granja, el promontorio natural situado

«a un medio tiro de cañón del pueblo». En su opinión, «resultaría el mismo abandono de este y por consiguiente fácil la entrada en él si los enemigos lo intentasen». Una vez penetraran en sus calles,

lo pondrían a fuego y sangre, como acostumbran a hacerlo cuando son vencedores y tenemos experimentado en el fatal y funesto desastre del

veinte y seis de mayo último pasado, como V. S. no ignora, sin respetar como tengo dicho los derechos de la humanidad, ni ninguno de los demás que observan como sagrados las naciones civilizadas.76

Tampoco «hacer trincheras» le parece la solución. Ha comprobado que las que en

su momento cavaron por sí mismos de manera provisional los habitantes de San Luis

«se inutilizaban cada día por las lluvias y poca liga que hacen las tierras en este país».

Para Cruzat es «evidente» que unas nuevas no serían «suficientes para impedir un asalto» y «sería imposible guarnecerlas con la poca gente» de la que dispone.

Por último, construir las cuatro torres que había proyectado su antecesor, el fallecido Fernando de Leyba, una en cada esquina, ofrece aún «mayores inconvenientes». Según plantea el actual teniente de gobernador en el punto séptimo, en ese caso «pudieran con facilidad los enemigos en una noche oscura introducirse en el pueblo y, por consiguiente, ampararse de él».

A todas estas razones y otras que omite añade «las cortas fuerzas» con que cuenta y

«las continuas noticias» que recibe «por todas partes» de

los preparativos que desde el principio del verano pasado hacen los ingleses, convocando con exorbitantes y continuos regalos de mercancías las naciones de indios sus amigas, y todos los demás modos que emplean para salir con la empresa que proyectan de atacarnos en la primavera próxima con mucho más vigor que lo hicieron este año.77

Cruzat, que no quiere ser acusado de no aplicar «con el mayor tesón y eficacia» que pueda «todos los medios más conducentes a conservar el país» que se le ha confiado, se ve obligado

a fortificar el pueblo con una estacada alrededor de diez pies de alto y seis pulgadas de espesor, quedando solo la parte del río sin esta, por hallarse fortificada por la naturaleza.78

En efecto, la abrupta elevación del terreno en la orilla ofrece un obstáculo insalvable en caso de asalto y hace innecesario erigir allí empalizada alguna.

En el momento de detallar estos planes para Bernardo de Gálvez la «obra Real»

para fortificar San Luis está «ya principiada». El comandante en jefe del puesto espera que esté completada «antes de la venida» de sus enemigos.

Ha encargado dirigir la fortificación nada menos que a Auguste Chouteau, el cofundador de San Luis hace dieciséis años. El propio Chouteau es quien lleva el proyecto hasta el despacho del gobernador en Nueva Orleans. Confía Cruzat en que cuando esté

finalizada, y con suficiente cantidad de municiones de guerra, de que carezco, para el fuego de los cañones que tengo y de la fusilería, con todo de ser corto el número de mi tropa y milicias, cuando no logre conservar el país tendré a lo menos la satisfacción de haberlo defendido hasta la última gota de mi sangre, pues confío del valor y felicidad de cuantos me acompañan, que seguirán mi ejemplo, y sacrificarán sus vidas hasta perderlas en defensa, honor y gloria de las armas de nuestro Católico Soberano, las que espero protegerá siempre el Dios de los Ejércitos, en atención a la Justicia de nuestra causa, quedándome en la confianza y persuasión que merecerán la aceptación de V. S. las providencias que tengo tomadas y que vengo de participar a V. S. como único remedio para sustraernos si es posible a los designios perversos de nuestros contrarios y desvanecer sus esperanzas.79

A estas disposiciones se unen las órdenes dadas previamente para que las compañías de milicias acudan a sus puestos cuando los cañones, los tambores y la bandera den la voz de alarma.

Ahora bien, ¿serán suficientes estas medidas? Ocho días después de comunicar su plan a la capital de la provincia, Francisco Cruzat recibe una visita que le trae inquietantes noticias y que le hará adoptar una medida mucho más audaz. No bastará con quedarse a la defensiva.

8

La toma del fuerte San José

CRUZAT PASA AL ATAQUE: UNA INCURSIÓN PARA MOSTRAR QUIÉN ES «EL MÁS FUERTE»

El jefe el Heturno[1] llega por sorpresa a San Luis con noticias alarmantes desde el norte.

Es el día siguiente a Navidad, San Esteban. Un «partido de canadianos del Estrecho mandados por un tal Dequente»[2] ha destruido

un destacamento de diez y siete franceses que habían salido hay cerca de tres meses del pueblo de Kao[3]

para ir a ampararse del Fuerte de San José, situado en la dependencia inglesa y a cincuenta y cinco leguas de la orilla de la ribera.[4]

Se trata de la expedición de Jean-Baptiste Hamelin. No ha corrido mejor suerte que Augustin de la Balme.

En un primer momento, Hamelin y sus hombres logran tomar el fuerte San José, escasamente defendido debido a que los residentes canadienses han sido expulsados por los ingleses y los cazadores nativos han salido al bosque en busca de presas. Un año antes el teniente Thomas Bennet, destinado a ese puesto, pedía ser trasladado a Detroit o sus alrededores, donde pudiera prestar «algún servicio» con su destacamento u otra partida, dado que no veía «probabilidad de que venga un enemigo por esta vía.»[5]

Estaba en un error.

Los 21 hombres de la guarnición que dormitan en el puesto son capturados sin resistencia.[6] Los atacantes le plantan fuego y lo saquean. Tras empaquetar el botín en cincuenta fardos, huyen con él

en dirección al lago Míchigan lo más rápido que pueden.

Su intención es regresar a Cahokia por donde han venido: bordeando la orilla sur del lago para tomar luego el paso del río Chicago al Ilinueses, descender hasta el Misisipi y regresar por este hasta Cahokia. Pero no llegan muy lejos.

Una partida de putuatamis y comerciantes de pieles furiosos sale en su persecución. Los primeros con Le Petit Bled a la cabeza y los segundos liderados por el teniente de milicias canadiense Dagreaux du Quindre y el comerciante de pieles Etienne

Champion, también originario del Canadá. El 5 de diciembre dan alcance a los saqueadores al pie de las elevadas dunas que forma el viento junto al lago. Se desata una dura refriega. Los cahokianos, lastrados por la carga de su expolio, se parapetan en un pequeño fuerte. Más bien una caseta para cazadores. Los perseguidores piden a Hamelin que se rinda, pero él no cree que los putuatamis vayan a ir contra los franceses, tradicionales aliados. Se equivoca.[7] El fuego cae sobre ellos sin piedad. El propio Hamelin y tres de los suyos mueren, otros dos resultan heridos y siete son capturados, entre ellos Brady. Solo tres consiguen escapar con vida al bosque. La aventura de Jean-Baptiste Hamelin, como la de De la Balme, llega también a su fin de forma violenta. Este asalto al fuerte San José no deja más huella que la sangre derramada por los atacantes.

Los británicos restan importancia a la incursión. No creen que merezca considerarla siquiera una misión militar. El mayor DePeyster ve desde Detroit «a esta gente como ladrones, no prisioneros de guerra», ya que no llevaban otra comisión que «una orden verbal de *Monsieur* Trottier, un habitante de Cahokia».[8]

Pero esta nueva masacre tendrá consecuencias. Tras recibir la información del Heturno, Francisco Cruzat la traslada a Nueva Orleans para conocimiento de Bernardo de Gálvez. De acuerdo con la inteligencia de que dispone, en el fuerte San José hay cuatro comisionados por los ingleses, con diez y siete hombres y un número considerable de todas calidades de mercancías con las cuales (no) solamente compran de las naciones de indios limítrofes a aquel paraje maíz y otros diferentes víveres para formar en él un depósito de provisiones de boca para las expediciones que proyectan contra nosotros, sino que también excitan y conmueven a las susodichas naciones de indios para cometer en sus hostilidades las bárbaras crueldades que acostumbran y de que tenemos fúnebres experiencias.[9]

Es momento de actuar. El éxito de Fernando de Leyba y los hombres que salvaron

San Luis con su sacrificio no ha detenido ni mucho menos la amenaza. Bien al contrario, los informes que llegan advierten una y otra vez de los preparativos británicos para lanzar de nuevo a sus naciones aliadas contra los españoles, acaso esta vez con mayor saña para resarcirse de la última derrota. Como el de una bestia herida, el zarpazo del enemigo puede ser ahora aún más peligroso. Por eso Cruzat decide anticiparse: organiza a toda prisa una marcha para tomar el lejano fuerte San José. Se lo participa así a Gálvez:

Las instancias del indio El Heturno y las que me hizo este de parte de Naquiguen, jefes ya conocidos de V. S., para que hiciese una expedición contra los ingleses del fuerte de San Joseph, juntamente con los motivos que dije a V. S. y que creo fundados, me obligaron a efectuar salirse de este pueblo con la mayor brevedad, el primero de este corriente mes, un destacamento de sesenta hombres voluntarios bajo las órdenes del capitán de milicias don Eugenio Puré, sujeto inteligente en la guerra y acostumbrado a hacerla en estos países.[10]

A Pourée y los 60 voluntarios se les unirán los dos jefes mencionados, el Heturno y Naquiguen, así como «otros diferentes de la ribera de los Ilinueses que llevan con ellos a sus naciones». Entre todos, se muestra convencido Cruzat,

forman un cuerpo suficiente para poder dirigirse a San Joseph y procurar destruir cuanto los enemigos tienen en él y que pudiera, dejándolo en su poder, cooperar al logro de sus malas intenciones, y creo, según las disposiciones que he tomado para que tenga efecto nuestra esperanza, que se conseguirá el fin de ella, pues me ha sido indispensable tomar este partido como voy a decir a V. S.[11]

No es extraño que Cruzat se extienda en explicaciones a su superior. Hasta ahora España se ha limitado en la Alta Luisiana a encajar como ha podido los embates de los británicos y sus aliados. La defensa de

San Luis ha sido sin duda heroica, a costa de un caro derramamiento de sangre. Y la avanzadilla enviada al río Ilinueses no es más que un mero puesto de observación para dar la alarma en caso de peligro. Nunca hasta ahora los españoles del alto Misisipi se han aventurado a lanzarse a la ofensiva en territorio enemigo. Y atacar San José es mucho más que cruzar el río, se trata de meterse de lleno en la boca del lobo: el fuerte entra en la órbita de los dominios canadienses, cerca de Detroit y Michilimackinac, y los bosques que lo rodean están plagados de guerreros hostiles y prestos a beberse la sangre de españoles y franceses.

Como antes Gálvez más al sur, Cruzat se dispone a madrugar a los británicos la iniciativa. Atacar como mejor arma de defensa. Y tiene poderosas razones para hacerlo.

En primer lugar, los españoles no pueden mostrar flaqueza ante sus aliados, pues podrían pasarse de bando. Según cree, no adherirse a la petición de los jefes el Heturno y Naquiguen

hubiera sido demostrarles nuestra debilidad, certificarles nuestras cortas fuerzas y tal vez, conocidas estas, motivo suficiente con todo de las muestras evidentes de amistad que nos han dado, de cambiar de

partido, pues siempre los indios acostumbran seguir el más fuerte, y no hubieran los ingleses dejado de aprovechar de este evento ni nosotros de experimentar las fatales resultas de la indisposición y mudanza de los dos referidos jefes.12

Cruzat ordena, por tanto, «ir a San José a apoderarse del fuerte, de los comisionados ingleses, de las mercancías y de los víveres». Con ello espera

atemorizar las naciones circunvecinas, sacarles a estas los que las excitan a mal obrar y los socorros que les dan los ingleses de pólvora y mercancías para cazar y hacernos la guerra, y se logra destruir el fuerte, como también el depósito de víveres que tiene en él, y cuando no impedirles del todo de efectuar sus intentos, troncarlos en parte y disminuirles las esperanzas que tengan de hallar en aquel paraje con qué mantenerse esta primavera los que intenten venir por aquella parte a atacarnos.13

Las alianzas entre las volubles tribus de la región son cuestión de vida o muerte.

Cruzat sabe que no puede arriesgarse a que los amigos que con tanto esfuerzo se han ganado los españoles, y antes los franceses, se acaben ahora volviendo en su contra.

Insiste:

De permitir a el Heturno y Naquiguen de ir a hacer la guerra dándoles fuerzas contra nuestros enemigos, se logra indisponer las naciones nuestras aliadas con las que nos son contrarias, y unas y otras embebecidas en sacrificarse recíprocamente, obliga a las nuestras de sernos leales mientras dure la guerra por la necesidad que tienen de nuestros socorros para defenderse y las enemigas no pueden entonces con tanta facilidad hostilizarnos por la oposición y resistencia que hallarán en los indios nuestros amigos.[14]

De forma un tanto maquiavélica, Cruzat observa que

a los salvajes es menester siempre, para preservarse de sus fatales inclinaciones, entretenerlos entre ellos proporcionándoles el que se indispongan y se hagan guerra mutua. Esto se tiene siempre experimentado en estos países y cada día se comprueba más.[15]

Los motivos expuestos «y otros muchos que V. S. puede considerar» son los que llevan al teniente de gobernador de la Alta Luisiana

a tomar la indispensable disposición de enviar el destacamento referido con los indios que solicitaron y se brindaron para esta expedición, dándoles a todos aquellas cosas precisas para el buen éxito que espero tener.[16]

Cruzat se despide «persuadido» de que todo cuanto ha hecho en este asunto

«merecerá la aprobación de V. S.».[17] La suerte está echada.

LA HORA DEL CAPITÁN DE MILICIA EUGENE POURÉE

Eugene Pourée[18] no dispone de mucho tiempo. En cuestión de días tiene que organizar la expedición de su vida. Una larga marcha en pleno invierno por territorio hostil y de resultado incierto. Aún están frescas las noticias del dramático final de Hamelin tras su incursión en el mismo lugar al que se va a dirigir él ahora. Más atroz aún fue el resultado de la de Augustin de la Balme no muy lejos de allí, en su alocada excursión para tomar el Estrecho. Pero sabe que hay demasiado en juego. De su misión depende poner freno a las depredaciones enemigas, dejar claro quién manda en la región y consolidar una red de alianzas estable que dé tranquilidad en el futuro. Y en el fondo, el pulso entre dos titanes, España y Gran Bretaña, por la hegemonía global.

Por la mente de Beausoleil,[19] como lo conocen sus vecinos, pasan sin duda en estas horas los años que ha sufrido la rivalidad con los ingleses, primero como súbdito francés y luego bajo gobierno español: la derrota en la guerra de los Siete Años, con la consiguiente expulsión del Canadá y de la margen oriental del Misisipi, las fricciones constantes a lo largo del río y, ahora, la nueva contienda que envuelve a Norteamérica con el fuego de las armas.

El cabecilla de la misión al fuerte San José encarna el prototipo de hombre polifacético en las tierras salvajes de los Ilinueses, hecho a sobrevivir en estos parajes agrestes del interior. De raíces y cultura francesas, tiene experiencia militar, pero es también comerciante de pieles, mercader de productos varios, agricultor, patrón de

barco de transporte en el Misisipi y propietario de fincas y casas, que compra y vende con relativa frecuencia.

Pourée llega a San Luis en las primeras oleadas de habitantes del este del Misisipi que cruzaron de orilla para no vivir sometidos a los ingleses. En concreto, es uno de los militares que se trasladan al nuevo enclave comercial en octubre de 1765 con el último comandante francés del fuerte de Chartres, Louis Saint-Ange de Bellerive, ante la

llegada de sus nuevos dueños anglosajones.[20]

Sus orígenes son un misterio. Podría proceder del Canadá, como muchos otros habitantes de la región,[21] pero si es así no parece haber dejado rastro en aquellas tierras.

Lo más probable es que naciera en algún lugar de Francia y que forme parte de las abundantes tropas enviadas directamente desde el Viejo Continente para defender el valle del Misisipi.[22] Cuando se muda a San Luis es ya un hombre de mediana edad que lleva tiempo asentado en los Ilinueses defendiendo la región frente a los ingleses y las tribus hostiles, y tratando de prosperar con el comercio.

Está casado con una dama de buena familia, Marie Josephe Goudeau, con la que se prometió en la Nochebuena de 1755[23] y se desposó el 10 de enero del año siguiente en Kaskaskia.[24] Nacida en la Luisiana,[25] es hija del cirujano principal del fuerte de Chartres, Michel Charles Goudeau, y de Marie Thérèse Huchet.[26] El padre de Marie Josephe procede de La Rochela, puerto de la costa atlántica de Francia íntimamente ligado al comercio con América y punto de partida de muchos de los barcos con rumbo a la Nueva Francia y las Antillas. Los Goudeau han sido durante generaciones, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, cirujanos al servicio de la marina francesa.[27] Al matrimonio Pourée-Goudeau no se le conoce descendencia.

En el momento de su boda, Beausoleil consta como sargento de la compañía de Varenne,[28] una de las unidades de marines destinadas al fuerte de Chartres,[29] entonces el gran bastión militar de los franceses en el país de Ilinueses. Es decir, ya desde mediados del siglo, antes incluso de que estalle la guerra de los Siete Años contra Gran Bretaña, ya se dedica a proteger los territorios franceses en el Nuevo Mundo.

Al mudarse al lado español del Misisipi deja atrás su casa de Kaskaskia, que adquirió por 4.000 libras junto con la parcela en que se ubicaba y sus dependencias en enero de 1758,[30] en plena contienda entre franceses e ingleses en Norteamérica. La vivienda, cuyo pago completó religiosamente,[31] ha acabado confiscada por los americanos y adjudicada en pública subasta por tan solo 1.300 libras al coronel John Montgomery.[32]

Desde su llegada a San Luis, Eugene Pourée mantiene una intensa actividad. Se ha adaptado a la administración española de la Luisiana, bajo la cual es ahora un acomodado hombre de negocios y forma parte de la élite del pueblo. En 1766 ya posee dos esclavos[33] y en 1770 al menos cuatro,[34] signo de cierto estatus. Cinco años más tarde, en

1775, aparece también en su faceta agrícola como cosechador de 50 quintales de harina.[35]

Pero el Misisipi es su gran fuente de vida. Como propietario de los *bateaux La Providencia* y *La Fortune*,[36] el papel de Pourée en el tráfico de personas y de mercancías aguas arriba y abajo es clave. Sus barcos descienden hasta Nueva Orleans con las preciadas pieles de la Alta Luisiana para su exportación[37] y regresan luego con otras mercancías demandadas en los Ilinueses.

Entre ellas se incluye el suministro a las tropas americanas de pertrechos facilitados por España a través del agente Oliver Pollock. El agente americano tiene plena confianza en él. En cierta ocasión en que tiene que justificar el precio de los fletes ante el Comité de Comercio Continental, sostiene:

Quizá pueda parecerles mucho, pero merece la pena el dinero, pues es un hombre con seriedad y carácter que afrontará grandes cargas y trabajos por su paga. Y no tengo duda de que cumplirá con su deber.[38]

Cajas, baúles y barriles con destino a los hombres de George Rogers Clark ascienden el gran río gracias a sus embarcaciones.[39] El propio Pourée almacena en su casa las provisiones hasta que el coronel virginiano las reclama para emplearlas en la lucha contra los británicos.[40] Su colaboración codo con codo le granjea una relación estrecha con las autoridades españolas, hasta el punto de permitirse en alguna ocasión escribir directamente al gobernador.

Beausoleil está muy presente en la vida económica y social de San Luis. Su nombre aparece estampado en documentos públicos y privados una y otra vez. Interviene tanto en operaciones comerciales o financieras como en cuestiones de herencias o incluso matrimoniales.

En 1768, por ejemplo, realiza una venta a Jean Datchuret, comerciante de Santa Genoveva, para satisfacer un préstamo de 4.125 libras y cuatro soles en peleterías, más otra cantidad en dinero,[41] mientras que el 24 de agosto de 1775 compra a Jean-Baptiste Sarpy una casa de «potoes en tierra»[42] de 40 pies de largo y 17 de ancho, en un terreno

de 60 pies en cuadro. Paga por ella 400 libras en peletería a 20

sueldos la libra de venado y 50 la de castor, lo que le obliga a hipotecar «todos y cada uno de sus bienes muebles e inmuebles, habidos y por haber».[43]

El 2 de septiembre del año siguiente traspasa a Jean Huge una casa de «potoes sobre muralla»,[44] de 35 pies de largo por 25 de ancho, con su correspondiente terreno situado frente al cementerio. Recibirá a cambio 600 libras en peletería.[45] Justo el día después vende además a Pierre Planche y Louis Dufresne una casa de «potoes en tierra»

de 40 pies de largo por 20 de ancho, con su terreno de 60 pies en cuadro, que incluye un billar de 12 pies de largo y 5,5 de ancho. Todo ello por un precio de 600 libras en peletería.[46] Se trata seguramente de la vivienda que compró el año anterior a Sarpy, a la que ha incorporado el mencionado juego.

El billar se había hecho popular entre los caballeros del Canadá francés, que lo importaron después a la Alta Luisiana, tanto a Kaskaskia[47] y el fuerte de Chartres[48]

como a San Luis. Además de una relajante distracción, sirve de pretexto para cultivar la vida social. No es difícil imaginar a Beausoleil departiendo entre carambola y carambola con otros ciudadanos respetables de San Luis sobre próximas empresas, el comercio con las tribus, la amenaza británica o cualquier otra vicisitud en la siempre azarosa tierra de Ilinueses.

Ese mismo mes de septiembre de 1776, el día 20, vuelve a comprar. En esta ocasión, tres «harpanes»[49] de tierra de frente y 40 de profundidad a las afueras de San Luis, en la llamada Gran Pradería, propiedad de Louis Marcheteau,[50] que paga gracias a las ventas anteriores.

Eugene Pourée deja su rastro igualmente en operaciones de menor cuantía.

Aparece al menos en una ocasión como «fiador» del también comerciante Louis Dubreuil cuando este adquiere de segunda mano «cuatro goznes con sus alcayatas» por cuatro francos y de seis *carrotas* de tabaco,[51] «rematadas en una libra y quince sueldos», en la subasta de los bienes de Pedro Piernas al dejar el puesto de teniente de gobernador en 1775.[52] El propio Dubreuil fía a Pourée cuando se hace en esa misma almoneda con una guadaña, un hacha y una podadera, «todo usado», por una libra y diez sueldos, así como con una especie de ganchos, «diferentes hierros que llaman en francés

croches, rematados en quince sueldos». A Beausoleil también se adjudica una olla pequeña y una botija de barro, valoradas conjuntamente en tres libras, y un armario de 51 libras.

Pero no solo interviene en transacciones económicas. En 1773 presta su firma como testigo en el momento en que un tal Jean-Baptiste Gauyé, alias Belisle,[53] viendo próxima la muerte, dicta testamento y sus últimas voluntades.[54]

Aunque sus años de matrimonio no hayan dado como fruto hijos de los que ocuparse, sí consta como padrino en varios bautizos.[55] Además, resolver ciertos asuntos familiares absorbe parte de su tiempo. En octubre de 1775 muere su concuñado Pedro Lupien, alias Baron y carpintero de profesión. Pedro Piernas le había encargado unos meses antes la construcción de la primera iglesia de San Luis,[56] tarea que no pudo completar antes de expirar. Al fallecer, Pourée se ve obligado a tomar medidas para que la viuda y hermana de su mujer, Margarita Goudeau, reciba lo que legalmente le toca.

Beausoleil, que sostiene que es «reconocida y notoria» su «incapacidad e insuficiencia», actúa en nombre de su cuñada por ser «el pariente más cercano». Haciendo gala de gran soltura para manejarse en los vericuetos jurídicos, defiende que, por el contrato matrimonial que presenta adjunto, pasado

en los Kaskaskias el 3 de febrero de 1759 ante Labuxiere, notario real que era de los Ilinueses en aquel tiempo, le corresponde según la costumbre de París bajo cuya ley se ha consentido dicho contrato desposal, la cantidad de tres mil libras moneda francesa de duario,[57] y la de mil y quinientas libras de la misma moneda de preciputo,[58] que le otorgó su difunto marido.

Pourée, en funciones más bien propias de un abogado, explica que las leyes generales de las naciones europeas autorizan y dan fuerza

a todas las convenciones y contratos de cualquier naturaleza que sean pasados en los países extranjeros y bajo sus leyes, ante jueces y tribunales competentes.

Por ello pide que se forme inventario de todos los bienes del fallecido y «que se vendan en pública almoneda al mayor postor los que se juzguen que vendidos sean suficientes para pagar los derechos» de la viuda. Él, por su parte, jura «no proceder de malicia». Finalmente Francisco Cruzat, entonces en su primer mandato como teniente de gobernador, confirma que «se han entregado tanto los efectos como los papeles a Don Eugenio Pouré, que los ha reunido y se ha hecho cargo de todos».59

Perejil en numerosas salsas, se le ve igualmente comparecer dos años después, en 1777, como testigo del comerciante marsellés Gaspard François Roubieu para su matrimonio con la viuda del cirujano Auguste Condé, Marie Anne Laferne.60 En esa pareja, por cierto, algo no marcha bien. Casi justo un año después de la firma del

contrato matrimonial, la viuda de Condé demanda a su segundo marido, acusándole de un trato cruel hacia ella y sus hijas.61

Pero otras preocupaciones afligen a los habitantes de los Ilinueses a comienzos de 1781. En este apartado rincón donde escasean las tropas regulares, la tarea de protegerse recae en buena medida en los propios vecinos. Lo saben bien tras el bárbaro ataque lanzado el pasado mayo por Gran Bretaña. Y también en esta faceta Eugene Pourée, el antiguo sargento de la compañía de Varenne, tiene un puesto destacado en San Luis. Ha sido subteniente de milicias desde 1770, cuando Alejandro O'Reilly lo nombró para el puesto al crear la primera compañía en San Luis,62 y luego teniente hasta 1779, año en que Fernando de Leyba lo nombra capitán de la compañía de caballería de nueva creación, con medio centenar de hombres a su cargo.63

Sin embargo, no ha entrado todavía en acción. Se perdió la ofensiva enemiga contra San Luis y Cahokia. Debido a sus múltiples ocupaciones le cogió lejos, remontando el Misisipi. Su teniente en la compañia, Louis Chancellier, resultó herido en la batalla y él no estaba allí para liderar a sus hombres. Nada habría deseado más que merecer los elogios por haber hecho cuanto estuviera en su mano para defender la plaza, se lamenta.64

Tras la muerte de Leyba, la unidad de caballería queda desmantelada, pero Pourée sigue siendo capitán de milicias, ahora al frente de la segunda compañía de infantería.

Cree que la desaparición de la unidad montada es un error. Y no tiene empacho en exponérselo al mismísimo Bernardo de Gálvez. El fallecido comandante les ordenó confeccionar sus uniformes y dotarse

de caballos, lo cual cumplieron «puntualmente», explica.

Nos pasó revista a su satisfacción y nos aseguró que tenía sus órdenes, mi general, para formar esta compañía y que le informaría para obtener nuestras comisiones. Mientras vivía, la compañía prestó servicio e hizo lo necesario. Tras la muerte de este comandante, habiendo tomado el mando el señor Cartabona, no quiso reconocer esta compañía, asegurando que no teníamos nuestras comisiones, y nos ordenó servir como milicia de a pie, lo cual hemos obedecido con toda sumisión, disposición y el mayor celo. He hablado con el señor Francisco Cruzat, nuestro teniente de gobernador, pero las grandes ocupaciones que ha encontrado a su llegada no le han permitido tomar conocimiento de este asunto, sin tener un momento para consultar los papeles del señor Leyba ni poder decidir nada a este respecto.

Pourée se ve en el deber de prevenir al gobernador de los obstáculos que se presentan y de la necesidad de que la compañía de caballería siga en activo, sugiriendo

que dé órdenes para que no se disuelva. Es imprescindible para vigilar y no verse sorprendidos por las «partidas de indios» que, sobre todo en verano, aprovechan la altura «prodigiosa» que alcanza la hierba para emboscarse:

El enemigo puede aplastar a una milicia de infantería sin ser advertido, mientras que la caballería está siempre alerta para llevar las noticias de las descubiertas, siendo además una tropa rápida para patrullar los alrededores de estos puestos.

La misma víspera ha demostrado su utilidad, ya que Francisco Cruzat le mandó

«salir a la descubierta de una partida salvaje» y «en menos de dos horas» la obligaron a retirarse. Contar solo con milicianos a pie será un riesgo, recalca. En todo caso, se compromete a seguir cumpliendo su servicio «con todo el celo imaginable» en el puesto que se le asigne.[65]

Ahora se presenta ante Pourée la oportunidad de probar su valía. A caballo o a pie.

La persistencia de la amenaza enemiga, las noticias que apuntan a un nuevo ataque en primavera, si cabe más cruel que el anterior, y las demandas de los jefes aliados Naquiguen y el Heturno urgen a Francisco Cruzat a pasar a la ofensiva. Y lo ha escogido a él.

Han pasado quince años de su llegada desde el fuerte de Chartres con Saint-Ange de Bellerive. Es ya un hombre maduro. Ha luchado con denuedo por salir adelante, ha echado raíces en San Luis y no quiere perder cuanto tiene. Asumirá este desafío para proteger a su esposa y sus vecinos, y defender la bandera de Su Majestad Católica bajo la cual goza de libertad para ejercer su cultura y su religión, emplear su lengua y prosperar en los negocios.

No puede fallar. Aunque sea en lo más crudo del invierno, cuando las grandes campañas bélicas suelen quedar congeladas a la espera de mejor tiempo. La gloria espera a Eugene Pourée, alias Beausoleil, en el fuerte San José.

EL FUERTE SAN JOSÉ: DE MISIÓN JESUITA A BASTIÓN INGLÉS

El fuerte que Eugene Pourée y sus más de ciento veinte hombres se disponen a asaltar es una llave de paso entre dos mundos. Al norte la cuenca del río San Lorenzo y el acceso al Atlántico; al sur el Misisipi y la salida al golfo de México. Al norte el Pays d'en Haut[66] y el Canadá; al sur los Ilinueses, la alta y la baja Luisiana. Al norte grandes bosques y un mar de hielo; al sur praderas inabarcables y pantanos.

Durante casi un siglo ha sido misión religiosa, puesto comercial y bastión militar.

Punto de encuentro entre europeos y nativos, también ha vivido episodios sangrientos.

Lo que fue una base para la expansión francesa sirve ahora a los ingleses para atraer a sus naciones amigas y lanzar ataques contra españoles y americanos.

Su historia se remonta al siglo XVII, cuando la extensión de la fe cristiana lleva al primer hombre blanco a orillas del San José: el padre

Jean Claude Allouez. Este misionero jesuita llega en 167567 para convertir a putuatamis y miamis. Cristianiza a más de diez mil. El hiperactivo religioso fallece en 1689 y es enterrado frente al río.68

Para entonces los jesuitas obtienen allí la concesión de un terreno con el fin de construir una capilla y casa y sembrar algunos granos y hortalizas para la subsistencia de los misioneros que allí quedarán, y para ayudar a los franceses de esta colonia que comerciarán en dicho país.69

El solar tendrá 23 harpanes de frente por 20 de fondo «en el lugar que consideren más adecuado», teniendo que levantar las dichas capilla y casa en el plazo de tres años.

En mayo de 1689, el mismo año en que expira Allouez, el rey confirma desde Versalles la concesión. Para cumplir con ella se envía al padre Claude Aveneau, que llega en el verano de 1690. Enseguida se pone manos a la obra y erige la capilla que le valdrá también de morada.70 La misión de San José acaba de nacer.

Pero no solo de fe vive el hombre. Como apuntaba la propia concesión a los jesuitas, empiezan a frecuentar el lugar comerciantes de pieles que buscan aprovechar este cruce de caminos para ampliar su negocio. La actividad mercante no tarda en crecer y pronto eclipsa la función de salvar almas. El tráfico de pieles a cambio de mantas, armas o pólvora da nueva vida al puesto. Los *coureurs des bois*,71 comerciantes ambulantes y sin licencia, son la auténtica avanzadilla de la exploración francesa. Sus intercambios con los indígenas, todo un ejercicio de ingeniería diplomática, sientan las bases de futuras alianzas.72

Proteger a misioneros y comerciantes en la nueva frontera se hace apremiante. El gobernador general de la Nueva Francia, Louis de Buade, conde de Frontenac, envía en 1691 a Augustin Le Gardeur de Courtemanche con una guarnición de doce hombres para establecer y mandar un fuerte que custodie el estratégico paso al valle del Misisipi e impida «que los ingleses y los lups73 metan la nariz».74

A poco se demuestra que Frontenac estaba bien encaminado. Las luchas entre naciones del este y del oeste y los intentos ingleses de inmiscuirse en el comercio de las pieles agitan la región. Incluso cuando, tras dos años de tregua, los siux acuden a fumar la pipa de la paz con los miamis, sorprenden a sus anfitriones en plena noche y los

masacran sin conmiseración.

En 1695 el pequeño destacamento se ve obligado a emplearse a fondo. 300

guerreros iroqueses se plantan ante el fuerte en actitud hostil. Cuando introducen ya los cañones de sus armas por las rendijas de la empalizada, los franceses se dan cuenta y descargan un intenso fuego que los hace retroceder. La breve batalla deja un reguero de cadáveres y heridos. No contento, el jefe de la guarnición sale a perseguir a los iroqueses, que huyen en desbandada.[75] San José resiste.

Al año siguiente, sin embargo, un decreto real obliga a Le Gardeur de Courtemanche y los ocho soldados que conserva a evacuar el puesto. En cambio, los comerciantes y *coureurs des bois* permanecen y los misioneros mantienen viva la llama del cristianismo.

El fuerte alterna períodos de relativo abandono con otros de plena vitalidad. En 1712 sacude la región una revuelta de los renards, confabulados con mascutens y quicapus, al tiempo que estimulados con regalos ingleses. En ese momento guarda el puesto el canadiense Jean-Baptiste Bissot de Vincennes con una pequeña guarnición.

Desde el Estrecho el comandante del fuerte Pontchartrain, Jacques-Charles Renaud du Buisson, pide auxilio: las bandas de los grandes jefes Lamymâ y Penoussa han acampado a solo «cincuenta pasos» y «con mucha insolencia se dicen amos de toda la tierra». El ataque es inminente. Du Buisson solo tiene 30 hombres y se ve incapaz de hacerles frente. Vincennes acude en su ayuda el 13 de mayo con siete u ocho soldados, y recaba apoyos entre las naciones aliadas. Se ponen en camino 600 guerreros dispuestos a «comerse a esas miserables naciones». Tras un mes de asedio, el levantamiento es aplastado a sangre y fuego. Mueren más de mil renards y mascutens, incluidos mujeres y niños. El *sieur* de Vincennes lleva la noticia de la victoria al gobernador general del Canadá y en otoño regresa al fuerte San José.[76] La guerra con los renards, sin embargo, se prolongará más de dos décadas.[77]

Al principio este «puesto entre los miamis» no es más que una valla de madera en torno a la casa del comandante y los almacenes para las pieles y los artículos que intercambiar con los nativos. Pero con el tiempo llega a tener una capilla y quince viviendas, construidas bajo los conocidos métodos franceses de *poteaux-en-terre* y *poteaux-sur-sole*,[78] y se instala un calabozo reforzado con hierro. Como la misión y el río, el fuerte recibe el nombre del patrón de los franceses: San

José.79

El jesuita François Xavier de Charlevoix, enviado a una exploración en busca de una ruta a la India y China, recala aquí con su canoa en agosto de 1721. Lo que encuentra no le causa una gran impresión:

Hace ocho días desde que llegué a este puesto en el que tenemos una misión y donde hay un comandante y una pequeña guarnición de tropas. A la Casa del Comandante, que es una cosa insignificante, se le llama fuerte porque está rodeada de un pobre palenque, y es más de lo mismo en el resto de sitios, excepto los fuertes de Chamblay y Cataracoui, que son auténticas fortalezas. Hay, sin embargo, en todos estos fuertes piezas de artillería, o baterías, que en caso de necesidad son suficientes para impedir un golpe de mano e intimidar a los salvajes.

Mejores palabras tiene para describir los campos en torno al fuerte, «tan llenos de sasafrás que perfuma el aire», y «los mejores bosques del mundo», que parecen «más antiguos que el mundo mismo». Ensalza las cualidades del arce, «enorme y muy común» y del que «hacen muy hermosos muebles», así como de las distintas especies de abeto: estos ideales para mástiles y obras de carpintería, esos con trementina

«excelente» para curar heridas e incluso fracturas, aquellos con una corteza de la que se extrae un tinte azul. Da fe además de la cercana convivencia con los indígenas: Los putuatamis han ocupado sucesivamente varios sitios y están aquí de nuevo; su poblado está en la misma parte que el fuerte, un poco más abajo, en una elevación muy hermosa; el de los miamis está al otro lado del río.

Los nativos son «en su mayor parte cristianos», si bien «han estado durante mucho tiempo sin pastores», de modo que el nuevo misionero «no tendrá pocos problemas para restaurar el ejercicio de la religión».80

El fuerte llega a ser uno de los más importantes del Pays d’en Haut. En la década de 1720 cuenta con una guarnición de dieciocho hombres, incluyendo al comandante y ocho oficiales,81 además de sacerdote, intérprete, herrero y unos quince comerciantes con sus familias. La

vida gira en torno al filón de la piel y el cuero, y la dieta depende de la caza.82

La rivalidad con los ingleses hace del comercio peletero una cuestión de Estado.

Francia lo necesita para mantener a los nativos como aliados frente a la competencia anglosajona. Para poner orden en la explotación de ese negocio, las autoridades implantan un nuevo régimen de licencias. Y el fuerte San José es, junto con Michilimackinac y Detroit, pieza clave del sistema. Con cuatro licencias asignadas en 1755 y la exportación anual de cuatrocientos fardos de pieles de felinos, osos, nutrias, venados y otros cérvidos, es el cuarto puesto en importancia de toda la Nueva Francia.83

Los contactos con los nativos no se limitan al comercio. Abundan los matrimonios mixtos y los niños mestizos.84 Sin abandonar la labor misionera, numerosas indígenas y sus hijos métis son cristianizados. Aunque no siempre hay un cura a mano: el propio comandante se ocupa a veces de bautizar y el misionero de turno confirma luego el sacramento. Igualmente sucede, al parecer, con las bodas. Se conoce el caso de Marie Catherine François y Nicolas Le Compte, que «viven juntos como hombre y mujer en ausencia de sacerdote para casarlos sacramentalmente». Cuando finalmente hay uno disponible, se celebra el matrimonio y sus tres hijos quedan legitimados.85 La observancia religiosa se manifiesta también por otras vías: la mortificación por medio del cilicio llega hasta este rincón de Norteamérica.86

El último sacerdote de San José es el padre Gibault, que ejerce con el título de vicario general del país de Ilinueses y el territorio circundante. Él es quien deja la inscripción final del registro en 1773, la defunción del *sieur* Charles Chevallier, canadiense de sesenta y cuatro años. Gibault partirá de aquí hacia los Ilinueses, donde tendrá un papel relevante a la hora de convencer a los franceses para que acepten a las fuerzas americanas de George Rogers Clark. La secularización de los jesuitas, que en la Luisiana entra en efecto en 1763, pone fin a la misión.87 El fuerte, en cambio, se mantiene.

Para entonces ha pasado a manos británicas por la derrota de Francia en la guerra de los Siete Años. En septiembre de 1761 una guarnición de quince hombres pone San José bajo los colores de la Union Jack. El cartógrafo y teniente Dietrich Brehm observa que el puesto

está construido con una estacada de roble, reconstruido hace siete años, en bastante buen estado, aunque no hay plataformas en los baluartes de ninguna parte, ni casa para el oficial, que ha tomado una casa privada en la que solía vivir el sacerdote. Viven aquí cuatro familias, que tienen una pequeña tierra labrada y cultivan algo de trigo, pero se ven obligados a enviarlo a Detroit para molerlo.88

Un año después, el topógrafo Thomas Hutchins anota en un diario su visión del fuerte, sus moradores y la tierra en que se enclava, que

es llana y rica, y la carretera cruza varias sabanas encantadoras. El fuerte San José se yergue a unas pocas yardas de agua navegable, encajonada entre dos orillas elevadas, una a cada lado del río, y desde su altura parece haber sido ideada más como lugar para que los comerciantes guarden sus efectos que como construcción defensiva para mantener a los nativos a distancia.

Está habitado por alrededor de una docena de familias francesas que principalmente se mantienen a sí mismas con el comercio que hacen con los indios y, a pesar de que la región es muy rica en ellos, cultivan nada más que algo de maíz indio y un poco de heno para alimentar a sus caballos, mulas y unas cuantas vacas lecheras, que parece todo el ganado que poseen.89

Las autoridades británicas sitúan al frente del fuerte al joven alférez Francis Schlosser, al que soldados y comerciantes llaman The Boy.90 Pero la desmesurada afición a la bebida que muestra no es propia de un adolescente. Su conducta depravada se granjea la animadversión de europeos y nativos. Un comerciante se queja así: Sus mayores desvaríos aún no se han descubierto. Siempre que tiene licor o alguna persona se lo da, le pone lo que se dice alegre. Se apodera de él y se le sube a la cabeza. En uno de esos arrebatos se metió en casa de un francés. El hombre estaba acostado, pero se levantó por el ruido. El señor Schlosser lo agarró, llamó a la guardia y dijo a la gente que tenía órdenes de quemar el fuerte, matar a todos los franceses y marcharse con su guarnición. Solo le cuento esta parte, pero tendría muchas historias del mismo tenor. A veces me avergüenzo de lo que dicen las gentes francesas. Agradecerían que los ingleses enviaran a un hombre con algo de sentido a un puesto de avanzada, situado entre

tantos indios, y no a un muchacho.[91]

El traspaso del Pays d'en Haut a los ingleses levanta sarpullidos entre los nativos de la zona. Acostumbrados a comerciar amistosamente con los franceses, no soportan que sus enemigos del último siglo se enseñoreen ahora por sus tierras ancestrales. A la depredación de los aventureros en los bosques se suma la prohibición por Jeffery

Amherst, comandante en jefe británico, de los habituales regalos con que los franceses garantizaban una convivencia en armonía. La disminución de la caza y el aumento de las enfermedades no hacen sino agravar sus aflicciones.

En ese clima de descontento cala la llamada de un profeta llamado Neolin a recuperar la pureza de las tradiciones y renunciar al influjo corruptor del hombre blanco. Un carismático jefe otagua conocido como Pontiac canaliza esas enseñanzas y la ira colectiva. Una rebelión está a punto de estallar. En una coalición de naciones jamás vista, lanza en mayo de 1763 una serie de ataques coordinados contra fuertes británicos que desconcierta al alto mando. «Esta alarma acabará en nada más que un intento temerario», afirma aún incrédulo Amherst el 6 de junio.[92] Pero uno tras otro caen hasta ocho bastiones de los Grandes Lagos, si bien resisten, a duras penas, Detroit, Pitt y Niágara. Los muertos se cuentan por cientos.[93]

En San José el alférez Schlosser es avisado de la ofensiva por el comerciante e intérprete francés Louis Chevalier. Pero lo desoye con desprecio. Dos días después, el 25 de mayo de 1763, cerca de un centenar de putuatamis se acercan al fuerte con la excusa de visitar a unos parientes y dar los buenos días al imberbe y borrachín comandante. Schlosser no se lo traga. Sale disparado al barracón para llamar a las armas, aunque lo encuentra lleno de sus inesperados visitantes. Deja al sargento tratando de poner en formación a los hombres y busca a los franceses. En esas se escucha un alarido desde el barracón. La señal para tomar el fuerte. Los putuatamis se hacen con el control y capturan al comandante. Matan a diestro y siniestro. En dos minutos toda la guarnición excepto Schlosser y otros tres hombres es aniquilada. A los canadienses no los tocan. Tras saquear las existencias, los atacantes salen con el botín y los prisioneros hacia Detroit.[94]

El fuerte permanece en poder de los indígenas hasta el final de la rebelión al año siguiente. Los británicos recuperan la posesión, pero ya

no volverán a tener en él un destacamento militar permanente. Schlosser, por cierto, se permite reclamar a Amherst 87 libras y diez chelines de indemnización por los bienes que ha perdido en el ataque, así como una promoción de grado por ser uno de los tres alféreces más antiguos del batallón.

El puesto a orillas del San José se utiliza ahora más como almacén para las mercancías y centro de negocio con los nativos, aunque de vez en cuando se envían soldados.95 De hecho, sirve de lugar de reunión en la marcha fallida de Langlade para unirse a la ofensiva contra los Ilinueses en 1780 y de punto de partida de la expedición de Le Petit Bled contra Vincennes, también fracasada.

A falta de comandante militar, los británicos designan en 1765 a un «hombre del rey» en el puesto, un interlocutor con los nativos para mantenerlos de su lado. El escogido es Louis Chevalier, reputado comerciante de pieles canadiense que lleva tres décadas en San José y goza de gran predicamento entre putuatamis y miamis. Es quien advirtió sin éxito a Schlosser del ataque en 1763. Tal es el peso de la familia Chevalier que la mayoría de bautizados en el puesto a lo largo de más de veinte años tienen padrinos con ese apellido.96

Pero no todos los ingleses lo ven con buenos ojos. Tanta cercanía con los nativos levanta sospechas. Le llegan a acusar de estar detrás del asesinato de cuatro comerciantes británicos, como desliza en 1773 el entonces comandante de Detroit, Henry Bassett:

No condeno a los salvajes tanto como a un Chevalier, un francés que está constantemente allí y creo que nos perjudica mucho en la estima de los indios.97

Arent Schuyler DePeyster, sucesor de Bassett en Detroit, recibe a Chevalier para conocer su versión. Este lo convence de su buena disposicion y es confirmado como representante real. Más aún, traban una relación fluida. El canadiense se sienta de cuando en cuando a la mesa de DePeyster para compartir pavo salvaje, perdiz, venado e incluso carne de oso.

Mientras, el «hombre del rey» sigue cultivando los lazos con los putuatamis. Monta comidas con sándwiches y galletas a la orilla del río, carreras y, en invierno, patinaje sobre el río congelado.98 Hasta que la guerra contra los colonos americanos, y luego contra España,

eleva la tensión. En el verano de 1779 llegan a Detroit informes de que 400 hombres a caballo se preparan para atacar, pasando por el fuerte San José a incorporar refuerzos. Para impedirlo DePeyster despacha allí al teniente Thomas Bennett con una veintena de soldados, 60 comerciantes y remeros y 200 indígenas. Al llegar monta una trinchera «suficiente para oponerse a un número superior de salvajes en caso de que intenten insultarnos o sorprendernos».[99] Incluso llega Langlade con 60

chippewas de apoyo. Pero el temido ejército de caballería no aparece. Los guerreros se esfuman y el propio Bennett regresa al norte.[100]

George Rogers Clark quiere llevar a cabo un ataque con 250 voluntarios franceses, nativos y algunos regulares a las órdenes del capitán James Shelby.[101] Pero al tratar de reclutar a los hombres, se niegan a marchar a San José por falta de calzado.[102]

La llegada ese otoño de un nuevo comandante a Michilimackinac, Patrick Sinclair, cambiará las cosas en el fuerte San José. Celoso de la sintonía de Louis Chevalier con DePeyster, le reprocha que no acate sus órdenes y que fomente el desorden entre los nativos. Además, el coronel Bouquet le malmete con las viejas sospechas por el asesinato de los comerciantes ingleses.

El 15 de febrero de 1781, Sinclair comunica una decisión drástica: la expulsión de Chevalier y «todos los súbditos de Su Majestad» con «la adecuada celeridad».[103]

Pretende sustituirlos por comerciantes británicos y enviar a un capitán de milicia. A su juicio, San José es «un nido de víboras».[104] De nada sirve que DePeyster salga en defensa del «hombre del rey».

El comandante de Michilimackinac encarga a un sobrino de Chevalier, el intérprete Louis-Joseph Ainse, que capture a su tío y al resto de francocanadienses para llevarlos al norte hasta ese fuerte situado entre los lagos Míchigan y Hurón. Pese a lo «delicado»

de la misión, Ainse la acepta «sin réplica ni objeción». Llega a San José el 25 de junio, embarca a todos en seis canoas y los traslada al destino requerido. Una vez allí Chevalier y su mujer son detenidos y deportados a Montreal. Su sobrino, pese a cumplir tan embarazoso encargo, es igualmente arrestado y deportado como sospechoso de traición a la Corona.[105]

Louis Chevalier defiende ante el gobernador de Quebec, sir Frederick Haldimand, que únicamente aprovechó su «ascendiente» sobre «las

naciones salvajes» para mantenerlas «en el deber y la fidelidad hacia Su Majestad y su gobierno tras la conquista y[106] cesión del Canadá».[107] Pero jamás regresará ya a la que fue su casa treinta y cinco años.

Entre tanto el fuerte San José, ya sin las familias canadienses, está en peligro. Un par de meses después de la exposición de Chevalier ante Haldimand se produce el asalto de la partida de Jean-Baptiste Hamelin y Tom Brady, de aciago final. Los atacantes se hacen con el botín, pero Louis Dagneau Douville de Quindre y Pierre Campion les dan caza y los derrotan a orillas del lago Míchigan. Sinclair se jacta del éxito logrado, un servicio que atribuye sobre todo a Campion.[108] Haldimand lo aplaude ante el comandante en jefe y anuncia una recompensa por su mérito.[109]

Entretenidos con estas felicitaciones, los británicos no sospechan a principios de 1781 que una expedición española, mucho más numerosa que la de Hamelin y Brady, se apresta para recorrer más de doscientas leguas en pleno invierno y abatirse sobre el fuerte. Lo guardan el capitán Duguiet y otros siete hombres,[110] inadvertidos de lo que está por venir.

Más de un siglo después de la llegada del padre Allouez a estas orillas y tras quince años bajo dominio británico, nada será igual en el fuerte San José.

LARGA MARCHA SOBRE EL HIELO POR TERRITORIO ENEMIGO

El invierno ha entrado de lleno. Las noches en esta época son glaciales y la temperatura diurna apenas sobrepasa el punto de congelación. La nieve se posa desde hace semanas sobre los campos. En el Misisipi flotan los témpanos sobre unas aguas gélidas. Es el 2 de enero de 1781 y la misión al fuerte San José está a punto de partir.

Al mando, el capitán de la Segunda Compañía de Milicias de San Luis de Ilinueses, Eugene Pourée, por sobrenombre Beausoleil. Aunque el uniforme de los oficiales de la milicia de infantería es azul, puede que Pourée luzca aún casaca y calzón encarnados, vuelta, chupa, solapa y collarín azules y botones dorados, tal como especificaba en su día Fernando de Leyba que vistieran los oficiales de la unidad de caballería ahora desmantelada.[111]

Junto a él va el subteniente de la compañía, el agricultor Carlos Tayon, que ronda los veintidós años y apenas lleva un par de meses casado cuando se une a esta incursión,[112] y Luis Chevalier, de poco más de treinta y dos años[113] y «sujeto inteligente en los idiomas de los indios» al que Francisco Cruzat ha escogido como intérprete, algo que resultará de gran utilidad cuando llegue el momento.

Chevalier, conocido también como Louison, tiene motivos muy especiales para participar en esta empresa. Es hijo del canadiense del mismo nombre, el principal comerciante del puesto de San José durante años y nombrado por los ingleses «hombre del rey» para servir de enlace con los nativos. El propio Louison llegó a ser recibido en Montreal en 1778 por el gobernador de Quebec, Frederick Haldimand, quien dijo luego que «se comportó muy bien».[114] Pero su padre ha caído ahora en desgracia.

Desconfiando de su lealtad, lo han expulsado junto al resto de comerciantes de origen francés y deportado al Canadá. Louison se encargará de honrar su nombre.[115]

A la expedición se unen los grandes jefes aliados Naquiguen y el Heturno, en realidad, sus grandes promotores. Ambos han pedido golpear a los ingleses en su territorio y Cruzat no podía negarse si quería mantener la preeminencia de los españoles en las alianzas con los indígenas.

Falta, en cambio, el teniente Louis Chancellier, mano derecha de Pourée en la Segunda Compañía de Milicias, que convalece aún por las heridas que recibió en la heroica batalla en San Luis del 26 de mayo.[116]

El destacamento, nutrido por ciudadanos de a pie armados con mosquetes y dispuestos a jugarse la vida por los suyos, es de lo más variopinto. Desde adolescentes barbilampiños a cuarentones baqueteados por la dura vida en el bosque. Seguramente no todos van impecablemente uniformados, sino ataviados al estilo rústico de cazadores y tramperos: polainas, abrigo de pieles, faja en la cintura, gorro de castor… Tampoco faltarán sus inseparables cuchillos y hachas.

Del heterogéneo pelotón forman parte el sastrecillo Francisco Honoré, de unos diecisiete años; el cabo primero Jacobo Labé, de cuarenta; el cabo segundo y tratante francés Antonio Venzant, de veintiocho; el labrador local José Tayon, de veintiocho; el zapatero canadiense José Lardueza, de treinta y tres; el tonelero canadiense René Depré, de

treinta y cuatro, y los cazadores Agustin Hever, de al menos cuarenta y cuatro, y Salomon Pety, americano de veintiséis.

Como remeros figuran Amable Guion, de unos dieciséis años tan solo; Felipe Ribera, de dieciocho; Antonio San Francisco y el francés Luis Chile, ambos de veinticinco; José Marichar y Pedro Pepen, los dos de veintiséis; Jean-Baptiste Trudo, de treinta y cinco, y Nicolas Chorret, de cuarenta y seis. José Belhumor o José Luigó (también Luis Gó) son otros nombres entre los enrolados.[117] La lista se completa seguramente con habitantes de la orilla este,[118] sedientos de vengar las muertes de las expediciones de Agustin de la Balme y Jean-Baptiste Hamelin.

Todos ellos tienen por delante una larga y penosa travesía de 220 leguas por un territorio inhóspito y helado, a menudo plagado de tribus belicosas. El plan es remontar el Misisipi hasta la desembocadura de su afluente el Ilinueses, ascender por él hacia el norte y luego virar al este, siguiendo las pantanosas llanuras del río que los habitantes del lugar llaman Téakiki,[119] como dejó anotado La Salle en sus exploraciones un siglo atrás.[120] Cuando lleguen a su cabecera habrán de atravesar un paso terrestre que conecta con el San José. A orillas de ese río encontrarán el fuerte del mismo nombre. Su objetivo final.

Con el recuerdo aún fresco del sangriento final de las aventuras de De la Balme y Hamelin, a ninguno hace falta mencionar los peligros a los que se exponen al adentrarse en los dominios británicos. Y de la crueldad con que se emplean los enemigos han sido testigos en el propio San Luis hace tan solo unos meses. Pero ahora toca dar una lección a los ingleses y dejar claro ante ellos y las tribus de la región quién lleva la voz cantante.

Para el viaje emplearán recias piraguas a base de troncos de abedul, roble o álamo.

Los europeos han aprendido a construirlas de los nativos, que las utilizan desde tiempos inmemoriales para recorrer las vías acuáticas.[121]

Los expedicionarios emprenden la marcha con el ánimo en lo alto. *Au revoir*! Atrás quedan sus familias y todo cuanto aprecian. Su vida. Si todo va bien, Pourée volverá a ver pronto a su querida Marie Josephe. Tayón, Chevalier, Labé, Venzant…, los demás también confían en un regreso feliz para reunirse con los suyos. Naquiguen y el Heturno esperan estar en el bando correcto.

Las piraguas empiezan a remontar el Misisipi: el padre de las aguas que los pueblos norteamericanos llevan surcando desde hace miles de años y ahora se disputan los europeos. Anchuroso y algo oscuro por el lodo que aporta el Misuri, su caudal discurre parsimonioso hacia el sur en busca del golfo de México. Los remeros hunden sus palas en las frías aguas y propulsan las embarcaciones a golpe de riñón, esquivando los carámbanos que se empiezan a formar.[122]

A unas tres leguas dejan a la izquierda la desembocadura del Misuri, el gran tributario del Misisipi que se extiende hacia el oeste por las interminables llanuras hasta su nacimiento en las Rocosas. De las riberas de este larguísimo río llegan las preciadas pieles que proporcionan los osages y que mueven la prosperidad de San Luis. Un tesoro que hay que proteger a toda costa de la depredación inglesa.

Los hombres de Pourée reman otras ocho leguas por el Misisipi hasta encontrar a la derecha, frente a unos islotes cubiertos de arboledas en mitad del cauce, el punto donde desagua el Ilinueses, otro de sus grandes afluentes. Deben tomar ahora este río para seguir en busca del norte.

Al estar en la margen oriental del Misisipi, cuando los expedicionarios acceden al Ilinueses penetran formalmente en el territorio que pasó a los británicos en 1763, si bien en esta zona hace tiempo que apenas se dejan ver casacas rojas. El capitán Hesse, con su ejército invasor durante la fallida ofensiva en la Alta Luisiana, ha sido uno de los últimos.

Pese al frío, la naturaleza salvaje rebosa vida en la franja de tierra entre el Misisipi y el Ilinueses, que corren casi en paralelo durante un buen tramo. Charcas, lagunas y pantanos salpican el paisaje. El terreno es en general llano, aunque en ocasiones navegan entre pequeños riscos y el paisaje alrededor se ondula. Las praderas se alternan con frondosos bosques de robles, nogales o arces que obligan a estar alerta.

Quién sabe los peligros que acechan entre las sombras.

Mientras avanzan, será fácil observar la fauna en su sempiterna lucha por sobrevivir. Águilas calvas planearán en el cielo invernal, oteando para lanzarse sobre una presa que llevarse al pico. En los estanques, bandas de pelícanos formarán círculos para cercar su pesca. Nutrias curiosas asomarán de vez en cuando la cabeza fuera del agua. Algún venado se perderá en el bosque a grandes zancadas mientras agita su colita blanca.

A medida que ganan el norte, la nieve se hace más presente. Deben darse prisa para no quedar atrapados en el hielo. Los brazos de los remeros se tensan con cada palada.

Ascienden a buen ritmo. Tan solo una semana después de partir, Pourée y los suyos alcanzan la Mauvaise Terre, cuyo nombre define por sí mismo lo desolado del paraje.123 Se sitúa a unas veinte leguas de la desembocadura del Ilinueses en el Misisipi, a más de treinta de San Luis. Allí permanece apostada la avanzadilla de Jean-Baptiste Malliet, con una docena de hombres que Cruzat envió meses atrás para vigilar los movimientos del enemigo. El destacamento recién llegado acampa con ellos antes de seguir su camino con los refuerzos que consiga allí.

Beausoleil tiene además la oportunidad de ponerse al día con las últimas noticias

«ciertas» del enemigo que trae un tal Agustin Rok, un cuñado de Malliet que acaba de llegar tras huir durante meses de las garras británicas «para reunirse con su familia y su país».124

Su odisea comenzó en Montreal, donde estaba prisionero. Salió de allí el 5 de mayo pasado y recaló hasta el 19 de octubre en Michilimackinac, de donde «con gran dificultad y trabajo» se marchó para dirigirse a la Bahía, en la costa oeste del lago Míchigan. Después de «un largo viaje de camino a pie» en medio de «una muy mala temporada» invernal, logró llegar sin más percances junto a Malliet hace tres días, el 6

de enero. En resumen:

Con la mayor generosidad, ha abandonado su propiedad y sus intereses, y ha arriesgado su vida muchas veces para escapar de los enemigos y volver a su verdadero país.125

Rok trae información de interés sobre la situación en el Canadá y en distintos puntos estratégicos del norte. Sus datos confirman que los británicos se preparan para una nueva ofensiva:

Varias personas de probidad han sabido por voces ciertas que habían

sido tomados a la entrada del río San Lorenzo treinta buques mercantes ingleses por una flota francesa el verano último, y es muy cierto que ningún barco inglés ha llegado a lo largo de todo el verano. El Canadá está absolutamente desprovisto de mercancías.

Apenas hay franceses ya en Michilimackinac. La guarnición inglesa estacionada allí tiene alrededor de sesenta hombres. El mayor número de los franceses ha descendido a Montreal de alguna forma u otra a pesar de que el comandante había recibido secretamente las noticias de la flota francesa en el río San Lorenzo.

Dos comerciantes, los *sieurs* Gaffé y Grignon, invernan en la Bahía. En el alto Ouisconsin[126] los *sieurs* Marchessaux, Dubuc y el *sieur* Esse,[127] que está ahora empleado para levantar a las naciones salvajes. Él había partido en el mes de noviembre para unirse al *sieur* Volk en el alto Misisipi entre los siux, para formar en concurrencia con él una gran partida de salvajes para atacar los Ilinueses a principios de la primavera.[128]

El cuñado de Malliet también tiene detalles útiles sobre la guarnición existente en el objetivo al que se dirigen Pourée y sus hombres:

De la parte sur del lago Míchigan, en el fuerte San José están los *sieurs* Dugué, capitán; Rheille, teniente, y Campion, alférez, con gran cantidad de mercancías destinadas a la guerra. Tanto en la Grande Rivière como en Kicanamaso, invernan los *sieurs* Démouchel, Bourassa, Joseph Clermont, tres de los hombres de Chaboillé, Amelin, Tabeau, Hurtebise y Michel Augé. Ellos tienen una cantidad enorme de mercancía.[129]

En cuanto al estado de las alianzas con los diferentes pueblos de la región, Agustin Rok comparte las inclinaciones hacia uno u otro bando que ha conocido:

Las naciones salvajes con las que he podido hablar, desde Milwaukee hasta aquí, tienen muy buenas intenciones hacia nosotros. Los puants y los siux son los más animados en apoyar al partido de los ingleses. No se ha hecho ningún movimiento ni preparativo para la guerra este

verano en Michilimackinac. Los ingleses son demasiado débiles en número, pero hacen todo lo posible para levantar a todas las naciones salvajes y hacer que devasten los poblados ilinueses. La Feuille, el gran jefe siux, se ha vanagloriado de tomar San Luis. Esta partida vendrá, según creo, por el Misisipi.130

Jean-Baptiste Malliet hace llegar hasta San Luis las novedades que le cuenta su cuñado, que se disculpa ante el teniente de gobernador, Francisco Cruzat:

Ruega le excuse si no va a contárselo en persona, pero la fatiga que ha tenido por tan penoso viaje se lo impide en el momento presente. Él le ruega crea que estas son noticias ciertas y precisas que ha tenido el honor de hacerle saber.131

El enviado de Cruzat para vigilar las riberas del Ilinueses aprovecha para agradecerle la remesa de pólvora que le ha despachado, pero le comunica que, desgraciadamente, lo ha perdido todo en un naufragio sufrido por dos de sus hombres.

Según subían, «un fuerte viento que los ha sorprendido en el agua hundió su lancha», lamenta.

Mientras Malliet redacta estas líneas, se prepara en el campamento para unirse a la partida de Eugene Pourée hacia el fuerte San José. «Yo estoy saliendo con *monsieur* Beausoleil y toda mi gente», confirma a Cruzat. Al mismo tiempo comenta sus dificultades para dejar a uno o dos hombres con su cuñado para que tengan al teniente de gobernador al corriente de cualquier cosa que acontezca:

Me veo obligado incluso a ordenar a uno que le lleve esta carta, tan verdaderamente celosos son del servicio al Rey y a su país. Le ruego sea atento con este hombre. Si usted fuera tan bueno de enviarme varias libras de pólvora, sería una grandísima ayuda para aquellos que dejo aquí.132

Se despide de Francisco Cruzat desde la Mauvaise Terre con una posdata:

Si usted tiene cualquier cosa que mandarme, se lo puede hacer llegar a mi cuñado Rok como si fuese a mí mismo. Tenga la bondad de decírsela de palabra al portador de la presente, porque aquí no queda nadie que sepa leer.[133]

En cuanto le llega la misiva de Malliet, Francisco Cruzat sabe valorar la información que le proporciona gracias a su pariente político. El teniente de gobernador la reenvía enseguida a Nueva Orleans para conocimiento de Bernardo de Gálvez:

Remito a V. S. la adjunta carta de Mayet, comandante del destacamento de milicias de este pueblo que tengo destinado en la ribera de los Ilinueses, por lo que verá V. S. los esfuerzos que hacen nuestros enemigos, las mercancías que gastan y los resortes que hacen mover para granjearse los indios y lograr sus fines. Creo que no desagradará a V. S. el saber noticias del Canadá si tal vez estas no han ya llegado a esa capital.[134]

Entre tanto, Eugene Pourée no tiene tiempo que perder. La expedición reanuda la marcha antes de que sea tarde. El invierno no tiene clemencia. El frío es implacable y la nieve arrecia. El gélido viento del norte se une ahora a las adversidades e impacta de cara en los expedicionarios. Remar río arriba sobre las aguas cada vez más heladas se hace más trabajoso. En ocasiones puede que haya que hacer uso de pértigas para avanzar. Y quedan todavía muchas leguas.

Al unirse Malliet y sus hombres, son ya 65 los milicianos que integran la expedición. Además, a lo largo del recorrido por el Ilinueses se van sumando unos sesenta indígenas de las naciones otagua, sotu y putuatami. Entre todos forman ya un pequeño ejército de más de ciento veinte hombres. Enardecidos por las ganas compartidas de dar un golpe de mano al enemigo común, no hay obstáculo que los detenga. *Allez*! ¡A por el fuerte inglés!

El 20 de enero llega el capitán Pourée «con toda su expedición a pesar

de los fríos, de las nieves y otros muchos obstáculos a un sitio llamado Los Pés,[135] 80 leguas distante de este susodicho Pueblo de San Luis», contará más tarde Francisco Cruzat en su narración de la aventura.[136] El río, que se ensancha en este punto hasta formar un pequeño lago, se encuentra a partir de aquí ya «todo helado». Imposible continuar la ruta «por agua por no ser navegable el río».

¿Qué hacer ahora? Aún no han llegado ni siquiera a la mitad del camino. Hasta el puesto inglés queda todavía un largo trecho por una tierra llena de peligros. Pero Pourée está decidido a cumplir su misión y no fallar a la bandera a la que sirve. En consecuencia, «para salir con su empresa» se ve en «la precisión» de

seguir su marcha por tierra hasta San José, sin que ni la imposibilidad de llevar cada uno sobre sus espaldas suficiente calidad de víveres para una marcha de ciento y treinta leguas, ni otros muchos contratiempos que se presentaban, pudiesen detener en una estación tan cruda el ardor, actividad, valor y celo del comandante y de toda su gente, resuelta esta a lograr su intento a todo coste.[137]

Manda repartir entre los miembros del destacamento las vituallas y municiones que sea capaz de cargar cada uno, y esconde las piraguas y el resto de las provisiones para tenerlas allí listas a la vuelta para su retirada.

Al día siguiente se ponen todos de nuevo en camino, ahora a pie. Llevan con ellos cinco caballos que han logrado obtener, tal vez durante la escala en la Mauvaise Terre.

Sus lomos van cargados con

las municiones que podían necesitar y de las mercancías que le eran precisas para adulzorar y tranquilizar si le fuese posible las naciones nuestras contrarias, que moralmente debía encontrar en su ruta, y para contentar los neutrales que hallase.

Remontando el cauce helado del Ilinueses, el destacamento llega a un recodo en que el río dobla al este, formando casi un ángulo recto. Tras semanas en dirección norte, a partir de ahora marchará hacia donde se alza el sol cada mañana.

La columna avanza pesadamente en medio de la ventisca. Botas y mocasines se hunden en la nieve y patinan sobre el hielo, que envuelven cuanto alcanza la vista. Tal vez unas raquetas ayuden a no quedar atascados. El frío congela hasta el aliento y el aire polar azota la piel como un látigo. Los caballos sufren con la impedimenta a cuestas. Sobre el paisaje blanco los coyotes atraviesan los humedales convertidos en hielo en busca de alimento. Algún buitre de cabeza roja merodea en lo alto, atento a un resto de carroña que desgarrar con el pico.

La expedición continúa hacia el este, tratando de vencer la fatiga. Llega al nacimiento del río Ilinueses, que se forma con las aguas que le prestan el Des Plaines y el Téakiki al confluir. Toman este último, que deben seguir todavía a lo largo de decenas de leguas, la vista fija en el levante.

Los últimos bosques dan paso a vastas llanuras de herbazales y ciénagas, ahora completamente helados. Parajes desolados por el rigor invernal que parecen siempre los mismos. El escurridizo cauce del Téakiki se desparrama por los esteros y caños de un pantanal infinito. Si no fuera por la alfombra blanca que cubre el paisaje y un frío paralizante, cualquiera diría que los hombres de Pourée vadean los humedales del sur de la Luisiana o la Florida.[138] Pero tampoco han venido a contemplar el panorama.

Se adentran más y más en territorio enemigo. La presencia del hijo del respetado Louis Chevalier seguramente sirva de salvoconducto frente a

tribus recelosas.[139] Las provisiones escasean y el agotamiento hace mella en los marchadores. Solo la determinación de conquistar el fuerte los impulsa a seguir. Tienen una misión y no van a dar marcha atrás.

Llegan al nacimiento del Téakiki, unas charcas modestas de las que brotan sus primeras aguas. Ahora deben tomar el paso terrestre que los conducirá hasta las orillas del río San José. El mismo que llevan utilizando los franceses desde las exploraciones desde el Canadá en el siglo XVII. El propio La Salle lo atravesó en 1679 para acceder a la región de los Ilinueses. Aunque puede que ya Louis Jolliet, codescubridor del gran río norteamericano junto al padre Jacques Marquette, lo conociera seis años antes. Desde entonces misioneros, cazadores y comerciantes de pieles han dejado sus huellas en este pasaje entre cuencas.[140]

Los hombres de Pourée dejan así atrás la descomunal cuenca del Misisipi, que desemboca cientos de leguas al sur en el golfo de México tras nutrirse de afluentes por media Norteamérica, y se disponen a acceder a uno de los pequeños cauces que desagua en el lago Míchigan.[141]

Al contrario que la monótona región que acaban de atravesar, esta zona es conocida por su exuberancia natural. Los testimonios hablan de un paraíso para la caza.

Abundancia de búfalos, osos, lobos, ciervos, perdices, faisanes y hasta loros. También crecen vides de «excelente uva».[142]

La expedición recorre el corto pasaje. Una breve caminata entre la arboleda. Al salir del bosque, se abre ante Pourée el ansiado río San José, también convertido en hielo. Es 11 de febrero de 1781.

Después de haber padecido cuanto se puede imaginar del frío, riesgo y hambre, durante el espacio de veinte días, llegó en fin nuestro destacamento a dos leguas de San José, donde acampó al anochecer.[143]

El objetivo aguarda al otro lado. El momento de la verdad está próximo.

Pourée no quiere desatar una carnicería. En lugar de atacar por las bravas, opta por preparar el terreno con los putuatamis que protegen a los comerciantes del fuerte. Los miembros de esta nación han sido siempre amigos de los franceses y luego de los españoles, pero aquí, en las cercanías del lago Míchigan, se han dejado engatusar por los ingleses. En buena parte gracias al influjo de Louis Chevalier, el «hombre del rey»

ahora deportado a Montreal a pesar de sus servicios a la Gran Bretaña. Así que Pourée se las ingenia para evitar que sean un problema cuando llegue el momento.

Nada más acampar en la orilla opuesta del fuerte al anochecer del 11 de febrero, de momento sin ser descubiertos, el capitán del destacamento español manda a un putuatami que ha viajado con la expedición a contactar discretamente con los miembros de su pueblo en la zona. El objetivo es prevenirlos del ataque y que se abstengan de luchar para evitar un baño de sangre. Lo cuenta Francisco Cruzat:

Inmediatamente envió el comandante un joven indio putuatami llamado Lages, muy considerado e inteligente, a San José para que solicitase de los indios de su nación que se hallaban en aquel puesto pagados por los ingleses (a quienes eran muy afectos) para guardar a los comerciantes, que se mantuviesen todos neutrales y quietos en sus cabañas, pues a ellos no se les quería hacer ningún daño, aunque eran nuestros enemigos y no pasados aún tres meses habían ayudado nuestros enemigos a destruir un destacamento de Ilinueses y hecho diez prisioneros franceses del pueblo de Cao,[144] como tengo escrito al señor gobernador.[145]

La estrategia da sus frutos. Durante el encuentro en la oscuridad de la noche los putuatamis en torno al fuerte prometen no oponer resistencia. Aunque para convencerlos no solo bastan buenas palabras. Otros incentivos crematísticos los inclinan a permanecer neutrales:

La aseguranza que les dio el enviado nuestro a los salvajes referidos de

la humanidad, dulzura y buen trato con que los españoles obran siempre, y la mitad del botín que se les ofreció se les daría del que se hiciese, contribuyó más que todo a hacerles prometer cuanto se deseaba de ellos, pues el interés es su primer móvil.146

Pese a las garantías ofrecidas al emisario Lages, el capitán Pourée no termina de fiarse. Prefiere tomar sus precauciones para no llevarse sorpresas. Ahora que los putuatamis «pagados por los ingleses» están sobre aviso de su presencia al otro lado del río, conviene estar alerta.

Volvió en la misma noche el indio comisionado a dar cuenta al citado comandante de su negociación, este inmediatamente tomó sus providencias para resistir a los doscientos indios que había en S. Joseph en caso de que faltasen a sus promesas y quisiesen ser traidores.147

En breve saldrán de dudas. Apenas hay tiempo para reponer fuerzas tras la larga marcha de veinte días desde las riberas del Ilinueses. Tensa espera en la fría noche. En guardia ante los murmullos del bosque, donde tal vez se urda una celada a traición.

Ulula el viento entre ramas desnudas de sauces y álamos. Solo el río petrificado los separa del enemigo. Beausoleil se la juega. Louison Chevalier tiene enfrente su antiguo hogar. De donde echaron a su padre. Llega la hora. A las siete en punto de la mañana del 12 de febrero de 1781,

atravesó todo el destacamento con la mayor brevedad y brío entre los hielos la rivera de San José, a cuya orilla opuesta está situado el puesto de este nombre, y se introdujo en él, antes que los enemigos tuviesen tiempo de tomar las armas.148

La expeditiva operación se salda con éxito rotundo. Sin necesidad de gastar una bala, la misión española encabezada por Eugene Pourée conquista el fuerte. Sin duda la visita de Lages a sus hermanos putuatamis ha allanado el camino. Cumplen su palabra y renuncian a

luchar. Los escasos hombres en el interior del puesto son capturados sin problemas y el comandante contiene ahora a sus guerreros para que no comentan excesos.

Hizo prisioneros al nombrado Duguiét y a siete enganchados suyos que se hallaban con él, y tomó una bandera inglesa que tenían y que me entregó a su arribo el expresado don Eugenio Puré, quien puso los ocho prisioneros referidos bajo una buena custodia e impidió no sin bastante trabajo, con la ayuda de don Carlos Tayon y de don Luis Chavalier, a los indios nuestros de sacar la vida a los vencidos, como bárbaramente lo acostumbran n.149

Pourée actúa rápido, sin dejar tiempo a los ingleses para enviar refuerzos. No puede repetirse el desgraciado final de la incursión de Hamelin y Brady solo unos meses atrás, cuando Du Quindre y Champion les dieron caza en plena retirada.

Con el fuerte bajo su entero control, Eugene Pourée, alias Beausoleil, toma formalmente posesión. Lo hace en francés, la lengua de sus ancestros, la de Jacques Cartier y aquellos que llegaron con él dos siglos y medio atrás para levantar la Nueva Francia. Es también la que entienden la mayoría de los milicianos que le han acompañado a lo largo de cientos de leguas desde San Luis en medio del frío y la nieve.

Pero no tiene dudas de cuál es la bandera que iza en aquel paraje recóndito ni de en nombre de qué rey hacerlo. Su pabellón es el de España y su soberano, Carlos III. Un país y un monarca que han permitido a los miles de franceses de la Luisiana seguir viviendo con su cultura y sus costumbres pese al traspaso del territorio, cultivar sus negocios con los nativos y ejercer con libertad su religión. Bajo esa bandera y ese rey ha arriesgado Pourée la vida junto a sus hombres para combatir a quienes tanto le han arrebatado. Atrás quedan las rencillas, la desconfianza, la incomprensión entre franceses y españoles. Es el triunfo de la convivencia y la unidad frente al atropello británico. Proclama Pourée con la mayor solemnidad:

Aujourdhui douce Février de l'année mil septcent quatre vingt un Nous Don Eugene Pourré, capitaine d'une des compagnies de milices des Ilinois, & Commandant du détachement destiné pour St. Joseph par ordre de Monsieur

Dn Francisco Cruzat, Lieutenant Colonel gradué d'Infanterie, Commandant en chef, et Lieutenant Gouverneur de la partie occidentale et district des Illinois…

Es decir,

Hoy doce de febrero de mil setecientos ochenta y uno Nosotros Don Eugene Pourré, capitán de una de las compañías de milicias de los Ilinueses y comandante de un destacamento destinado a San José por orden del señor Don Francisco Cruzat, teniente coronel graduado de Infantería, comandante en jefe y teniente de gobernador de la parte occidental y distrito de los Ilinueses, hacemos saber a la posteridad, y a todos aquellos que vean las presentes cartas, que en virtud de la guerra declarada entre el muy alto, muy augusto y muy poderoso Monarca, y mi soberano Carlos tercero, Rey invencible de España (que Dios guarde) y Jorge tercero Rey de la Gran Bretaña, yo he entrado a mano armada este mismo día, mes y año a las siete horas de la mañana, a pesar de nuestros enemigos, que he hecho prisioneros de guerra, con un destacamento de ciento veinte hombres en el puesto de San José de la dependencia inglesa situado en la ribera derecha del río de este mismo nombre, que descarga en el lago Míchigan.

En consecuencia, haciendo valer el derecho de represalia y el de conquista, todo mi dicho destacamento con las armas, el pabellón real plantado en el medio de la plaza, o el Fuerte inglés, que los indios habitan, en presencia de Don Charles Tayon, subteniente de milicias, y de Don Luis Chevalier, intérprete del Destacamento, y de los nombrados Luis Honoré y Joseph Lauxiere, sargento de Milicias del mismo, yo he anexado e incorporado a los Dominios de S. M. muy Católica, el Rey de España, mi Amo, desde el presente y por siempre, este Puesto San José y sus dependencias, con el río del mismo nombre y el de los Ilinueses, que tiene su desembocadura en el río Misisipi a doce leguas de los Ilinueses, y para que esta acta de posesión, pasada en lengua francesa, la española no siendo aún general en la Provincia de la Luisiana, sea autentificada nosotros la firmamos con las personas arriba nombradas, en el Puesto San José, el mismo día, mes y año, que ut supra.150

Firman el acta Carlos Tayon, Chavaliér, Joseph Labusiere, Louis

Honoré y Eugene Pourée. La bandera de Su Majestad Católica, el rey de España, ondea ahora orgullosa en lo alto del fuerte San José.151

España suma así por primera vez a su inmenso imperio, de manera formal, territorios al este del Misisipi y al norte del Ohio que hasta ese momento pertenecían a Gran Bretaña. Cerca de tres siglos después del primer viaje de Cristóbal Colón, los españoles siguen ampliando sus dominios en la inmensidad de Norteamérica.

Con esta conquista los españoles mandan un recado claro a los pueblos de la zona: ahora saben que los súbditos de Carlos III no se dejan avasallar. Que su dominio sobre los Ilinueses no está en tela de juicio. Que les conviene estar de su lado, no en su contra.

Que es la potencia hegemónica. Que mejor tenerla como amiga que como adversaria.

Tras hacerse con el puesto inglés, Pourée distribuye el botín entre los nativos, como les había anticipado. No permite a sus propios hombres quedarse con nada del despojo.

Todo ha de ser para los indígenas. Tanto los que venían con él en la expedición como los que estaban en el fuerte y a los que se ha prometido una parte como recompensa por su neutralidad.

Fuentes

Acta de posesión del fuerte por Eugène Pourée del 12 de febrero de 1781 y relación de la expedición por Francisco Cruzat a Esteban Miró el 6 de agosto de 1781. Bancroft Library, Louisiana Papers, 2, 122.

El capitán de milicias se asegura de que el fuerte no se vuelva a utilizar en contra de los españoles. Solo entonces emprende el regreso a San Luis. Sin quedarse a saborear su triunfo, en veinticuatro horas los expedicionarios se ponen en marcha de nuevo para recorrer en

sentido inverso el mismo camino que los ha llevado hasta allí. Emplearán en ello tres semanas, todavía en pleno invierno.

Según el relato enviado por Francisco Cruzat a Esteban Miró, mano derecha de Bernardo de Gálvez en Nueva Orleans y futuro gobernador de la Luisiana, Eugene Pourée toma

las más prudentes precauciones para la seguridad de su campo, repartió entre los indios de su partida y los que vivían en San José, para cumplir con la promesa que les había hecho, todas las mercancías que halló, cuyo número era bastante grande aunque no pudo verificarse la cantidad. No permitió dicho capitán que ninguno de sus milicianos se interesase en la más mínima cosa y, después de haber esparcido, desperdiciado y deteriorado trescientos sacos de maíz, una cantidad de grasa y otros diferentes víveres que tenían allí los enemigos en depósito, sin duda para alguna expedición de las que habían proyectado contra nosotros, según noticias adquiridas y que tengo comunicadas al Sr.

Gobernador, salió de San José todo el destacamento veinte y cuatro horas después de su llegada a aquel destino, en el que permaneció arbolada todo aquel tiempo la Bandera Española, y se regresó a este puesto con los citados prisioneros el seis de Marzo último pasado, en donde quedan asegurados como tengo ya participado al teniente coronel graduado don Pedro Piernas y que no he remitido a esa capital por no haber tenido ocasión para ello.152

Misión cumplida. El informe del teniente de gobernador de la Alta Luisiana, con fecha 6 de agosto de 1781, constata además que la operación concluye sin bajas españolas y escasas entre los contrarios:

No hubo muertos ni heridos de nuestra parte, y solo dos hombres de los enemigos que intentaron escaparse fueron alcanzados y muertos por nuestros indios.153

Cruzat valora, satisfecho, el resultado venturoso de la misión enviada al fuerte inglés:

No solo se ha logrado con el feliz éxito de esta expedición el destruir el depósito de víveres y mercancías que tenían en San José los enemigos, sino también el intimidar a las naciones de aquellos parajes nuestras contrarias, obligándolos este evento a mantenerse neutrales según se demuestran y prometieron al capitán don Eugenio Purré, sujeto que recomiendo muy particularmente a Vmd., pues durante su comisión ha acreditado su capacidad, constancia, celo, prudencia, valor y todas aquellas calidades que se pueden desear en un buen oficial, y según la pública notoriedad a su inteligencia militar en el mando y a la viveza de sus marchas se debe atribuir la feliz retirada que hizo sin pérdida de gente entre una infinidad de indios enemigos.154

Los encomios se dirigen también a los hombres que lo han acompañado en esta hazaña:

Según el decir de todos y el informe del mismo comandante, quien elogia el valor intrépido de su gente en todos los riesgos a que fue expuesta, el subteniente don Carlos Tayon y el intérprete de la expedición, don Luis Chavalier, se comportaron con tan distinguido celo, valor y honradez que contribuyeron ayudando en todo al comandante al logro que tuvo nuestra empresa, por cuyo particular mérito los recomiendo a Vmd. para que haga presente al señor gobernador el que tienen contraído.155

En sus reconocimientos, Cruzat no deja fuera a los nativos aliados que han participado en la toma del fuerte San José. De hecho, son prácticamente la mitad de la fuerza enviada.

Los grandes jefes el Heturno y Naquiguen, y todos los indios de sus Naciones que fueron en la expedición, se comportaron en ella con tan buen modo que acreditaron la inclinación que tienen a los españoles y la confianza que desean se tenga en su afecto y sinceridad, por lo que los he tratado y recibido siempre como se merecen y exigen las circunstancias del tiempo.156

Resalta en particular el papel del putuatami enviado durante la noche previa al asalto a convencer a los miembros de su nación para que no se resistieran. Agradece su labor con un reconocimiento simbólico.

Al indio Lager de la Nación Putuatamy, que trabajó tan bellamente en su negociación con los salvajes de San José y durante toda la marcha del destacamento, lo he creado Gran Jefe, tanto para recompensar su mérito como para estimular con su ejemplo a los otros indios a sernos leales y útiles cuando los empleamos.157

Para que quede constancia ante el mundo, Cruzat acompaña su escrito a Miró del

acta levantada por el jefe de la misión el 12 de febrero:

Remito a Vmd. inserto un instrumento que me entregó a su arribo a este puesto el comandante don Eugenio Purré y que hizo en San José para autenticar la legitimidad de la toma de posesión por derecho de conquista de aquel destino y de sus dependencias, como también de la rivera de los Ilinueses.

Cuando las noticias lleguen a palacio, llenarán de gozo a Carlos III. Reconocerá el coraje y prudente conducta de los líderes de la expedición concediendo a Pourée el grado de teniente del Ejército con medio sueldo, a Tayon el de subteniente también con medio sueldo y a Chevalier una gratificación.158 España ha asestado un golpe decisivo.

La conquista del fuerte San José descoloca a los ingleses. Y eso que, tras el asalto al puesto de Jean-Baptiste Hamelin y Thomas Brady unas semanas antes, se temían una nueva incursión. El 8 de enero, con la expedición de Eugene Pourée ya en camino, el comandante de Detroit, Arent S. DePeyster, informa al brigadier general Henry Watson Powell de lo que le ha contado Brady: el coronel virginiano George Rogers Clark ha ido supuestamente a Williamsburg a solicitar un destacamento para «unirse a un coronel español en una expedición contra la plaza». DePeyster espera contar con artillería pesada y munición con que «darles una calurosa recepción si se atreven a intentarlo».159

Pero la misión española en mitad del invierno los sorprende sin poder reaccionar.

Escribe el mayor DePeyster de nuevo a Powell el 17 de marzo, poco más de un mes después de que Pourée haya plantado la bandera española en el fuerte inglés. Le comunica que

el enemigo regresó, o más bien llegó una nueva partida, a San José y se llevó a los comerciantes y el resto de sus mercancías. Mr. du Quindre llegó allí al día siguiente, pero no pudo reunir una fuerza suficiente para perseguirlos.160

El ataque español en el corazón de los Grandes Lagos causa revuelo también entre los nativos. Ahora que los británicos habían expulsado a los comerciantes canadienses para sustituirlos por anglosajones, están desconcertados. Se quedan sin nadie a quien vender sus pieles. Asegura DePeyster:

Cuarenta indios se habían congregado en pocos días, pero como el enemigo se había adelantado demasiado, insistieron en que los condujera a Detroit para hablar conmigo.161

Los putuatamis del fuerte San José, Terre Coupe y Coeur de Cero celebran un consejo urgente con DePeyster. Uno de los jefes tribales, Assimut, toma la palabra mientras ofrece cuatro collares de abalorios. Según la transcripción inglesa, esta es su súplica, en la que exagera la cantidad de expedicionarios españoles:

Padre, los putuatamis del fuerte San José y sus alrededores me han encargado exponerle las razones por las que el enemigo se llevó a sus comerciantes. Vinieron a San José en un tiempo en que todos los indios estaban todavía de caza, salvo unos pocos jóvenes que no eran suficientes para oponerse a cien hombres blancos y sesenta indios liderados por Seguinac[162] y Makewine,[163] quienes los engañaron diciéndoles que era un sentimiento general de los indios apoyar a franceses y españoles. Si nos hubiésemos reunido a tiempo les habríamos asestado un golpe como el que dimos a aquellos que vinieron al fuerte San José hace unas cuantas lunas. Esperamos, por tanto, que nuestro Padre se apiade de nosotros y no nos abandone a merced del enemigo, que amenaza con venir pronto y destruir a nuestras mujeres e hijos.[164]

Wawiaghtenon, jefe de los otaguas y chippewas de la zona de Detroit, tercia para excusar también a los putuatamis tras el ataque español. Presentando seis collares de abalorios, asegura:

Padre, me levanto para hablar en nombre de los putuatamis de la región de San José. Deseo, en nombre de nuestras naciones, los otaguas y los chippewas, que no los abandones a merced del enemigo. Estoy convencido de que no están de ningún modo concertados con el enemigo, y por tanto espero que tengas piedad de ellos.[165]

DePeyster, mostrando a su vez seis collares de abalorios, les responde, paternal:

Hijos, ya veis que os llamo hijos, puesto que lo solicitan las naciones aquí presentes. Os he hablado tanto en diferentes ocasiones sobre el asunto de los comerciantes y los bienes que os confía el Gobierno de

Michilimackinac, que no hace falta decir nada más por ahora. Mis palabras se han demostrado ciertas.

Habéis perdido a vuestros comerciantes y lo único que puedo hacer es compadeceros; abrid vuestros oídos y prestad atención a lo que voy a decir. Los españoles os dicen que están aliados con los franceses.

Por eso os ofrecen su mano o amenazan con destruir a vuestras mujeres y a vuestros hijos. Creedme, nunca podrán destruirlos mientras no seáis tan simples de estrecharles la mano. Si os atenéis a vuestra alianza con el Rey de Gran Bretaña y sus indios amigos, nada podrá haceros daño.

El oficial británico recurre a una sarta de gruesas falsedades, pintando a los españoles como asesinos en masa, para tratar de aterrorizar a sus aliados y evitar que cambien de bando:

En tiempos de vuestros ancestros los españoles, con palabras bonitas y cuando no funcionaban por la fuerza de las armas, se apoderaron de un país indio al otro lado del río Misisipi, donde mataron a miles de habitantes con tal de conseguir eso de lo que están hechos los brazaletes y gorjales que lleváis ahora.

Tampoco tiene empacho en apelar al orgullo de su pueblo y a la memoria de sus ancestros. Avisa a los jefes que le visitan de que si se dejan embaucar por los españoles los avergonzarán en sus tumbas.

No tenéis arcilla en vuestras tierras en San José, sino suelos fértiles que producirán abundancia de maíz.

Por tanto, si escucháis a estos españoles engatusadores, ¿qué dirían los espíritus de vuestros antepasados al saber que la tierra donde están enterrados va a ser arrasada por arados y sus huesos removidos para que los españoles y los virginianos siembren maíz, etc., mientras vosotros, sus descendientes, venís mansamente a Detroit para mendigar un pedacito de tierra a los otaguas para esconderos, como sucederá a no ser que estéis decididos a manteneros firmes como el roble que crece en vuestras tierras? Por tanto regresad al fuerte San

José y traedme a los jefes Seguinac y Makewine, o encontraré a otros de Mackinac que lo hagan.166

Las amenazas de DePeyster no ocultan la alarma ante el golpe de audacia de los españoles. Mandar de nuevo comerciantes británicos a San José es arriesgado. Esa preocupación es evidente en la carta del gobernador de Quebec, Frederick Haldimand,

al comandante de Michilimackinac, Patrick Sinclair. Advierte en ella de que no permitirá más pretextos a los nativos si dejan desvalijar los puestos.

En cuanto al envío de comerciantes a San José, usted debe ser el mejor juez de hasta qué punto los putuatamis merecen indulgencia y si permite ir a los comerciantes o los restringe, como lo considere necesario.

A los putuatamis y al resto de indios en los puestos comerciales se les puede informar de que si alguna vez vuelven a permitir que el enemigo saquee a los comerciantes, pueden estar seguros de que nunca más se permitirá a un comerciante regresar con ellos. Ya no se aceptará como excusa estar de cacería o cualquier otro argumento evasivo.167

En cualquier caso, la conquista por Eugene Pourée y sus hombres condena al fuerte San José. Nunca más será utilizado como base contra los españoles o los americanos.

Después de casi un siglo, la historia de este enclave religioso, comercial y militar llega a su fin.

9

LA CAÍDA DE PANZACOLA: «EL QUE TENGA VALOR QUE ME SIGA»

Panzacola sigue pendiente. Mientras que la conquista del fuerte San José mantiene a los británicos a raya en el norte, en el sur no se ha completado todavía el objetivo de barrerlos del golfo de México.

Sin parar a relamerse las heridas tras el último desastre, Bernardo de Gálvez planea un nuevo intento de tomar la joya de la Florida Occidental. A la tercera debe ir la vencida. Ahora que la corte ha puesto en sus manos la escuadra y las tropas enviadas desde Cádiz, no puede desistir. En una junta con el resto de generales el 30 de noviembre de 1780, el gobernador de la Luisiana y ya mariscal de campo se compromete a atacar y rendir la plaza si le dan tres mil hombres y su correspondiente tren de batir, «a menos que los enemigos, con nuevos socorros o auxilios imprevistos, la hagan más inexpugnable». Reconoce que la fortuna ha sido «últimamente poco propicia», pero recuerda que el huracán que arruinó la ofensiva en octubre también golpeó al enemigo. Considera «este recio temporal» más «como un trastorno que como un desbarato». En un discurso cargado de épica, cara a cara con los generales, apela a la tenacidad española:

¿Habrá desertado de nosotros y pasado a los enemigos aquella virtud militar que fue característica de la Nación? ¿No habrá ya constancia y tesón para la continuación de una empresa, bastando un solo tropiezo para retroceder?[1]

Menos de dos meses después, el 28 de enero de 1781, la junta aprueba la nueva ofensiva contra Panzacola.

Por Real Orden del 12 de febrero, el militar malagueño reemplaza a Victorio de Navia como comandante general de las operaciones en América. Por si no quedara claro el respaldo de la corte a Bernardo de Gálvez, su tío José advierte a los altos mandos habaneros:

Aunque S. M. espera del espíritu y actividad de este general que superará todos los obstáculos que se le opongan, y que hará los mayores esfuerzos para conseguir el feliz éxito de la empresa, sin embargo conoce que los generales de esa plaza le han escaseado mucho las fuerzas de tierra y mar para una expedición tan importante, en cuyo logro toma un vivo interés el Rey y toda la nación.[2]

Más aún, la corte envía a La Habana a un comisionado regio y hombre de confianza de José de Gálvez, Francisco Saavedra, para marcar de cerca a los no siempre cooperadores generales de la isla.

El 28 de febrero, zarpa la expedición definitiva. Tras dos fracasos consecutivos y un sinfín de rencillas internas, Bernardo de Gálvez surca ahora el Golfo como jefe absoluto de las fuerzas navales y terrestres. La flota está compuesta por el navío *San Ramón* —el buque insignia donde va el comandante general—, fragatas, polacras, saetías, balandras, paquebotes, bergantines, una goleta, dos lanchas cañoneras y 32 barcos de transporte.[3]

A bordo viajan 1.467 soldados,[4] menos que en las expediciones anteriores, aunque luego deben unirse tropas de Nueva Orleans y la Mobila, además de fuerzas francesas. Con todos los hombres bajo su mando, «hasta los marinos», Gálvez está seguro de lograr su objetivo. Esta vez sí. Aunque suspira cauteloso, dados los precedentes de la caprichosa climatología: «Si la mar no nos da algún otro azotazo».

A las seis de la mañana del 9 de marzo, la escuadra española alcanza sin percances la boca de la bahía de Panzacola.[5] Al oeste se elevan unos acantilados rojizos, las Barrancas Coloradas, en lo alto de los cuales unos cañones custodian el acceso a la ensenada. Al este se perfila la isla de Santa Rosa. Una alargada franja arenosa en cuyo extremo occidental, punta Sigüenza, se supone que acecha otra batería enemiga.

Con el fin de evitar el fuego cruzado cuando los barcos pasen la barra del acceso a la bahía, la tropa desembarca en la isla y, en una marcha nocturna, avanza hasta punta Sigüenza para desactivar la defensa que se cree allí instalada. Sin embargo, al llegar los soldados españoles comprueban que no hay ya cañón alguno. Solo los restos inservibles de lo que fue un parapeto.[6] Pero sigue siendo una amenaza la artillería de las Barrancas Coloradas, además de dos fragatas inglesas que patrullan la embocadura del puerto.

El navío *San Ramón* intenta forzar la entrada el día 11. No lo consigue. Su casco toca

fondo.[7] Pese a deshacerse de lastre, el calado es excesivo para superar los peligrosos bancos de arena. Gálvez insiste en que lo vuelva a intentar.[8] El comandante de la flota,

José Calvo de Irazábal, a la vista de los sondeos y tras consultar a los demás capitanes de buques de guerra, dictamina con rotundidad

que de ningún modo se fuerce el puerto por mar, pues de empeñarse en ello se expone al conocido riesgo de destruirse la escuadra y convoy y, por consecuencia, quedar expuesto a perecer miserablemente el ejército acampado en la isla de Santa Rosa.[9]

Propone, en cambio, que el ejército se traslade al oeste del puerto y ataque por la espalda la batería de las Barrancas Coloradas. La respuesta irrita a Gálvez, que vuelve a escribir a Calvo de Irazábal ese mismo día. Descarta el ataque por tierra sugerido al verlo demasiado arriesgado por la escasez de tropas.

Mi plan fue propuesto y aprobado por V. S. y demás comandantes de los buques de guerra: todos convinieron en que tomada la batería que se suponía en la punta de la isla, para no pasar por medio de fuegos que se cruzasen, entrarían sin reparo; el deseo entonces fue tal que varios me pidieron les proporcionase la gloria de ir delante; si esto fue entonces, debo creer que las mismas resoluciones existen ahora: que había de haber balas y obstáculos ya se suponía, cuando se miraba como una distinción gloriosa ser el primero en vencerlos. Vuelva V. S. pues a consultar a los comandantes de los citados buques, pues espero su respuesta para mi última deliberación, que debe ser mañana al amanecer.[10]

Con la ofensiva en el aire, el comandante general de la expedición pide al capitán del bergantín *Galveztown*, Pedro Rousseau, que se ha sumado a la escuadra, sondear la profundidad del canal de entrada. Su valoración complace a Gálvez: hay calado suficiente tanto para el bergantín como para el *San Ramón*.[11]

Se tensa el enfrentamiento entre el mariscal de campo y el capitán de navío. Calvo de Irazábal insiste en no forzar el puerto y en atacar antes las Barrancas Coloradas.

Justifica el cambio de opinión en que «han variado todas las circunstancias» y «se ha caminado sobre principios falsos que no llegaron al conocimiento de V. S. ni al nuestro». A su juicio, las intenciones de Gálvez son suicidas, pues

¿a qué propósito llevar como ovejas al sacrificio sin necesidad unos vasallos del Rey, llenos de resignación a nuestras órdenes sin utilidad? Yo aseguro a V. S. que no quiero mi fortuna a tanta costa.[12]

Bernardo de Gálvez se exaspera. Por tercera vez observa el triunfo al alcance de la mano y por tercera vez puede escaparse. Y la situación de los hombres en la isla de Santa Rosa, faltos de víveres, es desesperada. Solo las noticias de que los refuerzos de la Mobila están en camino alivian su rabia.[13] Impaciente, toma una decisión terminante: entrará en la bahía con o sin el *San Ramón*.

A las dos de la tarde del 18 de marzo un bote atraca al costado del buque insignia.

En él va el oficial de ingenieros Gelabert con un mensaje de Gálvez para Calvo de Irazábal. El desafío es máximo. Le comunica que

una bala de a 32 recogida en el acampamento, que conducía y presentaba, era de las que repartía el fuerte de la entrada, y que el que tuviese honor y valor lo siguiese, respecto a que él iba por delante con el Galbeston[14] para quitarle el miedo.

El comandante de la armada estalla. Ante la oficialidad al completo, convocada en el alcázar del navío para que presencie su contestación, espeta iracundo a Gelabert que su general es

un audaz malcriado, traidor al Rey y a la Patria, y que el insulto que

le acaba de hacer a su persona y a todo el Cuerpo de Marina lo pondría a los pies del Rey, y que el cobarde lo era él, que tenía los cañones por la culata, y que otra vez semejante recado lo mandase por un hombre ruin, y no por un oficial, para tener la satisfacción de colgarlo de un penol.15

Gálvez lo ignora. A las dos y media de esa misma tarde se traslada al *Galveztown*. A bordo del orgulloso bergantín,

enarboló en él bandera corneta, se mandó saludar con quince cañonazos para que el ejército, la escuadra y los enemigos no pudiesen dudar quién iba allí, se puso en la toldilla del bergantín junto a la bandera, hizo marear todas las velas y pasó por delante del fuerte de donde le dispararon 27 tiros de grueso calibre, con la felicidad de que ninguno le acertase en casco, velamen ni arboladura.16

Logra pasar la barra indemne y adentrarse en la bahía. Lo celebra con otras quince salvas, que desatan la euforia entre los españoles que observan desde la isla de Santa Rosa. A continuación siguen su estela la balandra *Valenzuela* y dos lanchas cañoneras.17

Para perpetuar en su posteridad «la memoria de la heroica acción» de Gálvez, Carlos III añadirá a su escudo de armas un lema legendario: «Yo solo».18

La mayor parte de los barcos se suman al día siguiente al *Galveztown* y pasan la barra. No así el *San Ramón*, que regresa a La Habana con un furioso Calvo de Irazábal a bordo.19

Con el grueso de la flota ya en la bahía, las tropas se trasladan a tierra firme para avanzar hacia Panzacola. Al contingente inicial se suman 905 hombres procedentes de la Mobila y otros 1.348 de Nueva Orleans. En total superan ya los tres mil quinientos.20

Poco a poco se aproximan al objetivo. Levantan sucesivos campamentos. Cada vez

más cerca del fuerte Jorge, el principal bastión de los defensores, y los más modestos reductos de la Media Luna y el Sombrero. Los españoles avanzan entre una vegetación espesa donde se ocultan, sigilosos,

indígenas probritánicos que los acosan una y otra vez. En una ocasión, confundidos por el follaje enmarañado en una noche sin luna, los propios hombres de Gálvez se disparan entre sí creyendo ser atacados. El error se cobra once muertes absurdas.[21]

El 12 de abril, con los españoles a las puertas, Campbell ataca el campamento español. Primero con artillería y luego con la infantería de los West Florida Rangers. En la refriega resulta herido el propio Bernardo de Gálvez. Salva la vida de milagro.[22]

Mientras se repone llegan noticias del arribo de una impresionante escuadra enemiga a la boca de la bahía. Los españoles temen que sean auxilios desde Jamaica para Campbell. Afortunadamente no es así. Se trata de una flota comandada por José Solano desde Cuba con quince navíos de línea, fragatas y otros buques de guerra, además de docenas de transportes y 1.600 hombres de refresco. Muchos son veteranos del sitio de Gibraltar con ansias de desquitarse. A estos refuerzos se suman cuatro fragatas francesas con otros 725 combatientes.[23]

Con la entrada de la bahía blindada y una clara superioridad, la suerte está de cara para los españoles. Cañonazos con balas incendiarias desde los barcos se alternan con la lucha cuerpo a cuerpo en las trincheras y los disparos de las baterías.[24] La batalla se recrudece cuando un golpe de fortuna acaba decidiendo la lid: a las nueve de la mañana

del 8 de mayo, una granada, aparentemente lanzada por casualidad, impacta en el polvorín del reducto de la Media Luna. Lo hace saltar por los aires.[25] Los españoles tienen ahora el reducto del Sombrero y el propio fuerte Jorge a merced de su artillería, respaldada desde el mar por las fragatas. Campbell, acorralado, iza la bandera blanca.[26]

Tras acordar la capitulación,[27] el general británico sale del fuerte al frente de 900

soldados el 10 de mayo de 1781. Ante seis compañías de granaderos españoles y una de *rangers* franceses, entrega sus armas y banderas.[28] Gálvez logra al fin su objetivo: Panzacola es de nuevo española.

Tal como ordenó Carlos III, con esta victoria el golfo de México queda limpio de ingleses. Junto con la conquista del fuerte San José en el norte, la toma de Panzacola en el sur da la puntilla al plan británico contra los españoles en Norteamérica.

VICTORIA EN EL MEDITERRÁNEO: MENORCA VUELVE A SER ESPAÑOLA

Las primeras tropas desembarcan en la cala Mesquida, al norte de Mahón, la tarde del 19 de agosto de 1781. La reconquista de Menorca está en marcha.

Aunque América sea ahora el principal teatro, no es el único en la guerra que libran España y Gran Bretaña por el cetro mundial. Sin esperanzas de recobrar por asalto Gibraltar tras la derrota de Juan de Lángara, los españoles buscan recuperar otro territorio que les fue arrebatado en la infausta guerra de Sucesión. El almirante John Leake, apoyado por la flotilla del general James Stanhope, tomó Menorca en septiembre de 1708 aprovechando el apoyo de buena parte de la población al archiduque Carlos de Austria. El Tratado de Utrecht, como en el caso del Peñón, consagró en 1713 su incorporación a los dominios de Londres. Desde entonces la isla se ha convertido en una guarida de corsarios que amenazan al comercio español. Toca ponerle fin.

Los triunfos en el Misisipi y el golfo de México animan a seguir en el Mediterráneo la ola victoriosa. El influyente mallorquín Miguel Vallés Reus, marqués de Sollerich, amigo íntimo del conde de Floridablanca, le susurra en 1780 que los menorquines desean volver a los brazos de España. Si hay un desembarco, asegura, la sublevación contra los detestados ingleses será un hecho.[29] Carlos III se muestra dispuesto a ofrecer a los isleños privilegios, como el libre comercio con las regencias otomanas del norte de África —Argel, Túnez y Trípoli— o la rebaja de impuestos, además de 5.000 doblones

para quien facilite la entrada al principal bastión británico, el castillo de San Felipe, en la entrada al estratégico puerto de Mahón. Tan interesada está España en Menorca y Gibraltar que el conde de Aranda sugiere incluso ceder a Rusia las plazas berberiscas de Orán y Mazalquivir si echa una mano.[30]

La isla está defendida por el gobernador James Murray con dos mil soldados ingleses y hannoverianos, además de numerosos buques al corso.[31] Su Majestad confía la reconquista al teniente general Louis de Berton des Balbes de Quiers, segundo duque de Crillon, un brillante militar francés, casado con una peruana, que se ha pasado al servicio de España. Crillon pide para la invasión una gran flota, 7.000 hombres y una red de espías en el interior de la isla.[32] Con el mayor secreto, el

rey aprueba la operación el 22 de abril de 1781.[33]

A las diez de la mañana del 21 de julio, el duque suelta amarras en Cádiz. A bordo del San Pascual, encabeza una impresionante armada hispanofrancesa de 46 buques y casi siete mil quinientos hombres.[34] En poco menos de un mes comienza el desembarco.

Al día siguiente de pisar tierra en cala Mesquida toman Mahón, cuyos habitantes reciben a las tropas con vivas al rey de España y repique de campanas.[35] Crillon los libera de su juramento de fidelidad al monarca británico basándose en que, en contra de lo acordado en Utrecht,

se han admitido judíos y moros; se han hecho exacciones, violencias y despojos de bienes a los habitantes, quitándoles sus frutos y efectos, y finalmente se ha tratado y trata a la Religión Católica con ignominia, abusando de los templos y de lo más sagrado con el mayor escándalo e indecencia: a todo lo que se ha agregado el abuso que se hace de la misma isla y de sus puertos y radas, para incomodar, y aún saquear y robar a todos los navegantes del Mediterráneo bajo cualquier pabellón amigo, enemigo o neutral, en contravención de todos los tratados, de modo que más parece dicha isla un refugio de piratas que territorio de un gobierno culto, civil y justo.[36]

A continuación caen Ciudadela, en el extremo oeste, y el puerto de Fornells, en el norte. Solo queda conquistar el fuerte. En él se atrinchera Murray con unos dos mil cuatrocientos hombres.[37]

Una vez asegurado el control sobre el resto del territorio insular, se monta el asedio a San Felipe, que durará meses. Un tiempo que de paso sirve para distraer la atención de los británicos de Norteamérica. Crillon trata de persuadir diplomáticamente a Murray para que capitule. Le hace llegar perdices, palomas y sus pichones preferidos, traídos de Túnez. El gobernador contesta también con cortesía y envía dinero para las

esposas de los sitiados y una carta para la suya. El duque francés despacha gentilmente a su secretario hasta Génova para entregársela en persona.

Además de buenos modales, ofrece un suculento pago por entregar el fuerte: medio millón de pesos y un puesto en el ejército español o el

francés. Sabe que Murray ama más el dinero que la gloria, «igualmente que a su mujer en Italia, moza y bonita, de quien él estaba locamente enamorado». Pero esta vez se hace el digno: «Vuestra carta nos deja a cada uno en su lugar. El contacto nuestro en el futuro será únicamente el de las armas». Crillon le toma la palabra y prepara el asalto.

Llegan a Menorca nuevas tropas, incluidos miles de soldados franceses, además de artillería, munición y víveres. El jefe de la expedición tiene 15.000 hombres bajo su mando. Se instalan baterías, se abren caminos. 111 cañones y 33 morteros están listos para escupir fuego.

En la madrugada del día de los Reyes Magos de 1782 los sitiadores obsequian a los británicos con una aterradora descarga de su artillería sobre el castillo de San Felipe.

Por orden de Carlos III, cada 6 de enero a partir de entonces España celebrará la Pascua Militar en recuerdo de este ataque.

El bombardeo se prolonga semanas. Los proyectiles españoles golpean una y otra

vez los muros de la fortaleza, en los que se van abriendo boquetes. El día 16 se declara un incendio en el interior. Los muertos se cuentan por decenas, pero Murray llama a resistir. Alimenta la vana ilusión de que hay refuerzos en camino. La ayuda no llega.

Las balas martillean los cada vez más deteriorados adarves. A los defensores, exhaustos, se les acaba la esperanza.

El 4 de febrero de 1782, una bandera blanca se yergue en medio de un castillo casi en ruinas. Murray se rinde. Entrega la plaza al día siguiente. Menorca vuelve a ser española.38

DE LAS BAHAMAS A JAMAICA: EL CARIBE EN GUERRA

La guerra no ha terminado. Pese a sus victorias en Norteamérica y en el Mediterráneo, España mantiene la presión sobre Gran Bretaña en múltiples frentes. Ahora que los ingleses acumulan derrotas, no es momento de aflojar.

En el Caribe tiene dos objetivos en la mira: las Bahamas y Jamaica.[39] El primero no tendría mayor interés para los españoles si no fuera porque se ha convertido en un refugio de corsarios que amenaza constantemente el tráfico marítimo. La isla de Jamaica es caza mayor. Se trata de la plaza fuerte de los británicos en el Caribe y su conquista posee gran valor en sí mismo.

Por eso Bernardo de Gálvez, comandante general de las operaciones en América desde la última ofensiva a Panzacola, pone los mayores esfuerzos en ella y se reserva a sí mismo y a José Solano la gloria de conquistarla. Para la invasión de las Bahamas, en cambio, delega en el teniente general Juan Manuel de Cagigal y encomienda la escolta de la tropa a la incipiente Marina americana.[40]

Antes de romper la aurora el 22 de abril de 1782, zarpa de La Habana una escuadra encabezada por la fragata *South Carolina*, al mando del comodoro Alexander Guillon.

Lleva consigo otros ocho buques de guerra de la armada rebelde y medio centenar de transportes españoles y americanos. A bordo viajan 2.500 soldados. Su objetivo: Nasáu, la capital bahameña.[41]

En el camino, el 3 de mayo, la flotilla se topa con un barco inglés, al que captura antes de que dé la voz de alarma en Charleston y arruine la invasión. Tres días después, españoles y americanos se plantan por sorpresa ante Nasáu, al colarse por el canal noroeste de Providencia y no la más previsible ruta del noreste.[42] Fondeados junto a Hog Island,[43] Cagigal manda a su segundo, Francisco Miranda, con una carta para el gobernador del archipiélago, John Maxwell. Le da doce horas para rendir la plaza.[44] Sin que el alba haya despertado, el día 8 capitula.[45] Se permite salir a las tropas a cualquier puerto británico, salvo Jamaica, con honores militares y sus armas, a condición de no combatir a España ni sus aliados hasta que se canjeen los prisioneros.[46]

Un par de años después, en mayo de 1784, el Congreso de los Estados Unidos secundará una reclamación de Carolina del Sur para que España la compense por el apoyo prestado en esta conquista.[47]

Carlos III, sin embargo, muestra gratitud. Regala a George Washington, retirado tras la guerra en su residencia campestre de Mount Vernon (Virginia), dos burros zamoranos.[48] Sabe el monarca lo apreciados que son estos animales en las haciendas sureñas. Washington le corresponde, obsequioso:

Debo rendir tributo a Su Majestad Católica por el honor de su presente. Su valor es intrínsecamente grande, pero se hace inestimable por la manera y la mano de la que deriva.

Permítame rogarle por tanto, señor, que presente al Rey mi agradecimiento por los asnos con los que ha tenido la gentileza de felicitarme y asegurarle a Su Majestad mi gratitud ilimitada por una muestra tan condescendiente de su atención y favor reales.49

Pese al exitoso resultado, la expedición a las Bahamas se ve empañada por las quejas de la Marina española. Se siente desairada por Cagigal al no contar con ella y proferir expresiones despectivas.50 A estas denuncias se une un oscuro asunto de contrabando y las dudosas lealtades de su mano derecha, Fernando Miranda. Todo ello, mezclado con el choque con el poderoso clan Gálvez, dará con los huesos de Cagigal en una cárcel de Cádiz durante años, hasta que Carlos IV lo rehabilite en 1789.51 El asunto se archiva dos años después.52

La invasión de Jamaica no resulta tan venturosa como la de las Bahamas. Tomar esta isla, pesadilla para las naves que se aventuran por el Caribe, está en la mente de España mucho antes de entrar en guerra. Guarico o Cabo Francés, en el norte de La Española, es el puerto ideal para lanzar la ofensiva.53

La ambiciosa operación, sin embargo, se deja para después de la captura de Panzacola y de la victoria francoamericana, con apoyo financiero español, en Yorktown.54 Los conatos de rebelión en distintos puntos del imperio tampoco ayudan: los sublevados en Natchez, Túpac Amaru en el Perú y los comuneros de San Gil, en Nueva Granada, traen de cabeza a las autoridades españolas.55 Además, Bernardo de Gálvez llega a plantearse retrasar aún más la invasión de Jamaica y dar prioridad a un asalto a San Agustín, en la Florida, que no llega a ponerse en práctica.56

Finalmente los preparativos están en marcha en marzo de 1782. Francisco Saavedra, comisionado regio, tiene el encargo de coordinarlos.57 Salen de La Habana hacia Guarico 64 barcos de transporte escoltados por siete navíos de línea, una fragata, dos corbetas y tres bergantines, además de una fragata y un bergantín franceses.58 Pero el operativo tarda en completarse. Gálvez se impacienta. Avisa de que

los días se pasan y los calores ya empiezan. Estos cuidados me desazonan bastante porque no tengo en mi mano todos los medios de satisfacer, como debo, a la voluntad del Rey.[59]

Aunque no al ritmo que el general al mando quisiera, miles de españoles y franceses se juntan en el puerto base. El 21 de marzo, confraternizan en los festejos por el nacimiento del delfín de Francia, Luis José. Salvas desde los barcos, fuegos artificiales, cena para los oficiales, barricas de vino y paga extra para los soldados. La ocasión lo merece.

Pero unos días después el roce entre unos y otros deriva en altercados: ocho heridos de cada país. Para evitar que vayan a más, se dictan bandos que imponen pena de vida para quien se halle armado y se forman patrullas mixtas. Las medidas dan fruto y vuelve a reinar la armonía.[60]

Entonces un desastroso revés sufrido por el conde de Grasse pone cuesta arriba el ataque a Jamaica. El almirante francés, flamante vencedor en Yorktown y llamado a liderar las fuerzas navales contra la isla, es derrotado por el británico George Brydges Rodney mientras se dirige a Guarico. El propio De Grasse es apresado y encarcelado…

en Jamaica. Los aliados quedan ahora en desventaja.

Nuestra campaña a mi entender queda frustrada por ahora por el desgraciado golpe que ha recibido la escuadra francesa del mando del conde de Grasse el día 13 del pasado en la altura de la Guadalupe, en cuyo combate perdieron los franceses cinco navíos y sobre la Punta de Samaná dos, y dos fragatas.[61]

Los aliados despachan a Francisco Saavedra a Europa para saber qué hacer. De momento Madrid manda refuerzos y sigue adelante con la operación.[62]

Según informes españoles, los ingleses cuentan en Jamaica con 3.360 soldados y 13.000 milicianos, así como una flota de 20 navíos y seis fragatas. Pero ahora obtienen desde Charleston 2.000 hombres más.[63]

Entre tanto, se cree que Rodney va rumbo a Panzacola, por lo que Solano lleva su escuadra a La Habana como precaución. El ataque no se consuma, pero los británicos imponen un bloqueo a la capital cubana.[64] La sombra de la invasión de 1762 atenaza la isla. Para colmo de males, los problemas financieros asfixian a las fuerzas españolas y los acreedores hacen fila para cobrar deudas.[65] A pesar de que en Guarico llegan a juntarse hasta cuarenta mil hombres,[66] la aventura jamaicana parece cada vez más remota. Gálvez no esconde

el disgusto de ver frustradas las operaciones en que el talento, actividad y celo de V. E. prometían con tanto fundamento nuevos triunfos en honor de las Reales armas y gloria de la Nación.[67]

En medio de la tediosa espera, el 5 de abril de 1783 recibe con estupor una noticia inesperada. Una orden real anuncia que

habiendo sido preciso por ocurrencias posteriores de suma gravedad dar diferente y aun mayor extensión al plan de operaciones determinado para la campaña próxima, arreglar las expediciones que en ella se practiquen a las circunstancias y situación actual de los enemigos, se han convenido Sus Majestades en que el conde de Estaing[68] sea comandante en jefe de todas las fuerzas combinadas de mar y tierra que concurran a cualquier acción que emprenda, y que así V. E., como los cuerpos que componen ese ejército de operación, estén a las órdenes de dicho general.[69]

Pasará de mandar a obedecer al almirante francés. Duro golpe a su amor propio. En todo caso, la humillante sustitución no llega a hacerse efectiva. El 20 de enero se ha firmado en París el tratado preliminar de paz: la guerra contra Gran Bretaña ha concluido. La planeada conquista de Jamaica nunca se ejecutará.

EXPULSIÓN DE LOS INGLESES DE CAMPECHE Y GUATEMALA

La actividad bélica en el Caribe no se limita a las islas. Al oeste, en tierra firme, el Yucatán y Centroamérica también son escenarios de la contienda global entre españoles y británicos. Tras la guerra de los Siete Años, los ingleses han permanecido en estos territorios ilegalmente y ahora pretenden perpetuarse allí, partiendo en dos el imperio hispano. España quiere desembarazarse de ellos y restablecer su pleno dominio.

En cuanto llega al Yucatán la declaración de guerra de España, el teniente de rey y gobernador interino de la provincia, Roberto de Rivas Betancourt, arma a 300 hombres y da órdenes al teniente coronel José Rosado para desalojar a los enemigos del río Hondo. Rosado encabeza una expedición contra Cayo Cocina,[70] principal establecimiento inglés en la costa oriental de Campeche, adonde llega el 15 de septiembre de 1779. Los vecinos, con 300 esclavos, se rinden, aunque la llegada desde

Jamaica de dos fragatas y un bergantín de socorro impiden despejar el área de británicos por completo.

Rivas Betancourt organiza enseguida una segunda misión, ahora a cargo de Francisco Piñeiro, para rematar la tarea. Se hace a la vela el 28 de octubre. Pero los ingleses que quedaban han huido. Los españoles destruyen sus rancherías y viviendas.

Ahora sí, la provincia de Campeche queda «enteramente limpia de enemigos».[71]

Justo al sur, en la América Central, ese mismo año 1779 los británicos atacan el fuerte hondureño de San Fernando de Omoa. «¡A las armas, que el enemigo nos asalta!», grita un oficial en la noche del 20 de octubre, cuando los ingleses aprovechan un descuido de los centinelas para escalar un baluarte. Más de setecientos hombres y una flotilla que incluye cuatro fragatas forman las fuerzas enemigas contra el fuerte, enclavado en un terreno que es «acaso el más malsano que se conoce en toda la Tierra».

Tras resistir más de una hora, los defensores se rinden.

El responsable de defender los dominios españoles es Matías de Gálvez, capitán general de Guatemala y padre del héroe de Panzacola.[72] Al poco del ataque británico, emprende la reconquista de San Fernando de Omoa.

El 26 de noviembre, cerca el fuerte con más de seiscientos efectivos, la mayoría milicianos, y exige la capitulación. El comandante inglés la

rechaza y asegura que, por

«su obligación»» y «su honor», luchará «hasta el último extremo». Al día siguiente Gálvez le invita por segunda vez a rendirse. Misma respuesta. Se acaba la diplomacia y prepara el asalto. Pero no le hace falta llegar a ejecutarlo: comprueba con sorpresa que los ingleses han escapado en lanchas. La gallarda resistencia anunciada se torna precipitada fuga por la puerta de atrás. Sin lucha cuerpo a cuerpo, los españoles toman el fuerte el 29 de septiembre y entonan un tedeum. Gálvez asciende a brigadier.73

Tras recobrar Omoa, el presidente de Guatemala quiere asegurarse de que los ingleses no intenten tomarlo de nuevo. Organiza desde Comayagua dos expediciones más para arrojar a los británicos de la costa caribeña y contra los indígenas ocultos en las montañas. El sargento mayor Cayetano Ansoátegui, al mando de 450 hombres, ataca diversos establecimientos ingleses después de veintitrés días de «difícil marcha» e

«imponderables». El capitán de infantería Vicente de Arizabalaga, por su parte, lidera a otros 350 para recorrer «casi intransitables desfiladeros», navegar por el río Paum y arrasar varios enclaves británicos en sus orillas. Además, captura a un centenar de payas enemigos. A estas dos marchas se suma la del teniente coronel José de Estachería, que apresa a 55 jicaques y 60 caribes.74

Más al sur otro bastión español está bajo amenaza. Un contingente de 400

británicos bajo el mando del capitán John Polson y apoyados por 600 mosquitos y zambos ascienden el río San Juan, entre Nicaragua y Costa Rica, para atacar el fuerte del mismo nombre. Gran Bretaña sueña desde tiempo atrás con hacerse con el lago de Nicaragua y tener acceso al mar del Sur.75 En la expedición participa un tal Horatio Nelson que con el tiempo dará días de gloria a la Royal Navy.76

Los españoles, con el comandante Juan de Aysa a la cabeza, resisten el asedio durante semanas pese a su inferioridad. Ante tal tenacidad, los ingleses les cortan el acceso al agua. Aysa acaba izando la bandera blanca a finales de abril. No por caer derrotados en combate. Para no morir de sed.77

Sin embargo, la desgracia se ceba con los prisioneros. En el trayecto en un barco parlamentario a Santiago de Cuba, el escorbuto acaba con la vida de 109. De los supervivientes, otros 95 perecen ahogados en

un violento huracán de camino a Jamaica.

Entre los pocos que se salvan está Juan de Aysa, que es ascendido a teniente coronel por la «vigorosa defensa del castillo».[78]

De nuevo Matías de Gálvez se lanza a la reconquista. Tras reunir a 600 milicianos, traslada su cuartel general a orillas del lago, donde nace el río San Juan. Allí sitúa piraguas y cayucos con suficientes cañones, pedreros y otras armas para hacer frente a cualquier abordaje. A ello suma una batería en la entrada del lago, así como cadenas y otros obstáculos.[79]

El pulso se extiende durante meses, hasta que el último día del año 1780 el capitán Tomás de Julia sale hacia el fuerte con más de doscientos hombres. A los dos días intenta un asalto nocturno, pero es descubierto. Entonces gana una loma y se entabla un fiero duelo artillero. Los británicos, que pierden medio millar de hombres en la campaña, salen peor parados. En la noche del 3 de enero, los 200 miembros de su guarnición se descuelgan por escalas y se deslizan furtivamente río abajo en piraguas.

No sin antes dejar dos minas con la mecha encendida. El soplo a tiempo de un desertor evita la tragedia al entrar los españoles.[80]

A estos éxitos se suman nuevos triunfos en 1782. El 17 de diciembre anterior, Matías de Gálvez sale de la capital del Reino de Nueva Guatemala hacia Trujillo.

Renqueante a sus sesenta y tres años, le esperan más de doscientas leguas por

«escabrosísimas montañas y perversos caminos». Mientras tanto da instrucciones para que 1.400 milicianos y 100 veteranos de infantería avancen en dos columnas hasta caer sobre el fuerte inglés de la Criba, arrasando a su paso cuantos establecimientos hallen.

A las once de la noche del 14 de marzo de 1782, zarpan de Trujillo con 600 hombres a bordo tres fragatas, una corbeta, seis balandras, seis goletas, cuatro lanchas cañoneras y ocho piraguas. Da comienzo el asalto anfibio a la isla de Roatán. Desde este rincón caribeño bañado por aguas turquesa los ingleses han venido alentando revueltas en territorios españoles como la de Túpac Amaru. A la mañana siguiente, con el enemigo a tiro de cañón, Gálvez envía al capitán de fragata Enrique MacDonell, «instruido en el idioma inglés», para que «intimase a su gobernador se rindiese a las Armas españolas».

Tras negarse, los atacantes se preparan para forzar el puerto.

El tiempo se lo impide en un primer momento. Se desata un encarnizado intercambio de fuego entre baterías de la isla y fragatas españolas. La artillería golpea desde tierra los costados de los buques, pero estos imponen la potencia de sus cañones.

A la una de la tarde del 16 de marzo la isla queda en silencio. Granaderos y cazadores de infantería desembarcan en lanchas y botes

con tanta rapidez que a la una y media ya se hallaban posesionadas estas tropas del cayo, fuerte Jorge y baterías, quitadas las banderas británicas de cada uno y enarboladas las españolas sin haber recibido daño alguno.

Los combates siguen en otros puntos hasta ponerse el sol. Entonces se asoma una bandera blanca. La isla de Roatán deja de ser una amenaza para España.

La victoria se completa a principios de abril con la toma de Quepriba, Mister Crik y la Criba,[81] que los ingleses abandonan despavoridos ante la llegada de las fuerzas españolas.[82]

Matías de Gálvez logra con esta campaña asegurar el dominio de Su Majestad Católica sobre la América Central frente a la amenaza inglesa. Es ascendido por ello a teniente general de los Reales Ejércit.[83] La pugna será ahora con los americanos, tanto en el Misisipi como en los despachos de Madrid y París.

10

Roces entre los nuevos vecinos

ASALTOS DE BANDIDOS Y PRESIÓN DE LOS AMERICANOS EN EL MISISIPI

Dos meses después de la deslumbrante conquista de Panzacola, el comandante del puesto de Arkansas, Balthazar de Villiers, envía un emisario a Bernardo de Gálvez. Al tiempo que lo felicita por su triunfo, aprovecha para adelantarle las buenas nuevas que llegan del norte. Antes incluso de que Francisco Cruzat envíe su propio informe, las noticias de que la Alta Luisiana está ahora en calma corren Misisipi abajo:

Usted se congratulará mucho también de recibir a través de él noticias de los Ilinueses y saber que todo está tranquilo allí. Yo he recibido estas noticias el 5 de este mes por una piragua cargada con comida que Don Francisco Cruzat me envía y lo hace en buena hora, ya que mi guarnición tenía solo para tres días.[1]

El golpe de mano en el fuerte San José ha dado resultado. La proeza junto al lago Míchigan, unida a las conquistas de Gálvez en el sur, desactiva definitivamente el gran plan británico para barrer a españoles y americanos. Si el malagueño ha despejado de ingleses el bajo Misisipi y el golfo de México, la expedición de Eugene Pourée acaba de una vez por todas con el proyecto de invadir la Alta Luisiana desde el Canadá y descender el río aniquilando a los españoles.

La exhibición de fuerza de España en el corazón de los Grandes Lagos resquebraja las alianzas inglesas con los indígenas. Al fallido ataque de mayo a San Luis y Cahokia los casacas rojas añaden ahora el oprobio de dejarse arrebatar la llave de los Ilinueses en su propio territorio. Los que antes los apoyaban pasan a cuestionar su vigor y no ven por qué respaldarlos. Por el contrario, muchos se ofrecen a pactar con la potencia que ha demostrado la supremacía: España. Su hegemonía sobre los pueblos de la región, reforzada con nuevos regalos desde Nueva Orleans,[2] es indiscutible.

Los españoles no solo han resistido: han tomado posesión de un territorio al otro lado del río que, por el derecho de conquista

invocado por el capitán Pourée, les da legitimidad para reclamarlo en el futuro.

Y sin pactos suficientes con guerreros locales, que son el auténtico ariete de los británicos, cualquier ataque a españoles y americanos está abocado al fracaso: en lo que queda de guerra no volverá a haber grandes ofensivas en el alto Misisipi, tan solo incursiones aisladas de bandoleros que actúan por libre.

De la gesta española se benefician igualmente los americanos de la orilla este del Misisipi, que habían quedado debilitados por la creciente desafección de sus habitantes franceses y la pérdida de valor del papel moneda. Tampoco ellos serán molestados ya por los ingleses leales a Londres. Esto da tranquilidad a los rebeldes en ese frente y les permite centrarse en las batallas pendientes en la costa atlántica. El sueño de su independencia está más cerca.

Pero esta relativa calma tiene otra consecuencia: los anglosajones de las colonias rebeldes, ávidos por acaparar las fértiles tierras de Ilinueses, se apresuran a poblar en masa la margen oriental del Misisipi. La avalancha despierta recelos entre los españoles.

El intendente Martín Navarro alerta desde Nueva Orleans:

Los proyectos grandes de establecimiento que manifiestan los americanos en la parte superior del río deben ser mirados con la circunspección que se requiere y aun debieran dar cuidado a nuestra corte si se examina nuestra situación y la de estos después que hayan poblado con numerosos establecimientos el distrito de Ilinueses que se proponen; cinco mil familias holandesas y mil de diferentes naciones, me asegura el agente de los Estados Unidos en esta provincia, deben llegar por el Hoyo[3] de día en día para formar una colonia en aquella parte que, verificada, se hallará en breve en estado mayor que el de defensiva.[4]

En una «representación reservada» dirigida al ministro de Indias, José de Gálvez, Martín Navarro recuerda un ejemplo reciente de este tipo de asentamientos exprés: Las familias que se establecieron en la rivera Quintok,[5] que desagua en el Hoyo a doscientas cincuenta leguas del Misisipi, florecen ya y sus harinas han sido la presa de los rebeldes de Natchez, que las bajaban a esta plaza para beneficiarlas en el corto intermedio que se mantuvieron posesionados de él.[6]

El intendente se muestra preocupado por la amenaza que supone para la Luisiana

española la rápida expansión de los americanos:

Lo que hay que temer es que la libertad que forma su constitución, la de su comercio y el mayor número de pobladores no arrastre los pocos que tenemos en aquellos despoblados puestos; bien conozco que las vastas posesiones del soberano no le permiten atender a todas con la misma vigilancia y prontitud, y menos en la actualidad, pero también es menester pensar el remedio al mal que ofrece más cuidado.

Hasta ahora el internarse en el sagrado de la parte opuesta del Misisipi debía mirarse como muy remoto, pero llega el tiempo en que las circunstancias no lo dificultan tanto. La constancia y ambición de esta Nación, la sobriedad, la inteligencia en el cultivo de las tierras y comercio, el manejo de las armas, la práctica de los bosques, la uniformidad de costumbres con los indios, su número excesivo y la esperanza de nuestros metales les facilitarán la empresa más ardua de cuantas intenten ejecutar sin que la distancia y despoblado hasta nuestras posesiones de Nueva España sea óbice a sus ideas.[7]

Prueba de ello, a juicio de Martín Navarro, es el hecho de que dos años atrás

salieron de la Carolina del Sur cuatro o seis familias con sus negros de que era cabeza el coronel Gayard para establecerse durante la guerra en un paraje adonde no se sintiesen las calamidades de ella. Después de haber hecho por tierra el viaje a la Virginia, y travesando la elevada cordillera de Apalaches, llegaron al fuerte Duquesne, en cuyo paraje sembraron y cogieron sus cosechas, construyeron una balsa y bajaron en ella por el Hoyo hasta Punta Cortada,[8] distante cincuenta leguas de esta capital, con la correspondiente provisión de víveres y ganados los precisos a suministrarles la subsistencia necesaria para su alimento en todo el dilatado viaje de mil leguas que navegaron por el río. Toco este caso a V. E.

para que pueda venir en conocimiento del genio y arrojo americano y

para que no dude que son capaces de poner en ejecución cuanto intenten, que todo harán asequible.[9]

El espinoso asunto del derecho a navegar por el Misisipi se adivina ya, mucho antes de acabar la guerra y de que Gran Bretaña reconozca la independencia de sus colonias, como fuente de problemas que envenenará las negociaciones entre España y los Estados Unidos. Martín Navarro avisa:

Si S. M., declarada la independencia, les permite para la paz la navegación del Misisipi, debe tener presente que es el solo medio de hacer florecer y fomentar sus establecimientos. Pero si se les niega la libertad de navegar en él nunca podrán tener buen efecto sus poblaciones, porque todas cuantas producciones hagan no tienen otra salida más que por esta capital, hallándose en la imposibilidad de consumirlas ni transportarlas a ninguna de sus Américas.[10]

Tres meses después, el 15 de diciembre, el propio Martín Navarro vuelve a escribir a José de Gálvez para informarle de un movimiento que viene a confirmar sus temores.

El americano Roberto Eliot, que desciende con una piragua de harinas desde el fuerte Pitt, o Duquesne, le informa «con el más prolijo detalle» de que los Estados Unidos planean formar «una nueva provincia» con las tierras conquistadas entre el Misisipi y los Apalaches:

A este fin esperan las seis mil familias para la parte opuesta de Ilinois, y cuentan ya en los establecimientos de la Choutte, o río Kintok, tres mil hombres de armas. La rapidez con que establecen estas tierras en una circunstancia que los indios incomodan a cada instante sus habitantes, pues se ven precisados a mantener su arma a las espaldas, para defenderse cuando se hallan empleados en los trabajos del campo, nos hace ver que a la Paz harán considerables progresos, y que la intención de poblar esta parte del mundo y formar una nueva provincia con tanta aceleración encierra ideas que el tiempo nos hará manifiestas: lo traslado a la superior comprensión de V. E. para que se sirva hacerlo a la del Soberano a fin que determine lo que juzgase

conveniente.[11]

Carlos III ordena hacer llegar estas dos «representaciones reservadas» al secretario de Estado, el conde de Floridablanca, para que diga «lo que le parezca se deba prevenir al gobernador de la Luisiana».[12]

La tensión en el Misisipi, columna vertebral de Norteamérica, va en aumento.

Mientras crece la voracidad de los americanos desde la orilla este, el bandidaje y la piratería hacen del transporte fluvial una actividad de alto riesgo. Aunque la ofensiva planeada desde el Canadá haya quedado desactivada, merodeadores chicachas y forajidos ingleses de Natchez están al acecho.

El comerciante Silvestre Labadia lo sabe de primera mano. Tras zarpar de Nueva Orleans el 22 de febrero de 1782 con un *bateau* cargado de «efectos tanto propios como del Rey y de otros diferentes particulares», remonta el río hacia San Luis. Hacia las siete de la mañana del 2 de mayo, costeando la orilla oeste a la altura de los Ecores de Margó,[13] ve otro *bateau* amarrado a tierra con una piragua atada a su popa. Pensando que se trata de la embarcación de un tal Lafon, con el que le han dicho que se cruzaría en el camino, hace «levantar remos» y entabla contacto:

—¡Ah del *bateau*! ¿De dónde viene, quién lo comanda?

—Venimos de los Ilinueses, el amo del *bateau* es monsieur Lafon —le contestan dos hombres desde tierra, mientras otros dos achican agua a bordo—. ¿Es Vuestra Merced monsieur Labadia?

—Sí, señor.

—¿Está ahí madame Cruzat y su familia? —preguntan, en referencia a la esposa del comandante de los Ilinueses, Nicanora López.

—Sí, señor —contesta confiado Labadia.

—¿Cómo se hallan vuestras mercedes? ¿Están buenos?

—Para servirles.

—Aquí hay cartas de don Francisco Cruzat y refrescos para la señora comandanta y también para vuestra merced que le envía su familia,

que se halla buena y le aguarda en los Ilinueses con impaciencia. Si quiere, venga a buscar estas cartas y los refrescos. —

Invitan al comerciante francés con unos papeles en la mano.

Al pasar por el costado de estribor, Labadia hace lanzar un cabo para amarrar su embarcación y saltar a tierra a por las cartas. En ese instante surgen «con velocidad y furia» unos cuarenta hombres con fusiles y carabinas que se agazapaban en una trinchera en la orilla. «¡Ríndanse!», gritan apuntando al pecho de los recién llegados.

—Son nuestros prisioneros y si se mueven o menean la cabeza haremos fuego y los mataremos —advierten ante el estupor de Silvestre Labadia y el resto del pasaje, todos paralizados. De cartas y refrescos, nada.

—¿Quiénes son vuestras mercedes que nos toman de este modo? — Quiere saber el

comerciante hecho prisionero.

—Somos ingleses, rendirse.

—¿Dónde está su bandera?

Como respuesta señalan las armas que los apuntan.

—¿Y sus órdenes?

Ahora muestran con una mueca la pólvora y la munición. A Labadia y los demás no les queda otro remedio que entregarse. Uno de los salteadores intenta ensañarse con madame Cruzat rompiéndole el cráneo, pero esta, «con un valor verdaderamente heroico», para el golpe a tiempo.

Los cautivos son llevados por el río Margot aguas arriba. Los desembarcan, los hacen caminar atados de dos en dos por bosques espesos, llanuras enfangadas y montañas «extraordinariamente escabrosas» y los encierran. Los bandidos desvalijan el *bateau* y dejan a los apresados con lo puesto. Los esclavos son vendidos entre ellos al mejor postor.

Al frente de los cuatreros está James Colbert, un escocés que ronda los sesenta años, de buena salud, complexión fuerte y temperamento violento. Vive entre los chicachas con «una buena casa» y «ciento cincuenta negros», presume. Odia a los españoles. Se propone vengar

el maltrato que, según él, reciben los británicos. Confiesa a Labadie que tomará el puesto de Arkansas y hará «todo el daño que nos haya sido posible» en Natchez. Además, ha enviado a uno de los suyos a Georgia a por dos regimientos para atacar en otoño los Ilinueses. Se jacta de conocer al detalle la falta de fortificaciones, salvo en San Luis, así como la «corta guarnición que hay en la partida española y ninguna en la americana».

—Si no podemos aposesionarnos de aquel país, haremos a lo menos un destrozo general que nos haga bien conocidos —advierte.

—Hablas muy ampliamente —le interrumpe uno de sus compinches, el coronel Malguibry— y haces conocer nuestros proyectos a un hombre que si hoy o mañana se le da la libertad no olvidará de publicar nuestras intenciones, lo que de ningún modo nos es favorable para la ejecución.

La regañina hace callar a Colbert. Pero Labadia ya ha tomado nota.

Tras veintiún días lo sueltan junto a parte de la tripulación, madame Cruzat, su familia y una esclava, aunque los conminan a ir a Nueva Orleans en la embarcación apresada y que se ve forzado a recomprar a sus captores.

En el camino se topan con tres *bateaux* que suben a San Luis. Son de Eugenio Álvarez, Francisco Vallé y Eugene Pourée, el exitoso jefe de la expedición al fuerte San José que tras su gesta retoma los negocios con que se gana la vida. Labadia se une a ellos en dirección al norte, mientras deja su barco seguir río abajo con la esposa e hijos de Francisco Cruzat. El 29 de junio, llega a San Luis, donde pone al día al comandante

de cuanto ha sucedido. El asalto deja al pueblo sin dinero para las tropas ni regalos para las naciones aliadas.14

En el caso de Pourée, el accidentado viaje de su *bateau* acaba en un pleito con el hombre más poderoso del pueblo: Auguste Chouteau. El mozalbete que cofundó el puesto con Laclède en el ya lejano 1764 es hoy un verdadero potentado. El litigio se debe a los gastos extra que ha habido que afrontar para que la mercancía llegara a su destino, como el alquiler de un almacén en Arkansas hasta que pasara el peligro y los sueldos de una nueva tripulación. Pourée estaba convencido de que los costes se repartirían entre los clientes que le confiaron la carga, entre ellos, Chouteau.

Pero cuál fue la sorpresa del demandante, después de haberse esforzado como lo había hecho para conservar dicho cargamento, al ver que *monsieur* Chouteau se negaba a contribuir con su parte al gasto de dicho equipo. ¿Acaso ignora que si un patrón está obligado por fuerza mayor a interrumpir el trayecto los fletadores están obligados a pagar al patrón todos los gastos como si el viaje se hubiera completado, y que si forma un segundo equipo están obligados a pagar los gastos en proporción a la carga que tenían en el barco? ¿O pretende eludir con falsos argumentos un pago tan justamente debido al demandante?

Eugene Pourée exige que Chouteau «pague sin demora su parte» de las 12.287

libras y diez soles adicionales que se ha tenido que adelantar. El demandado se niega.

Cree que causaría

gran perjuicio a los fletadores que tuvieran que pagar dos veces el flete del cargamento embarcado en el *bateau* que ya había sido pagado antes de que saliera del puerto.

Francisco Cruzat ordena a las partes nombrar un árbitro para que, «de acuerdo con un tercero» designado por el tribunal, resuelvan la causa. Beausoleil recibe un jarro de agua fría: los tres árbitros, Benito Vázquez,[15] J. M. Papin[16] y Gabriel Cerré,[17] dictaminan que Chouteau solo pague 16 libras, cuatro soles y cuatro denarios, pese a reconocer el aumento de costes por una parada «indispensable» para conservar los bienes transportados en el *bateau*. Cruzat ratifica el laudo.[18]

Litigios entre hombres de negocios al margen, lo cierto es que no hay que bajar la guardia ante los peligros existentes. El testimonio de Silvestre Labadia sobre los planes

de James Colbert no es el único que advierte de posibles ataques. El 8 de julio, comparecen ante Cruzat el oficial retirado Pedro Picote de Belestre y el subteniente de milicia Francisco Vallé, recién llegados de Arkansas, así como Labadia de nuevo, para informar de otra supuesta

incursión enemiga en marcha. El 30 de mayo, llegó procedente de las cascadas del Ohio James Willing, aquel americano que destruyó posesiones inglesas en la orilla este del Misisipi antes de que España entrara en guerra y que puso a Bernardo de Gálvez en un brete. Según les contó sin mayores precisiones, el exgobernador de Detroit Henry Hamilton, capturado en 1779 por George Rogers Clark y liberado en un intercambio por el propio Willing, planea descender por el Ohio y apoderarse de los Ilinueses.

A la vista de esta colección de amenazas, no es de extrañar que Cruzat se resista a suspender el servicio de las milicias de San Luis y Santa Genoveva, como le han ordenado desde Nueva Orleans para ahorrar gastos. El teniente de gobernador convoca una junta con sus colaboradores más estrechos. Pide a los capitanes Jacobo Dubreuil y José Lopez de la Peña, el ayudante de campo Pedro Francisco de Bolsey y los subtenientes Pedro Olivier y José Piernas, ya en el retiro, que resuelvan,

cada uno según sus luces y conocimiento que tienen de este país, lo que fuese más adaptable a su defensa y conservación, menos gravoso al Real Erario y más conforme a la protección que benignamente concede nuestro Augusto soberano a sus leales vasallos.19

Los cuatro consultados respaldan la negativa a acatar la medida de ahorro. Cruzat comunica al gobernador interino de la Luisiana, Esteban Miró, las «poderosas razones»

que le asisten para dejar en servicio en San Luis «el mismo número de milicianos que había antes de recibir el citado oficio de V. S.».

Más aún, da a conocer «la indispensable precisión» en que se halla de poner en Santa Genoveva, a costa del presupuesto real, «cincuenta hombres de aquella compañía de milicias, inclusos sargentos y cabos con sus dos respectivos oficiales subalternos».

Espera así que junto con «el corto destacamento de tropas veteranas» de ese pueblo concurra a «su defensa y conservación» y evite «una sorpresa, que es a lo que se hallan más expuestos hoy día los pueblos de este partido». Francisco Cruzat sabe que está desobedeciendo a su superior, pero confía en no ser desautorizado, pues

solo el mayor servicio del Rey, el honor de la Patria, la conservación de estos establecimientos de mi mando a que se halla interesada toda esta provincia como una de sus más importantes llaves y el cumplimiento de mi obligación han sido y serán siempre los émulos de mi proceder, como es notorio.[20]

Los problemas en el Misisipi se agravan aún más con la preocupante falta de control en la parte americana, que permite a la mayoría bajar desde allí sin pasaporte.

Según alerta ese mismo verano el comandante español, esto

proporciona a algunos de los bandidos que infestan las orillas del río Misisipi el introducirse en nuestros puestos bajo el nombre de americanos y saber lo que pasa en ellos, para después lograr con acierto cuanto de perverso intentan contra los vasallos de S. M.[21]

Cruzat da órdenes de detener a quien vaya sin un pasaporte debidamente firmado.

En una carta a las cortes de Kaskaskia y Cahokia previene a sus habitantes:

Todos aquellos que desciendan de vuestra partida oriental de los Ilinueses a la Nueva Orleans o a otro lugar de esta dicha provincia sin mi pasaporte serán arrestados por el comandante de los fuertes de las dos orillas del Misisipi, lo que podría perjudicar mucho a vuestro comercio y para lo cual no hay alternativa alguna. Os enviaré a vuestra discreción los pasaportes que me solicitéis para la parte baja de la dicha provincia.[22]

El Misisipi es cada vez más una frontera que separa a españoles y americanos. Con Gran Bretaña casi derrotada, los dos aliados se van a convertir en vecinos no siempre bien avenidos. España y los Estados Unidos serán los grandes amos de Norteamérica y entre ambas orillas se mantienen intensos lazos. Pero el día a día genera fricciones,

suspicacias. Cuando no abierta hostilidad.

LA OFERTA FALLIDA DE JOHN JAY Y EL IMPACTO DE LA CONQUISTA DEL FUERTE SAN JOSÉ

John Jay lanza un señuelo a Carlos III. Después de un año sin avances, el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos desliza en 1781 una propuesta con la que espera convencer definitivamente a España para firmar el ansiado tratado de amistad. Con los primeros calores del estío madrileño escribe al conde de Floridablanca para comunicarle que el Congreso se abre a deshacer el nudo gordiano de las negociaciones: la navegación por el Misisipi.

Como reconoce Jay, ese punto ha impedido acercar posturas hasta ahora. Mientras los americanos reclaman el derecho a transitar por el gran río por debajo de sus territorios, los españoles se aferran a su uso exclusivo. Pues bien, el Congreso le autoriza a renunciar a esa demanda y aceptar los términos que plantea España con tal de eliminar «las dificultades a las que hasta ahora ha dado lugar». Jay confía en el éxito de este golpe de efecto. Espera

que Su Majestad se complazca ahora en convertirse en aliado de los Estados Unidos y con ese propósito autorice a una persona o personas a ajustar conmigo los diversos puntos del pacto necesario para formar una Unión que, al estar fundada en el interés mutuo, no puede ser menos satisfactorio de lo que ciertamente será importante para ambos países.[23]

Ese mismo mes de julio Jay remite a Floridablanca garantías del Congreso de que no mantiene inteligencia alguna con Gran Bretaña y su promesa de no separarse de los compromisos contraídos con los dos reyes borbones.[24]

Pero la negociación tarda en avanzar, en parte por un problema de salud de Jay, del que no se repone hasta el 18 de agosto.[25] Entre tanto, el chorro de subsidios a los rebeldes por parte de España no cesa. Ese mismo mes les concede otros 12.000 pesos duros.[26]

No es hasta el 19 de septiembre cuando Floridablanca y Jay al fin se ven de nuevo en persona. Tres días después el representante americano formaliza desde San Ildefonso su oferta para lograr «en breve una íntima y estrecha unión» entre España, Francia y los Estados Unidos. Proclama, grandilocuente:

Yo vivo en la feliz persuasión de que la magnanimidad del Rey Católico hacia mi país en esta y otras ocasiones dará materia a algunas hojas muy brillantes en los anales de la América.27

Sin embargo, no presenta un borrador completo. Únicamente «propuestas

generales» que pueden «modificarse o ampliarse», como base para un futuro tratado de amistad y alianza. Prevé establecer «para siempre una inviolable paz y amistad entre S.

M. C. y los Estados Unidos» y «entre sus respectivos súbditos». Aborda aspectos sobre comercio, uso de puertos o contrabando, pero es el artículo sexto el que introduce la cuestión mollar:

Los Estados Unidos abandonan a S. M. C. y en adelante se abstendrán de usar o de intentar el uso de la navegación del río Misisipi, desde la latitud de 31 grados Norte, esto es, desde el punto en que concluye el territorio de los Estados Unidos hasta el Océano.

En una nota al margen, el Congreso subraya el sacrificio que la propuesta supone para los Estados Unidos, ya que ofrecen

ceder y abandonar todas las ventajas y conveniencias que la naturaleza había concedido a sus territorios o habitantes situados en ambas orillas en la parte superior del río; que se privan de extraer sus productos y de recibir sus retornos que les son necesarios por el único medio o canal por donde podían hacerlo, disminuyéndose por consecuencia el precio y valor de aquella provincia, dilatándose el fomento de aquellos establecimientos y perdiéndose gran parte de las

ventajas que los Estados Unidos debían esperar de ellos.

Como contrapartida y en aras del acuerdo, el Congreso espera del «noble y magnánimo pecho» de Su Majestad que se preste a

franquear a los americanos en equivalente de las ventajas de que se privan por este artículo algún arbitrio, ya sea por medio de asignarles un puerto libre en aquellas cercanías bajo ciertas restricciones o cualesquiera otros efectos de su liberalidad y justicia, que aumentarán debidamente el efecto e inclinación de los Estados.[28]

La propuesta da a España, por tanto, la oportunidad de ver reconocido su control sobre el Misisipi, así como de arreglar los límites entre ambas naciones una vez los Estados Unidos logren su independencia plena.

Pero la corte de Madrid se tienta la ropa. El mismo día que Floridablanca recibe el documento, asegura que «conviene puntualizar antes» el señalado artículo 6 con los ministros de Indias y de Marina «para ver si el punto que allí se cita para la cesión del Misisipi es el que nos conviene, o si debe ser otro». Señala además que «se debe primero convenir» con Jay «qué fuerza han de tener estas proposiciones» y si deben reducirse a

«una simple conferencia, dependiente del acuerdo y aprobación del Congreso».

Desde luego se le dirá que no hay inconveniente en establecer un plan de tratado de amistad y comercio recíproco con las ventajas que hayan de gozar y gozasen las naciones más favorecidas.

El secretario de Estado pone buen cuidado en dejar al margen las posesiones españolas en el resto del continente. Advierte, en este sentido, de que

en este convenio no entran los dominios nuestros de América, porque los tratados con todas las naciones lo prohíben, y que en los casos particulares que convenga o necesitemos recíprocamente algún tráfico en aquellos parajes con víveres, cosas de construcción u otras, se arreglará y convendrá por ordenaciones particulares.

Por último apunta Floridablanca, acerca de la relación con los norteamericanos durante el presente conflicto en el Nuevo Mundo, que

durante la guerra nos auxiliaremos en los términos posibles y nos comunicaremos los puntos que respectivamente trataremos para la paz, en cuanto tengan relación a intereses comunes.

Por ahora el ministro español no promete el reconocimiento de la independencia, en el que tan interesados están los americanos. En cualquier caso ordena tener «a la

mano» la propuesta «por si *monsieur* Jay quiere tratar» con Bernardo del Campo, el oficial mayor de su secretaría.29

La negociación, sin embargo, queda empantanada. Por lo que se deduce de una carta de Jay meses después, la negativa del Congreso a ofrecer a España más contrapartidas, en especial a aportar los buques pedidos por Carlos III, tiene algo que ver:

Con gran pena oigo que Su Majestad está disgustado por el silencio del Congreso respecto a corresponder por su parte a la amistad de España y particularmente por no haber ofrecido cumplir las proposiciones hechas por su Excelencia en relación a la construcción de barcos en Nueva Inglaterra.

Jay se excusa en el retraso de España en nombrar embajador ante los Estados Unidos, puesto que recaerá en el bilbaíno que ya viene haciendo de intermediario, Diego de Gardoqui:

Permítame observar a Su Excelencia que la larga y constante espera de la llegada del señor Gardoqui a América, con plenos poderes en estos asuntos, ha inducido naturalmente al Congreso a posponer cualquier resolución sobre ellos hasta tener el placer de verlo.[30]

En medio del enfriamiento de las relaciones, otro hecho viene a enturbiarlas. Por estas fechas se hace pública en Madrid la toma por los españoles del fuerte británico de San José, más de un año antes.[31] La *Gazeta de Madrid*, el boletín donde la corte da a conocer los acontecimientos que considera de interés, recoge el 12 de marzo de 1782 una relación de la proeza del capitán Eugene Pourée y sus hombres:

Por carta del Comandante General del Ejército de operaciones de la Habana y Gobernador de la Luisiana ha tenido S. M. la noticia de que un destacamento de 65 milicianos y 60 indios de las naciones otaguas, sotú y putuatami, a las órdenes del Capitán de Milicias D. Eugenio Purré acompañado de D. Carlos Tayon, Subteniente de Milicias, de D. Luis Chavalier, sujeto inteligente en los idiomas de los indios, y de los grandes Jefes de éstos Eleturnó y Naquiguen, que salió el 2 de enero de 1781 del pueblo de S. Luis de Ilinoeses, se había apoderado del puesto de S. Joseph que ocupaban los ingleses a 220 leguas del mencionado de S. Luis; habiendo sufrido en tan dilatada marcha y estación tan rigurosa las mayores incomodidades de frío y hambre, expuestos a continuos riesgos por estar ocupado el país de naciones

salvajes, y haber de pasar por parajes cubiertos de nieve, con la precisión de llevar cada uno los víveres para su subsistencia, y varias mercancías que eran precisas para contentar, si fuese necesario, a las naciones bárbaras por donde era forzoso atravesar. El Comandante con sus negociaciones y providencias acertadas impidió que un cuerpo considerable de Indios que estaba a la devoción de los ingleses se opusiera a esta empresa; pues de otro modo hubiera sido difícil de conseguir la toma de dicho puesto. En él se hicieron prisioneros los pocos ingleses que se encontraron, habiéndose quizá ausentado los demás por algún aviso anticipado. Tomó D. Eugenio Purré en nombre del Rey posesión de aquel Pueblo, de sus dependencias y de la ribera de los Ilinoeses; en consecuencia de ello estuvo allí enarbolada todo aquel tiempo la bandera de S. M.; apoderándose de otra Inglesa que á

su arribo á S. Luis entregó á D. Francisco Cruzat Comandante de aquel puesto.

No solo se ha logrado con el buen éxito de esta empresa destruir el depósito de víveres y mercancías que tenían los ingleses en aquel paraje (de cuyos repuestos se repartió la mayor parte entre nuestros indios y los que vivían en S. Joseph, como se les había ofrecido para que no se opusieran a nuestras tropas) quedando de resultas de ello imposibilitados los ingleses de emprender su proyecto de atacar el puesto de S. Luis de Ilinoeses, sino también se ha conseguido intimidar a los salvajes de aquellas naciones, obligándoles este suceso a dar palabra de mantenerse neutrales, lo que cumplen hasta ahora.

En atención al mérito que en esta ocasión han contraído el Comandante y principales individuos del destacamento, se ha servido S. M. conceder a D. Eugenio Purré grado de Teniente de Ejército con medio sueldo, a D. Carlos Tayon de Subteniente también con medio sueldo y una gratificación a D. Luis Chavalier.[32]

La noticia corre como la pólvora por las cancillerías europeas.[33] «Se leen los detalles siguientes en la *Gazeta de Madrid*», anuncia *Mercure de France* en una nota fechada en Cádiz que recoge casi completo, traducido al francés, lo publicado en España.[34] Otro tanto hace el *Journal Historique et Littéraire* de Luxemburgo.[35] Junto a los canales de Venecia, *Notizie dal Mondo* tampoco deja pasar el suceso: « *Prese il Sig. Purrè possesso del Forte in nome di S. M. inalberandovi la Bandiera Spagnola*».[36]

En París, donde se cuecen a fuego lento los acuerdos que pondrán fin a la guerra en Norteamérica, Benjamin Franklin se sobresalta. Esa conquista «en nombre del Rey» del fuerte, «de sus dependencias y de la ribera de los Ilinoeses» le resulta sospechosa.

También la publicidad dada en Madrid al episodio. Precisamente ahora que victorias rebeldes como la de Yorktown alientan la esperanza de la independencia. Desde su residencia en Passy, a las afueras de la capital francesa, escribe al secretario de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, Robert R. Livingston:

Veo por los periódicos que, habiendo tomado los españoles un pequeño puesto llamado San José, pretenden haber hecho una conquista del país de Illinois. ¿Bajo qué luz aparece este

procedimiento ante el Congreso? Mientras que ellos declinan nuestro ofrecimiento de amistad, ¿tenemos que soportar que

invadan nuestras fronteras y nos encierren en los montes Apalaches? Empiezo a temer que tengan tales planes.37

John Jay, por su parte, envía a Livingston el texto íntegro en inglés de lo publicado: La *Gazeta de Madrid* del 12 de marzo contenía un párrafo el cual no debería usted ignorar. Se lo copio textualmente y añado una traducción lo más literal que he podido hacer.38

Para Jay, resulta tan evidente lo que significa la toma del fuerte y el modo en que se hizo que se ahorra añadir mayores disquisiciones:

Considerando el objeto ostensible de esta expedición, la distancia de la misma, las formalidades con que se tomó posesión del lugar, el país y el río en nombre de Su Católica Majestad, estoy convencido de que no será necesario que llene esta carta con comentarios que se le ocurrirían a un lector de mucha menos perspicacia que usted: así que volveré sobre el asunto de nuestras letras.39

En efecto, la misiva continúa abordando los habituales apuros de los Estados Unidos para atender sus pagos. Aunque las conversaciones para el tratado de amistad y alianza no avanzan, las peticiones a España de socorro financiero, en ocasiones con la presión añadida del embajador francés, son constantes.

El 16 de marzo, Floridablanca se compromete a abonar a los americanos entre 45.000 y 50.000 pesos sencillos en diez o doce meses.40 Son parte de los 150.000 pesos (tres millones de reales) prometidos en su día por Su Majestad. Jay avisa al intermediario Francisco Cabarrús de que recibiría 45.000 pesos (900.000 reales) que se habían protestado por falta de pago. Cabarrús contesta que adelantará tal cantidad, pero con la condición de que Floridablanca se la reembolse no en diez o doce meses, sino en tan solo cuatro.41 La corte española acaba por hartarse. Las exigencias de Cabarrús no son aceptables. El pago no se realiza.42

Esta negativa atiza el descontento de los comisionados americanos. Cada vez esperan menos de la corte de Carlos III y, a medida que otros países cubren sus

expectativas, van perdiendo interés en el tratado con España. Francia promete seis millones para hacer frente a las letras, mientras que Londres cambia de postura y está dispuesto a firmar una paz por separado con los americanos, al margen de franceses, españoles y holandeses. Franklin quiere pasar página con España. En su opinión, este país no quiere cultivar su amistad, por lo que pide a Jay que le informe de cuánto se le debe y pensar «en algún medio de pagarla pronto».[43] Jay responde, en un pasaje que rebosa ingratitud:

Tal vez su orgullo les impida aceptar el dinero, pero nuestro orgullo ha sido tan herido por la pequeñez de su conducta que yo, en ese caso, sería partidario de dejarlo en la puerta del palacio y salir del país. En la actualidad tal medida no sería conveniente, aunque llegará el momento en que la prudencia, en lugar de contenernos, nos urgirá a no emplear otro lenguaje o conducta ante esta Corte que la de un pueblo justo, libre y valiente que no tiene nada que temer ni que pedirles.[44]

Poco después Benjamin Franklin lo llama a su lado con urgencia desde París. El viejo doctor le escribe el 22 de abril:

Me he comprometido a pagar las letras aceptadas por usted que han llegado a mi conocimiento y confío en Dios para que no nos cobren más, solo cuando nos proporcionen los fondos por anticipado. En ese caso su residencia permanente en Madrid ya no es tan necesaria. Usted puede realizar un viaje ya sea por salud o por placer sin retrasar el avance de una negociación que no ha comenzado todavía. Aquí se le necesita enormemente, ya que los mensajeros empiezan a ir y venir, y se habla mucho de una propuesta de tratado, pero no puedo hacer ni aceptar propuestas de paz sin la ayuda de mis colegas. Me temo que el señor Adams[45] no puede dejar Holanda ahora, el señor Jefferson[46] no está en Europa y el señor Lawrens[47] está prisionero, aunque en el extranjero con libertad condicional. Deseo, por tanto, que resuelva sobre el viaje y se presente aquí lo antes posible. Prestaría un servicio infinito. España lleva cuatro años planteándose si debe tratar con

nosotros o no. Dele cuarenta. Y mientras tanto, ocupémonos de nuestros propios asuntos. Tengo mucho que comunicarle, pero prefiero hacerlo de viva voz, en lugar de confiarlo por carta.48

Franklin anticipa el traslado al ministro de Exteriores francés, el conde de Vergennes, quien aconseja dejar en Madrid al secretario de Jay, William Carmichael.

«Para que no parezca que abandonamos esa corte», explica el célebre padre de la patria americano. Prepara ansioso la llegada de su colega a París:

Hágame saber por una línea previa si decide venir y si, como espero, le acompañará la señora Jay, para que pueda proporcionarles alojamiento adecuado.49

Los comisionados americanos se ven ahora en una posición de fuerza frente a España. Según Franklin, «otra potencia europea» le ha hecho «aberturas de amistad y ofertas de su consorcio» y «en breve» espera «lo mismo de otra». En cuanto a España, afirma, «acaso será la última» y pide opinión de si «es pura dilación o poco afecto».50

John Jay insiste en esa idea:

Suecia se inclina hacia nosotros y los holandeses no tardarán mucho en convertirse en nuestros aliados.

En tales circunstancias, España no debería esperar un precio como el del Misisipi por reconocer nuestra independencia.51

El 8 de mayo John Jay confirma a Benjamin Franklin que sus cartas le «han decidido a partir hacia la corte francesa»:

Dejaré este lugar a finales de la semana que viene. La señora Jay y mi sobrino irán conmigo. Gústese de buscarme alojamiento y de

informarme de él por una línea a través de los señores Delap o Bondfield en Burdeos.52

El matrimonio Jay y su sobrino abandonan Madrid el 21 de mayo rumbo a París.

Han pasado cerca de dos años y medio desde que el plenipotenciario desembarcara en Cádiz, sin que en ese tiempo haya arrancado a España el reconocimiento de la independencia para los Estados Unidos ni el tratado de amistad y alianza. Más bien al contrario. La confianza mutua se ha ido deteriorando a pesar del generoso apoyo español, tanto en dinero como en especie, y de los sacrificios de entrar en guerra del lado americano contra una gran potencia como Gran Bretaña.

El desencanto con España de los comisionados americanos venía últimamente en aumento. Confiesa Carmichael a Diego de Gardoqui que hace «más de un año» que le

«han llenado de lástimas, quejándose de que se les abandonaba». Según recoge el comerciante vizcaíno, John Jay

estaba muy persuadido de que acá no conocíamos la impresión que hacía entre sus gentes el papel desairado que ellos sufrían y lo que aumentará en su país el influjo de la Francia, porque crecía este a medida de lo que acá se dilataba.53

Pero ¿es una coincidencia que Jay se marche justo después de que España le cierre el grifo del auxilio financiero? Floridablanca lo tiene claro. No deja de ser

bastante notable que justamente en el primer caso en que hemos negado dinero, se verifique la partida de este sujeto con el pretexto dicho al principio de esta carta.54

A la vista de las reacciones de Franklin y Jay, la conquista española

del fuerte San José no ha aplacado las tensiones. Al revés. En lugar de verla como un freno al enemigo común, los americanos temen que España busque reforzar su posición ante las inminentes conversaciones para fijar los límites territoriales entre ambas naciones. Con las relaciones así enrarecidas, la negociación con la naciente república norteamericana se presenta ardua.

LA FRONTERA DE LA DISCORDIA CON LOS ESTADOS UNIDOS

Nada más entrar John Jay en el gabinete, el conde de Aranda le muestra un gran mapa de Norteamérica, titulado en francés y alemán:

Amérique Septentrionale avec les routes, distances en milles, villages et établissements = = les 8 feuilles françois et anglois = = par le Dr. Mitchel traduit de l'anglois par Le Rouge Ingénieur Géographe du Roa rue des grands Augustins 1753

North America so Doctor Mitchel zu London in 1775 ten jahr ausgegeben jetzaber in des franzosische ubersetzet [55]

Son las diez de la mañana del sábado 3 de agosto de 1782 en París. Ambos diplomáticos se disponen a discutir las fronteras entre España y los Estados Unidos, las dos naciones que, frente a frente, van a tener que convivir. Ambas coparán, junto con el Canadá inglés, el inmenso territorio de Norteamérica. La corte de Carlos III aún no ha reconocido la independencia de las colonias y el tratado de amistad y alianza que han reclamado durante años sigue en el aire. Pero la guerra contra los británicos se decanta ya claramente del lado de los insurgentes y se suceden conversaciones de paz a varias bandas. Es hora de diseñar el futuro.

El plenipotenciario estadounidense, que se ha trasladado de Madrid a París a instancias de Benjamin Franklin, plantea enseguida su primera objeción al embajador español. No hay duda, la negociación va a ser complicada. Sugiere ver «otros mapas parciales y provinciales». Aranda asegura que se los mostrará, pero más adelante:

—Primero es formar la idea en grande y en totalidad para una línea de

demarcación entre los dominios que hubiesen de quedar a la España y los trece Estados Unidos, cuya regla ha de ser la de puntos capitales conocidos e indelebles, sin pararse en cien leguas más o menos —puntualiza—. De todos modos, dicha línea divisoria ha de caer por la mayor parte en países bárbaros, los cuales tocará después a cada uno el domesticarlos para que sean unas barreras tranquilas entre ambos imperios.

Al menos en este planteamiento general se muestran de acuerdo. Continúa el tanteo entre los negociadores. El anfitrión pregunta a su invitado:

—¿Por dónde tiraría su línea divisoria?

—Por una separación marcada como el río Misisipi —contesta Jay poniendo el dedo en el origen de este río en el mapa y siguiendo su curso hacia abajo, casi hasta Nueva Orleans. Aranda observa, suspicaz.

—¿Su idea es quitarnos la Florida Occidental, que sobre ser nuestra antiguamente, hemos reconquistado a los ingleses? —inquiere el español, que pronto percibe el apetito territorial de los americanos.

—Como las colonias nos subrogamos en los derechos de la Inglaterra y esta tiene aquellos límites reconocidos, no se nos pueden negar los mismos desde el origen del Misisipi hasta donde empiece el verdadero límite de la Florida Occidental.

El conde de Aranda le rebate estas pretensiones con su propio razonamiento:

—Habiendo conquistado la España la Florida, por cuya consideración se han establecido los límites de todo el Misisipi en el Tratado de París, la España se ha subrogado por su reconquista de la provincia en los derechos del dicho tratado.

—Las provincias, en sus establecimientos de la Corona británica, tienen en sus *chartres* 56 indefinida la extensión por su espalda y la parte del Misisipi que no fuese antigua demarcación de la sola Florida no pertenecería a la reconquista de la España, sino a la Inglaterra, y en su defecto a las colonias sus representantes.

Aranda se opone de plano a esa interpretación ventajista, según la cual las colonias tendrían reconocida la facultad de expandirse sin límite hasta el Pacífico. Trata de desmontarla:

—Esa imaginaria extensión acordada por la Corona británica a sus

establecimientos da igual derecho a cualquiera otro príncipe en los espacios imaginarios. Podría la España tirar sus visuales desde la Luisiana y la costa de la Florida por ambos flancos a subir entre dos líneas paralelas hasta el país del norte más incógnito y congelado, en cuya forma se cruzarían las líneas, y los mapas se reducirían a cuadrados lineares con igual derecho por cada uno. Más probable es que el que tiene la boca del río Misisipi y su curso inferior por largo trecho tenga derecho a remontarlo como suyo siempre.

Déjese de tales pretensiones por las líneas indefinidas en los mapas ingleses —le advierte—, pues aun este mismo que le presento las tiene y no he considerado yo jamás que eso suponga nada.

El embajador español insiste en dejar claro desde esta primera conversación las bases sobre las que se debe fijar la frontera:

—El terreno habitado y poseído por las colonias resulta del mismo mapa, y de los provinciales particulares que a su tiempo tendremos presentes. Todo lo que vemos fuera de la línea magistral de límites de las colonias es país de bárbaros, el cual es igual el derecho de nuestras dos partes, o igual la sinrazón de quererlo.

No cree Aranda que ninguna de las dos partes tenga preferencia sobre esas tierras habitadas por nativos. Si acaso aboga por atribuirlo fijando «puntos indelebles» y que luego cada una vista «como pudiese aquel cuerpo desnudo».

Tras este forcejeo inicial, entran en los pormenores. El español recalca que el curso bajo de los ríos debe quedar, a partir de cierto punto, para «un solo dueño». Jay pide que se lo señale sobre el papel. Así lo hace el conde de Aranda. Se acerca al mapa y, de su propia mano, traza una línea en rojo que recorre la geografía del vasto continente de

norte a sur. De los Grandes Lagos hasta la Florida. Él mismo la detalla en su diario de las negociaciones:

En la parte de línea de confrontación fui a tomar expresamente en la punta de los Lagos, a empezar del Superior y la seguida marginal de parte de ellos hasta la punta del Erié u Oswego, como posiciones que no podían dejar a sus espaldas nada disputable, y con la mira de que poniendo la España en ciertos puntos un presidio estuviese a la vista de su confrontante e hiciese lo que quisiese de permitir o no tráfico con establecimiento. Vine después a caer al confluente del río Gran

Conhaway[57] con el Ohio, para ir a buscar el recodo más entrante de la Carolina meridional, a fin de continuar la demarcación como visual a un lago en la tierra de los Apalaches,[58] o George River,[59] pero sin llegar a él, sino marcando solo el cabo de la línea como indicante a caer hacia allí, dejándola sin correr al acercarse de los límites de Georgia y Florida hasta saber cuáles fuesen los verdaderos.

Pregunta Jay:

—¿Por qué la pasa ahí, sin correrla hasta ese lago?

—Siendo aún la Florida Oriental de los ingleses, no debemos tirar líneas en su interior —aclara el embajador español, quedando su interlocutor conforme.

Según Aranda, su propósito al extender de ese modo la línea magistral es «ver venir a los americanos con más moderación», después de que John Jay se hubiera

«internado tanto», queriendo «todo el río Misisipi por demarcación».

El conde aragonés quiere alejar a los americanos de ese cauce y los límites planteados permiten a España mantener su presencia en un amplio territorio al este del Misisipi. En la parte alta, entre el Ohio y los Grandes Lagos, incluye el lugar donde se encontraba el fuerte San José y la región de la que Eugene Pourée tomó posesión en 1781. Su primera explicación

abraza cualquier modificación de lagos para abajo, esto es de Norte a Sud, que es país conocido y más interesante a nosotros que de lagos arriba. El dejarles el uso y navegación de todos ellos, que se comunican entre sí como el llamado Superior, el Míchigan, el Hurón, el Erie u Oswego y el Ontario, ha de ser grato a los americanos y a nosotros serían inútiles, porque no comunican con nuestros ríos y serían causa de cuestiones en aquel abandono tan distante, atribuyéndonos su derecho por mitades.[60]

Aranda confiesa con esta reflexión no estar demasiado interesado en los Grandes Lagos. Apunta así seguramente una razón fundamental por la que España no hará valer a la postre la conquista de 1781: esa región queda en la vertiente que da al río San Lorenzo, que recorre el Canadá británico y va a dar al Atlántico, y no en la cuenca del Misisipi que desemboca en el golfo de México, por lo que el embajador español la ve de poco provecho y potencial fuente de problemas.

© Toto Balaguer / Album

Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda.

En cualquier caso, los comisionados del Congreso estadounidense mantienen sus recelos. El asalto al fuerte San José sobrevuela las

conversaciones. Aunque no lo mencionen abiertamente en ellas, esta incursión de la que han tenido noticia hace solo unos meses sigue pesando en la opinión de los americanos. De hecho, tras conocer la

frontera propuesta por Aranda en su primera cita con Jay, Benjamin Franklin cree confirmados sus temores de que los españoles buscan confinar a la nueva nación entre los Apalaches y el Atlántico. El 12 de agosto, exactamente cuatro meses después de la primera carta en la que mencionaba la conquista del fuerte inglés, insiste al secretario de Estado Livingston:

El señor Jay le informará de lo que sucede entre él y el embajador español con respecto al propuesto tratado con España. Solo mencionaré que mi conjetura sobre el propósito de esa corte de encerrarnos en las montañas Allegheny[61] es ahora manifiesta. Espero que el Congreso insista en el Misisipi como frontera y en la libre navegación del río, de la que podrían excluirnos por completo.[62]

En realidad, los líderes norteamericanos estaban avisados desde enero de 1780, un año antes del asalto a San José, de que la entrada de España en guerra contra Gran Bretaña podía implicar conquistas al este del Misisipi. Según las actas secretas del Congreso, un comité señaló entonces que el plenipotenciario de Francia ante los Estados Unidos, Anne-César de la Luzerne, había informado de parte de Luis XVI de «ciertos artículos» que Carlos III juzgaba «de gran importancia» para sus intereses. Los tres primeros se referían a «una frontera con los Estados Unidos precisa e invariable», la

«exclusiva navegación del Misisipi» y «la posesión de las Floridas». Pero el cuarto afirmaba: «Las tierras en la parte izquierda u oriental del río Misisipi». Este último suponía, según el chevalier de la Luzerne, que

las tierras que se hallan en el lado este del Misisipi, en las que los establecimientos estaban prohibidos por la proclamación antes mencionada,[63] son posesiones de la Corona de Gran Bretaña y objetos propios contra los cuales las armas de España pueden ser empleadas con el propósito de realizar una conquista permanente para la Corona española. Que tal conquista probablemente pueda realizarse durante la actual guerra. Que, por lo tanto, sería aconsejable impedir que los

estados del sur realicen establecimientos o conquistas en esos territorios.64

En todo caso, el primer encuentro entre el conde de Aranda y el representante americano a principios de agosto acaba sin grandes avances sobre la frontera. Todo queda abierto. De momento han expuesto las posturas de partida y la línea roja de Aranda servirá para empezar a negociar. El acuerdo no parece cercano.

LA LÍNEA ROJA DE ARANDA Y LA FIRMA DE LA PAZ

En los días siguientes a la toma de contacto inicial, el embajador español envía a John Jay un atlas para que vaya avanzando en la cuestión. Tras dos semanas sin noticias, se tropieza con él y Franklin en Versalles, al salir de la residencia del conde Vergennes. Los americanos se apean para entrar a continuación a ver al ministro francés.

—¿Se entretiene con el atlas de las colonias que le pasé? —pregunta el embajador español tras los saludos de rigor—. ¿Lo halla a propósito?

—Sí, es muy bueno —asiente John Jay—. No sabía que hubiese mejores cartas que

las inglesas.

—Hablaremos siempre que guste —le emplaza con cortesía.

—Cuanto antes —se ofrece el plenipotenciario americano.

Aranda regresa dos días después a Versalles. Intenta que Francia respalde su postura ante los americanos. Vergennes le saca el mapa de Mitchel con la demarcación de límites que propuso el embajador español y que Jay le ha entregado a su vez. Pero Vergennes anda ocupado y tienen que dejar la conversación para otro día.

El ministro de Luis XVI lo recibe de nuevo el viernes 23. Tras exponerle sus puntos de vista y los motivos para trazar su línea roja por donde lo hizo, Vergennes le da la razón en que es «irregular» que Jay pretenda «tirar sus límites hasta el total curso del río Misisipi».

—Jay me dijo que las colonias tenían adelantados varios establecimientos a sus espaldas y consiguientemente más adentro de la línea roja —refiere el jefe de la diplomacia francesa sobre su reciente diálogo con el americano.

—Eso mismo lo manifestó Jay en el mapa. Yo estoy pronto a reconocer cuantos tengan hechos, pero hasta que los expresen, nos hemos de gobernar por los límites de los mapas. Precisamente para venir el caso de que Jay produzca *nominatim* cuanto pueda pertenecerle, he empezado yo por tirar esa línea, porque según veo en su cortedad de palabras, y aun difícil inteligencia del francés y del español, no se pueden seguir con él discursos tirados.

El diplomático aragonés recalca que el Misisipi no puede ser, sin más, el límite entre los territorios americano y español. Trata de mantener la frontera a cierta distancia del río, aunque al tiempo se muestra flexible:

No puedo, según mis instrucciones, consentir en el lindero del Misisipi, y a todas las razones es evidente que no conviene. Por lo demás no me haré escrupuloso en tan vasta extensión por muchas leguas más o menos. Si Su Excelencia quiere tomar la pena de intervenir, yo se lo agradezco, pero empiece por hacer explicar bien a Jay concretadamente.

Sugiere entonces Vergennes que se les una Joseph-Mathias Gérard de Rayneval, primer oficial de su secretaría y «persona muy bien instruida de aquella parte en cuestión», además de hablar inglés y estar habituado a tratar con Jay. Este experimentado diplomático será clave en la redacción del Tratado de París de 1783.

Al bajar Rayneval, el ministro es requerido para despachar un asunto, de modo que Aranda y él pasan a otra sala con el mapa para platicar a solas. Empieza el representante español por referir la «extraña» pretensión de Jay de extender el territorio de las colonias al Misisipi:

—El mismo monarca inglés, que antigua y arbitrariamente les había permitido tirar líneas indefinidas del este al oeste, ya no estaría en el caso de consentirlas, sino de cruzarlas con otras suyas de norte a sur del Canadá a la Florida, considerando estas dos posesiones como patrimonio de la Corona conquistado. A más que en el centro hay diferentes naciones no sumisas hasta ahora por nadie. Y con todo eso

Jay quiere atravesar sin reparo hasta el Misisipi.

El funcionario francés ve justa su observación y le aporta nuevos argumentos en su favor:

—Mientras la Luisiana y el Canadá pertenecían a la Francia, siempre consideró esta todo el intermedio como suyo, aun los lagos, sin pararse en formar línea media, por la regla de que Canadá y Luisiana todo era del mismo dueño. Pero aún más. Perdido el Canadá por la Francia, cuando se trató de considerarle límites respecto a la Luisiana que restaba a la Francia, argumentaron los ingleses con que los del Canadá llegaban a todo el curso del Ohio y Misisipi, por haberlo así declarado Mr. de Vaudreuil, gobernador francés del Canadá, en una explicación provisional que se había hecho entre los comandantes de ambas naciones cuando los ingleses lo conquistaron, y en fuerza de

este argumento a la paz se quedaron los ingleses con aquella demarcación del Canadá con el Misisipi, y con el mismo río hasta el mar, por razón de la Florida conquistada de la España, y la parte francesa de la Mobile. Esto supuesto, los americanos por la orilla derecha del Ohio no pueden pretender extenderse, pues no habiéndose hecho dueños del Canadá, toca a la Inglaterra; y a este símil tampoco deben adquirir la orilla izquierda, pues la misma Corona británica pretendería extender las Floridas hasta el Ohio por detrás de la Georgia, las Carolinas y Virginia.

El agudo diplomático se acerca entonces al mapa para buscar el fuerte Tolos,[65]

sobre el río Alabama. Ese lugar, «cuando Francia poseía la parte del Mobile al otro lado del Misisipi, entre este y la Florida española», se fijó como «punto de apoyo y límite para ingleses y españoles». Desde la boca de ese río hacia arriba «siempre se había considerado bajo el nombre genérico, y como tal se juntaba por arriba con el Canadá».

En los días siguientes el conde de Aranda sigue en conversaciones con los franceses para afinar su postura ante Jay. El domingo 25, día de embajadores trasladado del martes por la festividad de san Luis, ve salir a Rayneval del gabinete de Vergennes con el mapa bajo el brazo. Tras cruzar unas palabras con él, se reúne una vez más con el ministro. Este le pregunta:

—¿Insistirá en la línea roja?

—No, siempre que salvemos el dejar bien distantes del Misisipi a los colonos y fijemos algunos puntos indelebles.

Vergennes se muestra de acuerdo, pero interroga de nuevo al embajador español:

—Si Jay no entiende la razón, habrá el medio de convenir en que las naciones bárbaras intermedias queden neutras y trafiquen con españoles y colonos…

Negociación de las fronteras entre España y los Estados Unidos

Españoles y norteamericanos empiezan a tratar sobre los límites de sus territorios desde antes del fin de la guerra contra los ingleses, aunque no llegan a un acuerdo hasta 1795.

Fuentes

Diario de Aranda sobre los límites con las Colonias. Primera sesión, 3 de agosto de 1782, A. H. N., E., 3885, antes 3883; Juan Francisco Yela Utrilla, *España ante la independencia de los Estados Unidos*. Istmo, Madrid, 1988; Samuel Flagg Bemis, *The Rayneval Memoranda of 1782 on Western boundaries and some comments on the French historian Doniol*, en *Proceedings of the American Antiquarian Society*, Vol. 47, Part 1, American Antiquarian Society, abril de 1937; *Tratado de Amistad, Límites y Navegación celebrado entre España y los Estados Unidos de América, firmado en San Lorenzo el Real el 27 de octubre de 1795*, A. H. N., E. 3370, Exp. 14, y Charles O. Paullin, *Atlas of the Historical Geography of the United States*, ed. John K. Wright. Washington, D.C.: Carnegie Institution, 1932. Digital edition edited by Robert K. Nelson *et al.*, 2013.

—Sin duda, mas como esto tendrá con el tiempo su alteración, porque los colonos, pueblo nuevo creciente, con pretexto de contener o castigar a los bárbaros se irán entrando para apropiarse aquellos terrenos mucho mejores y más templados que los antiguos de la costa, siempre será bueno aun en el caso de la neutralidad de aquellas naciones fijar algún meridiano o línea inteligible de que ninguno de los dos pueda pasar.

La estrategia del embajador de España es clara. Propone de entrada una frontera lo más al este del Misisipi posible, si bien dándose margen para modificarla durante la negociación. Asímismo, pretende dejar una franja intermedia poblada por «bárbaros», pero teme que los americanos se la apropien y busca fijar un límite que no puedan rebasar nunca.

Con el mapa delante, los condes de Vergennes y Aranda se enfrascan en una discusión sobre los puntos por donde deba pasar la línea divisoria entre las dos naciones: el francés que si ha de ir hasta el Wabash para contentar a los americanos; el español que si ese río está demasiado cerca del Misisipi…

En medio del debate, Aranda deja caer este comentario:

—Reconocido por la Francia como Canadá desde el Ohio al norte, y perteneciendo

a los ingleses, es menester que reflexionemos cómo tratamos americanos y españoles de límites, en lo que aún se puede decir pertenecer a los ingleses y que ni unos ni otros habemos siquiera pisado con algún destacamento para suponer que habemos tomado posesión.

Con esta última frase el embajador español parece ignorar, o no tener en cuenta, la conquista del fuerte San José y de las riberas del río Ilinueses que con tanto esfuerzo lograron Eugene Pourée y los hombres que lo acompañaban en el invierno del año anterior. Pese a los temores de Benjamin Franklin, Aranda renuncia a explotar esa baza en las negociaciones con los Estados Unidos. Tal vez las cosas no siempre se vean igual a miles de leguas de distancia y aquella remota región junto al lago Míchigan carezca de valor para una España preocupada por conservar las joyas de su todavía gigantesco imperio.

En cualquier caso, subraya una y otra vez Aranda, la línea divisoria con el territorio de los Estados Unidos siempre conviene «distante del

Misisipi». Llega a indicar que, si el embajador americano se mantiene en sus trece, tal vez no sea él con quien haya que hablar:

—Si Jay no quisiese ponerse en la razón de renunciar al Misisipi, tendría que plegarse a la objeción de que la España no había de tratar aquello con los americanos, sino con los ingleses.

Al día siguiente, entre la una y las dos, se vuelven a ver las caras el embajador español y el estadounidense. La cita comienza cargada de tensión. Vuelve John Jay a

poner pegas sobre el mapa de Mitchel. No le parece exacto. Aranda replica que «para el golpe de ojo» no hay carta mejor. Y añade, «en tono natural de franqueza»:

—Para Su Excelencia cualquiera sería buena, si no salía de su primera proposición del Misisipi por límites, porque ese modo de señalar estos no necesita de mapas, sino de pluma para escribirlo.

—A mi partida de las colonias me lo impusieron sin arbitrio, así que no puedo salir de ello.

Aranda se enerva. Aunque sabe que los poderes de Jay no le autorizan a arreglar límites, no quiere darle «un asidero» para aferrarse a la frontera del Misisipi. Le advierte, en cambio, de que «una cosa son las instrucciones y otra las facultades». Y

añade:

—Todos lo tenemos por plenipotenciario. Si dice traer la lección hecha sin recurso a variación alguna, son ociosas conferencias, cartas geográficas ni razones persuasivas.

—En el punto del Misisipi, ni me han dicho otra cosa, ni tengo arbitrio —repite Jay como un muro.

—¿Cómo pues hizo en Madrid mientras trató de límites? —Espeta el diplomático español, recordando su oferta en 1781 de renunciar a la navegación por el gran río.

—Una vez sola, cuando hice mi explicación de ellos general para el río Misisipi, se me dijo redondamente que eso no podía ser, sin darme más razones —se justifica—.

Habiéndose quedado la cosa así, también yo me mantuve en no moverme para nada.

—La respuesta de mi Corte fue natural y correspondiente a su inaudita pretensión

—explica Aranda, molesto—. Viéndola desde luego inadmisible, le tocaba a usted haber solicitado el saber de la España cómo la quería y entonces, rebatiendo sus ideas y dando razones sobre las del Congreso, cuando le hubiese faltado el poder necesario para convenir, hubiera a lo menos puesto en limpio las recíprocas pretensiones.

Tras una nueva andanada de recriminaciones al impertérrito americano, Aranda concluye con disgusto: «Tendremos que quedarnos como estamos».

Pero la agria conferencia no termina ahí. Aranda recuerda a Jay cuánto ha ayudado España a las colonias, ««tanto por los socorros secretos dados, cuanto por la declaración de la guerra, distrayendo las fuerzas del enemigo». El americano, que había llegado a Cádiz deshaciéndose en alabanzas a Su Majestad Católica y suplicando ayuda para las

letras que los Estados Unidos no podían pagar, responde ahora con frialdad: «Sí, en algunas ayudas de costas». Sobre la guerra se permite incluso censurar que en Madrid lo habían «entretenido con que se ayudaría a las colonias con las armas de España», pero estas «se dedicaban a conquistar para sí la Florida». A su parecer, esto «en nada»

ayudó a la lucha de los americanos en Nueva York ni Charleston. Aranda no sale de su asombro.

—No me aguardaba de sus luces un supuesto tan extraño como el no tomar por distracción del enemigo el atacarle sus posesiones, que en regla de buena guerra cualquier aliado que está fronterizo entra por su lado y así la España, teniendo la Luisiana y pudiendo llamar hacia la Florida parte de las fuerzas inglesas que se hubieran estado en otros puestos, hizo lo que toda la razón le dictaba.

—Ojalá no hubiesen tomado Panzacola, pues se dejó ir su guarnición a Nueva York

—acusa ahora Jay ante un Aranda indignado— y su consistencia fue un refuerzo considerable para los ingleses.

—Nos hace agravio en pensar que con conocimiento se hubiese dejado ir la guarnición de Panzacola a Nueva York. Aquello fue una interpretación de los ingleses de mala fe. Lo más que podría decir —

concede— es el que la capitulación se había podido especificar más, diciendo no tomar las armas contra ninguno de los beligerantes, en lugar de la voz aliados, o haber impuesto indispensablemente el regreso a Europa, y cuando en esto hubiese habido algún descuido, lo sería del oficial que la hizo, mas no de la Corte.

Tras hora y media de tirante conversación, la reunión concluye de manera abrupta.

Jay se despide expresando, «en sus pocas palabras habituales», que ya ve «las cosas muy diferentemente que a su llegada» y que desearía que su comisión pudiese tener

«un justo cumplimiento».[66]

Dejando al plenipotenciario como causa perdida, el conde de Aranda se vuelve a reunir con los franceses el viernes 30 de agosto. Junto con Rayneval, delimita sobre el mapa el territorio americano: desde el fuerte de Tolosa al río Ohio, pasando por la confluencia del Pelisipi con el Cherakeés y por el origen del Cumberland. La frontera marcada en la línea roja inicial de Aranda pasa ahora algo más al oeste, aunque todavía lejos del Misisipi. El *premier commis* francés elaborará un memorándum en el que defiende las tesis españolas, aunque intenta acercar posturas con los americanos.[67] No obstante, admite Aranda,

es verdad que los ingleses serían siempre dueños de todo el espacio del Misisipi y del Ohio para el Norte, por no podérseles negar como dependencia del Canadá reconocida por la Francia.[68]

Pasa por alto otra vez la conquista y toma de posesión en 1781 del fuerte San José y las tierras bañadas por el río Ilinueses.

Desde Madrid, el conde de Floridablanca no se sorprende de los «pasajes» de Aranda con John Jay en París. Va «descubriendo» en él «la misma singularidad e inconsecuencia» que ya advirtieron en la corte durante su estancia en Madrid, comenta.

El secretario de Estado español confía en que «las luces» de Rayneval ayuden ahora al embajador «para el arreglo de límites en la América Septentrional», pero pide

que no queden cosas dudosas, de cuyas resultas puedan nacer a los primeros años del sosiego general disputas, desavenencias y acaso hostilidades entre los respectivos fronterizos.

Floridablanca confirma que Jay «ofreció formalmente y por escrito desistir de la navegación del Misisipi» e incluye como prueba una copia de la propuesta. Lo planteaba «como condición del pronto reconocimiento de la independencia». Pero recuerda que «nada se pudo sacar en claro» de las conversaciones con él, puesto que

«sus dos puntos redondos» eran: «Reconozca la España la independencia, denos la España dinero».69

Pronto los americanos hacen patente que ya quieren volar solos. En cuanto ven la oportunidad, no esperan ni a España ni a Francia. Con la suerte de la guerra a su favor, se apresuran a sellar la paz con Gran Bretaña y obtener la anhelada independencia. A pesar de que siempre habían garantizado que no alcanzarían por su cuenta acuerdo alguno con la antigua metrópoli.

El 30 de noviembre de 1782, Benjamin Franklin, John Jay, John Adams y Henry Laurens suscriben el acuerdo preliminar con el británico Richard Oswald. Menos de dos meses después, el 20 de enero de 1783, España y Francia ponen fin a las hostilidades en un tratado, también preliminar, con Gran Bretaña y los Estados Unidos.70 Solo falta la firma formal del que se conocerá como Tratado de París, que llega el 3 de septiembre.71

La guerra ha terminado.

Una nueva nación, los Estados Unidos de América, hace acto de presencia en el tablero mundial. Mientras, España recupera la Florida Oriental y conserva la occidental, además de Menorca y sus posesiones en Centroamérica, y los ingleses se quedan Gibraltar y las Bahamas.72

Pero la enconada cuestión de las fronteras entre españoles y estadounidenses permanece inconclusa. Así seguirá durante unos cuantos años.

EL HÉROE DEL FUERTE SAN JOSÉ RECOMIENDA SU ALMA A DIOS

Eugene Pourée yace en la cama la víspera del Día de Reyes de 1783. Se acerca hasta su casa en San Luis el subteniente del Regimiento de Infantería Fijo de la Luisiana y comandante interino del pueblo de San Luis, Pedro Olivier, acompañado de los testigos de asistencia José Piernas y Gaspard Roubieu. Los tres lo encuentran sobre el lecho enfermo, «sano no obstante de juicio y entera memoria», coinciden. Viendo cerca su hora final, Beausoleil pide a Olivier que reciba su testamento y postrimera voluntad, y los extienda por escrito:73

Primeramente teniendo presente que no hay nada más seguro que la muerte y nada de más incierto que la hora en que debe acometernos, como buen christiano C. A. y R.74, queriendo arreglar mis negocios tanto espirituales como temporales, antes de todo digo que firmemente creo en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en todo lo demás que cree, predica y confiesa la Santa Iglesia C.

A. y R., en cuya fe he vivido y protesto vivir y morir. Por tanto, recomendando mi alma a Dios, ruego y suplico a María Santísima, nuestra piadosa madre, a San José, al arcángel San Gabriel y a todos los demás Santos y Santas, Ángeles y Arcángeles de la Corte Celestial quieran y se dignen proteger mi alma por los méritos y pasión de Jesús Christo nuestro Salvador, pidiendo al todo poderoso que la perdone y admita en Su Santa Gloria, y mando a la tierra que reciba mi cuerpo de que fue criado.

Después de encomendar su ánima al Señor, pasa a ordenar los asuntos sobre la Tierra. Ha pasado muchos trabajos para salir adelante en la exigente vida del Misisipi, bregando con indígenas, franceses, españoles e ingleses, y ahora no quiere dejar cargas atrás. Sin hijos, lega todas sus posesiones a su querida María Josefa:

Quiero y mando que, si Dios me llama a Juicio, de todos los actuales bienes que poseo y tengo en mi poder, se satisfagan y paguen privilegiadamente todas las deudas que yo tengo contraídas y constaren ser legítimas, y es mi voluntad que desde el instante que yo falleciere todos los demás bienes, fondos que me quedaren, muebles, inmuebles, dinero y pretensiones de cualquiera especie y calidad, que sean tanto los que tengo y poseo en esta provincia o en cualquiera otra

parte en donde se encontraren bienes a mí pertenecientes, los herede todos, disfrute y goce para siempre como legítima, única y general heredera de ellos mi esposa doña Josefa Goudeau, pues desde este instante la constituyo sola y universal heredera mía, sin que ningún tribunal ni otra Justicia que la militar pueda intervenir después de mi muerte al examen y entrega de todos mis dichos bienes a mi enunciada esposa, pues así es mi voluntad.

En paz con Dios y con sus deudores, pasa entonces a dictar sus deseos para el sepelio.

Dejo a la disposición y albedrío de mi precitada esposa doña Josefa Goudeau el que se me haga el entierro y se digan para el descanso de mi alma las oraciones fúnebres que ella quiera.

Concluye Pourée. Son las últimas palabras que deja para la posteridad. Al pie de la cama, anota Pedro Olivier junto a José Piernas y Gaspard Roubieu:

Revoco y anulo cualesquiera otros testamentos, codicilios, actos, poderes, donaciones y disposiciones que yo tenga o haya hecho por escrito o de palabra antes de este presente testamento, como nulos y de ningún valor, pues solo quiero que este último se cumpla, guarde, ejecute y observe en todo su tenor y que se le dé entera fe y creencia como mi última y postrimera voluntad.

Tras otorgar testamento, «sin tener nada que aumentar ni disminuir de esta su última voluntad», Pourée firma el documento de su propio puño ante Olivier y los testigos de asistencia, que estampan también sus nombres para dar fe.

La agonía del enfermo se prolonga todavía unos meses. María Josefa se prepara para perder a su marido.[75] En febrero se le adjudican en pública almoneda dos esclavos dejados a su muerte por la vecina Francisca Millert, uno llamado Jacobo, de sesenta años, y su esposa Francisca, de cincuenta, rematados ambos en 2.250 libras.[76]

El final está próximo. El padre Bernard, capuchino misionero a cargo de la iglesia del puesto, administra los últimos sacramentos. Ya está listo para partir.

Eugene Pourée, alias Beausoleil, comerciante, teniente de infantería graduado y capitán de la Segunda Compañía de Milicias del Pueblo de San Luis, el héroe del fuerte de San José que llevó la bandera de España hasta donde nadie lo había hecho, deja este mundo el 30 de abril de 1783.[77]

11

Nueva era en América del Norte

TERROR A LOS AMERICANOS: «NUESTRA SANGRE POR ESPAÑA»

El 5 de agosto de 1784 llegan a San Luis 260 indígenas iroquas,[1] cherakis,[2] chavanones,[3]

chicachas,[4] chaquetas[5] y lups[6] procedentes del lado americano. Entre ellos, buen número de «jefes principales y considerables». Traen «grandes collares de porselina»

para el comandante Francisco Cruzat, al que acuden en busca de auxilio. Están desolados.

Se forma un gran consejo. Tras las formalidades propias de la ocasión, le exponen su profunda zozobra por el trato que reciben de los americanos tras lograr su independencia y extender sus asentamientos en la orilla este del Misisipi. Cruzat escucha con respeto:

Padre Español, nosotros, desde el instante que tuvimos la desgracia de perder a nuestro Padre el Francés y supimos que los españoles debían ser nuestros vecinos, deseamos el conocerlos y el poder entablar con ellos una sincera amistad que nos asegurase su afecto, pero el Amo de la Vida dispuso que nuestras tierras fuesen habitadas por los ingleses y que estos nos dominasen tiranamente, hasta que ellos y los americanos, desuniendo sus intereses, formaron dos naciones diferentes. Este instante ha sido para nosotros el más fuerte golpe que se nos puede dar a menos de destruirnos enteramente, pues los americanos, mucho más ambiciosos y populativos que los ingleses, nos echan fuera de nuestras tierras, formando en ellas grandes

establecimientos, extendiéndose en los territorios de la Bella Rivera (que habitamos) como una plaga de langostas, y tratándonos como a sus más crueles enemigos, de modo que hoy día el hambre, el torrente impetuoso de la guerra que nos hacen y las más aflictivas calamidades tienen a nuestros pueblos lidiando con la muerte y, para más tormento nuestro, cuando queremos ir a ver a los españoles de Panzacola, Mobila y Natchez, nos dicen: «¿Para qué vais a ver a los jefes de una nación pobre que no os dará nada? ¿No sabéis que los españoles hoy os reciben bien y mañana embarrancan los caminos para que no vayáis a molestarlos, y por este medio impediros que conozcáis su flaqueza?».

Pero ellos aseguran que siempre han creído «falsas» esas palabras y que, a pesar de que se las «repiten continuamente», han venido a ver al comandante español para pedirle, como a su «verdadero padre», su «amistad, protección y amparo» y a ofrecer su firme adhesión a España. Le suplican que se digne concederles

el camino abierto para poder venir a saludarte y a nuestros hermanos los españoles, pues si hallamos tu puerta abierta puedes estar seguro que siempre te apretaremos la mano y nos hallarás listos a verter nuestra sangre por la bandera española. Y dinos igualmente si los demás jefes españoles de la Nueva Orleans, Panzacola, Mobila y Natchez nos recibirán como tú lo haces, que es cuanto deseamos para consuelo de nuestras referidas naciones. Esta es nuestra palabra, que acompañamos de estos collares, y tomanos el Cielo y la Tierra por testigos de la sinceridad de nuestro corazón.

Casi tres años y medio después de la expedición al fuerte San José, España ejerce su influjo sobre toda la región de Ilinueses, también al este del Misisipi. Los indígenas de aquella parte se ven como hijos suyos.[7] Cruzat, comprensivo, responde: Jefes considerados y guerreros de las seis naciones que en este instante me dais la mano: es imponderable el sumo gusto con que actualmente os recibo en mis brazos, como a buenos hijos que estimo y quiero verdaderamente. Me alegro el que hayáis llegado en un día claro en el que la azul Plana de los Cielos que habita el Amo de la Vida se halle tan brillante, a fin de que veáis que para los indios nuestros aliados que vienen a verme con un corazón sincero y una boca verídica no hay en los pueblos

españoles día oscuro que les amenace tempestad formada de nuestra mano. Todos los habitantes mis hijos que veis aquí y que tratáis de vuestros hermanos os recibirán en sus casas como si todos vosotros fueseis de nuestra nación, y así podéis experimentar mientras estéis en este pueblo si los españoles merecen el mal concepto que los americanos procuran inspiraros según me decís.

Tras esta larga introducción, el teniente de gobernador añade, a su pesar:

Siento infinitamente el que tengáis tantos quebrantos con los americanos, me conduelo de la aflictiva situación de vuestros pueblos y quisiera que estuviese en mí el remedio. Pronto lo aplicaría con una mano paternal y caritativa, y conoceríais que los jefes españoles son vuestros afectuosos Padres y que toda la nación os estima, pero como hacéis vuestra demora en territorios que no dependen de mi mando, solo puedo demostraros mi buen corazón y el caso que hago de vosotros dándoos en nombre de mi gran jefe que está en la Nueva Orleans este regalo que veis aquí. Por él podéis conocer si los americanos os engañan cuando adelantan calumniantes discursos contra nosotros para impediros seguir el natural impulso que os inclina a nuestra amistad y cariño.

En esta línea, les garantiza que, mientras obren le prometen,

los jefes españoles de la Nueva Orleans, Panzacola, Mobila y Natchez os abrirán las puertas y ventanas de sus casas como yo hago aquí para recibiros y que nunca embarrancarán los caminos para vuestras naciones.

Os doy las gracias de los deseos que me testificáis tener de verter vuestra sangre en defensa de la bandera española y os creo verdaderamente de buena fe. Bajo este concepto os aprieto la mano sinceramente y ruego al Amo de la Vida se apiade de vuestra deplorable situación y la mejore según vuestro anhelo.

Junto con sus palabras de aprecio, entrega a los visitantes un presente. Así lo exige

«el importante caso» de poner a la nación española «en el espíritu de estos indios en un concepto diametralmente opuesto» al que «podía estar por las insinuaciones de los americanos».

Frente a los infundios que esparcen los estadounidenses, ha tenido que dar prueba de su amistad sincera para mantener el ascendiente sobre las tribus del otro lado del río.

Después de pasar seis días en San Luis, se marchan «muy contentos» del recibimiento y el modo en que Cruzat los ha distinguido, «publicando alabanzas de los españoles».[8]

Pero el futuro de la región se dirime lejos de allí. En los despachos de París, España y los Estados Unidos mantienen sus diferencias.

FIN A LA DISPUTA DE LÍMITES: EL TRATADO DE SAN LORENZO

Los tres plenipotenciarios que tiene el Congreso en septiembre de 1784 en París, John Adams, Benjamin Franklin y Thomas Jefferson, comunican al conde de Aranda haber sido comisionados para cerrar con España un tratado de amistad y comercio.[9] El embajador español les sugiere que alguno pase a Madrid para negociar más cerca de la corte,[10] pero ellos prefieren permanecer en la capital francesa, por tener allí acceso a otras potencias.[11]

Carlos III solo acepta tratar los asuntos entre España y los Estados Unidos

«directamente en esta Corte o en la residencia del Congreso de aquellos, por ser lo más regular y más conforme al decoro». Así que, ante la negativa de los plenipotenciarios a

trasladarse a Madrid, destina oficialmente a Diego de Gardoqui, el comerciante bilbaíno que ya servía de modo informal de contacto con los americanos, como encargado de negocios en los Estados Unidos de la América septentrional. Lleva consigo

instrucciones y poderes para tratar y convenir en el arreglo de límites, la navegación privativa para nosotros del Misisipi y el pie en que podrán comerciar los españoles de Europa en los Estados Unidos y los súbditos de estos en los dominios de S. M. en Europa, y aun la garantía recíproca de las respectivas posesiones, si fuere necesario para obtener lo que deseamos en los otros puntos.12

Dada la juventud de la nueva nación, a Gardoqui ni siquiera se le pautan «sus primeros pasos de etiqueta» al llegar a los Estados Unidos, puesto que se desconoce

«qué especie de ceremonial tienen establecido para estos casos aquellos republicanos».

Queda por tanto a su «prudencia» el «ejecutar lo que juzgue más decoroso a su comisión y pueda conducir a hacerle mejor visto y recibido».13

En la cuestión fronteriza Gardoqui debe comunicarse con el teniente general Bernardo de Gálvez, en su calidad de gobernador de las provincias de la Luisiana y la Florida, al que el conde de Floridablanca remite instrucciones específicas. Gálvez le indica que defienda, de forma «irrefragable», territorios al este del Misisipi y al sur del Ohio. Se basa en la toma de posesión de esa región por el capitán Balthazar de Villiers, comandante del puesto de Arkansas, tras cruzar el río en noviembre de 1780. En cambio, no menciona la conquista del fuerte San José unos meses después, por la que Eugene Pourée incorporó a los dominios de Su Majestad Católica los ríos San José e Ilinueses, ambos al norte del Ohio. España renuncia así a reclamar las tierras en los Grandes Lagos ganados para el rey en 1781.14

Diego de Gardoqui presenta sus credenciales ante el Congreso de la Confederación, reunido en Nueva York, en el verano de 1785.15 Al nuevo encargado de negocios le toca lidiar con un viejo conocido de España, John Jay, el antiguo plenipotenciario y ahora secretario de Asuntos Exteriores americano. El bilbaíno tiene claro cuáles son sus puntos débiles: la codicia y una esposa, Sarah Livingston, a la que «gusta que la obsequien» y que lo tiene absolutamente dominado.

No es este solo sujeto que en su país tiene el mismo flaco, porque hay muchos necesitados en el cuerpo que gobierna, y creo que alguna mano que sepa aprovechar los lances, dar algunas comidas y, sobre

todo, convidarles con buenos vinos, podrá sacar partido sin manifestar lo que busca.16

Se suceden meses de reuniones, en los cuales Gardoqui se prodiga en regalos al matrimonio Jay y acompaña a la esposa a bailes y otras distracciones.17 En 1786, los dos diplomáticos pactan un borrador de tratado comercial que deja aparcados los dos asuntos más espinosos: la demarcación de la frontera y la navegación por el Misisipi. En la práctica supone que los americanos renuncien durante veinticinco o treinta años a usar la parte baja de este río.18

Es precisamente al comunicar John Jay al Congreso sus gestiones cuando sale a relucir de nuevo la conquista por España del fuerte San José. Sus posibles implicaciones sobre las fronteras de los Estados Unidos siguen presentes, a pesar de que Gardoqui no haya puesto la cuestión sobre la mesa. En su informe, el ahora secretario de Asuntos Exteriores empieza por explicar que España hace suyas las dos Floridas, incluyendo en la occidental territorios más al norte de los previstos en el tratado entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, sin precisar hasta dónde. También reclama

ciertos puestos y lugares en el Misisipi de los cuales despojó a los ingleses durante la guerra, pero hasta dónde pretenden extender esas reclamaciones sobre el país adyacente, las negociaciones entre el señor Gardoqui y su secretario aún no se han extendido tan minuciosamente como para permitirle determinarlo.

En ese punto recuerda que el 26 de abril de 1782 escribió, aún desde Madrid, una carta al entonces secretario de Asuntos Exteriores en el que llamaba la atención sobre la noticia de la toma de San José publicada el mes anterior en la *Gazeta de Madrid*, de la que incluía una traducción. Y subraya:

Esta es la única circunstancia o transacción que su secretario recuerda haber oído mientras estuvo en España que lo indujera a suponer que Su Católica Majestad deseaba adquirir tierras al este del Misisipi, aparte de las Floridas. Ni el conde de Floridablanca ni el señor Gardoqui, que entonces estaba empleado, ni el señor Del Campo,

jamás insinuaron a su secretario que se esperara o deseara una cesión de territorio alguno por los Estados Unidos. Lo único en lo que se insistió entonces fue en que renunciáramos a toda navegación por el Misisipi debajo de nuestros territorios.

Pero el embajador español en París, adonde se trasladó Jay ese mismo año, «parecía tener ideas muy diferentes sobre la materia», apunta el entonces enviado a Europa por los Estados Unidos. Evoca cómo en ese momento el conde de Aranda trazó sobre un mapa la línea divisoria que pretendía entre España y el oeste de los Estados Unidos. A continuación, agrega:

Aunque su secretario no ha obtenido todavía del señor Gardoqui una especificación exacta y explícita de las reclamaciones españolas, tiene ya buenas razones para creer que se quedan muy por debajo de las sugeridas por el conde de Aranda.[19]

En cuatro años, España ha cedido notablemente en sus demandas territoriales.

Aunque Gardoqui esgrime la incursión de Balthazar de Villiers al este del Misisipi, condena al olvido la conquista del fuerte San José. España nunca más reivindicará como suyos los territorios de los que tomó posesión Eugene Pourée en 1781.

Aun así la exposición de John Jay no convence a los estados sureños, que ven inaceptable renunciar a la navegación por el Misisipi e impiden ratificar el tratado en el Congreso. La Convención de Filadelfia de 1787, de la que saldrá la Constitución de los Estados Unidos, deja la negociación con España en segundo plano. Las lindes entre los dos países siguen sin fijarse.[20]

En diciembre de 1788 fallece Carlos III, el rey que tanto ayudó a los rebeldes americanos y que combatió a Gran Bretaña en una nueva guerra. Será su segundo hijo varón, que sube al trono como Carlos IV, quien deba cerrar la interminable controversia de la frontera.

Mientras tanto crece la presión desde el otro lado del Misisipi. Cada vez más familias se asientan en las apetitosas tierras del oeste estadounidense y ansían utilizar el río sin cortapisas. Solo en el

distrito de Kentucky moran unas cincuenta mil personas.

Más que en toda la Luisiana.[21] De hecho, un francés llamado Wouves d'Argés propone admitir en territorio español a 1.500 alemanes residentes en la otra orilla como fórmula para contener la expansión americana.[22]

En mayo de 1785, una convención de milicianos de Kentucky pide separarse de Virginia, estado al que pertenece, e ingresar en la Unión como la decimocuarta estrella.

Pero un joven y hábil intrigante llamado James Wilkinson se las ingenia para ir más allá.

Aprovechando los sentimientos de agravio en el distrito, transforma esa petición en un

plan para independizar Kentucky no ya de Virginia, sino de los Estados Unidos. Así podrá lograr por sus propios medios el ansiado acceso al Misisipi que los egoístas estados del este no le facilitan. No sería descartable en ese caso una alianza con los británicos para atacar las posesiones españolas. La captura de una embarcación americana en Natchez caldea aún más el ambiente en su favor.

Entonces las maquinaciones de Wilkinson dan un giro inesperado. El joven desciende hasta Nueva Orleans y se presenta ante las autoridades españolas para lanzarles una propuesta que las deja perplejas: convertir la amenaza en arma defensiva.

Se trata de que el nuevo estado independiente sea, en lugar de enemigo potencial, un aliado frente a los Estados Unidos. El Misisipi se abriría únicamente para algunos hombres influyentes. Entre ellos, él mismo y sus amigos, por supuesto. En prueba de su sinceridad, jura lealtad al rey de España.

El gobernador Esteban Miró y el intendente Martín Navarro verían resueltos así parte de los problemas que padecen para proteger con un puñado de soldados un territorio inmenso como la Luisiana. Los rudos pioneros de Kentucky serían ahora sus guardianes. Pero Miró y Navarro no terminan de fiarse. En efecto, en cuanto pasa a ser de dominio público, el proyecto de Wilkinson se desmorona. En 1788 Kentucky solicita al Congreso, al amparo de la nueva Constitución, incorporarse como un nuevo estado de la Unión.

La idea de separar de los Estados Unidos territorios del oeste no era nueva para Diego de Gardoqui. Antes James White, de la zona de

Tennessee, le había hecho una sugerencia similar en Nueva York. El encargado de negocios la trasladó a Madrid, donde el conde de Floridablanca quiere atraer a la devoción española a los habitantes del Misisipi y el Ohio, ya sea por alianza o poniéndolos bajo protección de Su Majestad.

Pero ninguna de las maniobras para situar bajo la órbita española regiones del lado este del Misisipi llegan a buen puerto.23

Al contrario, el empuje desde el otro lado del río sigue en aumento y adquiere tintes hostiles. La posibilidad de una invasión se empieza a tomar en serio. El barón Luis Héctor de Carondelet, gobernador de la provincia desde finales de 1791, adopta medidas más agresivas para proteger el territorio español: crea un escuadrón de galeras que patrullan el Misisipi, construye fuertes militares en ambas orillas y forja una alianza con los pueblos chocta, chicacha, crik24 y cheraki para mantener a raya a los posibles atacantes.

La amenaza no se limita a los americanos. A la Luisiana llegan los ecos de la toma de la Bastilla en 1789, que altera la calma entre los numerosos habitantes de origen francés. Se canta *La marsellesa* por las calles de Nueva Orleans. Carondelet previene de los ciudadanos inadaptados y fanáticos de esta capital, cuya correspondencia con Francia la llena constantemente de intranquilidad y de agitadores cegados por la libertad y la igualdad.

Esos aires libertarios alcanzan a los esclavos, que comienzan a revolverse. Pero el gobernador corta en seco la subversión. Ejecuta a 23, exhibe las cabezas cortadas de cuatro de sus líderes y ordena azotar y encarcelar a otros 22.

Más allá de estas convulsiones internas, desde el exterior la nueva Francia revolucionaria representa un nuevo peligro, ya que añora sus antiguos territorios en América y acaricia la idea de recobrarlos. De hecho, la Asamblea jacobina envía en 1793

al ciudadano Edmond-Charles Gênet como embajador a los Estados Unidos, con instrucciones de reunir un ejército que se lance contra la Luisiana y la Florida Oriental.

Afortunadamente, la operación no cuaja, en parte por el rechazo de la propia Administración americana.25

Sin embargo, España se encuentra debilitada en la escena

internacional. En el invierno de 1789 y 1790, un incidente frente a las desoladas costas del oeste del Canadá está a punto de prender la mecha de otro conflicto armado con Gran Bretaña. El alférez de navío Esteban José Martínez apresa en el estrecho de Nutca, del que los españoles han tomado posesión, a unos comerciantes de pieles británicos que se han entrometido en aquel paraje, incautando sus barcos y otros bienes. La protesta de Londres eleva la tensión hasta poner a ambos países en pie de guerra. Pero entonces la Francia revolucionaria decide romper el Pacto de Familia. La corte de Carlos IV se ve de repente sola y sin capacidad para enfrentarse a Gran Bretaña y opta por un arreglo humillante.

Por las Convenciones de Nutca firmadas entre 1790 y 1794, devuelve lo confiscado, repara los daños causados y permite el acceso a los comerciantes de pieles.[26]

A quien acaba declarando la guerra Carlos IV en 1793 es precisamente a su antigua aliada, Francia, después de que los revolucionarios decapiten a su pariente Luis XVI en la guillotina. Pero la República Francesa hace valer su creciente poderío militar. Pronto sus victorias fuerzan a España a buscar un acercamiento a los Estados Unidos y acabar con la vieja disputa fronteriza. La flaqueza española favorece la posición negociadora de los americanos.

Un paso importante hacia la firma de un tratado es el acuerdo alcanzado para que los Estados Unidos abonen a España los socorros prestados durante la guerra, tanto en dinero como en efectos. En total, la suma se eleva a 7.944.906 reales, según las cuentas de Diego de Gardoqui.[27] Thomas Pinckney, embajador estadounidense en Gran Bretaña, recibe el encargo de cerrar el tratado.

Entre tanto, los americanos conversan en secreto con los británicos para cancelar sus rencillas territoriales en el noroeste, lo que cristaliza en el Tratado de Jay, así llamado por negociarlo el secretario de Asuntos Exteriores y antiguo plenipotenciario en Madrid. Se firma el 19 de noviembre de 1794.

A su vez, España cierra su conflicto con la República Francesa suscribiendo otro tratado en Basilea el 22 de julio del año siguiente. En él, Carlos IV cede la mitad occidental de la isla de la Española, el futuro Haití, y ambos países se alían ante un posible conflicto con Gran Bretaña.

No es hasta 1795 cuando, al fin, ve la luz el tratado que acaba con el largo pulso entre España y los Estados Unidos y fija los límites entre

las dos potencias vecinas. El conocido como Príncipe de la Paz, Manuel Godoy, en nombre del monarca español, y Thomas Pinckney, en el de los Estados Unidos de América, firman el 27 de octubre de ese año en San Lorenzo el Real el llamado Tratado de Amistad, Límites y Navegación.

Pasa a la historia en España como Tratado de San Lorenzo y en los Estados Unidos como Tratado de Pinckney.

Con él quedan zanjadas las querellas territoriales que han dañado durante años la sintonía entre españoles y americanos. Además de proclamar «una paz sólida e inviolable y una amistad sincera entre S. M. Católica, sus sucesores y súbditos, y los Estados Unidos y sus ciudadanos, sin excepción de personas y lugares», establece las lindes que separarán los Estados Unidos de los dominios españoles. Por el sur, la frontera con las Floridas occidental y oriental españolas

se demarcará por una línea que empiece en el río Misisipi, en la parte más septentrional del grado treinta y uno al norte del Ecuador, y que desde allí siga en derechura al este hasta el medio del río Apalachicola o Catahouche; desde allí por la mitad de este río hasta su unión con el Flint, de allí en derechura hasta el nacimiento del río Sta. María, y de allí bajando por el medio de este río hasta el océano Atlántico.

Al oeste el borde de los Estados Unidos con la Luisiana española queda fijada

en medio del canal o madre del río Misisipi desde el límite septentrional de dichos Estados hasta el complemento de los treinta y un grados de latitud al norte del Ecuador.

En lo tocante al Misisipi, el punto de fricción de España con los americanos durante décadas, primero como colonos británicos y luego como ciudadanos de una nación independiente,

S. M. Católica ha convenido igualmente en que la navegación de dicho

río en toda su extensión desde su origen hasta el océano será libre solo a sus súbditos y a los ciudadanos de los Estados Unidos, a menos que por algún tratado particular haga extensiva esta libertad a súbditos de otras potencias.

Entre las estipulaciones se incluye el permiso de Su Majestad Católica a los estadounidenses para que por espacio de tres años

depositen sus mercaderías y efectos en el Puerto de Nueva Orleans, y que las extraigan sin pagar más derechos que un precio justo por el alquiler de los almacenes, ofreciendo S. M. continuar el término de esta gracia si se experimentase durante aquel tiempo que no es perjudicial a los intereses de la España, o si no conviniese su continuación en aquel Puerto proporcionará en otra parte de las orillas del río Misisipi un igual establecimiento.28

Finalmente, España ha sucumbido a la presión. Pese a su resistencia inicial, no se ha podido negar a compartir la navegación por el Misisipi con los americanos. Además, estos logran llevar su frontera hasta el gran río, como ambicionaban, y obtener una salida a sus productos por el golfo de México. Incluso se les garantiza el derecho a almacenar sus mercaderías en Nueva Orleans. Lejos parecen ahora los días en que el conde de Aranda marcaba en rojo una línea divisoria bien alejada del Misisipi.

Pero los límites fijados en el Tratado de San Lorenzo apenas duran unos años. A la vuelta del nuevo siglo el gran mapa de Norteamérica cambiará de nuevo y los Estados Unidos seguirán su expansión imparable hacia el oeste.

Los días de la Luisiana española están contados.

«VUESTRA BRAVURA JAMÁS SE OLVIDARÁ»: ESPAÑA ARRÍA SU BANDERA

¡Bum, bum, bum...! San Luis se despierta con 20 cañonazos el 9 de

marzo de 1804, el día en que la bandera española se iza por última vez en su plaza. La enseña roja y amarilla[29]

se eleva al amanecer hasta lo alto de un asta plantada entre las cuatro esquinas frente a la Casa de Gobierno. Se ha hecho traer desde el fuerte, donde a su vez queda ondeando el pabellón de la galeota de Su Majestad *La Flecha*.

Así lo ha dejado establecido en unas minuciosas instrucciones Carlos Dehault Delassus, el teniente de gobernador encargado de traspasar la Alta Luisiana a sus nuevos dueños: los Estados Unidos de América.[30]

Más de cuarenta años después de que Luis XV acordara con su primo Carlos III cederle las inabarcables extensiones al oeste del Misisipi, llega la hora de poner fin a la presencia de España aquí.

Mucho se ha movido el mundo desde entonces. En Madrid reina Carlos IV y, desde

París, Napoleón Bonaparte trata de someter bajo su bota al Viejo Continente. Gran Bretaña ha perdido sus colonias al otro lado del océano y, en su lugar, una pujante república llamada los Estados Unidos de América se abre paso ahora en el concierto de naciones.

Pese a la fijación de las fronteras y la cesión de un depósito en Nueva Orleans a los americanos, el Tratado de San Lorenzo apenas ha rebajado la tensión entre España y sus nuevos vecinos. De hecho, su entrada en vigor se demora cerca de tres años por los peligros que persisten sobre la Luisiana. Uno de ellos es la resistencia de los ingleses a evacuar los territorios al noroeste de los Estados Unidos, algo poco tranquilizador para los españoles. Por otra parte, John Quincy Adams, sucesor de George Washington en la presidencia, destapa el 3 de julio de 1797 una conspiración encabezada por el senador y antiguo gobernador de Tennessee William Blount, que planea atacar las plazas españolas de Nueva Madrid,[31] Nueva Orleans y Panzacola.

A la vista de tales amenazas, España se niega a entregar los fuertes de Nogales y Natchez, en la margen oriental del Misisipi, y permanece en guardia. Todavía en julio

de 1797, toma medidas para fortificar San Luis ante la eventualidad de un nuevo ataque británico desde el Canadá.[32]

Entre tanto, Francia, deseosa de recobrar su antiguo imperio en América, vuelve sus ojos hacia la Luisiana. Desde el mismo año 1795

en que se firma el Tratado de San Lorenzo, mantiene con la corte de Carlos IV conversaciones para recuperarla, que se plasman al año siguiente en un primer borrador de traspaso. España pone como condición su perenne demanda: que los ingleses devuelvan Gibraltar.

La inviabilidad de esta exigencia lleva a seguir negociando. Sobre la mesa, nuevas contrapartidas. Francia quiere ahora la Luisiana, la Florida y seis millones de libras anuales durante una década, mientras que Carlos IV reclama el título de Rey de Parma para su cuñado Fernando y una serie de territorios en Italia tomados por Napoleón, entonces un impetuoso general que deslumbra a Europa con sus conquistas.

Pero las negociaciones no terminan de dar fruto y entran en vía muerta hasta julio de 1800. Para entonces Bonaparte ya se ha hecho con el poder en el golpe de Brumario y se ha erigido en primer cónsul de la República. Una Francia cada vez más poderosa vuelve entonces a la carga. Esta vez España ya no ofrece tanta resistencia.[33]

El 1 de octubre de ese año, el 9 de vendimiario del año IX según el calendario de la Revolución, ambos países firman en secreto en San Ildefonso un tratado preliminar: la

«retrocesión» de la Luisiana a sus antiguos dueños a cambio del «engrandecimiento de Su Alteza Real el Infante Duque de Parma en Italia». El nuevo secretario de Estado, Mariano Luis de Urquijo, en nombre del soberano español, y el general en jefe de Napoleón, Alexandre Berthier, por la República Francesa, son los encargados de sellar el acuerdo en el Palacio Real de La Granja. Carlos IV lo justifica así:

> Habiendo manifestado tiempo ha la República Francesa a Su Majestad el rey de España deseo de volver a entrar en posesión de la colonia de la Luisiana, y habiendo por su parte manifestado siempre Su Majestad Católica una gran ansiedad en procurar a S.A.R. el Duque de Parma un engrandecimiento que ponga sus Estados en Italia en un pie más conforme a su dignidad, los dos gobiernos se comunicaron su objeto sobre estos dos puntos de interés común.[34]

España se deshace de sus vastas posesiones al oeste del Misisipi con tal de satisfacer las ambiciones del hermano de la reina. De hecho, la renuncia a aquel inmenso territorio se camufla bajo el pomposo título

de Tratado con la República

Francesa sobre el engrandecimiento de los Estados de S. A. R. el Infante Duque de Parma y retrocesión de la Luisiana.

Otro tratado suscrito en Aranjuez al año siguiente por Manuel Godoy y Lucien Bonaparte, hermano de Napoleón y su embajador en Madrid, completa la operación.

Ahora se añaden la renuncia del cuñado del rey, Fernando, al ducado de Parma, a cambio de «unas indemnizaciones convenientes en posesiones o en rentas» y de la cesión por Francia al hijo de este, Luis Francisco, del Gran Ducado de Toscana y de su reconocimiento como rey de esa región italiana. Francia se reserva para sí la parte toscana de la isla de Elba.[35] Fernando se niega a desprenderse del ducado y a pagar la compensación prevista, pero con su fallecimiento al año siguiente ese pequeño territorio pasa a los dominios franceses.[36]

Los tratados de San Ildefonso y Aranjuez, claramente desfavorables para España, incluyen de propina la nada despreciable entrega a Francia de «seis navíos de guerra en buen estado, de porte de setenta y ocho cañones, armados y arbolados y en disposición de recibir equipajes y provisiones franceses».[37]

La delegación francesa garantiza que, si su país llega a desembarazarse de nuevo de la Luisiana, no la transferirá a ninguna otra nación que no sea España. Sin embargo, esta promesa no queda recogida en la letra del tratado. Napoleón no tarda en olvidarse de ella.

Los acontecimientos en la agitada Europa de principios del siglo XIX hacen desistir al déspota corso de sus sueños de grandeza al otro lado del océano. La perspectiva de una nueva guerra con Gran Bretaña, unida a la revuelta de esclavos en Santo Domingo, le fuerzan a cambiar de opinión. Destinar esfuerzos a retomar el control de una tierra lejana parece un lujo fútil. Además, el regreso francés no es bien visto por los americanos y conviene estar a bien con ellos por si se desata el conflicto con los británicos. Vender la Luisiana a los Estados Unidos se presenta ahora como la mejor opción.

Mientras España y Francia preparan todavía el traspaso del territorio de una a otra, Napoleón negocia ya a toda prisa con los americanos. El 10 de abril de 1803, James Monroe desembarca en el puerto de Le Havre en condición de agente especial enviado por Thomas Jefferson, desde 1801 presidente de los Estados Unidos. En solo once días, el 21 de abril, concluye la redacción de un borrador de tratado, que se firma

con fecha del 30 de ese mismo mes.

Francia debe entregar la Luisiana a los Estados Unidos tal cual la recibe de España.

Por ello obtendrá sesenta millones de francos y será liberada de responsabilidad por las reclamaciones de ciudadanos americanos, lo que supone ahorrarse otros 20 millones. La suma total asciende a quince millones de dólares. Con los intereses superarán los 27.

Franceses y españoles podrán navegar por el Misisipi y hacer uso del depósito de Nueva Orleans, como el Tratado de San Lorenzo de 1795 permitía a los estadounidenses.

España se entera del acuerdo de compraventa con los Estados Unidos cuando el marqués de Casa Calvo, Sebastián Calvo, encargado de la cesión de la Luisiana a Francia, ya está de viaje para hacerla efectiva. La corte de Carlos IV protesta ante los franceses por incumplir su palabra de no traspasarla a terceros. Pero Napoleón hace oídos sordos. España, relegada en la escena internacional, se resigna a que el territorio por el que tanto ha discutido con los americanos se vaya a quedar precisamente en sus manos. Con la adquisición de la Luisiana, los Estados Unidos doblarán su extensión. El Pacífico está más cerca.[38]

La transferencia de la Luisiana de España a Francia se formaliza en Nueva Orleans el 20 de noviembre de 1803. En tan solo tres semanas, el 20 de diciembre, Francia se la pasa a su vez a los Estados Unidos.

El proceso en las lejanías de la Alta Luisiana se dilata unos meses más. Allí ni siquiera pasa por las manos de Francia, que no se molesta en enviar a nadie. Se limita a remitir un poder al capitán de artillería estadounidense Amos Stoddard para «recibir en el nombre de la República Francesa la posesión política y militar» de ese territorio y a tomarla a continuación él mismo para los Estados Unidos.[39]

España, por tanto, entrega la Alta Luisiana directamente al americano Stoddard, que se convertirá en el primer comandante civil del distrito de la Alta Luisiana una vez pase a los Estados Unidos.[40] Carlos Dehault Delassus, postrer teniente de gobernador de Ilinueses, organiza la ceremonia al detalle:[41]

A las once de la mañana, el sargento Juan Robayna baja con todo el destacamento con las armas al hombro y las mochilas a la espalda, «de uniforme completo en el mayor aseo posible». En el fuerte deja únicamente una centinela con el artillero, debiendo observar que «los

suelos del cuartel y torres queden limpios y con la mayor decencia».

El tambor toca «marcha a paso redoblado» durante el tránsito. Al llegar a treinta pasos de la bandera, el sargento manda formar en ala a la derecha frente a la Casa de Gobierno. A continuación, ordena «descansar sobre las armas, manteniéndose el destacamento en esta última posición con el mayor silencio y aquel aire marcial que es

natural a los españoles». Media hora después, en el interior de la sede del poder en la Alta Luisiana, Delassus y Stoddard firman el acta de entrega.

© Album

Carlos Dehault Delassus.

Al mediodía, en cuanto ve salir al teniente de gobernador seguido de la comitiva, el sargento da «la voz de armas al hombro» y el tambor toca marcha. Todavía bajo el pabellón español y ante los numerosos vecinos que no han querido perderse el histórico momento, Delassus toma la palabra. Se guarda silencio. Con la solemnidad que requiere la ocasión, alza la voz para dirigirse por última vez a las gentes de San Luis.42 El discurso es breve aunque emotivo. Lo pronuncia en francés. Cuatro décadas de administración española no han impedido que los pobladores de estas tierras mantengan su lengua materna:

Habitantes de la Alta Luisiana, de parte del Rey, voy a entregar este puesto y sus dependencias. El pabellón bajo el cual habéis estado

protegidos durante el espacio de casi 36 años va a ser retirado. Desde este momento estáis relevados del juramento de fidelidad que le habéis prestado.

La fidelidad y la bravura con las cuales vosotros lo habéis guardado y defendido no será olvidado jamás, y en mi calidad de representante albergo los más sinceros deseos de vuestra perfecta prosperidad.43

Tras estas palabras, el representante español intercambia con el capitán americano los papeles, en inglés y en español, por los que el territorio deja de ser parte de España para convertirse en francés y, acto seguido, en suelo estadounidense. Amos Stoddard recibe así «la plena posesión, Soberanía y Gobierno» de la Alta Luisiana «con todos los puestos militares, cuarteles y fortificaciones que dependen». Como símbolo, Delassus le hace entrega también de las llaves.44

Además del oficial estadounidense y el teniente de gobernador español, firman el traspaso como testigos: Meriwether Lewis, secretario del presidente Thomas Jefferson que emprenderá junto con William Clark una épica exploración por las tierras del oeste; Antonio Soulard, oficial de la Marina francesa que huyó del terror de la Revolución y se convirtió en agrimensor y ayudante del teniente de gobernador de la Alta Luisiana, y Charles Gratiot, suizo de nacimiento y uno de los principales comerciantes de San Luis.45

A continuación, se arría la bandera de España. La artillería vuelve a tronar y el destacamento permanece inmóvil hasta que la enseña desciende por el asta. El tambor toca tropa o bandera mientras el oficial encargado de recoger el pabellón entra en el centro de la formación con la lona ceñida al cuerpo. El sargento manda armas al hombro. Calla el tambor. El ayudante del teniente de gobernador se pone a la cabeza del destacamento en formación «para conducirlo a la casa de su alojamiento, tocando marcha y paso regular».46

Las pautas dadas por Delassus para la ceremonia no se quedan ahí. Quiere dejar constancia, en una hora tan trascendente, de la exquisitez española. El sargento debe nombrar un cabo y cuatro hombres que acompañen con el tambor a la Casa de Gobierno al oficial con la bandera, cuya guardia se mantendrá en ese puesto, «poniendo el cabo una centinela puerta de afuera y las armas arrimadas a la pared». Esta guardia se ha de relevar cada veinticuatro horas y continuará «hasta nueva orden como guardia de pabellón». Delassus especifica los pormenores hasta el final:

Al punto que se empiezan a bajar las banderas de enfrente del Gobierno y el fuerte, se hará una salva de los once cañones en batería del fuerte. La centinela de este la bajará cuando vea que principia a bajar el de la villa, observando el mayor acierto para que baje de alto abajo al expirar el último tiro de cañón, a cuyo efecto el artillero principiará el fuego por la seña que le hará un soldado, y cuando vea que la bandera del Gobierno empieza a bajar, observando el mismo intervalo de tiempo entre cada tiro.47

La centinela del fuerte debe mantenerse «el tiempo que permanezcan con él los cañones y será relevada por todo el destacamento que no esté de servicio». Además, habrá «una ordenanza diaria a la puerta de la Casa que sirve de cuartel y el Destacamento no saldrá de ella», como lo previno ya el 23 de febrero, recuerda.48

La bandera española ya no volverá a ondear sobre la Luisiana. A partir del día siguiente lo harán las trece barras y quince estrellas de los Estados Unidos.49

Cunde el desconsuelo entre los vecinos. «Parecían sentir como si los hubieran vendido en el mercado abierto y, de esta manera, degradado», observa el propio Amos Stoddard.50 Tienen motivos para la inquietud. Su modo de vida va a cambiar muy pronto. Los americanos desprecian la cultura, la religión y las costumbres de los viejos habitantes de San Luis y los ven como seres decadentes que yacen con «salvajes» y dependen de esos pueblos para subsistir. Acabarán con el comercio de pieles que ha sido la razón de ser del poblado. En su lugar extenderán los cultivos y forzarán a los osages a abandonar sus tierras ancestrales.51

Al poco de tomar posesión Stoddard, le escribe un tal J. Rankin en nombre del comité de la ciudad de San Luis. Los habitantes, dice, están «alarmados» ante el rumor extendido entre los esclavos de que con los americanos serán libres. Le pide imponer el Código Negro para mantenerlos «en sus obligaciones de acuerdo con su clase» y en «el respeto que deben en general a todos los blancos, y especialmente a sus amos».52 Pero los propietarios no tienen nada que temer: la esclavitud seguirá protegida en el estado de Misuri hasta 1865.53

La Luisiana española llega a su fin. Atrás queda el denuedo de Bernardo de Gálvez para arrebatar a los casacas rojas los fuertes del

bajo Misisipi, la Mobila y Panzacola; la lucha de los habitantes de San Luis por conservar el puesto a costa de su sangre, y la hazaña del capitán Eugene Pourée y sus hombres al conquistar el remoto puesto inglés de San José en mitad del crudo invierno. Han sido cuatro décadas en las que España ha tenido que hacer frente a las resistencias internas francesas, la volatilidad de las alianzas con los nativos, la guerra con Gran Bretaña y la presión irresistible de los Estados Unidos.

En 1804 cuenta todavía con vastos territorios en Norteamérica. Conserva la Florida, la Alta California, Texas, Nuevo México… Pero ya no es la poderosa nación a la que los rebeldes americanos imploraban ayuda para derrotar a los británicos y lograr la independencia. Con la pérdida de la Luisiana el gigante ibérico empieza a dar sus últimas boqueadas. En 1821, con la incorporación de la alta California a México y de la Florida a los Estados Unidos, España desaparecerá de Norteamérica.[54]

Su gran imperio se desmorona, aunque todavía conserva un tiempo valiosas reliquias de su pasado glorioso. El final definitivo llega en 1898. La derrota en la guerra frente a los Estados Unidos supone perder su perla caribeña, Cuba, pero también las Filipinas, Puerto Rico y la isla de San Juan,[55] que pasan a depender de la victoriosa potencia norteamericana. Las dos últimas seguirán siendo en el siglo XXI territorio estadounidense.

La América española desaparece de los mapas. Pero nadie podrá borrar de la historia que un día España, señora del Misisipi, llegó a plantar su bandera a orillas del lago.

Epílogo

Una gesta en el olvido

DE MISURI A MÍCHIGAN: TRAS LOS PASOS DE EUGENE POURÉE

«¿Por qué aquí?», pregunta una fría mañana de finales de septiembre el antropólogo Michael S. Nassaney. «Porque está en una de las rutas en canoa del comercio de pieles», responde él mismo. Ante nosotros, los restos del fuerte San José que España conquistó casi dos siglos y medio atrás.

Apenas unas cuantas franjas de tierra removida aquí y allá y unas tuberías para drenar el agua que se filtra en las excavaciones delatan la existencia del yacimiento.

«Solo cinco millas[1] río arriba —explica didáctico Nassaney, señalando al sur— está el paso del Kankakee.» Los vestigios del fuerte que la expedición de Eugene Pourée tomó en nombre del rey de España el 12 de febrero de 1781 se hallan en un claro entre los álamos de la ribera derecha del río San José, en la actual Niles, en el suroeste del estado de Míchigan. Muy cerca del límite con Indiana y a menos de cuarenta kilómetros del lago Míchigan.

El profesor Nassaney, de la Western Michigan University, lleva dos décadas y media escudriñando lo que fue misión jesuita y uno de los principales puestos comerciales de la Nueva Francia. Es un privilegio su invitación a participar en la visita a las excavaciones organizada para un grupo de agentes culturales venidos de diversos puntos de los Estados Unidos.

He llegado a Niles tras conducir más de setecientos kilómetros por las carreteras del Medio Oeste. Desde San Luis, en Misuri, vengo tras los pasos de la expedición española que se hizo con el fuerte inglés cuyas ruinas aparecen ahora ante mis ojos.

Antes de emprender el viaje, visito Santa Genoveva,[2] la otra gran población de la Alta Luisiana española en la época. A una hora al sur de San Luis, allí se conservan todavía un puñado de casas tal como se construyeron entonces, con la tradicional técnica francesa del *poteaux-en-terre* y tejados que forman amplios porches. El Centre for French Colonial Life, que se dedica a mantener viva la memoria de los antiguos moradores de la localidad, ofrece al visitante ilustrativas exposiciones no solo acerca del modo de vida francés en la región, sino también sobre la defensa de San Luis en mayo de 1780, a la que

se sumaron milicianos y soldados procedentes de Santa Genoveva.

En San Luis hay que esforzarse más para encontrar las huellas de la antigua presencia española. Entre los rascacielos del *downtown* y el impresionante Gateway Arch, el arco de acero inoxidable de 192 metros de alto junto al Misisipi que simboliza la puerta de entrada al Oeste, cuesta adivinar el rastro de las viejas calles y las casas cercadas de los primeros pobladores. Pero en la calle Cuatro, frente al antiguo palacio de Justicia y no muy lejos del estadio de béisbol de los St. Louis Cardinals, un panel ilustrado recuerda lo que pasó allí mismo en 1780. Bajo el título «Llegada de la Revolución al Oeste», resume:

La Batalla del Fuerte San Carlos fue la batalla más occidental de la Revolución Americana. El 26 de mayo de 1780, unos 300 habitantes, incluyendo soldados españoles, residentes franceses y afroamericanos esclavos y libres, se juntaron para defender San Luis. Frente a usted, a lo largo de lo que es ahora la Calle Cuatro, habían preparado una trinchera de una milla de largo que rodeaba la ciudad colonial.

Las mejores armas de la ciudad eran los cañones en lo alto de la torre del Fuerte San Carlos. Las fuerzas aliadas británicas e indoamericanas, tras viajar desde el alto Medio Oeste, trataban de ganar territorio occidental. Aunque les doblaban en número, los habitantes frenaron el asalto, impidiendo a los británicos tomar el control del río Misisipi.3

El viaje por carretera ascendiendo el gran padre de las aguas y su afluente el Illinois resulta sin duda más cómodo que el que vivieron Pourée y los suyos en el invierno de 1781. Es un agradable paseo por bosques frondosos, extensos humedales y campos de maíz y soja, salpicado de pueblos soñolientos cargados de historia.

Tras cruzar un larguísimo puente sobre el impresionante caudal del Misisipi, se entra en el estado de Illinois. Imposible no sobrecogerse ante la majestuosidad de las aguas de un río que ha marcado la historia de Norteamérica desde tiempos inmemoriales.

Conduciendo en paralelo al Misisipi aguas arriba, en breve se alcanza la embocadura del Illinois, custodiada por la pequeña localidad de Grafton. Por estos parajes se concentró en 1780 el contingente de Emmanuel Hesse que se disponía a atacar San Luis y por este río se adentraron las piraguas de Eugene Pourée el enero siguiente en su aventura al fuerte San José. Un telesilla que asciende en pocos

minutos hasta lo alto de una colina permite contemplar a vista de pájaro la grandeza del paisaje donde confluyen las aguas del Illinois y el Misisipi, entre las cuales emerge un grupo de pequeños islotes deshabitados.

Siguiendo el rastro de Pourée, comienzo a remontar el río. Al poco de salir de Grafton, el Illinois forma un recodo que gira bruscamente hacia el norte. Allí se sitúa el Pere Marquette State Park. Seguro que los expedicionarios pudieron observar sobre sus cabezas o en las copas de los árboles las águilas calvas que anidan por aquí entre diciembre y marzo.4

A una y otra orilla se alternan bosques, sembrados, lagos y marjales. Generalmente llano, el camino se eleva de vez en cuando, salvando unos riscos junto al río. Por sus aguas serenas se deslizan grandes gabarras que transportan mercancías arriba y abajo, de los Grandes Lagos al golfo de México. Buitres de cabeza colorada planean en las alturas. Algún coyote en busca de presas se cruza en la calzada al anochecer.

En la ribera este del Illinois, a algo más de hora y media desde Grafton, descansa la apacible Beardstown. Allí Abraham Lincoln pronunció un recordado discurso de dos horas ante miles de personas en 1858, cuando competía por un puesto en el Senado con el demócrata Stephen A. Douglas.5 No muy lejos debió situarse la Mauvaise Terre donde instaló su campamento Jean-Baptiste Malliet y en el que recaló Pourée, incorporando nuevos refuerzos para su misión.

Más adelante se encuentra Havana, frecuentado en su día por Al Capone como refugio donde cazar, pescar y jugar.6 El nombre de este pueblo, idéntico en inglés al de la capital cubana, no es el único en la curiosa toponimia de la ruta que evoca otros puntos del planeta. Más adelante, sin salir del estado de Illinois, se puede visitar Pekin, Peru u Ottawa.

En Havana comienza oficialmente la llamada Illinois River Road, una carretera panorámica de más de doscientos kilómetros que recorre reservas de fauna silvestre, parques naturales y puntos de interés histórico.

A medio camino, donde el Illinois se ensancha hasta formar una especie de laguna, se alza la ciudad de Peoria. Varios autores sitúan en esta zona el punto donde en 1781

Pourée y sus hombres tuvieron que desembarcar por estar el río helado y seguir a pie entre la nieve. En la actualidad es un núcleo industrial en el que las barcazas de transporte tienen una de sus principales paradas. Aparte de la riqueza natural de su entorno, Peoria ofrece como peculiar atracción un gran museo de Caterpillar, el gigante de la maquinaria de construcción.

A intervalos la carretera se adentra por los mares de maíz y soja característicos del Medio Oeste. Estas praderas estaban cubiertas antaño por una hierba altísima que

llegaba a superar la estatura de una persona, pero hoy ha sido sustituida por estos omnipresentes cultivos.[7]

El curso del río vuelve a girar de forma abrupta a la altura de De Pue. Aquí el Illinois también se dilata y forma otra laguna. Por las descripciones de los documentos también pudiera ser que fuera aquí, y no en Peoria, donde Pourée dejó sus canoas. Los encantos con que la naturaleza ha regalado a este pequeño pueblo son evidentes y su carrera de lanchas motoras en el lago reúne cada verano a cientos de aficionados. Sin embargo, la industria química que un día trajo la prosperidad a este rincón de Illinois dejó un legado de contaminación contra el cual los vecinos siguen luchando décadas después de que las plantas cerraran. Arsénico, plomo, mercurio, cadmio… Los restos de metales pesados que dejaron una fundición de zinc y una planta de fosfatos son todavía una pesadilla para los residentes. Una montaña de miles de toneladas de residuos tóxicos en pleno pueblo se lo recuerda cada día.[8]

La ruta enfila ahora el este. Al poco se llega a LaSalle, nombrada así en honor al pionero francés que fundó la Luisiana y que pasó por este lugar. La ciudad fue durante largo tiempo punto de encuentro entre el norte y el sur, gracias al canal abierto a mediados del siglo XIX para conectar con Chicago. A través de él las mercancías de Nueva Orleans que remontaban el Misisipi y el Illinois alcanzaban la floreciente ciudad a orillas del lago Míchigan. Aún hoy parece resonar la actividad frenética de la carga y descarga de melaza, azúcar, café, naranjas o limones en el canal y las esclusas que se conservan. LaSalle se ganó la reputación de ciudad canalla y pendenciera. El alcohol corría en abundancia entre los 75 locales que lo servían, uno por cada ocho hogares.

Había bebida suficiente para hacer navegable el canal en la estación seca, según *The Ottawa Republican*, y los pasatiempos favoritos de capitanes de barcos, arrieros y trabajadores del canal y ferroviarios

eran el juego, las peleas y los burdeles.[9]

El Illinois se forma al unirse los ríos Kankakee y Des Plaines. Pourée y los suyos siguieron el primero de ellos, conocido entonces como Téakiki, en su marcha al fuerte San José. En la época el río se desparramaba en una gran ciénaga que se ha llegado a comparar con los Everglades de la Florida, pero en el siglo XIX fue drenada y el río se ha canalizado.[10] Las llanuras del norte de Indiana están hoy alfombradas por los interminables cultivos y del antiguo humedal solo queda una pequeña zona pantanosa en el condado Lake que da una idea del aspecto que debió de tener la región entera.

Al final del camino espera Niles. Orgullosa de su pasado, presume hoy de ser la Ciudad de las Cuatro Banderas, por haber ondeado allí las de Francia, Gran Bretaña y España, además de la de los Estados Unidos. Un pequeño museo instalado en un

caserón de ladrillo rojo recorre la historia del fuerte San José y ofrece una selección de objetos hallados en las excavaciones.

Aunque se habían recuperado algunas piezas de la época a comienzos del siglo XX, los restos de la antigua misión, puesto comercial y destacamento militar permanecieron ocultos durante más de dos siglos. No fue hasta entrado el nuevo milenio cuando los arqueólogos de la Western Michigan University, con el respaldo de la entidad Support the Fort, los descubrieron a orillas del río.[11] Se accede a ellos por un camino de tierra en el St. Joseph River Front Park. Allí un gran peñasco de 65 toneladas luce desde 1913 una tosca inscripción: «Fort St. Joseph 1691-1781». Al lado una placa informa de manera telegráfica:

El fuerte francés construido aquí en 1691 controlaba las principales rutas comerciales indias del sur de Míchigan. Ya estaban aquí misioneros y comerciantes de pieles. El fuerte se convirtió en un puesto de avanzada británico en 1761. Dos años después fue uno de los fuertes tomados por los indios durante el levantamiento del jefe Pontiac. Más tarde los comerciantes hicieron de él su base de operaciones. En 1781

invasores españoles izaron la bandera de España en el fuerte durante unas horas.[12]

Una estrecha vereda entre la maleza conduce hasta el yacimiento en la orilla del río, que discurre con parsimonia hacia el lago Míchigan.

El tibio sol matutino apenas calienta. La brisa heladora que envía el lago se mete en los huesos. Y eso que el otoño no ha hecho más que empezar. «Cómo sería en febrero…», pienso inevitablemente, acordándome de la expedición española sobre la nieve en 1781.

Sin planos ni imágenes del antiguo fuerte, los arqueólogos se afanan en desentrañar cómo eran el recinto y la vida en aquel lugar a medio camino entre el Canadá y el Misisipi. Aquí convivían tramperos, misioneros, militares y sus familias, tanto de origen francés como indígenas. Hasta la fecha se han hallado cinco hogares para hacer lumbre, partes a buen seguro de viviendas. Se han desenterrado además miles de objetos y fragmentos de todo tipo —desde clavos, llaves o bisagras a armas, botones o hasta un cilicio mortificador— que dan pistas del día a día de entonces.

Falta mucho por hacer. Parte del recinto quedó inundado en el siglo XX al ampliarse una presa y aumentar el nivel del cauce, mientras que otra quedó temporalmente sepultada por un antiguo vertedero.[13]

Oculto bajo las aguas, la tierra y el tiempo, tal vez el viejo fuerte San José tenga todavía muchas historias por contar.

Conclusión

LA CONQUISTA QUE MARCÓ UNA NUEVA FRONTERA Y PUDO CAMBIAR LA HISTORIA DE LOS ESTADOS

UNIDOS

Al fin tengo delante el legajo que buscaba. Es la mañana del 15 de junio de 2023, poco antes del mediodía. En el interior de la sala de consultas de la biblioteca Bancroft, en la University of California en Berkeley, el silencio y el peso de la historia imponen respeto.

El personal me acaba de entregar la caja número 2 de los Papeles de la Luisiana. Llevo un año esperando este momento. Extraigo la carpeta y leo con excitación el contenido anotado a mano:

Cruzat, Francisco to: Esteban [Rodríguez] Miró, 1744-1795

Enclosing document; act of possession at St. Joseph signed by Eugène Pouré, Feb. 12, 1781 [1]

Al abrir el frágil portafolios aparecen ante mis ojos, envejecidos por los siglos pero perfectamente legibles, los documentos que vengo persiguiendo desde Madrid: el relato original por el teniente de gobernador de la Alta Luisiana de la expedición al fuerte San José en 1781[2] y el acta levantada por Eugene Pourée en francés, de su puño y letra, al incorporar a los dominios del rey de España el puesto inglés «y sus dependencias, con el río de este nombre y el de los Ilinueses».[3] El viaje de más de nueve mil kilómetros ha valido la pena.

En los archivos de esta biblioteca, encaramada en una ladera al este de la bahía de San Francisco desde donde se divisa el Golden Gate, dormían el sueño de los justos los documentos que atestiguan el momento en que la bandera española se enseñoreó de la región de los Grandes Lagos.[4]

Menospreciada a menudo como un vulgar saqueo, la conquista del fuerte San José

quedó relegada en los libros de historia. Hasta ahora no se han ocupado de ella más que artículos de revistas especializadas o breves apartados en estudios más generales sobre la guerra de la Independencia o la presencia española en los Estados Unidos, sin ser objeto de una monografía específica. La última referencia que consta

al redactar estas líneas es la contribución del profesor John William Nelson, de la University of Notre

Dame, en Indiana, al volumen *Spain and the American Revolution. New approaches and perspectives*.5 Y si en los Estados Unidos no recibe gran atención, la escasez de menciones en la literatura en español es clamorosa. Aunque propio de una epopeya, este hito parece haber caído presa del olvido colectivo. No debería ser así.

¿Qué llevó a un grupo de milicianos y guerreros indígenas a recorrer cientos de leguas en mitad del invierno para tomar un fuerte inglés, plantar la bandera española y darse la vuelta al día siguiente? Los motivos de esta aventura han intrigado a historiadores estadounidenses desde el siglo XIX, hasta desatar incluso una áspera controversia sobre las verdaderas intenciones de los españoles, contradiciéndose unos a otros en sus sesudas investigaciones.

Para Edward G. Mason, la incursión respondía a altos designios de la corte española. Si fuera una simple acción de pillaje, argüía, no se entiende que los expoliadores no se quedaran con el botín. Y como venganza por el ataque a San Luis, consideraba excesivo el esfuerzo que se tomaron. «La verdadera respuesta —afirma—

debe encontrarse en el astuto plan de la Corte española». Subraya este autor la creciente hostilidad hacia los Estados Unidos a medida que avanzaba la guerra, hasta el punto de que solo quedarse con el valle del Misisipi entero «satisfaría la ambición de los españoles». La teoría se apoya en la publicación en la *Gazeta de Madrid* al año siguiente de la noticia de la conquista y la reacción de Benjamin Franklin y John Jay, temiendo que España encerrara a los americanos en los Apalaches.6

Más de veinte años después Clarence Walworth Alvord arremete contra Mason y

quienes comulgan con él. Le acusa de contar una historia «sin más información sobre la materia que la breve descripción de la *Gazeta de Madrid*». A su juicio, la publicación de la noticia respondía a «exigencias de la diplomacia» ante las negociaciones territoriales, de modo que una «expedición de saqueo» se «magnificó» como una «expedición militar española». En realidad, sostiene, la expedición fue concebida por los habitantes de Cahokia, al otro lado del Misisipi, «para vengar la derrota de sus amigos» en las marchas de Augustine de la Balme y Jean-Baptiste Hamelin en los meses previos y para hacerse con las existencias del desprotegido puesto. No ve pruebas de

que los atacantes recibieran instrucciones de la corte ni del gobernador de la Luisiana. Más aún, pone en duda que se izara la bandera española.[7] Alvord desconoce los documentos que tengo ahora ante mí en la biblioteca Bancroft.

Frederick J. Teggart sí se atiene, tres años más tarde, al relato de los hechos por los españoles. «La única explicación admisible de la expedición —sostiene— es la que dio Cruzat y que recogió la versión impresa en Madrid en 1782.» Teggart desacredita la fiabilidad de las fuentes y métodos de Alvord y defiende que el comandante de San

Luis, ante la emergencia a la que se enfrentaba, «tomó las medidas que juzgó mejores para proteger San Luis contra un ataque inminente».[8]

Pero a Mason, Alvord y Teggart les falta todavía un elemento, que también se guarda en los depósitos de la biblioteca Bancroft. Lawrence Kinnaird, profesor de la University of California, sí cuenta con él en la década de los años treinta: la carta de Francisco Cruzat a Bernardo de Gálvez del 10 de enero de 1780 en la que comunica la puesta en marcha de la expedición y detalla sus motivos.[9] Fueron los jefes el Heturno y Naquiguen quienes le pidieron llevar a cabo el ataque. Y no aceptarlo habría sido demostrar ante ellos «debilidad», admite el teniente de gobernador. De modo que la política hacia los indígenas emerge como factor clave, según Kinnaird.[10]

En definitiva, hay un poco de razón en todos estos análisis. La sed de venganza en Cahokia ante los desastres de De la Balme y Hamelin debió de ser real y bien pudo favorecer la iniciativa de Cruzat. También es cierto que había evidencias de que los británicos preparaban un nuevo golpe contra el Ilinueses y Cruzat pensó que era mejor atacar que esperar a recibirlo, desactivando un punto clave donde se aprovisionaban los enemigos. Y, por último, tal vez el factor más importante, el juego de alianzas con los pueblos nativos exigía una exhibición de fuerza de los españoles para demostrar que les convenía estar de su lado, no con los ingleses.

Queda claro que la expedición al fuerte San José no fue ordenada desde el Palacio de El Pardo, sino que respondía a una decisión tomada de manera local en función de las circunstancias del momento. Pero también es cierto que, una vez conocida en Madrid, a la diplomacia española le vino bien esa conquista en las negociaciones para fijar la frontera con los Estados Unidos y que, desde luego, generó una seria preocupación entre los representantes americanos en Europa, Benjamin Franklin y John Jay, como ponen de manifiesto sus cartas.

España quería a los americanos lejos del Misisipi. Sabía que, como vecinos, serían una potencia temible. Un célebre memorial atribuido al conde de Aranda advierte: Esta República federativa ha nacido, digámoslo así, pigmeo, porque la han formado y dado el ser las potencias poderosas como son España y Francia asimilándola con sus fuerzas para hacerse independiente. Mañana será gigante conforme vaya consolidando su constitución y después un coloso irresistible en aquellas regiones.[11]

De hecho, no fue hasta 1795, doce años después de que Gran Bretaña reconociera la independencia de sus colonias, cuando España se avino a admitir el Misisipi como frontera con los Estados Unidos en el Tratado de San Lorenzo.[12] Las circunstancias entonces, debilitada frente a la nueva Francia revolucionaria, no le dejaban otra salida.

«No cambió la historia, pero tuvo importancia histórica», apuntaba en los años ochenta William Collins, de la Purdue University, en Indiana, sobre la conquista del fuerte San José.[13]

Fue mucho más que una simple anécdota. Que un día de hace casi doscientos cincuenta años España penetrara en territorio enemigo, arrebatara a los ingleses un puesto fundado por franceses noventa años atrás e hiciera ondear su bandera sobre él sería ya un suceso lo suficientemente notable como para tenerlo en consideración. Pero otros elementos le dan un alcance mayor.

Para empezar, la toma de posesión formal en nombre de Su Majestad Católica tanto del fuerte como de sus dependencias y de los ríos San José e Ilinueses suponía incorporar a los dominios del rey una amplia región al este del río Misisipi y en el entorno del lago Míchigan. Que los españoles adquirieran ese territorio, llave de paso entre el Canadá y el valle del Misisipi, no era baladí.

Si a eso se le añaden las penosas condiciones de la marcha de más de ciento veinte hombres, en lo más duro del implacable invierno del Medio Oeste, atravesando a pie desolados paisajes nevados y arriesgándose a caer en manos de tribus hostiles, no hay duda: se trata de una proeza memorable.

Pero más allá de la heroicidad de la odisea, hay otro aspecto significativo que tampoco puede pasar inadvertido. La toma de posesión se realiza y se da fe de ella en francés. No deja de llamar la atención que la reivindicación de un territorio conquistado por España

quede registrada para la posteridad en ese idioma. El propio Eugene Pourée explica que el español sigue sin ser «la lengua general en la Provincia de la Luisiana», a pesar de que han pasado ya dieciocho años desde que Luis XV se la cediera a Carlos III.

Este hecho viene a subrayar la peculiaridad del modelo de administración de la Luisiana, sin parangón en el resto del imperio: se trataba de un territorio descomunal gobernado por españoles y habitado por una población europea de origen francés en su inmensa mayoría, que conservaba no solo su idioma, sino también su cultura y costumbres. Pese a las tiranteces iniciales —recuérdese la revuelta en 1768 contra el primer gobernador, Antonio de Ulloa—, la autoridad española se acabó imponiendo con una mezcla de disciplina y mano izquierda. Mal que bien el sistema funcionó a lo largo de cuatro décadas. Una convivencia entre españoles y franceses que contrasta con

la sangrienta guerra a raíz de la invasión napoleónica en la Península en 1808, solo cuatro años después de la retrocesión de la Luisiana.

Por otra parte, la incursión de Pourée tuvo efectos claros sobre el curso de la guerra en Norteamérica. Destruyó una importante base empleada para las operaciones contra los españoles, al tiempo que demostró a los volubles indígenas quién llevaba la voz cantante. Eso permitió reforzar la red de alianzas de los españoles, algo que, en los recónditos parajes del interior de Norteamérica, podía ser más valioso que un gran ejército. De hecho, en el resto de la guerra no hubo nuevos ataques lanzados por el alto mando británico contra el alto Misisipi, tan solo correrías de bandidos por cuenta propia.

Los americanos también se vieron favorecidos, en un momento especialmente crítico de su lucha por la independencia en las colonias costeras. Charleston, en Carolina del Sur, había caído en manos de los casacas rojas, el ejército rebelde estaba bajo mínimos por el fin de los alistamientos, una crisis financiera galopante amenazaba con el colapso total y surgían conatos de amotinamiento por falta de pago. George Washington alertaba a los gobernadores de que las condiciones en sus filas eran

«indescriptiblemente alarmantes» y de que «jamás había vivido una situación tan extrema en ninguna etapa de la guerra».[14] La contienda parecía inclinarse ahora del lado de los británicos.[15] De haberse apoderado del Misisipi, habrían cortado la ayuda española que recibían desde Nueva Orleans. Tal vez eso no habría evitado la victoria final de los rebeldes, pero es posible que Londres utilizara esa

ganancia como moneda de cambio en la negociación del tratado de paz, sugiere Stephen L. Kling Jr. En su opinión, de haber tenido éxito el gran plan de Gran Bretaña en el Oeste

podría haber impedido que el territorio entre las montañas Allegheny y el río Misisipi fuera parte de los Estados Unidos, lo que a su vez podría eliminar la posibilidad de una compra de la Luisiana. San Luis y el Oeste habrían tenido una historia muy diferente.[16]

Más allá de conjeturas, de lo que no hay dudas es de la influencia del ataque al fuerte San José sobre la negociación de las fronteras entre España y los Estados Unidos.

Como queda señalado, la reclamación de las tierras al este del Misisipi planeó durante el largo tira y afloja para establecer los límites. Es decir, la toma del puesto inglés en febrero de 1781 tuvo un peso significativo en un momento clave de la formación del país que estaba emergiendo en Norteamérica y que con el tiempo se convertiría en la mayor potencia mundial. Este papel en las conversaciones sobre las fronteras de los

Estados Unidos da a la expedición de Pourée una trascendencia mucho más amplia de la que se le ha otorgado.

Gracias a esta conquista, España mantuvo su influjo al otro lado del Misisipi, más allá del territorio que había recibido de Francia por el Tratado de Fontainebleau de 1762. Subraya el profesor Nelson:

Las incursiones de España en la región atormentaron a los funcionarios americanos en las décadas siguientes. Aunque las reivindicaciones imperiales de España sobre el país de Illinois no prosperaron durante las negociaciones de paz, los españoles de San Luis continuarían ejerciendo su influencia sobre las tierras, los pueblos y las vías fluviales del país de Illinois a lo largo de las décadas de 1780 y 1790.[17]

Arthur St. Clair, gobernador del llamado Territorio del Noroeste, informó al presidente Washington, tras un viaje hasta Kaskaskia en

1790, de que el país de Ilinueses seguía ligado a las posesiones españolas del otro lado del Misisipi gracias a que las relaciones comerciales y familiares a lo largo de la frontera eran «todavía muy íntimas», lo que favorecía un contrabando que escapaba al control de las autoridades estadounidenses.[18]

Los documentos que han llegado hasta nosotros dan testimonio, además, de cómo

distintos pueblos nativos acudían a las autoridades españolas desde el territorio que ahora formaba parte de los Estados Unidos en busca de auxilio, temerosos del trato despiadado de los americanos, que los expulsarían de sus tierras, y conscientes de que al otro lado del Misisipi eran recibidos de manera amistosa. De hecho, bajo el mando español había quedado abolida legalmente la esclavitud de los indígenas instaurada por los franceses.

Sin embargo, a la postre los diplomáticos españoles no pusieron gran empeño en conservar las tierras junto al lago Míchigan. La explicación a este desinterés tiene que ver, por lo que se puede inferir de las palabras del conde de Aranda, con que el fuerte San José queda en la vertiente del río San Lorenzo, controlado por el Canadá británico, y no en la del Misisipi. Como señaló el embajador español en París, los lagos serían

«inútiles» para los españoles por no comunicar con sus ríos, por lo que se mostró más interesado en la región «de lagos para abajo».[19]

Tanto la entrada de España en la guerra con Gran Bretaña como la relación con los Estados Unidos deben verse a la luz de sus fines geoestratégicos.

La lucha por la independencia de los colonos británicos se encuadraba en un pulso mayor entre las grandes potencias del momento: Gran Bretaña de un lado; Francia y España por otro. Aunque el apoyo financiero y material a los rebeldes fue importantísimo, la corte española no tenía mayor interés en su independencia. Más aún, le inquietaban movimientos subversivos en sus propias posesiones en América, como el de Túpac Amaru. Pero veía con buenos ojos todo lo que fuera debilitar a su gran adversario y que contribuyera a sus verdaderos propósitos, como recuperar Gibraltar y Menorca, expulsar a los ingleses de Campeche y Centroamérica o hacerse con Jamaica y las Bahamas.

Es incuestionable que hubo sintonía con los americanos y que el

enemigo común los convirtió en aliados. Pero en ningún caso se puede afirmar que España estuviera al servicio de los sublevados o compartiera completamente sus causas. La entrada de Carlos III en la guerra siempre respondió a sus legítimos fines estratégicos, que logró de manera parcial: recobró Menorca, pero no Gibraltar; desterró a los ingleses de Centroamérica y el Yucatán; recuperó la Florida Occidental y la Oriental; se hizo con las Bahamas (que luego devolvió a Gran Bretaña), pero no consiguió apoderarse de Jamaica. Cuando el conflicto iba llegando a su fin y España debía negociar los límites con el nuevo país independiente, valoraba proteger las grandes joyas de su imperio americano más que unas lejanas tierras en el norte que miraban hacia el Canadá británico.

Tal vez los expedicionarios que en el invierno de 1781 arrastraban sus pies entre la nieve y el hielo camino de San José no fueran conscientes de los desafíos globales en juego. Posiblemente mientras cargaban con los víveres y pertrechos indispensables o mientras vigilaban alrededor para no caer en una emboscada, no pensaban en fronteras, mapas ni disputas de salón. Solo en completar su misión y defender a los suyos. Pero no cabe duda de que aquellos hombres cumplieron con su parte en la historia.

Madrid, Sevilla, San Luis (Misuri),

Niles (Míchigan) y Berkeley (California)

Diciembre de 2024

Agradecimientos

La empresa de rescatar del olvido la expedición al fuerte San José y la historia de la Luisiana española no habría sido posible si no se hubiesen cruzado en mi camino personas que me han inspirado y ayudado a sacar adelante este proyecto y a las que es justo que dedique mi sincero reconocimiento.

No puedo dejar de recordar, en primer lugar, a Fernando Martínez-Laínez y Carlos Canales Torres, cuya obra *Banderas lejanas* (Edaf, Madrid, 2009) prendió en mí la pasión por descubrir el legado español en los Estados Unidos de América que me ha llevado, de momento, hasta aquí.

Imposible no mencionar tampoco a las integrantes del Capítulo España de la National Society Daughters of the American Revolution, tenaces

en la lucha por impedir que caigan víctimas de la amnesia colectiva aquellos que hicieron posible la independencia de los Estados Unidos. En especial, Elizabeth Wise y Molly Long, que me pusieron hace ya años sobre la pista del ataque a San Luis en 1780 y la posterior expedición al fuerte San José.

Gracias a ellas contacté con Stephen L. Kling, autor junto con Kristine Sjostrom y Marysia T. López, de *The Battle of St, Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West* (THGC, San Luis, Misuri, 2017), una completa monografía sobre la batalla de San Luis y su contexto histórico, e impulsor de la magnífica exposición «The American Revolutionary War in the West», en el St. Charles County Heritage Museum, cerca de San Luis. Kling me dio luz sobre esa parte desconocida de la historia común de españoles y estadounidenses y sus conocimientos me han sido de gran provecho. A ello se suma su hospitalidad durante una conferencia sobre la revolución en el Oeste a finales de septiembre de 2024, donde tuve ocasión de enriquecer mi trabajo.

Entre los ponentes se encontraban la propia Sjostrom, cuyos descubrimientos sobre la figura de Fernando de Leyba y consejos para mi libro han sido de un valor inmenso, así como el profesor Thomas E. Chávez, una eminencia en la huella hispana en los Estados Unidos con quien he tenido el honor de compartir inolvidables charlas.

Durante el trabajo de investigación ha sido inapreciable la ayuda encontrada en los distintos archivos y bibliotecas donde he buceado, tanto en España como en los Estados Unidos. Doy las gracias en especial al personal de la biblioteca Tomás Navarro Tomás, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en Madrid, siempre presto a echar una mano para explorar los valiosísimos fondos que atesoran sus anaqueles; al del Archivo General de Indias, en Sevilla, que me guio para navegar por el océano de documentos históricos que alberga; al de la Bancroft Library de la University of California en Berkeley, que me ayudó a rastrear entre los legajos de los Louisiana Papers hasta dar con el acta de posesión del fuerte San José; al de la biblioteca y centro de investigación de la Missouri Historical Society, en San Luis, que me permitió acceder a todos los documentos y la información posibles pese a encontrarse las instalaciones en obras; al de la Société de généalogie de Québec, que me facilitó interesantes bases de datos donde indagar, y al de la Abraham Lincoln Presidential Library and Museum, en Springfield (Illinois), por sus atenciones al tratar de encontrar rastros de la expedición de Eugene Pourée en ese estado.

En la indagación sobre los enigmáticos orígenes de Pourée he de resaltar la aportación de Bibliothèque et Archives nationales de Québec (BAnQ), que revisó sus depósitos en busca de alguna huella del personaje y me asesoró, a la vista de los resultados, sobre su posible procedencia.

En este sentido, me siento honrado con las aclaraciones sobre las compañías militares francesas en el siglo XVIII y las posibles pistas para mi investigación que me hizo llegar el profesor Gregory Kennedy, especialista en historia de la Université de Moncton, en New Brunswick (Canadá). No habría entrado en contacto con él si no fuera por la gentileza de Helen Dewar, de la Université de Montréal (Canadá), a la que expreso igualmente mi gratitud.

La archidiócesis de San Luis, a través de su archivista Rena Schergen, me facilitó de primera mano una copia del registro de defunción original del líder de la expedición al fuerte San José, un documento valioso para recrear de manera fidedigna sus momentos finales.

Robert Mazrim, de la Foundation for Illinois Colonial and American Studies, me orientó por su parte a la hora de navegar a través del ingente caudal de información de los Kaskaskia Manuscripts, un tesoro para conocer las primeras generaciones de habitantes europeos del valle del Misisipi.

Me siento igualmente en deuda tras la acogida que obtuve en 2022 en el Centre for French Colonial Life y sobre todo con Tandy C. Thompson, presidenta de French Colonial America, que me puso en contacto con Michael S. Nassaney, profesor emérito de la Western Michigan University e investigador del proyecto arqueológico del fuerte San José. Nassaney me invitó a sumarme en Niles (Míchigan) a una visita guiada al museo del fuerte y al yacimiento del antiguo puesto tomado por los españoles en 1781.

Conocer de su mano las excavaciones fue una experiencia inigualable de la que he dejado testimonio en esta obra.

De la misma manera, me han sido de gran utilidad las explicaciones y referencias bibliográficas aportadas por Janet Meredith, especialista en Relaciones Públicas del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos (U.S. Army Corps of Engineers) en San Luis, a la que no puedo dejar de dar las gracias.

Y, cómo no, debo subrayar finalmente la ayuda de mi hermana Ana Belén, filóloga y traductora, a la hora de afinar la adaptación al

español de algunos textos en inglés, y la impagable paciencia de mis amigos Esteban Villarejo y Silvia Nieto, que se prestaron a leer el borrador del libro y contribuyeron con sus consejos a corregir defectos, introducir mejoras y, en definitiva, darle la forma definitiva que el lector tiene ahora ante sí. Expreso aquí a los tres mi más sentido agradecimiento.

ANEXOS

I

Acta de posesión del fuerte San José

y sus dependencias, con el río del mismo

nombre y el de los Ilinueses

Transcripción:

Aujourdhui Douze febvrier de l'année Mil Sept Cents quatre vingt un, Nous don Eugene Pourré Capitaine d'une des Compagnies de Milice des islinois et Commandant du detachement destiné pour St. Joseph par ordre de Monsieur Don Francisco Cruzat lieutenant Colonel Gradué d'infanterie Commandant en Chef et lieutenant gouverneur de la Partie occidantalle et district des islinois savoir.

Faisons a la Posteritée et a tous ceux que les presentes lettres veront qu'en vertue de la guerre declarée entre tres Hault, tres auguste et tres puissant monarc et mon souverain Charles trois Roix invincible d'espagne (que dieu garde) et George trois roix de la grande Bretagne j'ai entré a main armé le meme jour mois et an a Sept Heures du matin malgré nos ennemis (que jai fait prisonniers de guerre) avec un detachement de cent vingt hommes dans le poste de St. Joseph de la dependance angloise situé sur la rive droite de la rivierre de le meme nom qui se decharge dans le lac Michigans.

En consequance faisant valoir le droit de represaille et ce-lui de conquête tout Mon dit detachement sur les armes le pavillon Royal planté au Milieux de la place oú est le fort anglois que les indiens habitent, en présence De don Charles Tayon soulieutenant de milice et de don Louis Chevallier interprette Du detachement et des nommes Louis Honoré et Joseph Labuxiere Sergent de milice du meme j'annexee et jincorporé aux Domaines de Sa Magestée tres Catholique le Roix Despagne mon maitre Des a present et pour [to]ujours le Poste St. Joseph et ses dependances avec la Rivierre de ce nom et celle des islinois qui a son ambouchure dans le fleuve Missisipy, a douze lieux des islinois et afin que cette acte de possession (Passée en langue francaise, lespagnole netant pas encore General dans la province de la Louisiane soit augtentique, nous le signons avec les personnes cy dessus nommés au poste St. Joseph le meme jour mois et an que ut supra.

L. Chevallier

Charle Tayon Joseph Labuxiere

Louis Honoré

Eugene Pourée

Traducción al español:

Hoy doce de febrero de mil setencientos ochenta y uno Nosotros Don Eugène Pourré, capitán de una de las compañías de milicias de los Ilinueses y comandante de un destacamento destinado a San José por orden del señor Don Francisco Cruzat, teniente coronel graduado de Infantería, comandante en jefe y teniente de gobernador de la parte occidental y distrito de los Ilinueses, hacemos saber a la posteridad, y a todos aquellos que vean las presentes cartas, que en virtud de la guerra declarada entre el muy alto, muy augusto y muy poderoso Monarca, y mi soberano Carlos tercero, Rey invencible de España (que Dios guarde) y Jorge tercero Rey de la Gran Bretaña, yo he entrado a mano armada este mismo día, mes y año a las siete horas de la mañana, a pesar de nuestros enemigos, que he hecho prisioneros de guerra, con un destacamento de ciento veinte hombres en el puesto de San José de la dependencia inglesa situado en la ribera derecha del río de este mismo nombre, que descarga en el lago Míchigan.

En consecuencia, haciendo valer el derecho de represalia y el de conquista, todo mi dicho destacamento con las armas, el pabellón real plantado en el medio de la plaza, o el Fuerte inglés, que los indios habitan, en presencia de Don Charles Tayon, subteniente de milicias, y de Don Luis Chevalier, intérprete del Destacamento, y de los nombrados Luis Honoré y Joseph Lauxiere, sargento de Milicias del mismo, yo he anexado e incorporado a los Dominios de S. M. muy Católica, el Rey de España, mi Amo, desde el presente y por siempre, este Puesto San José y sus dependencias, con el río del mismo nombre y el de los Ilinueses, que tiene su desembocadura en el río Misisipi a doce leguas de los Ilinueses, y para que esta acta de posesión, pasada en lengua francesa, la española no siendo aún general en la Provincia de la Luisiana, sea autentificada nosotros la firmamos con las personas arriba nombradas, en el Puesto San José, el mismo día, mes y año, que *ut supra*.

L. Chevallier

Charle Tayon Joseph Labuxiere Louis Honoré

Eugene Pourée*

II

La bandera española que ondeó sobre el fuerte

San José el 12 de febrero de 1781

La conquista el 12 de febrero de 1781 del fuerte San José y la región en la que se encontraba al sur de los Grandes Lagos por Eugene Pourée y sus hombres supuso para España plantar su bandera en el punto más septentrional al este del Misisipi que jamás llegaría a alcanzar. Nunca antes había sido enarbolada en aquellos parajes en el interior de Norteamérica ni lo volvería a hacer después. Pero cabe preguntarse: ¿cuál fue exactamente la enseña que ondeó aquel día histórico en lo que hoy es el estado de Míchigan?

En el acta de toma de posesión, el capitán Pourée deja escrito que durante aquel día estuvo « *le pavillon Royal planté au milieu de la place*», («el pabellón Real plantado en el medio de la plaza»), mientras que el teniente de gobernador Francisco Cruzat, en su relato de los hechos, señala que «permaneció arbolada todo aquel tiempo la Bandera Española».

En ese momento están vigentes las Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos de 1768, que en el artículo 10 de su Tomo I, Tratado I, reza: «Cada batallón tendrá dos banderas, cuyas corbatas han de ser encarnadas y las astas de la altura de ocho pies y seis pulgadas, comprehendido el regatón y moharra de cada una: la primera bandera será blanca, con el Escudo de mis Armas Reales, y las otras tres de cada regimiento blancas, con la Cruz de Borgoña; y en aquella y estas se pondrán a la extremidad de los cuatro ángulos o esquinas las Armas de los Reinos, Provincias o Pueblos de donde tomen la denominación los respectivos Cuerpos, y las divisas particulares que hubieren tenido y usado con mi Real aprobación, debiendo ser la medida del tafetán de cada bandera de siete cuartas en cuadro».

De todo lo antedicho cabe colegir que Pourée pudo izar sobre el fuerte una bandera con el escudo de armas de Carlos III o que luciera simplemente una con la cruz de Borgoña, aspa formada por dos troncos con los nudos de las ramas cortadas e introducida en Castilla

tras el enlace de Juana I con Felipe el Hermoso. En este sentido, Bernardo de Gálvez ordena en 1779 que todas las embarcaciones de súbditos de Su Majestad manejadas por al menos seis hombres que pasen por los puestos ingleses en el Misisipi lleven una bandera con la cruz de Borgoña para no ser molestados, indicando que son fáciles de hacer con un poco de bermellón y un trapo blanco.*

«Las banderas españolas de la época eran blancas, algunas veces con el escudo real de armas, pero más a menudo con una cruz roja estilo Borgoña», se apunta citando esa carta de Gálvez.** La bandera con la cruz de Borgoña «podría haber ondeado también sobre fuertes y puertos en las colonias. Hay indicios de que la bandera blanca con el escudo real se prefería para ondear en fuertes cuando estuviera disponible y cuando las finanzas lo permitían», se añade citando el informe del comandante Jacobo Dubreuil sobre el fuerte Carlos III de Arkansas para el año 1783.*** ¿Llevó la expedición consigo una bandera con tal escudo para izarla en el fuerte San José? Lo cierto es que no existe una evidencia clara y solo podemos hacer conjeturas a partir de los datos indicados.

Lo que no pudo ondear en ningún caso es la bandera roja y gualda que conocemos

hoy como símbolo nacional de España. El diseño con estos colores no aparecerá en la historia hasta más adelante, con el Real Decreto de 28 de mayo de 1785, que establece su uso en los buques de guerra para «evitar los inconvenientes, y perjuicios, que ha hecho ver la experiencia ocasionar la Bandera nacional» que usaba la Armada naval y demás embarcaciones españolas puede, «equivocándose a largas distancias o con vientos calmosos con los de otras Naciones». En 1793 se extenderá su uso a las «plazas marítimas, castillos y defensas de las costas» y en 1843, al conjunto del Ejército de Tierra.*

Cronología

9 de abril de 1682. En una ceremonia en la desembocadura del Misisipi tras descender el río desde los Grandes Lagos, René-Robert Cavelier, *sieur* de La Salle, toma posesión en nombre de Luis XIV del territorio de la Luisiana.

1 de octubre de 1686. Concesión del marqués de Denonville a los jesuitas de un terreno para instalar una misión a orillas del río San José. Será el origen del fuerte del mismo nombre en 1691 por orden del conde de Frontenac, gobernador de la Nueva Francia.

13 de noviembre de 1762. Francia y España firman en secreto en el castillo de Fontainebleau el tratado por el cual Luis XV cede la Luisiana a su primo Carlos III en compensación por su apoyo en la guerra de los Siete Años.

10 de febrero de 1763. El duque de Choiseul, por parte de Francia, y el duque de Bedford, por Gran Bretaña, firman el Tratado de París, que supone para la primera la pérdida de sus posesiones en Norteamérica.

15 de febrero de 1764. Hombres reclutados en el fuerte de Chartres comienzan a levantar un puesto para el comercio de pieles en la orilla occidental del Misisipi, en el punto escogido por Pierre Laclède. Es el origen de la ciudad de San Luis.

5 de marzo de 1766. El primer gobernador español de la Luisiana, Antonio de Ulloa, desembarca en Nueva Orleans para cumplir con el Tratado de Fontainebleau. No celebra en ese momento una toma de posesión formal, que realizará más adelante en La Baliza.

1 de noviembre de 1768. Antonio de Ulloa se ve forzado a abandonar Nueva Orleans con rumbo a La Habana tras la revuelta de las fuerzas vivas de la provincia, de origen francés, que se niegan a aceptar la autoridad española.

17 de agosto de 1769. El general Alejandro O'Reilly desembarca en Nueva Orleans, acompañado de un ejército, con el encargo de restablecer la autoridad de España sobre la provincia de la Luisiana tras la última sublevación.

19 de abril de 1775. Una marcha de soldados británicos a Lexington y Concord (Massachusetts) en busca de armas de los colonos acaba con los primeros casacas rojas muertos a manos rebeldes. Estalla la Revolución americana.

4 de julio de 1776. Las trece colonias británicas en Norteamérica, a través del Segundo Congreso Continental reunido en Filadelfia (Pensilvania), se declaran «estados libres e independientes».

7 de octubre de 1777. Las tropas británicas al mando del general Burgoyne caen derrotadas frente a los rebeldes en Saratoga. Supone un punto de inflexión en la guerra de la independencia, que hasta entonces los sublevados tenían cuesta arriba.

6 de febrero de 1778. Benjamin Franklin, Silas Deane y Arthur Lee, en representación del Segundo Congreso Continental, y Conrad

Alexandre Gérard de Rayneval, en nombre de Luis XVI, firman en París el tratado de alianza entre los Estados Unidos y Francia **4 de julio de 1778.** El virginiano George Rogers Clark arrebata a los británicos Kaskaskia, en la orilla este del Misisipi. Al día siguiente se hace con Cahokia, algo más al norte. Se hace así con la zona oriental del país de Ilinueses, enfrente de la Alta Luisiana española.

12 de abril de 1779. España y Francia suscriben la Convención de Aranjuez, en la que reafirman su alianza en caso de que la primera entre en guerra con Gran Bretaña y fijan los objetivos de cada una de las dos potencias.

21 de junio de 1779. España declara la guerra a Gran Bretaña después de que ignorara el ultimátum enviado por Carlos III para que pusiera fin a las «amenazas e insultos» contra Francia y los dominios y pabellón españoles.

13 de julio de 1779. Bernardo de Gálvez celebra en Nueva Orleans una junta de guerra con sus oficiales para determinar las medidas que se tomarán ante la entrada en conflicto con los ingleses.

31 de agosto de 1779. La flota combinada francoespañola destinada a la invasión de Inglaterra avista la escuadra del almirante Charles Hardy y se lanza a darle caza, aunque una niebla acaba ocultando a los perseguidos y frustra el ataque.

7 de septiembre de 1779. Una fuerza formada por más de mil cuatrocientos hombres y liderada por Bernardo de Gálvez se apodera del fuerte Bute de Manchac, uno de los principales bastiones ingleses en el bajo Misisipi.

21 de septiembre de 1779. El contingente español bajo el mando de Bernardo de Gálvez toma el fuerte New Richmond, en Baton Rouge, el segundo puesto inglés que captura en la operación lanzada en el bajo Misisipi.

16 de enero de 1780. La escuadra de Juan de Lángara trata de interceptar frente a las costas de Portugal a la flota del almirante Rodney, que busca romper el bloqueo a Gibraltar. Lángara sale derrotado y es capturado por los ingleses.

12 de marzo de 1780. Los defensores del fuerte de Carlota de la Mobila, en el golfo de México, rinden la plaza ante el asedio de los españoles, sin que las tropas del general Campbell logren socorrerla. Al día siguiente se acuerdan los términos de la capitulación.

28 de abril de 1780. La mayor armada jamás destinada a América se hace a la vela en el puerto de Cádiz a las órdenes de José Solano. A bordo viajan doce mil soldados de infantería bajo el mando de Victorio de Navia.

26 de mayo de 1780. Una fuerza de mil hombres, en su mayoría nativos, asalta San Luis, capital de la Alta Luisiana española, así como Cahokia, al otro lado del Misisipi. El ataque se salda con al menos veintidós muertos y decenas de prisioneros.

28 de junio de 1780. El teniente de gobernador de la Alta Luisiana, Fernando de Leyba, fallece en San Luis de Ilinueses. Toma el mando de forma interina el teniente Silvio Francisco de Cartabona.

24 de septiembre de 1780. El navarro Francisco Cruzat asume por segunda vez el cargo de teniente de gobernador de la Alta Luisiana, con la tarea de proteger la región del peligro de un nuevo ataque organizado por los británicos.

2 de enero de 1781. Parte de San Luis, Misisipi arriba, una expedición liderada por Eugene Pourée y formada por 60 voluntarios y 65 nativos con destino al fuerte inglés de San José, a orillas del río del mismo nombre.

12 de febrero de 1781. La misión española capitaneada por Eugene Pourée conquista el fuerte San José y toma posesión del puesto y sus dependencias, con el río del mismo nombre y el de los Ilinueses.

6 de marzo de 1781. La expedición de Eugene Pourée regresa a San Luis de Ilinueses tras conquistar el fuerte San José. El capitán entrega al teniente de gobernador, Francisco Cruzat, una bandera tomada a los ingleses.

10 de mayo de 1781. El general británico John Campbell entrega Panzacola al mariscal de campo español Bernardo de Gálvez tras dos meses de batalla y el enfrentamiento interno con el capitán de navío José Clavo de Irazábal sobre el paso de la barra del puerto.

19 de octubre de 1781. El general lord Cornwallis se rinde en Yorktown (Virginia) al ejército de George Washington, apoyado por fuerzas francesas. La victoria despeja el camino para el triunfo final de los rebeldes en su lucha por la independencia.

12 de marzo de 1782. La *Gazeta de Madrid* publica la relación de la toma de posesión en nombre de Carlos III del puesto de San José, así como de «sus dependencias y el río Ilinoeses», e informa de los

reconocimientos de Su Majestad por el éxito de la empresa.

3 de agosto de 1782. El conde de Aranda recibe en París al plenipotenciario John Jay para comenzar la negociación de las fronteras entre España y los Estados Unidos ante el inminente final de la guerra en Norteamérica.

30 de abril de 1783. Eugene Pourée, el líder de la expedición al fuerte San José de 1781, fallece y es enterrado en San Luis. Su única heredera es su esposa, María Josefa Goudeau, con quien llevaba casado desde 1756. No tienen descendencia.

3 de septiembre de 1783. John Adams, Benjamin Franklin y John Jay, por parte de los Estados Unidos, y David Hartley, en nombre del rey Jorge III, firman en París el tratado que pone fin a la guerra y reconoce la independencia de las trece colonias británicas.

14 de diciembre de 1788. Carlos III fallece a los setenta y dos años, tras veintinueve como rey de España. Le sucede en el trono su segundo hijo varón, que reinará con el nombre de Carlos IV.

14 de julio de 1789. La toma de la prisión de la Bastilla en París marca el inicio de la Revolución francesa, que acabará con el reinado de Luis XVI y alterará las relaciones con su hasta entonces aliado, España.

28 de octubre de 1790. España y el Reino Unido firman el primero de los tres acuerdos conocidos como Convenciones de Nutca y que evitaron una guerra por los territorios en disputa en la costa del Pacífico. Los otros dos se suscribirían en 1793 y 1794.

27 de octubre de 1795. Manuel Godoy, en nombre de Carlos III de España, y Thomas Pinckney, en representación de los Estados Unidos, firman en San Lorenzo de El Escorial el tratado de amistad, límites y navegación que pone fin a la disputa fronteriza.

9 de noviembre de 1799. El golpe de Estado del 18 de brumario, según el calendario revolucionario, pone fin al Directorio y abre la etapa del Consulado.

Napoleón Bonaparte se convierte en primer cónsul.

1 de octubre de 1800. España firma con Francia el Tratado de San Ildefonso, que, junto con el de Aranjuez del año siguiente, devuelve a ese país la Luisiana y le cede el ducado de Parma a cambio del Gran Ducado de Toscana para Luis Francisco de Borbón-Parma.

30 de abril de 1803. Faltando a su promesa a España, Francia vende la Luisiana a los Estados Unidos de América por quince millones de dólares tras cerrar un acuerdo con el enviado de Thomas Jefferson a Europa, James Monroe.

9 de marzo de 1804. El último teniente de gobernador, Charles Dehault Delassus, hace entrega del distrito de Ilinueses al capitán americano Amos Stoddard en una ceremonia solemne en San Luis. Concluyen las cuatro décadas de historia de la Luisiana española.

Bibliografía

Abril, Inés; Gasca, Berta; Moreno, José María, y Sazatornil, Blanca (coords.), *Del Caribe al canal de la Mancha. La Armada española en la Independencia americana*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2022.

Álvarez Abeilhé, Juan, coronel de infantería, *La bandera de España, en El origen militar de los símbolos de España,* en *Revista de Historia Militar, Segunda edición, número extraordinario*, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 2011.

Alvord, Clarence Walworth, *The conquest of St. Joseph, Michigan, by the Spaniards in 1781*, Missouri Historical Review, State Historical Society of Missouri, Columbia, 1908.

—, *Cahokia records 1778-1790,* Virginia Series, vol. I, *Illinois State Historical Library Collections,* vol. II, Illinois State Historical Library, Springfield, 1907.

Anderson, Fred, *Crucible of War. The Seven Years' War and the fate of Empire in British North America, 1754-1766*, Vintage Books, Nueva York.

Assemblée législative, *Pièces et documents relatifs a la tenure seigneuriale demandés par une adresse de l'Assemblée Législative*, Imprimerie de E. R. Fréchette, Quebec, 1851.

Baker, George A., *The St. Joseph-Kankakee Portage,* Northern Indiana Historical Society, South Bend, 1899.

Ballard, Ralph, *Old Fort St. Joseph*, Niles Printing Company, Niles, 1949.

Bartholomew, Henry S. (ed.), *Michigan Pioneer and Historical Society Collections,* vol. IX, 2.ª ed., Pioneer Society of the State of Michigan, Wyncoop Hallenbeck Crawford Company, State Printers, Lansing.

—(ed.), *Michigan Pioneer and Historical Society Collections,* vol. X, 2.ª ed. Pioneer Society of the State of Michigan, Wynkoop Hallenbeck Crawford Company, State Printers, Lansing, 1908.

Beerman, Eric, *España y la independencia de Estados Unidos*, Mapfre, Madrid, 1992.

Belting, Natalia Maree, *Kaskaskia, under the French regime*, University of Illinois Press, Urbana, 1948.

Bemis, Samuel Flagg, *Pinckney's Treaty. America's advantage from Europe's distress, 1783-1800*, Yale University Press, New Haven, 1965, reimpreso en 1973 por Greenwood Press, Westport.

—, *The Rayneval Memoranda of 1782 on Western boundaries and some comments on the French historian Doniol*, en *Proceedings of the American Antiquarian Society,* vol. 47, *Part 1,* American Antiquarian Society, abril de 1937.

Bernabéu Albert, Salvador, *Juan Francisco de la Bodega y Quadra. El descubrimiento del fin del mundo (1775-1792)*, Alianza, Madrid, 1990.

Billon, Frederic L., *Annals of St. Louis in its Early Days under the French and Spanish dominations*, G. I. Jones and Company, San Luis, 1886.

Bosch, Aurora, *Historia de Estados Unidos 1776-1945*, Crítica, Barcelona, 2010.

Bradsby, H. C. (ed.), *History of Bureau County, Illinois*, World Publishing Company, Chicago, 1885.

Burton, M. Agnes (ed.), *Historical Collections*, vol. XIX, Michigan Pionner and Historical Society, Detroit, 1911.

Cantillo, Alejandro del, *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias estranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón*, Imprenta de Alegría y Charlain, Madrid, 1843.

Carstens, Nancy Son (ed.), *The life of George Rogers Clark, 1752-1818: triumphs and tragedies*, Praeger, Westport, 2004.

Chávez, Thomas E., *Spain and the independence of the United States. An intrinsic gift*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2002.

Clark, George Rogers (Milo Milton Quaife, ed.), *The conquest of the*

Illinois, R. R. Donnelley & Sons Company, Chicago, 1920.

Clark Turner, Beatrice (comp.), *The Chouteau family. A genealogy of descendants and collateral branches*, Ditenhafer printing co., San Luis, 1934.

Cohn, Ellen R. (ed.), *The Papers of Benjamin Franklin, vol. 37, March 16 through August 15, 1782*, Yale University Press, New Haven / Londres, 2003.

Collins, William, *The Spanish attack on Fort St. Joseph,* en Holden, Robert J. (ed.), *Selected papers from the 1983 and 1984 George Rogers Clark Trans-Appalachian Frontier History Conference*, Vincennes University Printing Center / Eastern National Park & Monument Association, Vincennes, 1985.

Conrotte, Manuel, *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte*, Librería General de don Victoriano Suárez, Madrid, 1920.

Cooperman, Andrew, *Cahokia and the Trans-Appalachian West in the American Revolution, en The Confluence*, Lindenwood University, St. Charles, primavera/verano de 2015.

Crawford, Michael J ., *Naval documents of the American Revolution*, Department of the Navy, Washington D. C., 2013.

D'Alzina Guillermety, Carlos, *Puerto Rico y Gibraltar (1711-1788): una negociación frustrada, en Anuario de Estudios Americanos*, vol. 47, Escuela de Estudios Hispano-americanos (CSIC), Madrid, 1990-Dean, Lawrie Cena, *The Kaskaskia Manuscripts, Searchable Digest*, Foundation for Illinois Colonial and American Studies, Springfield, 2022.

Department of State, *The diplomatic correspondence of the United States of America from the signing of the definitive Treaty of Peace 10th September, 1783, to the adoption of the Constitution, March 4, 1789,* vol. III, Blair & Rives, Washington, 1837.

Douglas, Walter B., *The case of Pourée against Chouteau, en Missouri Historical Society Collections,* vol. II, n.º 6, Missouri Historical Society, San Luis, julio de 1908.

Draper, Lyman Copeland, *Draper Manuscripts, George Rogers Clark Papers, 1756-1891, 7 J,* Wisconsin Historical Society, Madison.

Ekberg, Carl J. y Person, Sharon K., *St. Louis rising. The French regime*

of Louis St. Ange de Bellerive, University of Illinois Press, Urbana, Chicago y Springfield, 2015.

English, William Hayden, *Conquest of the country Northwest of the River Ohio, 1778-1783, and life of Gen. George Rogers Clark,* vol. II, The Bowen-Merrill Company Indianápolis y Kansas City, 1897.

Fannin, William, *Defenders of the border Missouri's Union military organizations*, Mid-Missouri Genealogical Society, Jefferson City, 1982.

Faribault-Beauregard, Marthe, *La population des forts français d'Amérique (XVIIIe siècle),* tomo II, Éditions Bergeron, Montreal, 1984.

Fausz, J. Frederick, *Founding St. Louis, first city of the New West*, The History Press, Charleston, 2011.

Fernández Duro, Cesáreo, *Intento de Invasión contra Inglaterra, en Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón, tomo 7, capítulo XII*, Instituto de Historia y Cultura Naval, Ministerio de Defensa, Madrid, 1973, (original 1895-1903).

Fernández Gaytán, *José, Extremadura y la Mar,* en *Revista de Historia Naval, Número 27*, Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 1989.

Fletcher, Thomas C., *Missouri's jubilee. Speech of Thomas C. Fletcher, governor of Missouri, delivered in the State capitol, on the occasion of the reception by the legislature of the news of the passage of the convention ordinance abolishing slavery in Missouri*, W. A. Curry, Public Printer, Jefferson City, 1865.

Fuller, George N. (ed.), *Historic Michigan, land of the Great Lakes. Its life, resources, industries, people, politics, government, wars, institutions, achievements, the press, schools and churches, legendary and prehistoric lore*, Michigan Pioneer and Historical Society, Michigan Historical Commission, Dayton, National Historical Association, 1924.

Gannett, Henry, *The origin of certain place names in the United States*, 2.ª ed., Government Printing Office, Washington, 1905.

Gannon, Michael(ed.), *The new history of Florida*, University Press of Florida, Gainesville, 1996.

Gayarré, Charles, *History of Louisiana,* vol. 3, William J. Widdleton, Nueva York, 1867.

Gómez del Campillo, Miguel, *Relaciones diplomáticas entre España y los*

Estados Unidos según los documentos del Archivo Histórico Nacional, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1944.

Goodpasture, Albert V., *Colonel John Montgomery,* en *Tennessee Historical Magazine, Tennessee Historical Society,* vol V, n.º 3, Nashville.

Griffith III, Samuel B., *The War for American Independence*, University of Illinois Press, Urbana y Chicago, 2002.

Hammond, George P. (ed.), *New Spain and the AngloAmerican West,* vol. I, Private Printing, Los Ángeles y Mánchester, 1932.

Hibbert, Christopher, *Redcoats and rebels. The American Revolution through British eyes*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1990.

Hilton, Sylvia L., *La Alta California española*, Mapfre, Madrid, 1992.

Hoffman, Paul E., *Luisiana*, Mapfre, Madrid, 1992.

Houck, Louis, *A history of Missouri. From the earliest explorations and settlements until the admission of the state into the Union,* vol. II, R. R. Donnelley & Sons Company, Chicago.

—(ed.), *The Spanish regime in Missouri. A collection of papers and documents relating to Upper Louisiana principally within the present limits of Missouri during the dominion of Spain, from the Archives of the Indies at Seville, etc., translated from the original Spanish into English, and including also some papers concerning the supposed grant to col. George Morgan at the Mouth of the Ohio, found in the Congressional Library*, vol. I, R. R. Donnelley & Sons Company, Chicago, 1909.

Huggins, Benjamin L. (ed.), *The Papers of George Washington, Revolutionary War Series,* vol. 22, 1 August-21

October 1779, University of Virginia Press, Charlottesville, 2013.

James, James Alton (ed.), *George Rogers Clark Paper 1771-1781, Collections of the Illinois State Historical Library*, vol.

VIII, Illinois State Historical Library, Springfield, 1912.

Jensen, Merrill, *The founding of a nation: a history of the American Revolution 1763 - 1776*, Hackett, Indianápolis/Cambridge, 1968.

—, *Tracts of the American Revolution, 1763-1776*, Hackett, Indianápolis/ Cambridge, 1966, reimpreso en 2003.

Kinnaird, Lawrence, *Clark-Leyba Papers, The American Historical Review, 41*, American Historical Association, Washington, octubre de 1935.

—, *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794. Translations of materials from the Spanish Archives in the Bancroft Library. Part 1: The Revolutionary period, 1765-1781, Annual report of the American Historical Association for the year 1945*, vol. II, Government Printing Office, Washington, 1949.

—, *The Spanish expedition against Fort St. Joseph in 1781, a new interpretation, en The Mississippi Valley Historical Review,* vol. 19, n.º 2 Mississippi Valley Historical Association, Bloomington, septiembre de 1932.

Kling, Stephen L. Jr., *The American Revolutionary War in the West. Museum exhibit: a general guide*, THCG, Chicago, 2022.

—, *Joseph Robidoux III, the Battle of St. Louis, & the St. Louis Robidoux legacy, en The Confluence (2009-2020),* vol. 12, 1, artículo 3.

—, Sjostrom, Kristine L. y López, Marysia T., *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC, San Luis, 2017.

Lee, Richard Henry, *Life of Arthur Lee*, vol. 1, Wells and Lilly, Boston, 1829.

Lincoln, Abraham, *Collected Works of Abraham Lincoln,* vol. 2, University of Michigan Digital Library Production Services, Ann Arbor, 2001.

Loveland, Erika K. y Nassaney, Michael S., *Sheltering New France, Fort St. Joseph Archaeological Project,* Booklet Series No. 3, Western Michigan University, Kalamazoo, 2017.

Malchelosse, Gérard, *Le Poste de la Rivière Saint-Joseph (Mich.) (1691-1781), en Les Cahiers des Dix,* n.º 23, Société des Dix, Éditions La Liberté, Quebec, 1958.

Margry, Pierre, *Découvertes et établissements des français dans l'Ouest et dans le Sud de l'Amérique Septentrionale, 1614-1698. Mémoires et documents inédits, Deuxième partie, Recherche des bouches du Mississipi et voyage à travers le continent depuis les côtes du Texas jusqu'à Québec (1669-1698)*, Maisonneuve et Cie, Libraires-éditeurs, París, 1877.

—, *Découvertes et établissements des français dans l'Ouest et dans le Sud de l'Amérique Septentrionale, 1614-1698.*

Mémoires et documents inédits, Troisième partie, Recherche des bouches du Mississipi et voyage à travers le continent depuis les côtes du Texas jusqu'à Québec (1669-1698), Maisonneuve et Cie, Libraires-éditeurs, París, 1879.

Martínez Laínez, Fernando y Canales Torres, Carlos, *Banderas Lejanas. La exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*, Edaf, Madrid, 2009.

Mason, Edward G., *The march of the Spaniards across Illinois*, The Magazine of American History, vol. XV, n.º 5, Nueva York, mayo de 1886.

Max, Stanley M., *A re-evaluation of the Spanish raid on Fort St. Joseph, Michigan, in 1781*, The Great Lakes Review, vol. 11, n.º 1, Central Michigan University, Mount Pleasant, primavera de 1985.

Mayoralgo y Lodo, José Miguel, *La nobleza titulada en el Registro de la Real Estampilla durante el reinado de Carlos III (Segunda parte, 1780-1788, I)*, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, Madrid, 2013.

McCafferty, Michael, *«Kankakee»: an old etymological puzzle,* en *Names,* vol. 62 n.º 2, American Name Society, junio de 2014.

McCoy, Daniel, *Old Fort St. Joseph, en Historical Collections*, vol. XXV, Michigan Pioneer and Historical Society, Wynkoop Hallenbeck Crawford Company, State Printers, Lansing, 1907.

McDermott, John Francis (ed.), *Old Cahokia: a narrative and documents illustrating the first century of its history*, Buechler Publishing Company, Belleville, 1949.

—, *The Battle of St. Louis: 26 May 1780*, en *Missouri Historical Society Bulletin*, Missouri Historical Society, San Luis, abril de 1980.

—(ed.), *The early histories of St. Louis*, St. Louis Historical Documents Foundation, San Luis, 1952.

Miranda, Francisco de, *Diario de Panzacola, en Archivo del General Miranda. Viajes. Diarios. 1750-1785, tomo I*, Parra León Hermanos, Editorial Sur-América, Caracas, 1929.

Musick, James B., *St. Louis as a fortified town. A narrative and critical essay of the period of struggle for the fur trade of the Mississippi Valley and its influence upon St. Louis*, Press of R. F. Miller, San Luis, 1941.

Nasatir, Abraham Phineas, *The Anglo-Spanish frontier in the Illinois Country during the American Revolution, 1779-1783, en Journal of the Illinois State Historical Society (1908-1984)*, vol. 21, n.º 3, University of Illinois Press, Springfield, octubre de 1928.

Nassaney, Michael S. (ed.), *Fort St. Joseph revealed. The historical archaeology of a fur trading post*, University Press of Florida, Gainesville, 2019.

Núñez Cabeza de Vaca, Álvar, *Naufragios*, edición de Trinidad Barrera, Alianza, Madrid, 2005.

Nuxoll, Elizabeth M., *The Selected Papers of John Jay, vol. 2, 1780-1782,* University of Virginia Press, Charlottesville, 2012.

Olmedo, Manuel y Cabrera, Francisco, *Bernardo de Gálvez. Héroe recuperado*, Asociación Cultural Bernardo de Gálvez y Gallardo, conde de Gálvez, Málaga, 2016.

Paquette, Gabriel y Quintero Saravia, Gonzalo M. (ed.), *Spain and the American Revolution. New approaches and perspectives*, Routledge, Londres y Nueva York, 2020.

Peckham, Howard H., *Pontiac and the Indian uprising,* Princeton University Press, Princeton, 1947, reimprimido por Wayne University Press, Detroit, 1994.

Peters, Esq., Richard (ed.), *The Public Statutes at large of the United States of America, from the organization of the government in 1789, to March 3, 1845, vol. 8, Treaties between the United States and foreign nations (1789-1845),* Little, Brown and Company, Boston, 1867, reimpreso en Dennis & Co., Búfalo, 1963.

Petersen, William J., *Jean Marie Cardinal,* Palimpsest, 12, The State Historical Society of Iowa, Iowa City, noviembre de 1931.

Porras Muñoz, Guillermo, *El fracaso de Guarico, en Anuario de Estudios Americanos,* vol. XXVI, Escuela de Estudios Hispano-americanos, Sevilla, 1969.

Price, Anna L. (trad. y comp.), *Appendix I to the final report to the National Endowment for the Humanities for the project «Archaeology of*

the Saline Creek Valley, Missouri» (Ref; RO-21429-87), University of MissouriColumbia, diciembre de 1990.

Primm, James Neal, *Lion of the Valley. St. Louis, Missouri,* Missouri Historical Society Press, San Luis, 1998

(primera edición en 1981).

Reparaz, Carmen de, *Yo solo: Bernardo de Gálvez y la toma de Pensacola,* Serbal, BarcelonaMadrid, 1986.

Robertson, James A., *Spanish correspondence concerning the American Revolution, en The Hispanic American Historical Review*, agosto de 1918, vol. 1, n.º 3, Duke University Press, Durham.

Rodriguez, John Eugene, *Spanish New Orleans. An Imperial City on the American Periphery 1766-1803*, Louisiana State University Press, Baton Rouge.

Rothensteiner, Rev. John, archivist of the Catholic Historical Society of St. Louis, *History of the archdiocese of St.*

Louis in its various stages of development from A. D. 1673 to A. D. 1928, vol. I, San Luis, 1928.

Roy, Pierre-Georges, *Le Sieur de Vincennes, fondateur de l'Indiana*, Charrier & Dugal, Quebec, 1919.

Saindon, Robert A. (ed.), *Explorations into the world of Lewis and Clark: Essays from the pages of 'We proceeded on', the quarterly journal of the Lewis and Clark Trail Heritage Foundation,* vol. 2, Lewis and Clark Trail Heritage Foundation, Great Falls, 2003.

Sampson, S. A. (ed.), *Missouri Historical Review*, vol. V, n.º 4, The State Historical Society of Missouri, Columbia, julio de 1911.

Santaló Rodríguez de Viguri, José Luis, *Don José Solano y Bote: primer marqués del Socorro, capitán general de la Armada*, Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1973.

Santoyo, Julio César, *Arthur Lee, historia de una embajada secreta*, Institución Sancho el Sabio, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal de la Ciudad de Vitoria, Vitoria, 1977.

Scheer, George F. y Rankin, Hugh F., *Rebels & redcoats. The American Revolution through the eyes of those who fought and lived it,* Da Capo

Press, Cleveland, 1957.

Segura García, Germán, *San Luis: la batalla del Fuerte San Carlos, en Revista de Historia Militar*, Instituto de Historia y Cultura Militar, n.º 110, Dirección General de Relaciones Institucionales, Ministerio de Defensa, Madrid, 2011.

Shepherd, William R., *The Cession of Louisiana to Spain, en Political Science Quarterly*, vol. 19, n.º 3, Ginn & Co., Boston, 1904.

Sjostrom, Kristine L., *Fernando de Leyba (1734-1780). A life of Service and Sacrifice in Spanish Louisiana*, publicación independiente, Middletown, 2022

—, Long, Marie Ann y Long Startz, Mary Anthony, *The militiamen of St. Louis & Ste. Geneviève 1779-1783*, publicación independiente, 2020.

Smith, William Henry, *The St. Clair Papers: the life and public services of Arthur St. Clair: soldier of the Revolutionary War, president of the Continental Congress and governor of the North-Western Territory: with his correspondence and other papers*, vol. II, Robert Clarke & Company, Cincinnati, 1882.

Sparks, Jared (ed.), *The diplomatic correspondence of the American Revolution*, vol. II, *New edition*, John C. Rives, Washington, 1857.

—(ed.), *The diplomatic correspondence of the American Revolution*, vol. VIII, Nathan Hale and Gray & Bowen, Boston, 1830.

Stevens, Walter B., *St. Louis, The Fourth City, 1764-1911*, San Luis-Chicago, The S. J. Clarke Publishing Co., 1911.

Stoddard, Amos, *Sketches, historical and descriptive, of Louisiana*, Mathew Carey, Filadelfia, 1812.

Teggart, Frederick J., *The capture of St. Joseph, Michigan, by the Spaniards in 1781*, Missouri Historical Review, vol.

V, n.º 4, The State Historical Society of Missouri, Columbia, 1911.

Terrón Ponce, José Luis, *La baza menorquina del conde de Floridablanca (Breve análisis del proceso integrador de la Balear menor a la monarquía española tras la toma militar de 1782)*, en *Revista de Menorca,* vol. 87, n.º I, Ateneu Científic, Literari i Artístic de Maó, Mahón, 2003.

—, *La reconquista de Menorca por el duque de Crillon, 1781-1782.*

Aspectos militares y políticos, Museo Militar San Felipe, Mahón, 1981.

Thwaites, Reuben Gold (ed.), *Collections of the State Historical Society of Wisconsin*, vol. XVIII, Wisconsin Historical Society, Madison,1908.

Tremblay, Rémi, *Jaques Cartier*, colección *Qui suis-je*?, Pardès, 2020.

Trillo Lodeiro, Manuel, *De Florida a Alaska: tres siglos de legado español en Estados Unidos*, Policy paper n.º 12, Madrid, The Hispanic Council, enero de 2019.

—, *La costa de los rebeldes. Un viaje a los orígenes de EE. UU. desde Boston hasta los confines de Florida*, Stella Maris, Barcelona, 2015.

Villiers du Terrage, Marc de, *Les dernières années de la Louisiane française*, Librairie Orientale et Américaine, París, 1904.

Widder, Keith R., *Beyond Pontiac's shadow: Michilimackinac and the Anglo-Indian War of 1763*, Michigan State University Press, East Lansing, 2013.

Willcox, William B. (ed.), *The Papers of Benjamin Franklin, vol. 23, October 27, 1776, through April 30, 1777*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1983.

Woods, Earl C. y Nolan, Charles E., *Archdiocese of New Orleans Sacramental Records, vol. 7: 1800-1803, Archives of the Archdiocese of New Orleans*, Nueva Orleans, 1992.

Woodward, Ralph Lee, *Central America: a nation divided*, Oxford University Press, Nueva York, 1976.

Yela Utrilla, Juan Francisco, *España ante la independencia de los Estados Unidos*, Istmo, Madrid, 1988

(reproducción facsimilar de la segunda edición de Gráficos Academia Mariana, Lérida, 1925).

CALLE D ORLEANS

Archivo del autor

FUERTE DE CHARTRES

Principal bastión francés en la Alta Luisiana en el siglo XVIII, de allí salieron buena parte de los primeros habitantes de San Luis, incluido Eugene Pourée, líder de la expedición a San José de 1781.

Dn BERNARDO DE GALVEZ

Archivo del autor

NUEVA ORLEANS

Un mosaico recuerda el pasado español en una calle de Nueva Orleans, la antigua capital de la provincia de la Luisiana.

Missouri Historical Society

RECONOCIMIENTO DE LOS NATIVOS

Diploma al «indio llamado Iscate» por parte del gobernador Bernardo de Gálvez, firmado por Francisco Cruzat.

Archivo del autor

SANTA GENOVEVA

La casa de Louis Bolduc, en la actual *Ste.* Genevieve, Misuri, ejemplo de vivienda construida por los colonos franceses en la Alta Luisiana y que se mantuvo durante el periodo español.

Archivo del autor

NATCHEZ

Punto clave para el control del Misisipi, Bernardo de Gálvez arrebató el puesto a los ingleses en 1779. En la imagen, placa en la que se recuerda el paso de Gálvez por la localidad, hoy en el estado de Misisipi.

Archivo del autor

RESISTENCIA FRENTE AL ATAQUE INGLÉS

Maqueta del fuerte de San Carlos, erigido para la defensa de San Luis en 1780, en el Centre for French Colonial Life en Santa Genoveva (Misuri).

Guerra global entre las grandes potencias
Con la entrada de Francia y España en la lucha contra Gran Bretaña, la rebelión de las colonias inglesas en Norteamérica deriva en un conflicto a escala mundial en múltiples frentes.
Territorios
Británicos
Españoles
Franceses
1 Revolución americana
El choque entre soldados británicos y colonos en Lexington y Concord (Massachusetts) el 19 de abril de 1775 da inicio a la sublevación de las colonias.
2 Sitio de Pondicherry
Los franceses se rinden el 18 de octubre de 1778 tras el asedio británico a sus posesiones en la India.
3 Intento de invasión de Inglaterra
Una armada hispanofrancesa bajo el mando del conde de Orvilliers intenta sin éxito desembarcar en 1779 en Gran Bretaña.
4 Ataque sorpresa en el bajo Misisipi
Nada más declararse la guerra a Gran Bretaña, Bernardo de Gálvez captura los fuertes ingleses de Manchac, Baton Rouge y Natchez.
5 Expulsión de los ingleses del Yucatán
El gobernador interino Rivas Betancourt organiza en 1779 dos expediciones que despejan Campeche de ingleses.
6 Captura de Senegal
Los franceses recobran en 1779 la colonia africana, que los británicos les habían arrebatado en la guerra de los Siete Años.
7 Combate naval del cabo Santa María
La escuadra británica del almirante Rodney derrota a la española de Juan de Lángara el 16 de enero de 1780 y rompe el bloqueo de Gibraltar.
8 La armada de Solano
El 28 de abril de 1780 zarpa de Cádiz la mayor flota española jamás destinada a América para limpiar de ingleses el Misisipi, el golfo de México y el Caribe.
9 Conquista de la Mobila y Panzacola
Bernardo de Gálvez barre a los ingleses del golfo de México y recupera la Florida Occidental al capturar estas plazas en 1780 y 1781.
10 Batalla de San Luis
El 26 de mayo de 1780 unos trescientos soldados y milicianos repelen el ataque de un millar de guerreros nativos lanzado por los británicos.
11 Toma del fuerte San José
El capitán de milicias Eugene Pourée conquista el 12 de febrero de 1781 el puesto inglés junto al lago Michigan y los ríos San José e Illinueses (hoy Illinois).
12 Planes contra Suramérica
Los británicos sopesan arrebatar a España el Río de la Plata, Chile y el Perú, con tropas llegadas por el Atlántico y el Pacífico.
13 Proyecto para atacar Terranova
El conde de Barras se prepara para recuperar las pesquerías, pero al final se le ordena apoyar a George Washington en la bahía de Chesapeake.
14 Rebeliones en el Perú y Nueva Granada
Tupac Amaru, que se dice descendiente de los incas, y los comuneros desafían la autoridad española entre 1780 y 1781.
15 Victorias españolas en Centroamérica
Matías de Gálvez recupera los fuertes de San Fernando de Omoa y la isla Roatán en Honduras y del río San Juan en Nicaragua.
16 Reconquista de Menorca
La isla, ocupada por los ingleses desde 1708, vuelve a manos españolas el 5 de febrero de 1782 tras el despliegue de una fuerza hispanofrancesa.
17 Operación contra Jamaica
Una armada hispanofrancesa liderada por Bernardo de Gálvez planea invadir la isla, pero la captura del conde de Grasse en 1782 frustra los planes.
18 Conquista de las Bahamas
Una flota comandada por Juan Manuel de Cagigal, en la que participan buques americanos, bloquea Nasáu y obtiene la capitulación inglesa en 1782.
19 Expedición a la bahía de Hudson
Una escuadra francesa a las órdenes del conde de La Pérouse captura en 1782 dos puestos de la Compañía de la Bahía de Hudson.
20 Bombardeo de Gibraltar
España intenta recuperar el Peñón en septiembre de 1782 con unas baterías flotantes, pero la operación fracasa.
Fuentes: elaboración propia / Stephen L. Kling Jr., Kristine L. Sjostrom y Marysia T. Lopez, The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West, THGC, San Luis (Misuri).

Archivo del autor

PUESTO DE ARKANSAS

Recreación de la empalizada del antiguo puesto de Arkansas, a la orilla del río del mismo nombre, donde ejerció el mando Fernando de Leyba antes de ser teniente de gobernador de la Alta Luisiana. Hoy es parte del Arkansas Post National Memorial en Gillett, Arkansas.

Archivo del autor

PEORIA

La localidad se encuentra a orillas del río Illinois, en el estado del mismo nombre. Por allí pasó la expedición española al fuerte San José encabezada por Eugene Pourée a principios de 1781.

Archivo del autor

LAGO MÍCHIGAN

La región quedó bajo el dominio español tras la expedición de 1781. Sobre estas líneas, el lago visto desde la orilla del estado de Indiana, con Chicago al fondo.

Archivo del autor

EXPEDICIÓN DE HAMELIN

Placa que conmemora el enfrentamiento de Thomas Brady y Jean Baptiste Hamelin a orillas del lago Míchigan, en el Indiana Dunes State Park, Indiana.

Archivo del autor Archivo del autor

RÍO KANKAKEE

Restos de lo que fue la gran ciénaga del río Téakiki, hoy Kankakee, en el Gran Kankakee Marsh, Indiana. Por allí pasó la expedición española al fuerte San José en 1781.

Archivo del autor

EL MISISIPI ESPAÑOL

Un puente cruza el Misisipi en Vicksburg, Misisipi. España mantuvo el control sobre el río durante décadas, hasta la devolución de la Luisiana a Francia a comienzos del siglo XIX.

Archivo del autor

EL ILLINOIS

En 1781 España tomó posesión del río conocido en el siglo XVIII como Ilinueses y hoy como Illinois En la imagen, la orilla oriental en el Pere Marquette State Park, Illinois.

Archivo del autor

SAN LUIS

Sobre estas líneas, la antigua catedral de San Luis, Misuri, en el lugar donde se erigió la primera iglesia en la época española. A la derecha, su primera campana, que pudo tocar a rebato ante el ataque enemigo del 26 de mayo de 1780. Abajo, la antigua calle de la Iglesia, hoy Second Street.

Archivo del autor

Archivo del autor

CONTROL DE LAS VÍAS FLUVIALES

Los grandes ríos eran en el siglo XVIII claves para la circulación de bienes y personas. En estas imágenes, la confluencia del Misisipi y su afluente el Illinois, en Grafton (Illinois).

Archivo del autor

© Jeff Roberson *AP Photo* Cordon Press

TRAVESÍA SOBRE AGUAS HELADAS

La expedición de 1781 al fuerte de San José se encontró el caudal congelado del río Ilinueses (hoy Illinois), tal como se recoge en esta imagen de un invierno reciente.

Aujourd'hui douze février de l'année mil sept cent quatre vingt un nous don Eugenio Pourée capitaine dans les compagnies de milice des colonies et commandant du détachement destiné pour St Joseph par ordre de monsieur Don Francisco Cruzat lieutenant colonel d'infanterie commandant en chef et lieutenant gouverneur de la partie occidentale et district des Illinois [illegible]

[illegible]

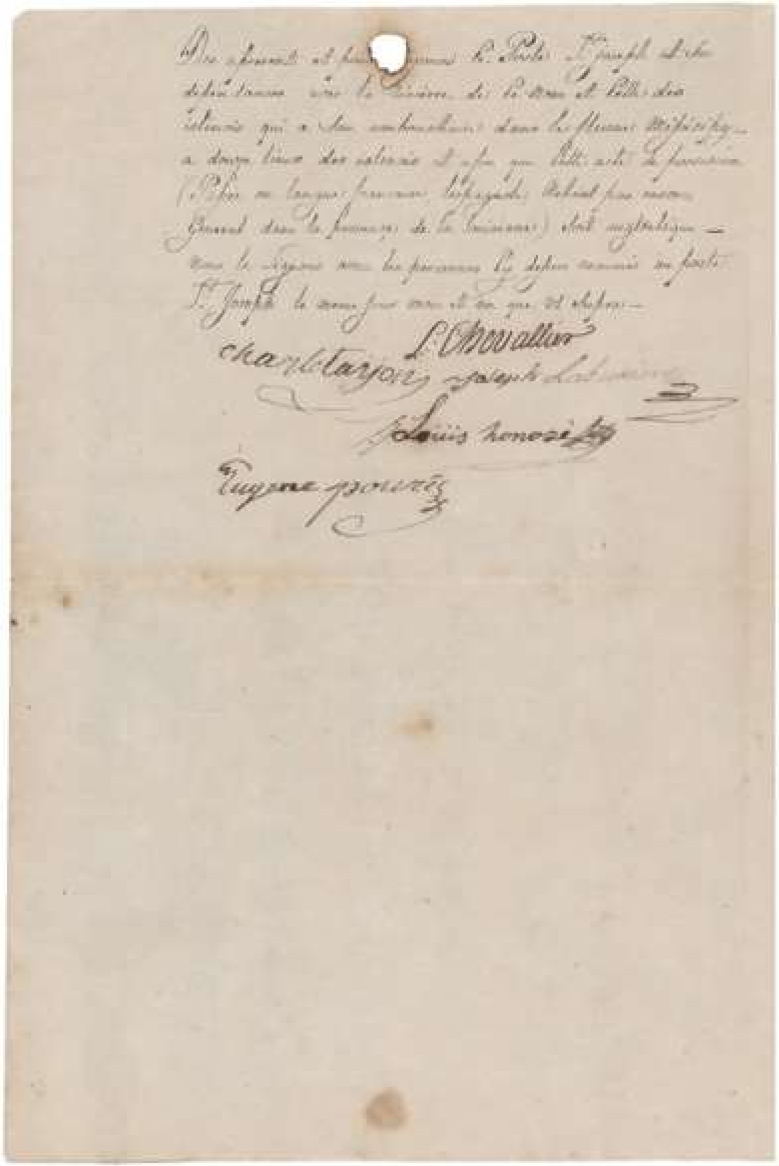
Prenons à la [illegible] de [illegible] que [illegible] présentes lettres [illegible] en la [illegible] du [illegible] très auguste et très puissant monarque et mon Souverain Charles trois Roi catholique d'Espagne [illegible] par ordre [illegible] me [illegible] de milice [illegible] de guerre avec un détachement de cent vingt hommes dans le poste de St Joseph de la dépendance anglaise situé sur le bord de la rivière de ce nom qui se décharge dans le lac Michigan —

En conséquence [illegible] et celui des [illegible] du détachement [illegible] le pavillon Royal [illegible] au milieu de la place [illegible] St Joseph [illegible] que les indiens [illegible] Don Charles Tayon sous-lieutenant de milice et de Don Louis Chevallier interprète du détachement et des [illegible] St Joseph [illegible] de [illegible] aux [illegible] de sa Majesté très Catholique le Roi d'Espagne mon maître

Archivo del autor

LAS PRADERAS DEL MEDIO OESTE

Las elevadas hierbas, que superaban la estatura de una persona, han dado paso hoy a grandes cultivos de maíz y soja en los estados de Illinois e Indiana, como el que muestra la foto.



ACTA DE POSESIÓN DEL FUERTE SAN JOSÉ

Documento por el cual el capitán de milicia Eugene Pourée incorpora a los dominios de Su Majestad Católica el Rey de España el puesto de San José y sus dependencias, con el río del mismo nombre y el de Illinois, el 12 de febrero de 1781. Firman, junto a Eugene Pourée, L. Chevallier, Charle Tayon, Joseph Labuxiere y Louis Honoré.

Bancroft Library, Louisiana Papers, 1767-1816, Box 2, folder 122.

CANOE
LANDING

Archivo del autor

EL FUERTE SAN JOSÉ

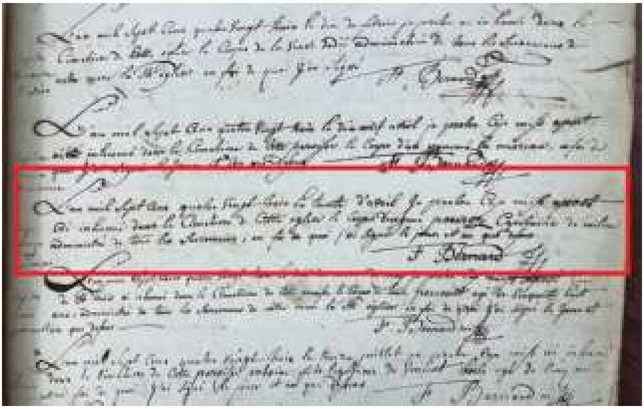
Una gran roca y un letrero recuerdan en Niles (Míchigan) la existencia en el lugar del puesto tomado por los españoles en 1781 (sobre estas líneas).

Abajo, un embarcadero a la orilla del río San José, en la zona donde se han hallado los restos del fuerte. A la derecha, arriba, el Museo del Fuerte San José en Niles y un cilicio y varios crucifijos que se exponen en el centro.

Archivo del autor

Archivo del autor

Archivo del autor



Archivo del autor

UNA GESTA OLVIDADA

Apenas quedan hoy huellas palpables de la conquista del fuerte San José y de la región del río Ilinueses, hoy Illinois (en la imagen), al sur de los Grandes Lagos.

LA MUERTE DEL HÉROE DEL FUERTE SAN JOSÉ

Registro de defunción de Eugene Pourée en 1783: «El año mil setecientos ochenta y tres, el treinta de abril, yo, padre capuchino misionero en el puesto, he inhumado en el cementerio de esta iglesia el cuerpo de Eugene Pourée, capitán de milicia, administrados todos los sacramentos, en fe de lo cual firmo el mismo día y año. F.

Bernard». *Old Cathedral Burials 1781-1832. pág. 5 RG 04 F74. Archdiocese of Saint Louis Archives, San Luis, Misuri*

© Maxim Studio / Shutterstock

© Blueone

© Blueone

© Durero / Wikimedia

© magr80 / Shutterstock

BANDERAS ESPAÑOLAS EN LA LUISIANA De izquierda a derecha y de arriba abajo: cruz de Borgoña, Regimiento fijo de la Luisiana, bandera coronela, pabellón de la Armada hasta 1785 y pabellón a partir de ese año.

Notas

* Carta de George Washington, comandante en jefe del Ejército Continental, al general John Sullivan, tras conocer la declaración de guerra de Carlos III a Gran Bretaña, desde el cuartel general en West Point, 3 de septiembre de 1779. Original en inglés: «It is to be hoped that this formidable junction of the House of Bourbon will not fail of establishing the Independance of America in a short time».

INTRODUCCIÓN

1. Anne-Louise Boivin d'Hardancourt Brillon de Jouy a Benjamin Franklin. Passy (Francia), *ca.* 27 de julio de 1778, Archivos Nacionales de los Estados Unidos. Original en francés.

2. Franklin a *madame* Brillon. Passy, *ca.* 27 de julio de 1778. Archivos Nacionales de los Estados Unidos. Original en francés.

3. Benjamin Franklin a Robert R. Livingston, Passy, 12 de abril de 1782, en Jared Sparks (ed.), *The diplomatic correspondence of the American Revolution,* vol. II, nueva edición, John C. Rives, Washington, 1857, pp. 245-246.

4. La expresión «destino manifiesto» es utilizada por primera vez en 1945 por John L. O'Sullivan, editor de *The United States Magazin and Democratic Review*, una publicación del Partido Demócrata, para justificar la anexión de la república de Texas. Aurora Bosch, *Historia de Estados Unidos 1776-1945*, Crítica, Barcelona, 2010, p. 131.

5. *Gazeta de Madrid*, 12 de marzo de 1782, Imprenta Real, Madrid, 1782, pp. 221-222.

CAPÍTULO 1. LA LUISIANA ESPAÑOLA

1. Toma de posesión de la Luisiana el 9 de abril de 1682, según Jacques de la Métairie, notario del fuerte Frontenac, en Pierre Margry, *Découvertes et établissements des français dans l'Ouest et dans le Sud de l'Amérique Septentrionale (1614-1754), Deuxième partie (1678 -1685). Mémoires et documents originaux*, Imprimerie D. Jouaust, París, 1877, pp. 186-193.

2. Pierre Margry, *Découvertes et établissements des français dans l'Ouest et dans le Sud de l'Amérique Septentrionale, 1614-1698. Mémoires et documents inédits, Troisième partie, Recherche des bouches du Mississipi et voyage à travers le continent depuis les côtes du Texas jusqu'a Québec (1669-1698)*, Maisonneuve et Cie, Libraires-éditeurs, París, 1879, pp. 15-36; Paul E. Hoffman, *Luisiana*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 12-14.

3. Nombre utilizado por los españoles para designar a la localidad y bahía que hoy se conocen como Pensacola, en el estado de Florida.

4. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, edición de Trinidad Barrera, Alianza, Madrid, 2005; Michael Gannon (ed.), *The new history of Florida*, University Press of Florida, Gainesville, 1996, y Manuel Trillo Lodeiro, *De Florida a Alaska: tres siglos de legado español en Estados Unidos,* The Hispanic Council, Policy paper n.º 12, Madrid, enero de 2019.

5. PierreMargry, *ibid.*, pp. 37-372, y Paul E. Hoffman, *ibid.*, pp. 14-20.

6. En francés, La Rochelle, en el actual departamento de Charente Marítimo.

7. Hoy Mobile, en el estado de Alabama.

8. Nueva Orleans, en el actual estado de Luisiana.

9. La localidad es hoy parte del estado de Misisipi.

10. Hoffman, *ibid.*, pp. 20-50.

11. Hoffman, *ibid.*, pp. 50-54.

12. Hoffman, *ibid.*, pp. 84-93.

13. Alejandro del Cantillo, *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias estranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón*, Imprenta de Alegría y Charlain, Madrid, 1843, pp. 468-473.

14. Choiseul a D'Ossun, 20 de septiembre de 1762. Citado en William R. Shepherd, *The Cession of Louisiana to Spain, en Political Science Quarterly,* vol. 19, n.º 3 Ginn & Co., Boston, 1904, p. 447, citado en Hoffman, *ibid.*, p. 59.

15. Ricardo Wall a Jerónimo Grimaldi, 13 de noviembre de 1762, Archivo General de Simancas, Estado, 4552, en Shepherd, *ibid.*, p. 451, citado en Hoffman, *ibid.*, pp. 60-61.

16. *Acto preliminar y otros documentos relativos a la cesión de la Luisiana hecha al Rey de España por el de Francia, Fontainebleau,* 3 de noviembre de 1762, Archivo Histórico Nacional, Estado, 3372, exp. 6.

17. Jacques Cartier (Saint-Malo, 1491-Limoëlou, 1557) toma posesión de la Nueva Francia el 24 de julio de 1534

en Gaspé, en el actual Canadá. Rémi Tremblay, *Jaques Cartier*, colección *Qui suis-je*?, Pardès, 2020, p. 50.

18. Hoffman, *ibid.*, pp. 61-64.

19. Diálogo extraído de los documentos de Esteban Gayarre y Denis-Nicolas Foucault, citados en Baron Marc de Villiers du Terrage, *Les dernières années de la Louisiane française*, E. Guilmoto, París, 1903, pp. 227-231.

20. Villiers, *ibid.*, p. 232.

21. Villiers, *ibid.*, pp. 240-242.

22. Hoffman, *ibid.*, pp. 97-105.

23. Villiers, *ibid.*, pp. 228-229.

24. Villiers, *ibid.*, p. 229.

25. Villiers, *ibid.*, pp. 229-230.

26. Habitantes procedentes de la Acadia, región al este del Canadá, deportados por los británicos.

27. Villiers, *ibid.*, pp. 252-282, y Hoffman, *ibid.*, pp. 105-110.

28. Villiers, *ibid.*, pp. 283-350, y Hoffman, *ibid.*, pp. 110-123.

29. Luis de Unzaga al capitán general Marquis de la Torre, en Charles Gayarré, *History of Louisiana,* vol. 3, William J. Widdleton, Nueva York, 1867, p. 91, y Hoffman, *ibid.*, p. 142.

30. John Eugene Rodriguez, *Spanish New Orleans. An Imperial City on the American Periphery 1766-1803*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2021, p. 3.

31. Relato de Auguste Chouteau en *Narrative of the Settlement of St. Louis*, original conservado por la Saint Louis Mercantile Library en la University of Missouri-St Louis, en McDermott John Francis (ed.), *The early histories of St. Louis*, St. Louis Historical Documents Foundation, San Luis, 1952, pp. 48-49, citado en J. Frederick Fausz, *Founding St. Louis*, The History Press, Charleston, 2011, p. 86. Original en francés.

32. Término que designa en español en el siglo XVIII a lo que hoy conocemos como Illinois y que se emplea en este libro para denominar a aquella región norteamericana y al río del mismo nombre.

33. Fausz, *ibid.*, pp. 48-70.

34. *Sawyer*, en inglés.

35. En la época no se habían realizado las obras que han transformado el aspecto y condiciones de navegabilidad del río, remansando su corriente. Janet Meredith, especialista en Relaciones Públicas del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos (U.S. Army Corps of Engineers) en San Luis, explica al autor que todavía a

principios del siglo XIX el alto Misisipi «era un medio de transporte indómito y poco fiable, tanto para mercancías como para personas. No había esclusas ni presas que inhibieran su flujo y el agua era extremadamente inestable. Durante las inundaciones, el río era traicionero y profundo. Sin embargo, con frecuencia el tiempo seco prolongado hacía que no tuviera suficiente profundidad para navegar y existían muchas zonas donde podía cruzarse a pie». A esto, añade, «se sumaban sus orillas inexploradas, bancos de arena, rápidos y obstáculos que presentaban un peligro constante» para quienes surcaban sus aguas.

36. La expresión *melting pot*, traducida habitualmente al español como ‘crisol de culturas’, procede del título de una obra teatral de Israel Zangwill, de 1908, y alude a la integración de inmigrantes de distintos orígenes en los Estados Unidos.

37. Francomestizos.

38. Sainte-Geneviève para los franceses. La población subsiste hoy con el nombre de *Ste.* Genevieve en el estado de Misuri.

39. Chouteau, *ibid.*, McDermott, *ibid.*, pp. 47-49, y Fausz, *ibid.*, pp. 70-99.

40. Actualmente en el estado de Misuri.

41. Nombre en español en la época de los miembros del pueblo que en inglés se denomina *shawnee*.

42. Chouteau, *ibid.*, McDermott, *ibid.*, pp. 49-59, y Fausz, *ibid.*, pp. 103-141.

43. «Harpán» es la traducción en la Alta Luisiana de *arpent*, medida francesa equivalente a algo menos de sesenta metros. Actualmente se conoce en español también como «arpende».

44. James Neal Primm, *Lion of the valley. St. Louis, Missouri, 1764-1980*, 3.ª ed., Missouri Historical Society Press, San Luis, 1998 (primera edición en 1981), pp. 19-35.

CAPÍTULO 2. REVOLUCIÓN

1. La cabalgada quedó inmortalizada en 1860 en el popular poema *Paul Revere's Ride*, de Henry Wadsworth Longfellow.

2. Merril Jensen, *The founding of a nation. A history of the American Revolution, 1763-1776*, Hackett, Indianápolis/Cambridge, 1968, pp. 583-587; Christopher Hibbert, *Redcoats and rebels. The American Revolution through British eyes*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1990, pp. 2737; George F. Scheer y Hugh F.

Rankin, *Rebels & redcoats. The American Revolution through the eyes of those who fought and lived it*, Da Capo Press, Cleveland, 1957, pp. 17-40, y Manuel Trillo Lodeiro, *La costa de los rebeldes. Un viaje a los orígenes de EE.UU. desde Boston hasta los confines de Florida*, Stella Maris, Barcelona, 2015, pp. 48-52.

3. Jensen, *ibid.*, pp. 3-583; Hibbert, *ibid.*, pp. 1-16, y Trillo Lodeiro, *ibid.*, pp. 29-48.

4. Jensen, *ibid.*, pp. 587-616; Hibbert, *ibid.*, pp. 37-55, Scheer y Rankin, *ibid.*, pp. 52-64, y Trillo Lodeiro, *ibid.*, pp.

53-57.

5. Henry Hulton, 20 de junio de 1775, Hulton, Letters, pp. 99-100, en Jensen, *ibid.*, p. 648.

6. Jensen, *ibid.*, pp. 616-638; Hibbert, *ibid.*, pp. 64-75, Scheer y Rankin, *ibid.*, pp. 65-89, y Trillo Lodeiro, *ibid.*, pp.

100-104.

7. «Sentido común», en español.

8. Thomas Paine, *Common sense. Addressed to the inhabitants of America*, Filadelfia, 14 de febrero de 1776 (3.ª ed.), en Merrill Jensen, *Tracts of the American Revolution, 1763-1776*, Hackett Indianápolis/ Cambridge, 1966, reimpreso en 2003, pp. 400-446.

9. «La pura verdad», en español.

10. Candidus (James Chalmers), *Plain Truth. Addressed to the inhabitants of America, containing remarks on a late pamphlet, entitled Common sense*, Filadelfia, marzo de 1766, en Jensen, *ibid.*, pp. 447-488.

11. Jensen, *ibid.*, p. 669.

12. *In Congress, July 4, 1776, a declaration by the representatives of the United States of America, in General Congress assembled*, firmado por John Hancock, Filadelfia, 4 de julio de 1776, impreso por John Dunlap, Library of Congress.

13. Jensen, *ibid.*, pp. 670-704.

14. Nombre que dieron los británicos al fuerte Duquesne, fundado por los franceses a orillas del río Monongahela en 1754. Es el origen de la actual ciudad de Pittsburgh (Pensilvania).

15. Luis de Unzaga a José de Gálvez, 7 de septiembre de 1776, AGI (legajo 87-1-6), en James A. Robertson, *Spanish correspondence concerning the American Revolution, en The Hispanic American Historical Review,* agosto de 1918, vol. 1, n.º 3, Duke University Press, Durham, pp. 300-304.

16. José de Gálvez, *Instrucciones reales*, AGI, (legajo 87-1-6), en Robertson, *ibid.*, pp. 304-305.

17. Carta de presentación de los emisarios norteamericanos a Aranda, 28 de diciembre de 1776, traducción del inglés, Archivo Histórico Nacional, Estado, 3884, en Juan Francisco Yela Utrilla, *España ante la independencia de los Estados Unidos*, Istmo, Madrid, 1988 (reproducción facsimilar de la segunda edición de Gráficos Academia Mariana, Lérida, 1925), p. 578.

18. La «embarcación principal que lleva el socorro de oficiales y efectos a los americanos», en Aranda a Grimaldi del 13 de enero de 1777, AHN, E. 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 583.

19. Adaptación del contenido de la entrevista referido por el conde de Aranda a Jerónimo Grimaldi, 13 de enero de 1777, AHN, E. 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 591-600.

20. Incluida en el despacho del 13 de enero de 1777, *ibid.*

21. Grimaldi a Aranda del 4 de febrero de 1777, AHN, E. 4072, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 611-616.

22. Aranda a Grimaldi del 31 de enero de 1777, AHN, Estado 3883, en Juan Francisco Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 600-601.

23. Grimaldi a Aranda, 13 de febrero de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 617.

24. Grimaldi al regente de Pamplona y al administrador de correos de Burgos del 17 de febrero de 1777

(Reservado, minuta), AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 620.

25. Richard Henry Lee, *Life of Arthur Lee*, pp. 74-75, citado en Santoyo, *Arthur Lee. Historia de una embajada secreta*, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal de la Ciudad de Vitoria, Vitoria, 1977, p. 62.

26. Diario de Arthur Lee, copia-resumen transcrita por Peter Force y depositada en la Biblioteca del Congreso en Washington D. C., reproducida parcialmente en Santoyo, *ibid.* pp. 141-159.

27. Diego de Gardoqui a Arthur Lee, 17 de febrero de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 618-620.

Original en inglés.

28. Santoyo, *ibid.*, p. 37.

29. La operación estuvo a cargo de Alejandro O'Reilly, el militar que había puesto orden en la Luisiana tras la revuelta contra Antonio de Ulloa.

30. Benjamin Franklin a Arthur Lee, 4 de abril de 1778, National Archives, citado en George Otto Trevelyan, *The American Revolution*, 5 vols., Longmans, Green and Co., Nueva York, 1909, y este en Santoyo, *ibid.*, p. 33.

31. Grimaldi a Floridablanca del 5 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 628-631.

32. Memorial de Lee a Grimaldi, 4 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 624-626.

33. Grimaldi a Floridablanca del 5 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 628-631.

34. Diario de Arthur Lee, *ibid.* p. 147.

35. Grimaldi a Floridablanca del 5 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 628-631.

36. Memorial de Lee a Grimaldi, 5 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 627-628.

37. Grimaldi a Floridablanca del 5 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, antes 3902 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 632.

38. Floridablanca a Grimaldi, 10 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 632-635.

39. Conversación extraída de Grimaldi a Floridablanca, 14 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 638-641, y Diario de Arthur Lee, copia-resumen transcrita por Peter Force y depositada en la Biblioteca del Congreso en Washington, reproducida parcialmente en Santoyo, *ibid.* p. 150.

40. Floridablanca a Grimaldi, 10 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 635.

41. Grimaldi a Floridablanca del 14 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 639.

42. Grimaldi a Floridablanca del 14 de marzo de 1777, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 640.

43. El conde de Aranda al conde de Floridablanca, 13 de abril de 1777, AHN, E, 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp.

651-654.

44. Benjamin Franklin al conde de Aranda, 7 de abril de 1777, AHN, E, 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 646-647.

Original en inglés.

CAPÍTULO 3. EN GUERRA CONTRA INGLATERRA

1. Localidad en la actual provincia de Málaga, al este de la capital.

2. Eric Beerman, *España y la independencia de Estados Unidos*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 23-25, 33 y 35, y Paul E.

Hoffman, *Luisiana*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 151-152.

3. Hoffman, *ibid.* Paul E. Hoffman, *Luisiana*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 150-151.

4. Hoffman, *ibid.*, pp. 152-158.

5. Hoffman, *ibid.*, pp. 159-161.

6. Hoffman, *ibid.*, p.162.

7. Jacinto Panis a Bernardo de Gálvez, Nueva Orleans, 5 de julio de 1778, Archivo General de Indias, Cuba, 112, 570.

8. Panis a Gálvez, Nueva Orleans, 16 de agosto de 1778, AGI, Cuba, 112, 586.

9. *Tratado de Alianza entre los Estados Unidos de América y Su Majestad Cristiana*, París, 6 de febrero de 1778, en Richard Peters (ed.), *The Public Statutes at large of the United States of America, from the organization of the government in 1789, to March 3, 1845,* vol. 8 , *Treaties between the United States and foreign nations (1789-1845)*, Little, Brown and Company, Boston, 1867, pp. 6-31, reimpreso en Dennis & Co., Búfalo, 1963.

10. Beerman, *ibid.*, pp. 38-40.

11. George Rogers Clark, (Milo Milton Quaife, ed.), *The conquest of the Illinois*, R. R. Donnelly & Sons Company, Chicago, 1920; Stephen L. Jr. Kling, Kristine L. Strosjom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC, San Luis, 2017, pp. 15-26, y Stephen L. Jr. Kling, *The American Revolutionary War in the West. Museum exhibit: a general guide*, THGC, Chicago, 2022, pp. 5-6.

12. Beerman, *ibid.*, pp. 40-42, y Hoffman, *ibid.*, p. 164.

13. Convención entre España y Francia, celebrada en Aranjuez en 1779, para la declaración de guerra contra Gran Bretaña en cumplimiento del artículo 16 del Pacto de Familia, ratificación de Luis XVI de Francia firmada en Versalles el 28 de abril de 1779 y plenipotencias conferidas al conde de Floridablanca para firmar dicha convención (Archivo Histórico Nacional, 3373).

14. Beerman, *ibid.*, p. 43 y Hoffman, *ibid.*, p. 164.

15. Beerman, *ibid.*, pp. 43-47.

16. Hoffman, *ibid.*, pp. 165-166; Kling, Sjostrom, y López, *ibid.*, pp. 45-54, y Stephen L. Jr. Kling, *ibid.*, pp. 8-10.

17. Junta de guerra celebrada el 13 de julio de 1779, Nueva Orleans, AGI, Cuba, 112, 456 y 876-898.

18. La declaración de guerra se publica en La Habana el 17 de julio.

19. Beerman, *ibid.*, p. 47, y Hoffman, *ibid.*, pp. 167-168.

20. José de Gálvez, San Ildefonso, 29 de agosto de 1779, AGI, Cuba, 1290, en Carmen de Reparaz, *Yo solo.*

Bernardo de Gálvez y la toma de Panzacola en 1781, Serbal/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Barcelona/

Madrid, 1986, pp. 35-38.

21. Beerman, *ibid.*, pp. 47-48, y Hoffman, *ibid.*, p. 168.

22. Lord Germain a Frederick Haldimand, 17 de junio de 1779, William L. Clements Library, University of Chicago, en Stephen L. Jr. Kling, *ibid.*, p. 10; Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 46, y James B. Musick, *St. Louis as a fortified town. A narrative and critical essay of the period of struggle for the fur trade of the Mississippi Valley and its influence upon St. Louis*, Press of R. F. Miller, San Luis, 1941, p. 22.

23. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 45, y Stephen L. Jr. Kling, *ibid.*, p. 10.

24. Hoffman, *ibid.*, pp. 168-169.

25. Beerman, *ibid.*, pp. 48-49, Hoffman, *ibid.*, p. 168.

26. Beerman, *ibid.*, pp. 49-52, y Hoffman, *ibid.*, p. 170.

27. Beerman, *ibid.*, pp. 52-56, y Hoffman, *ibid.*, pp. 168-169.

28. El segundo batallón del Regimiento España aporta 49 hombres y se añaden 26 auxiliares americanos, señala Beerman, *ibid.*, p. 82.

29. Más tarde se lo conocerá como *Galveztown.*

30. En el listado de embarcaciones del convoy, Bernardo de Gálvez menciona por separado «dos bergantines» y luego «el bergantín particular armado en corso Gálvez y el del Rey el *Kaulicán*». Este autor entiende que estos dos últimos son los mismos dos a los que se ha referido primero.

31. Diario de Bernardo de Gálvez de la expedición contra Panzacola y

la Mobila, en la *Gazeta de Madrid*, 20 de junio de 1780, Suplemento, y en *Mercurio histórico y político*, junio de 1780, Imprenta Real, Madrid, pp. 194-226.

También Eric Beerman, *El diario de Bernardo de Gálvez en la batalla de Mobila*, en *Cuadernos de investigación histórica*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1980, pp. 125-144, y Hoffman, *ibid.*, pp. 171-172.

32. Durnford a Campbell, Mobila, 14 de marzo de 1780, *Publications of the Louisiana Historical Society, I,* n.º 2, p.

32, citado en Beerman, *ibid.*, p. 93.

33. Localidad en el actual estado de Nueva York donde en 1777 se libró una importante batalla de la guerra de la Independencia que acabó con la derrota británica a manos de los rebeldes.

34. Diario de Bernardo de Gálvez, *ibid.*

35. *Estado general de la escuadra y convoy que zarpó de La Habana el 7 de marzo de 1780*, Biblioteca Nacional, Ms.

17.616, recogido en Carmen de Reparaz, *ibid.*, pp. 52-53.

36. Beerman, *ibid.*, pp. 97-103; Carmen de Reparaz, *ibid.*, pp. 43-45, y Hoffman, *ibid.*, pp. 172-173.

CAPÍTULO 4. CONFLICTO A GRAN ESCALA

1. *Explicación de las posiciones que tuvieron las escuadras combinadas de España y Francia y la inglesa desde el punto en que se vieron al amanecer del día 31 de agosto de 1779 hasta la mañana del día siguiente que se perdieron de vista*, anónimo, *ca.* 1779, Archivo Histórico Nacional, Estado, Mapas, Planos y Dibujos, 1123, en la exposición *Del Caribe al canal de la Mancha. La Armada española en la Independencia americana*, comisariada por Berta Gasca e Inés Abril, de octubre de 2022 a febrero de 2023, Museo Naval, Madrid.

2. Cesáreo Fernández Duro, *Intento de Invasión contra Inglaterra, en Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, tomo 7, capítulo XII, Instituto de Historia y Cultura Naval, Ministerio de Defensa, Madrid, 1973 (original 1895-1903), pp. 233-247, y Eric

Beerman, *España y la independencia de Estados Unidos*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 41-42.

3. John Jay a José de Gálvez, Cádiz, 27 de enero de 1780, Archivo Histórico Nacional, Estado, 3884 bis, en Yela Utrilla, *España ante la independencia de los Estados Unidos*, Istmo, Madrid, 1988 (reproducción facsimilar de la segunda edición de Gráficos Academia Mariana, Lérida, 1925), pp. 821-824. Original en inglés.

4. George Washington a John Jay, cuartel general de West Point, 29 de agosto de 1779, *The Papers of George Washington, Revolutionary War Series,* vol. 22, 1 August-21 October 1779, Benjamin L. Huggins (ed.), University of Virginia Press, 2013, Charlottesville (Virginia), pp. 292-296, en National Archives. Original en inglés.

5. Washington al general John Sullivan, cuartel general de West Point, 3 de septiembre de 1779, Library of Congress, George Washington Papers, Series 3, Varick Transcripts, 1775-1785, Subseries 3B, Continental and State Military Personnel, 1775-1783, Letterbook 9: May 25, 1779Sept. 9, 1779. MSS 44693: Reel 009. Original en inglés.

6. Jay a Gálvez, *ibid.*

7. Conde de Floridablanca a Jay, El Pardo, 24 de febrero de 1780, AHN, E. 3884 bis, exp. 8, doc. 6, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 828.

8. Floridablanca al conde de Aranda, El Pardo, 13 de marzo de 1780, AHN, E. I, 3884 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 460-462.

9. Jay a Floridablanca, Cádiz, 6 de marzo de 1780, AHN, E. 3884 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 829-830. Original en inglés.

10. Floridablanca a Jay, El Pardo, 9 de marzo de 1780, AHN, E. 3884 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 830-832.

Original en francés.

11. Jay a Floridablanca, Madrid, 25 de abril de 1780, AHN, E. 3884 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 832-854.

Original en inglés.

12. Jay a Floridablanca, *ibid.*

13. Floridablanca a Jay, Aranjuez, 7 de junio de 1780, AHN, E. 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 857-858. Original en francés.

14. Jay a Floridablanca, Aranjuez, 9 de junio de 1780, AHN, E. 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 859-865. Original en inglés.

15. Jay a Floridablanca, Madrid, 19 de junio de 1780, AHN, E. 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 866.

16. Floridablanca a Jay, 20 de junio de 1780, AHN, E. 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 866. Original en inglés.

17. Jay a Floridablanca, Aranjuez, 12 de mayo de 1780, AHN, 3884 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 855-857.

Original en inglés.

18. Floridablanca a Jay, Aranjuez, 14 de mayo de 1780, AHN, 3884 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 857. Original en francés.

19. Floridablanca a Bernardo del Campo, 15 de septiembre de 1780, AHN, 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 877-878.

20. Beerman, *ibid.*, pp. 261-265.

21. Carlos D'Alzina Guillermety, *Puerto Rico y Gibraltar (1711-1788): una negociación frustrada, en Anuario de Estudios Americanos,* vol. 47, Escuela de Estudios Hispano-americanos (CSIC), Madrid, 1990, pp. 381-397, y Beerman, *ibid.*, pp. 265-268.

22. *Plano de la plaza y peñón de Gibraltar, y del proyecto de ataque por las armas de España en el año de 1782*, por Lino Sancho Otovia, *ca.* 1782, Archivo del Museo Naval, E-54-20, en la exposición *Del Caribe al canal de la Mancha. La Armada española en la Independencia americana*, comisariada por Berta Gasca e Inés Abril, de octubre de 2022 a febrero de 2023, Museo Naval, Madrid.

23. Beerman, *ibid.*, pp. 268-275.

24. Beerman, *ibid.*, pp. 275-277.

CAPÍTULO 5. NORTEAMÉRICA, CAMPO DE BATALLA

1. Alejandro O'Reilly al conde de Ricla, Puerto de Santa María, 20 y 21 de marzo de 1780, Archivo General de Simancas, 7303, 81-82.

2. Relación de José de la Revilla, Contralor Provincial de Artillería del Reino de Aragón e interino de Andalucía, Sevilla, 28 de marzo de 1780, AGS, 7303, 124.

3. Relación de los efectos embarcados en la tartana del patrón Alejandro Díaz, Sevilla, 1 de abril de 1780, AGS, 7303, 126.

4. O'Reilly a Ricla, El Puerto de Santa María, 7 de marzo de 1780, AGS, 7303, 84.

5. AGS, Marina, 420, 13, citado en José Luis Santaló, *Don José Solano y Bote: primer marqués del Socorro, capitán general de la Armada*, Instituto Histórico de la Marina, Madrid, 1973, p. 97.

6. Dictamen del conde de Ricla, 20 de febrero de 1780, AGS, SGU, 7303,1.

7. Órdenes de embarco de tropas para América, 22 de febrero de 1780, AGS, 7303, 2-14.

8. *Estado que manifiesta la fuerza efectiva que tiene los regimientos destinados a la expedición que está a cargo del teniente general el Excelentísimo Señor don Victorio de Navia, Bahía de Cádiz, a la vela del navío San Luis, 28 de abril de 1780*, AGS, 7303, 163.

9. *Relación del destino que tienen los regimientos nombrados para América y estado en que se hallan, El Puerto de Santa María, 20 de marzo de 1780,* AGS, 7303, 82; Alejandro O'Reilly al conde de Gerena, Cádiz, 4 de abril de 1780, AGS, 7303, 131, y O'Reilly a Navia, Cádiz, 4 de abril de 1780, A. G,S., 7303, 82136.

10. Conde de Ricla a O'Reilly, 21 de marzo de 1780, AGS, 7303, 85.

11. O'Reilly a Ricla, Cádiz, 7 de abril de 1780, AGS, 7303, 135.

12. Antonio Gálvez es hermano de Matías y José de Gálvez, y tío de Bernardo de Gálvez.

13. O'Reilly a Ricla, *ibid.*

14. Victorio de Navia al conde de Ricla, a bordo del San Luis a la vela, 28 de abril de 1780, AGS, 7383, 164.

15. Aurelio de Tavira desde la torre de vigía de Cádiz, 28 de abril de 1780, AGS, 7303, 172.

16. Nombramiento de Victorio de Navia y generales al frente de las

tropas para América, 24 y 25 de febrero de 1780, AGS, 7303, 23-25.

17. Santaló, *ibid.*

18. Marqués de González de Castejón a José Solano, El Pardo, 8 de abril de 1780, AGI, Santo Domingo, 2086, citado en Eric Beerman en *España y la independencia de Estados Unidos*, Mapfre, Madrid, 1992, y Eric Beerman en

«La última batalla de la guerra de la Independencia norteamericana no fue Yorktown. La expedición hispano-norteamericana a las Bahamas en 1782», *Revista de Historia Naval*, n.º 5, Madrid, 1984, p. 91.

19. OŔeilly a Ricla, Cádiz, 14 de abril de 1780, AGS, 7303, 147.

20. Marqués de Castries a Aranda, s. I., 25 de diciembre de 1780, AGS, E. 4622, y Manifiesto de la declaración de guerra de Inglaterra a Holanda, Saint James, 19 de diciembre de 1780, AGS, E. libro 168, citados en Beerman, *ibid.*, AGS, 420, 68, citado en Santaló, *ibid.*, p. 98.

21. O'Reilly a Ricla, Cádiz, 10 de junio de 1780, AGS, 7303, 173.

22. Hoy cabo Beddouza (Marruecos).

23. Santaló, *ibid.*, 1973, pp. 102-106.

24. *Resumen del diario de navegación del convoy mandado por el jefe de escuadra José Solano*, AGS, 7303, 256.

25. José Fernández Gaytán, «Extremadura y la mar», en *Revista de Historia Naval,* n.º 27, Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 1989, p. 73-74; Eric Beerman, *ibid.*, y José Miguel Mayoralgo y Lodo, *La nobleza titulada en el Registro de la Real Estampilla durante el reinado de Carlos III (Segunda parte, 1780-1788, I)*, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, Madrid, 2013, p. 142.

26. Victorio de Navia al conde Ricla, La Habana, 6 de septiembre de 1780, AGS, 7303, 179.

27. *Estado que manifiesta el total de oficiales y tropa de los regimientos del ejército a cargo de Victorio de Navia*, La Habana, 15 de febrero de 1781, AGS, 7303, 198 y 219, y AGS, 420, citado en Santaló, *ibid.*, p. 107.

28. Fernández Gaytán, *ibid.*, p. 73-73; Beerman, *ibid.*, y Mayoralgo y Lodo, *ibid.*, p. 142.

29. Stephen L. Jr. Kling, *The American Revolutionary War in the West.*

Museum exhibit: a general guide, THGC, Chicago, 2022, p. 10; Stephen L. Jr. Kling, Kristine L. Sjostrom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC, San Luis, 2017, p. 46, y James B. Musick, *St.*

Louis as a fortified town. A narrative and critical essay of the period of struggle for the fur trade of the Mississippi Valley and its influence upon St. Louis, Press of R. F. Miller, San Luis, 1941, p. 22.

30. Kling, *ibid.*, p. 10.

31. Los franceses lo conocen como La Feuille (La Hoja). Aparece mencionado como La Oja en Francisco Cruzat a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 19 de diciembre de 1780, en Reuben Gold Thwaites (ed.), *Collections of the State Historical Society of Wisconsin*, vol. XVIII, Wisconsin Historical Society, Madison, 1908, p.

414.

32. Conocidos también como ojibwes.

33. Pradera del Perro, en el actual estado de Wisconsin.

34. Aquí se sitúa la actual ciudad de Chicago, en el estado de Illinois.

35. Kling, *ibid.*, pp. 8-11, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 54.

36. Schuyler DePeyster a Frederick Haldimand, Detroit, 8 de marzo de 1780, en Henry S. Bartholomew (ed.), *Michigan Pioneer and Historical Society Collections,* vol. X, Pioneer Society of the State of Michigan, Wynkoop Hallenbeck Crawford Company, State Printers, 2.ª ed., Lansing, 1908, pp. 378-379, en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 54.

37. Kling, *ibid.*, pp. 8-11; Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 48-54, y Musick, *ibid.*, pp. 22-24.

CAPÍTULO 6. LUCHA A MUERTE EN LA ALTA LUISIANA

1. Fernando de Leyba a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 8 de junio de 1780, Archivo General de Indias, Cuba, 193A, en Germán Segura García, *San Luis: la batalla del Fuerte San Carlos*, en *Revista de Historia Militar*, Instituto de Historia y Cultura Militar, n.º 110, Dirección General de Relaciones Institucionales, Ministerio de Defensa, Madrid, 2011, p. 254, en Kristine L. Sjostrom, *Fernando de Leyba (1734-1780). A life of Service and Sacrifice in Spanish Louisiana*, publicación independiente, Middletown, 2022, pp. 197-198, y en George P. Hammond (ed.), *New Spain and the AngloAmerican West,* vol. I, Private Printing, Los Ángeles y Mánchester, 1932, p. 245, citado en Stephen L. Jr. Kling, Kristine L. Sjostrom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC, San Luis, 2017, p. 94. Original en francés.

2. John Francis McDermott, *The Battle of St. Louis: 26 May 1780, en Missouri Historical Society Bulletin*, Missouri Historical Society, San Luis, abril de 1980, pp. 131-151, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 84.

3. *Pain Court* significa literalmente «corto de pan». Walter B. Stevens, *St. Louis, The Fourth City, 1764-1911*, San Luis-Chicago, The S. J. Clarke Publishing Co., 1911, p. 27, y J. Frederick Fausz, *Founding St. Louis, first city of the New West*, The History Press, Charleston, 2011, p. 135.

4. Fausz, *ibid.*, pp. 120-159, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 75-76.

5. Inventario y tasación de bienes de Jeanette Forchet, 30 de mayo de 1790, Missouri Historical Society, Saint Louis Archives, 2433; Stephen L. Jr. Kling, *The American Revolutionary War in the West. Museum exhibit: a general guide*, THGC, Chicago, 2022, p. 21, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 92.

6. Fausz, *ibid.*, p. 131.

7. Copia del testamento de Francisca Millert, dado el 12 de enero de 1776, firmada por Francisco Cruzat en San Luis de Ilinueses, el 6 de febrero de 1783, MHS, SLA, 22, 2378.

8. Inventario y almoneda de los bienes de Francisca Millert, San Luis de Ilinueses, 10 y 17 de febrero de 1783, MHS, SLA, 22, 2378.

9. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 73-76, y Sjostrom, *ibid.*, pp. 137-139.

10. J. Frederick Fausz, *ibid.*, pp. 141-159.

11. Rev. John Rothensteiner, archivista de la Catholic Historical Society of St. Louis, *History of the archdiocese of St. Louis in its various stages of development from A. D. 1673 to A. D. 1928,* vol. I, San Luis, 1928, pp. 143-146, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 76.

12. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 76.

13. El poblado, que hubo de reubicarse casi un kilómetro al oeste tras las inundaciones de 1785, dio pie a la actual *Ste.* Genevieve, en el estado de Misuri.

14. Leyba a Gálvez, San Luis de Ilinueses, 13 de julio de 1779, AGI, Cuba, 1, en Kinnaird, Lawrence, *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794. Translations of materials from the Spanish Archives in the Bancroft Library. Part 1: The Revolutionary period, 1765-1781, Annual report of the American Historical Association for the year 1945,* vol. II, Government Printing Office, Washington, 1949, p. 348; Kling, Sjostrom y López, *ibid*, pp. 77-78, y Sjostrom, *ibid*, p. 156.

15. La localidad sigue existiendo hoy en el estado de Illinois, justo al otro lado del río desde San Luis.

16. El pueblo, que tras los cambios en el curso del Misisipi pasó a estar al oeste del río, sigue existiendo hoy como parte del estado de Illinois.

17. Actualmente es una ciudad del estado de Indiana.

18. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 76-80.

19. Sjostrom, *ibid.*, pp. 1-135, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 121-130.

20. Leyba a Gálvez, San Luis, 16 de noviembre de 1778, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 74.

21. Sjostrom, *ibid.*, pp. 141-150, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 131-133.

22. Leyba a Gálvez, 21 de julio de 1778, San Luis, AGI, Cuba, 1, en Sjostrom, *ibid.*, p. 170, y en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 134.

23. George Rogers Clark a George Mason, 19 de noviembre de 1779, en James Alton James (ed), *George Rogers Clark Paper 1771-1781, Collections of the Illinois State Historical Library,* vol. VIII, Illinois State Historical Library, Springfield, 1912, p. 129.

24. George Rogers Clark a Patrick Henry, 16 de septiembre de 1778, en James, *ibid.*, p. 69.

25. Patrick Henry a Leyba, 12 de diciembre de 1778, en Kinnaird, Lawrence, *Clark-Leyba Papers, The American Historical Review, 41*, American Historical Association, Washington D. C., octubre de 1935, pp. 102-103, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 134. Original en inglés.

26. Leyba a Gálvez, 16 de noviembre de 1778, San Luis, AGI, Cuba, 1, en Sjostrom, *ibid.*, p. 171, y en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 135.

27. Clark a Mason, *ibid.*

28. Descendientes de George Rogers Clark aseguraron décadas después de su muerte que se sintió arrebatado por los encantos de una dama emparentada con Fernando de Leyba, que se identificó como una hermana del teniente de gobernador español de nombre Teresa. Solo la ruina económica del joven coronel habría impedido que la relación

prosperara. Según uno de esos descendientes, «estaba en bancarrota en todo salvo en el amor por ella», recogió Lyman Draper en sus notas en 1848. Sin embargo, el mito no ha resistido a las más recientes revisiones críticas con fuentes documentales por parte de autoras como Nancy Son Carstens y Kristine L.

Sjostrom, ya que Leyba únicamente tuvo una hermana que no se llamaba Teresa, sino Micaela, era veinticuatro años mayor que Clark, ya estaba casada y no hay constancia de que pisara jamás la región de Ilinueses.

Sjostrom apunta la teoría alternativa de que la amada de Clark fuera en realidad una sobrina del comandante español, hija de su hermana Micaela y su cuñado Martín Pérez Mozún, destinado en La Habana y luego, entre 1778 y 1781, en Nueva Orleans. Otra hipótesis, sugiere, es que se tratase de una prima de nombre Teresa nacida en Antequera en 1762, si bien añade que no se conoce que dejara nunca su terruño. Notas-George Rogers Clark, 25 de julio de 1869, en Draper, Lyman Copeland, *Draper Manuscripts, George Rogers Clark Papers, 1756-1891, 7 J*, Wisconsin Historical Society, Madison, p. 109, citado en Sjostrom, *ibid.*, pp. 171-172, original en inglés; Nancy Son Carstens, *The making of a myth. George Rogers Clark and Terese de Leyba*, en Kenneth C. Carstens y Nancy Son Carstens (eds.), *The life of George Rogers Clark, 1752-1818: triumphs and tragedies*, Praeger, Westport, 2004, pp. 60-79, y Sjostrom, *ibid.*, pp. 171-176.

29. Clark a Leyba, 26 de octubre de 1778, AGI, Cuba, 1, 716-717, en Sjostrom, *ibid.*, p. 171, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p.

30. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 121-137.

31. Clark a Henry, *ibid.*

32. Fernando de Leyba a Bernardo de Gálvez, 18 de octubre de 1779, AGI, Cuba, 1, 1240-1244.

33. Martín Navarro a José de Gálvez, Nueva Orleans, 18 de agosto de 1780, AGI, Santo Domingo, 2609; en Louis Houck (ed.), *The Spanish regime in Missouri,* vol. I, R. R. Donnelley & Sons Company, Chicago, 1909, pp.

167-168, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 91 y 144, y *Gazeta de Madrid*, Imprenta Real, Madrid, 16 de febrero de 1781, p. 126.

34. Actual río Des Moines, afluente del Misisipi que nace en el estado

de Minnesota y atraviesa Iowa.

35. Fernando de Leyba a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 16 de noviembre de 1778, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 74.

36. Gálvez a Leyba, Nueva Orleans, 13 de enero de 1779, BL, Louisiana Papers, 1, 74.

37. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 144-145.

38. *Instrucciones de Alejandro O'Reilly al teniente de gobernador de San Luis, Santa Genoveva, etc*., Nueva Orleans, 17

de febrero de 1770, AGI, Cuba, en Houck, *ibid.*, pp. 76-83.

39. Véase capítulo 3.

40. Leyba a Gálvez, 13 de julio de 1779, AGI, Cuba, 1, 692.

41. Dato de noviembre de 1779.

42. Lista de la milicia de Vallé, 29 de noviembre de 1779, AGI, Cuba, 213, en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p.

145.

43. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 145.

44. *Parte oficial del capitán Leyba sobre las circunstancias del ataque a San Luis*, AGI, Cuba, 193a, 634-646, en Germán Segura García, *San Luis: la batalla del Fuerte San Carlos*, en *Revista de Historia Militar, Instituto de Historia y Cultura Militar,* n.º 110, Dirección General de Relaciones Institucionales, Ministerio de Defensa, Madrid, 2011, pp. 252-253. Original en francés.

45. Rev. John Rothensteiner, archivista de la Catholic Historical Society of St. Louis, *History of the archdiocese of St. Louis in its various stages of development from A. D. 1673 to A. D. 1928,* vol. I, San Luis, 1928, pp. 147-148.

46. Posiblemente el actual río Rock, afluente del Misisipi que nace en el estado de Wisconsin y recorre el noroeste de Illinois.

47. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, p. 254.

48. Leyba a Francisco Vallé, San Luis de Ilinueses, 9 de mayo de 1780, AGI, Cuba, 193b, 671. La carta se recibe en Santa Genoveva el 13 de mayo, según una nota en la parte superior, apunta Anna L. Price (trad. y comp.), *Appendix I to the final report to the National Endowment for the Humanities for the project «Archaeology of the Saline Creek Valley, Missouri» (Ref; RO-21429-87)*, University of MissouriColumbia, diciembre de 1990, p. 435. Original en francés.

49. Silvio Francisco de Cartabona, AGI, Cuba, 113, 610.

50. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 145.

51. Martín Navarro a José de Gálvez, *ibid.*

52. Unos setecientos metros.

53. Algo más de un kilómetro.

54. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, pp. 254.

55. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 95-98.

56. Martín Navarro a José de Gálvez, Nueva Orleans, 18 de agosto de

1780, AGI, Santo Domingo, 2609; en Louis Houck (ed.), *The Spanish regime in Missouri,* vol. I, R. R. Donnelley & Sons Company, Chicago, 1909, p.

168, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 98, y *Gazeta de Madrid*, Imprenta Real, Madrid, 16 de febrero de 1781, p. 126.

57. Testimonio de Pascal Leon Cerré en una entrevista con Lyman Copeland Draper en octubre de 1846, en *Documents relating to attack upon St. Louis, Missouri Historical Society Collection II*, julio de 1906, pp. 50-53, citado en James B. Musick, *St. Louis as a fortified town. A narrative and critical essay of the period of struggle for the fur trade of the Mississippi Valley and its influence upon St. Louis*, Press of R. F. Miller, San Luis, 1941, p. 37, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, 98.

58. *Parte oficial del capitán Leyba sobre las circunstancias del ataque a San Luis*, San Luis de Ilinueses, 8 de junio de 1780, AGI, Cuba, 193a, pp. 634-646, en Segura García, *ibid.*, p. 254, y Strosjom, *ibid.*, p. 198. Original en francés.

59. Testimonio de Pascal Leon Cerré, *ibid.*

60. La primera campana de la iglesia de San Luis fue bendecida por el padre Valentine el 24 de diciembre de 1774, como recoge el registro bautismal, y estuvo en uso hasta la construcción de la catedral en 1834, donde hoy se conserva. Resulta verosímil que se empleara el 26 de mayo de 1780 para alertar del ataque. Se da así por seguro en Stephen L. Jr. Kling, *The American Revolutionary War in the West. Museum exhibit: a general guide*, THGC, Chicago, 2022, p. 18.

61. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 98-102.

62. Kling, *ibid.*, p. 21, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 104. *Madame* Rigauche, como se la conoce, funda más adelante la primera escuela femenina de San Luis a instancias del barón de Carondelet, gobernador de la Luisiana entre 1791 y 1797, y fallece a los noventa y cinco años en 1823, en Louis Houck, *A history of Missouri.*

From the earliest explorations and settlements until the admission of the state into the Union, vol. R. R. Donelle & Sons Company, Chicago, 1908, pp. 275-276.

63. Fernando de Leyba firma el 26 de mayo de 1780 el fallo por el que condena a Charles Sanguinet a pagar las costas, gastos y daños en el pleito contra Charles Gratiot y devolverle las mercancías que le dejó en custodia mientras iba a pedir ayuda al coronel Clark para la gente

de Cahokia, en Frederic L. Billon, *Annals of St. Louis in its Early Days under the French and Spanish dominations*, G. I. Jones and Company, San Luis, 1886, pp. 177-190, citado en Musick, *ibid.*, p. 37, y Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 98-101.

64. Parte oficial del capitán Leyba, *ibid.*, y Silvio Francisco de Cartabona a Bernardo de Gálvez, 28 de junio de 1780, AGI, Cuba, 113, pp. 610-611, en Sjostrom, *ibid.*, p. 192.

65. *Inventario estimativo de los bienes del difunto don Fernando de Leiba*, 5 de julio de 1780, St. Louis Archives, Missouri Historical Society, 2362, e *Inventario de los bienes del difunto Fernando de Leyba*, 14 de julio de 1780, 15 de septiembre de 1780, M0289, Box 3, Folder 3, Francis Vigo Papers, Indiana Historical Society, en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 141 y Sjostrom, *ibid.*, p. 328.

66. Eugene Pourée a destinatario desconocido, San Luis, 27 de septiembre de 1780, AGI, Cuba, 193b, 675, en Anna L. Price (trad. y comp.), *Appendix I to the final report to the National Endowment for the Humanities for the project 'Archaeology of the Saline Creek Valley, Missouri'*, (ref.: RO-21429-87), University of MissouriColumbia, Columbia, diciembre de 1990, p. 436. Original en francés.

67. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 61-70 y 93-106.

68. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, pp. 254-255, y Sjostrom, *ibid.*, pp. 198.

69. *Pawnee*, en inglés.

70. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, p. 255 y Sjostrom, *ibid.*, p. 198.

71. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, p. 255 y Sjostrom, *ibid.*, p. 198.

72. *Gazeta de Madrid*, 16 de febrero de 1781, n.º 14, Imprenta Real, Madrid, p. 126.

73. Patrick Sinclair a Frederick Haldimand, Michilimackinac, 8 de julio de 1780, en Henry S. Bartholomew (ed.), *Michigan Pioneer and Historical Society Collection,* vol. IX, 2.ª ed., Pioneer Society of the State of Michigan,

Wyncoop Hallenbeck Crawford Company, State Printers, Lansing, pp. 558-560, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 106.

74. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 105-106.

75. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, p. 255, y Sjostrom, *ibid.*, p. 198.

76. Posiblemente el teniente de milicias Louis Chancellier.

77. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 105.

78. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, p. 255, y Sjostrom, *ibid.*, p. 199.

79. *Gazeta de Madrid*, 16 de febrero de 1781, n.º 14, Imprenta Real, Madrid, pp. 126-127.

80. Sinclair a Haldimand, Michilimackinac, 8 de julio de 1780, *ibid.*, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p.

107.

81. George P. Hammond (ed.), *New Spain and the AngloAmerican West,* vol. I, Los Ángeles y Mánchester, Private Printing, 1932, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 107.

82. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 106-108.

83. Sinclair a Haldimand, Michilimackinac, 8 de julio de 1780, *ibid.*, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p.

107.

84. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, pp. 255-256, y Sjostrom, *ibid.*, p. 199.

85. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, p. 252, y Sjostrom, *ibid.*, p. 199.

86. *Parte oficial del capitán Leyba*, en Segura García, *ibid.*, pp. 256-257, y Sjostrom, *ibid.*, pp. 199-200.

87. Carta bajo el seudónimo de «Virtutis, veritatis, que Amicus» a Bernardo de Gálvez, 19 de junio de 1780, en Segura García, *ibid.*, pp. 247-248. Original en francés.

88. Silvio Francisco de Cartabona, AGI, Cuba, 113, 610.

89. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 137-138.

90. Habitantes de Cahokia a George Rogers Clark, 11 de abril de 1780, en Clarence Walworth Alvord, *Cahokia records 1778-1790*, Virginia Series, vol. I, *Illinois State Historical Library Collections,* vol. II, Illinois State Historical Library, Springfield, 1907, p. 531, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 112. Original en francés.

91. John Montgomery a George Rogers Clark, Cahokia, 15 de mayo de 1780, en John Francis McDermott (ed.), *Old Cahokia: a narrative and documents illustrating the first century of its history*, Buechler Publishing Company, Belleville, 1949, p. 246, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 114-115.

92. Montgomery a la honorable Junta de Comisionados para la Liquidación de las Cuentas en el Oeste, New Holland, 22 de febrero de 1783, en *Calendar of Virginia Papers,* vol. 3, pp. 441-444, citado en Albert V.

Goodpasture, *Colonel John Montgomery, en Tennessee Historical Magazine*, Tennessee Historical Society, vol. V, n.º

3, Nashville, octubre de 1919, p. 148, y Andrew Cooperman, *Cahokia and the Trans-Appalachian West in the American Revolution, en The Confluence*, Lindenwood University, St. Charles, primavera/verano de 2015, pp. 35-43, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 120.

93. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 115-116.

94. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 116-120.

95. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp.160-162.

96. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 162-166.

97. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 166-168.

CAPÍTULO 7. EL PELIGRO CONTINÚA

1. Patrick Sinclair a Frederick Haldimand, Michilimackinac, 8 de julio de 1780, en *Michigan Pioneer and Historical Society Collection,* vol. IX, 2.ª ed., Wyncoop Hallenbeck Crawford Company, State Printers, Lansing, pp. 558-560, citado en Stephen L. Jr. Kling, Kristine L. Strosjom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC, San Luis, 2017, p. 170.

2. Fernando de Leyba a Bernardo de Gálvez, 20 de junio de 1780 y Pierre Picote de la Belestre, 10 de julio de 1780, en George P. Hammond (ed.), *New Spain and the AngloAmerican West,* vol. I, Los Ángeles y Mánchester, Private Printing, 1932, pp. 253 y 260, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 170-171.

3. Belestre, 10 de julio de 1780, *ibid.*, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 172.

4. James B. Musick, *St. Louis as a fortified town. A narrative and critical essay of the period of struggle for the fur trade of the Mississippi Valley and its influence upon St. Louis*, Press of R. F. Miller, San Luis, 1941, p. 41.

5. Sinclair a Haldimand, Michilimackinac, 8 de julio de 1780, *ibid.*, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p.

6. Musick, *ibid.*, p. 41, citado en Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 173.

7. Martín Navarro a Francisco Cruzat, Nueva Orleans, 15 de febrero de 1781, en Louis Houck (ed.), *The Spanish regime in Missouri,* vol. I, R. R. Donnelley & Sons Company, Chicago, 1909, p. 197.

8. Archivos de la parroquia de Santa María de Tafalla (Navarra), citado en Kristine L. Sjostrom, Marie Ann Long y Mary Anthony Long Startz, *The militiamen of St. Louis & Ste. Geneviève 1779-1783*, publicación independiente, 2020, p. 231.

9. Archivo Eclesiástico del Ejército de Tierra, Libro de Matrimonios 1943, folio 39, citado en Sjostrom, Long y Long Startz, *ibid.*, p. 231.

10. Sjostrom, Long y Long Startz, *ibid.*, pp. 230-231.

11. Ordenanza de Francisco Cruzat, San Luis de Ilinueses, 7 de octubre de 1780, Archivo General de Indias, Cuba, en Houck (ed.), *ibid.*, p. 240.

12. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 173-175.

13. Certificado al indio Iscate, otorgado por Bernardo de Gálvez y firmado por Francisco Cruzat, 26 de julio de 1780, Missouri Historical Society Archives.

14. El maíz suele recogerse a principios del otoño.

15. Francisco Cruzat a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 13 de noviembre de 1780, n.º 6, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 51-64.

16. Actual Green Bay.

17. Cruzat a Gálvez, San Luis de Ilinueses, 14 de noviembre de 1780, n.º 4, BL, Louisiana Papers, 1, 51-64.

18. Sinclair a Haldimand, Michilimackinac, 8 de julio de 1780, *ibid.*

19. Cruzat a Gálvez, 14 de noviembre de 1780, n.º 1, BL, Louisiana Papers, 1, pp. 51-64.

20. Cruzat a Gálvez, San Luis de Ilinueses, 13 de noviembre de 1780,

n.º 6, BL, Louisiana Papers, 1, pp. 51-64.

21. Cruzat a Gálvez, San Luis de Ilinueses, 14 de noviembre de 1780, n.º 7, BL, Louisiana Papers, 1, pp. 51-64.

22. Ordenanza de Francisco Cruzat, San Luis de Ilinueses, 29 de octubre de 1780, AGI, Cuba, en Louis Houck (ed.), *ibid.*, pp. 240-241.

23. Christopher Hibbert, *Redcoats and rebels. The American Revolution through British eyes*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1990, pp. 264-269, y George F. Scheer y Hugh F. Rankin, *Rebels & redcoats. The American Revolution through the eyes of those who fought and lived it*, Da Capo Press, Cleveland, 1957, pp. 395-400.

24. Scheer, *ibid.*, pp. 401-411.

25. Carmen de Reparaz , *Yo solo. Bernardo de Gálvez y la toma de Panzacola en 1781*, Serbal, BarcelonaMadrid, 1986, p. 46.

26. *Escuadra del mando del señor don José Solano, jefe de esta clase en la Real Armada, y buques de su convoy que transportan la tropa de ejército a las órdenes del mariscal de campo don Bernardo de Gálvez*. A bordo del navío *San Juan*

Nepomuceno a la vela a la boca del puerto de La Habana, 16 de octubre de 1780, AGS, Marina, 420, citado en Reparaz, *ibid.*

27. Relación, pp. 54-55, citado en Reparaz, *ibid.*

28. *Memorias de José Solano*, pp. 24-26, citado en José Luis Santaló, *José Solano y Bote. Marqués del Socorro. Capitán General de la Armada*, Instituto de Historia Marina, Madrid, 1973, pp. 111-112.

29. *Gazeta de Madrid*, Imprenta Real, Madrid, 16 de febrero de 1781, p. 124.

30. Victorino de Navia al conde de Ricla, La Habana, 28 de noviembre de 1780, AGS, 7303,191, y *Gazeta de Madrid*, *ibid.*, pp. 125-126.

31. Clarence Walworth Alvord (ed.), *Cahokia Records, 1778-1790. Collections of the Illinois State Historical Library,* vol. II, *1778-1790*, Illinois State Historical Library, Springfield, 1907, pp. lxxxix-xc.

32. Canadian Archives, B., 184, vol. 2, pp. 390 y 382, citado en Alvord, *ibid.*, p. xc.

33. CA, B., 184, vol. 2, pp. 390, 391, 392 y 394, y Papers of Old

Congress, xl, pp. 144 y 168, citados en Alvord, *ibid.*, p. xc.

34. Este puesto militar, fundado por los franceses como *fort* Duquesne, es el origen de la actual ciudad de Pittsburgh.

35. CA, B., 181, p. 271, citado en Alvord, *ibid.*, p. xc.

36. Alvord, *ibid.*, pp. xc-xci.

37. Manuscrito, citado en Alvord, *ibid.*, pp. lviii-lx. Original en francés.

38. Vecinos de Vincennes a De la Balme, Menard Collection, Tardiveau Papers, manuscrito en Illinois State Historical Library, citado en Alvord, *ibid.*, p. xlv. Original en francés.

39. Alvord, *ibid.*, pp. xlv-li.

40. Alvord, *ibid.*, pp. lxi-lxix.

41. Vecinos de Kaskaskia, 8 de diciembre de 1779, en MC, Tardiveau Papers, manuscrito en Illinois State Historical Library, citado en Alvord, *ibid.*, pp. lxxx-lxxxi. Original en francés.

42. Coronel Montgomery al lugarteniente del condado Winston, 5 de marzo de 1780, en MC, Tardiveau Papers, copia, en Illinois State Historical Library, citado y atribuido «evidentemente» como escrito a mano por Winston, en Alvord, *ibid.*, p. lxxxii.

43. Los habitantes de Cahokia a De la Balme, 21 de septiembre de 1780, en Alvord, *ibid.*, pp. 534-553. Original en francés.

44. *Memorial de los kaskasianos a los comisionados de Virginia*, marzo de 1783, original manuscrito, en MC, Tardiveau Papers, citado en Alvord, *ibid.*, p. lxxxiii.

45. Mason, John Todd Papers, 340, citado en Alvord, *ibid.*, p. xci.

46. Los habitantes de Cahokia a De la Balme, *ibid.*

47. Detroit, nombre con el que se conoce la actual ciudad del estado de Míchigan, procede del término francés *détroit*, que significa «estrecho».

48. De la Balme a los habitantes de Cahokia, CA, B., Alvord, *ibid.*, pp. xci-xcii. Original en francés.

49. Francisco Cruzat a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 12

de noviembre de 1780, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 51-64.

50. Mayor Arent Schuyler DePeyster al brigadier general Henry Watson Powell, Detroit, 8 de enero de 1781, en M. Agnes Burton (ed.), *Historical Collections*, Michigan Pioneer and Historical Society, vol. XIX, Lansing, 1911, p. 591, y Godefroy de Linctot a la oficina de mando en las cataratas del Ohio, Vincennes, 13 de enero de 1781, en William Pitt Palmer (ed.), Calendar of Virginia State papers and other manuscripts, 1652-1781, vol. 1, p. 432, citados en Alvord, *ibid.*, p. xcii.

51. Ballard, Ralph, *Old Fort St. Joseph*, Niles Printing Company, Niles, 1973, original de University of Michigan, 1949, p. 35.

52. Ballard, *ibid.*, p. 44.

53. Ballard y Alvord dan por hecho en las obras citadas en este capítulo que el destacamento de Hamelin y Brady es enviado por De la Balme. El mayor británico DePeyster, como se indica más adelante, solo ve a este grupo como una cuadrilla de ladrones.

54. Cruzat a Gálvez, San Luis de Ilinueses, 12 de noviembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, pp. 51-64.

55. Así denomina Francisco Cruzat al pueblo que en inglés se conoce como *shawnee*.

56. En inglés, *loup*.

57. Cruzat a Gálvez, San Luis de Ilinueses, 21 de noviembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, pp. 51-64.

58. John Dodge a Francisco Cruzat, Kaskaskia, 11 de diciembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, p. 61. Original en francés.

59. Habitantes del pueblo de Vincennes a Francisco Cruzat, Vincennes, 1780, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 61. Original en francés.

60. Declaraciones de distintos jefes indios a Cruzat, 1780, BL, Louisiana Papers, en Lawarence Kinnaird (ed.), *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794 (Pt. I). The revolutionary period, 1765-1781, Annual report of the American Historical Association for the year 1945,* vol. II, Government Printing Office, Washington, 1949, pp. 401-403.

Original en francés.

61. Cruzat a los habitantes de Vincennes, San Luis de Ilinueses, 15 de diciembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, 61. Original en francés.

62. Dodge a Cruzat, Kaskaskia, 25 de diciembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, 66, en Kinnaird, *ibid.*, pp. 412-413. Original en francés.

63. Declaración jurada de Antoine Lefèvre, alias Chapeau, San Luis de Ilinueses, 14 de diciembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, p. 61. Original en francés.

64. Dodge a Cruzat, Kaskaskia, 11 de diciembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, p. 61. Original en francés.

65. Cruzat a Dodge, San Luis de Ilinueses, 15 de diciembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, p. 61. Original en francés.

66. Cruzat a George Rogers Clark, San Luis de Ilinueses, 15 de diciembre de 1780. Copia en francés. BL, Louisiana Papers, 1, 61.

67. Entonces la capital de Virginia.

68. Dodge a Cruzat, Kaskaskia, 25 de diciembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, 66. Original en francés.

69. Comerciantes.

70. Cruzat a Gálvez, San Luis de Ilinueses, 18 de diciembre de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, 61.

71. *Acta de posesión de la orilla izquierda del río Misisipi al norte del distrito de Natchez, Balthazar de Villiers*, 22 de noviembre de 1780, BL, Louisiana Papers (transcripción de Alphonse Louis Pinart marcada como AG Cuba Fl.

Occ. 2-1218), en Kinnaird, *ibid.*, p. 401. Original en francés.

72. Francisco Cruzat a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 18 de diciembre de 1780, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 51-64.

73. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

74. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

75. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

76. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

77. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

78. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

79. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

CAPÍTULO 8. LA TOMA DEL FUERTE SAN JOSÉ

1. El Heturno es una deformación del francés L'Étourneau, que significa «el estornino». En su propia lengua su nombre es Siggenauk. Los anglófonos lo conocen como Black Bird (Pájaro Negro).

2. Se refiere a Dagreaux du Quindre.

3. Cahokia.

4. Francisco Cruzat a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 10 de enero de 1780, Bancroft Library, Louisiana Papers, 2, 122.

5. Teniente Thomas Bennet al capitán Richard Beringer Lernoult, San José, 15 de agosto de 1779, en Burton, M.

Agnes (ed.), *Historical Collections, Michigan Pioneer and Historical Society*, vol. XIX, Lansing, 1911, p. 455. Original en inglés.

6. Ballard, *Old Fort St. Joseph*, Niles Printing Company, Niles, 1949., pp. 44-45. El mayor DePeyster rebaja la ocupación del fuerte en el momento del asalto a «un viejo jefe y su familia». DePeyster a Powell, Detroit, 8 de enero de 1781, en Burton, *ibid.* p. 591. Original en inglés.

7. Stephen L. Jr. Kling, Kristine L. Strosjom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC,San Luis, 2017, p. 178.

8. DePeyster a Powell, Detroit, 8 de enero de 1781, en Burton (ed.), *ibid.* pp. 591-592. Original en inglés.

9. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

10. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

11. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

12. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

13. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

14. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

15. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

16. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

17. Cruzat a Gálvez, *ibid.*

18. Aparece en los documentos históricos con múltiples grafías diferentes, como Eugenio o Euxenio para el nombre y Pourré, Pouré o Puré para el apellido. En esta obra se opta por adoptar la forma en que figura generalmente en los documentos firmados por él: Eugene Pourée.

19. En español, Bello Sol.

20. J. Frederick Fausz, *Founding St. Louis, first city of the New West*, The History Press, Charleston, 2011, p. 127.

21. Eugene Pourée aparece mencionado como «francocanadiense» en Kristine L. Sjostrom, Marie Ann Long y Mary Anthony Long Startz, *The militiamen of St. Louis & Ste. Geneviève 1779-1783*, publicación independiente, 2020, p. 235.

22. Hasta ahora, Eugene Pourée no ha aparecido en ninguna de las bases de datos ni libros de Bibliothèque et Archives nationales de Québec (BAnQ), de acuerdo con un rastreo inicial a solicitud del autor con los datos fragmentarios facilitados por este. Desde la institución canadiense explican que «investigaciones posteriores han permitido comprobar que Francia siguió enviando regimientos a Luisiana durante mucho tiempo, antes y después de la conquista de Nueva Francia, sin que las tropas pasaran necesariamente» por aquel territorio.

23. Contrato matrimonial de Eugene Porres *dit* Beausoleil y Marie Joseph Goudeau, 24 de diciembre de 1755, en Lawrie Cena Dean, *The Kaskaskia Manuscripts, Searchable Digest*, Foundation for Illinois Colonial and American Studies, Springfield, 2022, 55:12:24:2. Original en francés, traducido al inglés.

24. Registro nupcial de Eugene Pourée y María Josepha Goudeau el 10 de enero de 1756 en *Registres des Mariages dans l'Église de Notre Dame*

de l'Immaculée Conception de Kaskaskia, p. 413, citado en Natalia Maree Belting, *Kaskaskia under the French regime*, University of Illinois Press, Urbana, 1948, p. 84, y en Sjostrom, Long y Long Starz, *ibid.*, p. 235.

25. *Libro quarto de difuntos blancos de esta parroquia de San Luis de Nueva Orleans, 1793-1803*, p. 94, en Earl C.

Woods y Charles E. Nolan, *Archdiocese of New Orleans Sacramental Records, vol. 7: 1800-1803*, Archives of the Archdiocese of New Orleans, Nueva Orleans, 1992.

26. Nelson Gremillion, *The Goudeau family of Avoyelles*, The Greater Avoyelles Journal, Marksville, 12 de febrero de 1980, p. 10.

27. Gremillion, Nelson, *ibid.*

28. Registro nupcial de Eugene Pourée y María Josepha Goudeau, *ibid.*, y Marthe Faribault-Beauregard, *La population des forts français d'Amérique (XVIIIe siècle)*,tomo II, Éditions Bergeron, Montreal, 1984, p. 97.

29. Hubo una compañía de Varenne entre las que integraban el regimiento Carignan-Salières enviado por Francia en 1665 para colonizar el Canadá y desmantelado tres años después. La compañía con ese mismo nombre de la que Pourée era sargento a mediados del siglo XVIII parece ser, en cambio, una de las muchas que se formaron posteriormente para defender las posesiones francesas en América. Según explica el profesor Gregory Kennedy, de la Université de Moncton, en New Brunswick (Canadá), en respuesta a una consulta realizada por el autor, antes de la década de 1750 «había muy pocas tropas asentadas en Nueva Francia, a excepción de unas pocas compañías francas de la Marina y una guarnición en la fortaleza de Louisbourg». Tal vez estuviera al servicio de Charles de Varennes, que el 2 de febrero de 1753 aparece mencionado como capitán de una compañía de infantería al ejercer de padrino en el bautizo de Marie Agnès Tisserant de Moncharveaux, hija legítima de JeanFrançois, capitán y comandante del fuerte de Chartres, y Agnès Chassin, en Faribault-

Beauregard Marthe, *ibid.*, p. 239. Desde Bibliothèque et Archives nationales du Québec (BAnQ), en respuesta a la consulta del autor a esta institución, explican que «los regimientos en la mayoría de los casos llevaban el nombre de sus propietarios» y que «en Francia, a lo largo del tiempo han existido varias compañías llamadas Varennes,

porque ha habido varios M. de Varennes», algunos de los cuales «coexistieron al mismo tiempo». A los especialistas de BAnQ les parece «probable», por tanto, que Eugene Pourée naciera en Francia y viajara desde allí a Norteamérica con su regimiento sin pasar por Quebec, quedándose allí al concluir el período estipulado. Los recursos de BAnQ sobre apellidos canadienses y quebequeses no indican que el apellido Pourée existiera o fuera llevado a ese territorio. Por otra parte, agregan, el nombre Pourée sigue existiendo hoy en Francia, si bien «es raro» y parece «haber sido más común en el pasado».

30. Venta de una parcela, una casa y sus dependencias en Kaskaskia por Jean Lagrange, comerciante de Kaskaskia, al sargento Eugene Poure *dit* Beausoleil, comerciante, guarnecido en Kaskaskia, por cuatro mil libras. El vendedor adquirió la propiedad a Joseph *Ste.* Marie el 3 de marzo de 1757. Ejecutado en Kaskaskia.

Firman Joseph Liberville *dit* Joson, Antaya, Joseph Chauvin dit Charleville, Francois Perutis, Labuxiere, 26 de enero de 1758, en Dean, *ibid.*, 58:1:26:1. Original en francés, traducido al inglés.

31. Orden de Lagrange a Labusiere, reconociendo el recibo de pago de una casa de Bausolley, 23 de marzo de 1763, en Dean, *ibid.*, 63:3:23:2. Original en francés, traducido al inglés.

32. Venta en pública subasta de una parcela en Kaskaskia, confiscada por orden del coronel John Todd.

Propiedad antes perteneciente a Pourre *dit* Bosoleil. También se aceptaron pujas el 24 de octubre y el 7 de noviembre, cuando es adjudicada al teniente coronel John Montgomery por 1.300 libras. Firman Jean Girault, Francois Carbonneaux, Pierre Langlois, Pierre Picard, la viuda de Delisle, Jean-Baptiste Beauvais, Gabriel Cerre, P. Richard, Patt. Kennedy, Nicolas Caillot La Chance y Charles Charleville, en Dean, *ibid.*, 79:10:17:1.

Original en francés, traducido al inglés.

33. Censo de San Luis de mayo de 1766, en Carl J. Ekberg y Sharon K. Person, *St. Louis rising. The French regime of Louis St. Ange de Bellerive*, University of Illinois Press, Urbana, Chicago y Springfield, 2015, Appendix A, p.

34. Eugene Pourée, alias Beausoleil, declara poseer el 3 de julio de 1770 una chica «salvaje» de unos dieciséis años llamada Rozete, no bautizada y que costó 1.200 libras en plata; otro no bautizado, de nombre Jacob, adquirido por mil libras; otra llamada Angelique, bautizada, por ochocientas libras, y otro bautizado, François, de alrededor de doce años, por setecientas libras. En *Declaración hecha por los particulares de San Luis de los Ilinueses que tienen esclavos indios rojos, de sus nombres y de lo que les ha costado*, Pedro Piernas, San Luis de Ilinueses, 12 de julio de 1770, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 19.

35. Tabla de harina cosechada en San Luis y Santa Genoveva en 1775, Francisco Cruzat, San Luis de Ilinueses, 1

de enero de 1776, AGI, Cuba, en Louis Houck (ed.), *The Spanish Regime in Missouri. A collection of papers and documents relating to Upper Louisiana principally within the present limits of Missouri during the dominion of Spain, from the Archives of the Indies at Seville, etc., translated from the original Spanish into English, and including also some papers concerning the supposed grant to col. George Morgan at the mouth of the Ohio, found in the Congressional Library,* vol. I, R. R. Donnelley & Sons Company, Chicago, 1909, p. 102.

36. Michael J. Crawford, *Naval documents of the American Revolution*, Department of the Navy, Washington D.

C., p. 21, y Pollock papers, Papers of the Continental Congress, fol. 224, citados en Sjostrom, Long y Long Startz, *ibid.*

37. Santa Genoveva, 24 de julio de 1778, AGI, Cuba, 1, 116.

38. Oliver Pollock a Robert Morris, William Smith y Henry Laurens Esq., 2 de abril de 1778, Papers of the Continental Congress, 50, pp. 225-227, (M247, roll 64), National Archives, en *Naval documents of the American Revolution,* vol. 12, Michael J. Crawford (ed.), *Naval History and Heritage Command*, Department of the Navy, Washington, 2013, pp. 20-21. Original en inglés.

39. San Luis, 8 de julio de 1778, AGI, Cuba, 1, 115.

40. Fernando de Leyba a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 6 de agosto de 1778, AGI, Cuba, 1, 337.

41. Venta de Eugene Pourée a Datchuret, San Luis, 15 de junio de 1768, Missouri Historical Society, Saint Louis Archives, 13, 1510.

42. «Postes en tierra», del francés *poteaux-en-terre*, técnica arquitectónica empleada en la Luisiana. Véase capítulo 2 en este libro.

43. Venta de casa de Jean-Baptiste Sarpy a Eugene Pourée, San Luis de Ilinueses, 24 de agosto de 1775, MHS, Saint Louis Archives, 2, 182.

44. «Postes sobre muro», del francés *poteaux-sur-sole*, técnica arquitectónica empleada en la Luisiana. Véase capítulo 2 en este libro.

45. Venta de Eugene Pourée a Jean Huge, San Luis de Ilinueses, 2 de septiembre de 1776, MHS, Saint Louis Archives, 2, 204.

46. Venta de Eugene Pourée a Pierra Planche y Louis Dufresne, finiquito de la venta, San Luis, 20 de julio de 1778, MHS, Saint Louis Archives, 2, 205.

47. Dean, *ibid.*, 34:8:14:1. Original en francés, traducido al inglés.

48. Dean, *ibid.*, 44:7:29:1. Original en francés, traducido al inglés.

49. Del francés *arpent*, medida de longitud empleada en la Luisiana equivalente a unos 58 metros.

50. Venta de Louis Marcheteau a Eugene Pourée, San Luis de Ilinueses, 20 de septiembre de 1776, MHS, Saint Louis Archives, 2, 203.

51. La palabra *carrota* es un calco del francés *carotte*, zanahoria, y alude a la forma y tamaño de los paquetes de hojas de tabaco tras ser enrolladas y envueltas con cordeles para su transporte y almacenamiento, similares a los de la mencionada hortaliza.

52. Almoneda de los efectos del capitán Pedro Piernas, mayo de 1775, MHS, Saint Louis Archives, 2, 177.

53. Del francés *belle isle*, «isla bella».

54. Testamento de Jean-Baptiste Gauyé, alias Belisle, 16 de marzo de 1773, MHS, Saint Louis Archives, 19, 2180.

55. Sjostrom, Long y Long Startz, *ibid.*

56. Contrato con Pierre Lupien, alias Baron, para construir la primera iglesia en San Luis, 19 de abril de 1775, MHS, Saint Louis Archives, 1,

12.

57. Del francés *douaire*, bienes que el marido asigna a su esposa para que los disfrute si le sobrevive.

58. Del francés *préciput*, parte de los bienes del matrimonio que pasan al cónyuge superviviente por acuerdo previo.

59. *Inventario de los efectos del difunto Baron*, San Luis, 12 de octubre de 1775 (incluye el memorial de Eugene Pourée, San Luis de Ilinueses, 11 de octubre de 1775, y el examen del inventario de Francisco Cruzat, San Luis 15 de octubre de 1775), MHS, Saint Louis Archives, 21, 2331.

60. Contrato matrimonial entre Gaspard François Roubieu y Marie Anne Laferne, viuda de Auguste Condé, San Luis, 19 de septiembre de 1777, MHS, Saint Louis Archives, 18, 2044.

61. Proceso de demanda de Marie Anne Laferne contra su segundo marido, Gaspard Roubieu, 22 de septiembre de 1778, MHS, Frederick L. Billon Papers, 1.

62. *Instrucciones del gobernador de Luisiana, Alejandro O'Reilly a Francisco Riu, teniente gobernador de San Luis, Santa Genoveva «y todo el distrito del río Misuri y parte de los illinueses» y relación de sus habitantes*, Nueva Orleans, 17 de febrero de 1770, AGI, Cuba, 2357, 8. Una copia del original entregada por Pedro Piernas a Francisco Cruzat, en Houck, *ibid.*, p. 81, y Sjostrom, Long y Long Startz, *ibid.*

63. Leyba a Gálvez, San Luis de Ilinueses, 13 de julio de 1779, AGI, 1, 692.

64. Pourée a destinatario desconocido, San Luis, 27 de septiembre de 1780, AGI, 1, 193b, 675, en Anna L. Price (trad. y comp.), *Appendix I to the final report to the National Endowment for the Humanities for the project*

'Archaeology of the Saline Creek Valley, Missouri', ref: RO-21429-87), University of MissouriColumbia, Columbia, diciembre de 1990, p. 436. Original en francés.

65. Pourée al gobernador, San Luis de Ilinueses, 26 de septiembre de 1780, AGI, Cuba, 193b, 673. Original en francés.

66. El País Alto, la región en torno a los Grandes Lagos en tiempos de la Nueva Francia.

67. McCoy, Daniel, *Old Fort St. Joseph*, Historical Collections, vol. XXXV, *Michigan Pioneer and Historical Society*, Wynkoop Hallenbeck Crawford Company, State Printers, Lansing, 1907, p. 546.

68. Ballard, *ibid.*, p. 14.

69. *Concession aux pères jésuites*, Jacques René de Brisay, chevalier, marquis de Denonville, gouverneur et lieutenant-general pour le roy en Canada; et Jean Bochart, chevalier, seigneur de Champigny, Noroy et Verneuil, conseiller du roy en ses conseils, intendant de justice, police et finance au dit pays, Quebec, 1 de octubre de 1686, en *Pièces et documents relatifs a la tenure seigneuriale demandés par une adresse de l'Assemblée Législative*, Imprimerie de E. R. Fréchette, Quebec, 1851, pp. 317-318. Original en francés.

70. Gérard Malchelosse, *Le Poste de la Rivière Saint-Joseph (Mich.) (1691-1781)*, en *Les Cahiers des Dix, n.º 23*, Société des Dix, Éditions La Liberté, Quebec, 1958, p. 142.

71. Corredores de los bosques.

72. José António Brandaõ y Michael S. Nassaney, *The historical and cultural context of Fort St. Joseph*, en Michael S. Nassaney (ed.), *Fort St. Joseph revealed. The historical archaeology of a fur trading post*, University Press of Florida, Gainesville, 2019, pp. 18-23.

73. Nativos paunis, en inglés *pawnees*.

74. Conde de Frontenac al ministro, Quebec, 25 de octubre de 1693, Archives nationales de l'outre mer, citado en Malchelosse, *ibid.*, p. 143. Original en francés.

75. Malchelosse, *ibid.* , pp. 143-145.

76. Pierre de Rigaud de Vaudreuil de Cavagnial al ministro, Quebec, 6 de noviembre de 1712, *Archives du Canada, Correspondance générale*, vol. 33, citado en Pierre-Georges Roy, *ibid.*, p. 77.

77. Jacques-Charles Renaud du Buisson a Pierre de Rigaud de Vaudreuil de Cavagnial, Fuerte Pontchartrain de Detroit, 15 de junio de 1712, *Archives de la Marine, Correspondance générale,* vol. 33, en Pierre-Georges Roy, *Le Sieur de Vincennes, fondateur de l'Indiana*, Charrier & Dugal, Quebec, 1919, pp. 48-73; Malchelosse, *ibid.*, p. 147; Ballard, *ibid.*, p. 19, y Théo Le Boulch, *La Guerre des Renards: histoire de la violence dans le Pays d'en Haut (1712-1738)*, Mémoire de Master 2, sous la direction de Philippe Hamon, Département d'histoire,

Université Rennes 2, CERHIO, Rennes, 2016.

78. Erika K. Hartley y Michael S. Nassaney, *Architectural remains at Fort St. Joseph*, en Nassaney, *ibid.*, p. 95.

79. Brandão y Nassaney, *ibid.*, p. 23.

80. François Xavier de Charlevoix a la duquesa de Lesdiguières, Río San José, 16 de agosto de 1721, en Ballard, *ibid.*, pp. 27-31. Original en francés.

81. Informe de los puestos del Pays d'en Haut para los años 1723-1725, citado en Malchelosse, *ibid.*, p. 149 y Ballard, *ibid.*, p. 21.

82. Brandão y Nassaney, *ibid.*, p. 32.

83. *Mémoire de Bougainville sur l'état de la Nouvelle France à l'époque de la guerre de Sept Ans, 1757, en Documents inédits sur l'histoire de la Marine et des colonies*, editor no identificado (¿1790?), p. 577, citado en José António Brandaõ y Michael S.Nassaney, *ibid.*, en Nassaney, *ibid.*, pp. 23 y 25, y Malchelosse, *ibid.*, p. 153.

84. Brandão y Nassaney, *ibid.*, p. 24.

85. Ballard, Ralph, *ibid.*, pp. 32-37.

86. José António Brandaõ y Michael Shakir Nassaney, *Suffering for Jesus: penitential practices at Fort St. Joseph (Niles, Michigan), during the French regime*, en *The Catholic Historical Review,* vol. 94, n.º 3 (julio de 2008), Catholic University of America Press, Washington D. C., pp. 476-499; cilicio que «probablemente perteneció a uno de los misioneros jesuitas en el fuerte», expuesto en Fort St. Joseph Museum, Niles.

87. Ballard, *ibid.*, pp. 37-39.

88. Keith R. Widder, *Beyond Pontiac's shadow: Michilimackinac and the Anglo-Indian War of 1763*, Michigan State University Press, East Lansing, 2013, citado en Brandão y Nassaney, *The historical and cultural context of Fort St.*

Joseph, en Nassaney, *ibid.*, p. 26.

89. Ballard, *ibid.*, pp. 40-41. Original en inglés.

90. En español, el «muchacho».

91. T. Hambaugh a Henri Bouquet, Fort St. Joseph, 13 de octubre de 1762, Bouquet Papers, en M. Agnes Burton (ed.), *ibid.*, pp. 168-169, citado en Ballard, *ibid.*, p. 40.

92. Jeffery Amherst a Henry Bouquet, Nueva York, 6 de junio de 1763, Bouquet Papers, citado en Peckham, Howard H., *Pontiac and the Indian uprising*, Princeton University Press, Princeton, 1947, reimpreso por Wayne University Press, Detroit, 1994, p. 172, y este en Fred Anderson, *Crucible of War. The Seven Years' War and the fate of Empire in British North America, 1754-1766*, Vintage Books, Nueva York, 2001, p. 538.

93. Anderson, *ibid.*, pp. 535-553.

94. Teniente James MacDonald al coronel Bouquet, Detroit, 12 de julio de 1763, citado en Malchelosse, *ibid.*, p.

95. Ballard, *ibid.*, pp. 40-42; Malchelosse, *ibid.*, pp. 155-158.

96. Ballard, *ibid.*, p. 51; Malchelosse, *ibid.*, pp. 152-153.

97. Henry Bassett a Thomas Gage, Detroit, 4 de junio de 1773, en *Historical Collections,* vol. XIX, Michigan Pioneer and Historical Society, Wynkoop Hallenbeck Crawford Co., State Printers, Lansing, 1911, p. 417, citado en Malchelosse, *ibid.*, p. 159.

98. Malchelosse, *ibid.*, p. 160.

99. Thomas Bennet, Michilimackinac, 1 de septiembre de 1779, citado en Ballard, *ibid.*, p. 43 y Malchelosse, *ibid.*, p. 164.

100. Ballard, *ibid.*, p. 43; Malchelosse, *ibid.*, pp. 163-164.

101. George Rogers Clark, Louisville, 23 de septiembre de 1779, citado en Malchelosse, *ibid.*, pp. 164-165.

102. DePeyster a Haldimand, citado en Malchelosse, *ibid.*, p. 165.

103. Patrick Sinclair a Arent Schuyler DePeyster, Michilimackinac, 15 de febrero de 1781, en *Historical Collections,* vol. XIX, Michigan Pioneer and Historical Society, Wynkoop Hallenbeck Crawford Co., State Printers, Lansing, 1911, p. 671, citado en Malchelosse, *ibid.*, p. 166.

104. Malchelosse, *ibid.*, p. 167.

105. Memorial de Louis Joseph Ainse, con diversos informes relativos a Michilimackinac, Montreal, 5 de octubre de 1780, en Malchelosse, *ibid.*, pp. 173-176.; también Malchelosse, *ibid.*, pp. 168-170.

106. Fallece en Montreal el 26 de septiembre de 1789, de acuerdo con el acta de sepultura inscrito en el registro de la basílica de Notre Dame, en Malchelosse, *ibid.*, pp. 178-179.

107. *Solicitud de Mr. Louis Chevallier, antiguo negociante en San José*, Montreal, octubre de 1780, en Malchelosse, *ibid.*, pp. 171-173. Original en francés.

108. Patrick Sinclair a Frederick Haldimand, Michilimackinac, 23 de

febrero de 1781, en Malchelosse, *ibid.*, p.

181.

109. Frederick Haldimand a Patrick Sinclair, 1 de junio de 1781, en Malchelosse, *ibid.*, pp. 181-182.

110. Cruzat a Miró, 6 de agosto de 1781, Bancroft Library, Louisiana Papers, 2, 122. Duguiet es posiblemente el *sieur* de Gay o Dugay, a quien Patrick Sinclair encarga llevar una carta a Louis Chevalier en febrero de 1780

para comunicarle que debe abandonar el fuerte de San José, en Sinclair a DePeyster, Michilimackinac, 15 de febrero de 1781, *ibid.*, y el mismo a quien Louis-Joseph Ainse encarga la liquidación de sus cuentas en Memorial de Louis Joseph Ainse, *ibid.* Así mismo, Malliet asegura que el *sieur* Dugué, capitán, Rheille, teniente, y Campion, alférez, están en San José, en Malliet a Cruzat, La Mauvaise Terre, 9 de enero de 1781, BL, Louisiana Papers, 1, 64.

111. Fernando de Leyba a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 13 de julio de 1779, Archivo General de Indias, Cuba, 1, 692.

112. Nacido en el país de Ilinueses hacia 1759, su padre, Joseph Michel, llegó al fuerte de Chartres en 1748

procedente de Canadá y fue de los primeros en trasladarse a San Luis en 1764. Charles (Carlos) Tayon se casó en noviembre de 1780 con Cécile Deschamps. Participó en la preparación de las defensas del puesto previas al ataque del 26 de mayo de ese año y en la fortificación posterior ordenada por Francisco Cruzat, aunque no está claro si intervino en la batalla. Obtuvo un terreno al oeste de San Luis tras la expedición al fuerte San José, en el actual condado de Saint Charles, donde fue comandante en los últimos años de la administración española de la Luisiana. Se cuenta que Meriwether Lewis y William Clark cenaron con él en su célebre expedición en 1804.

Reuben Gold Thwaites y State Historical Society of Wisconsin, *The British regime in Wisconsin*, State Historical Society of Wisconsin, Madison, 1908, p. 431, y Kristine L. Sjostrom, Marie Ann Long y Mary Anthony Long Startz, *The militiamen of St. Louis & Ste. Geneviève 1779-1783*, publicación independiente, 2020, pp. 235-236.

113. Thwaites, *ibid.* p. 432.

114. Frederick Haldimand al mayor DePeyster, Montreal, 30 de agosto de 1778, Haldimand Papers, *Michigan Historical Collections,* vol. IX, Pioneer Society of the State of Michigan, Wynkoop Hallenbeck Crawford Company, State Printers, Lansing, 1908, p. 354 y Malchelosse, *ibid.,* p. 162.

115. Ballard, Ralph, *Old Fort St. Joseph*, Niles Printing Company, Niles, 1949, p. 46; Malchelosse, *ibid.* pp. 152-153

y 182, y James B. Musick, *St. Louis as a fortified town. A narrative and critical essay of the period of struggle for the fur trade of the Mississippi Valley and its influence upon St. Louis*, Press of R. F. Miller, San Luis, 1941, p. 61.

116. Estado que manifiesta los muertos, heridos y prisioneros del pueblo de San Luis de Ilinueses. Fernando de Leyba, San Luis de Ilinueses, 28 de mayo de 1780, en Kling, Strosjom y López, *ibid.*, pp. 108-110, y en Kristine L.

Strosjom, *Fernando de Leyba (1734-1780). A life of Service and Sacrifice in Spanish Louisiana*, publicación independiente, Middletown, 2022, p. 201.

117. Relaciones de revista de la primera y segunda compañías de milicias de San Luis entre el 5 de enero, 5 de febrero y 8 de marzo de 1781, AGI, Cuba, 9, en Strosjom, Long y Long Startz, *ibid.*, pp. 76-84 y 163-171.

118. El número de milicianos destinados a la expedición de San José en las relaciones de las compañías de milicia de esos meses no alcanzan la treintena que se dice que participaron, indicio de que se sumaron habitantes de la ribera oriental que no están registrados.

119. Hoy se conoce como río Kankakee. Michael McCafferty, *«Kankakee»: an old etymological puzzle*, en *Names,* vol. 62, n.º 2, American Name Society, junio de 2014, pp. 107-114.

120. Cavelier de la Salle, relación de su viaje del 22 de agosto de 1680 al otoño de 1681, en Pierre Margry, *Découvertes et établissements des français dans l'Ouest et dans le Sud de l'Amérique Septentrionale (1614-1754).*

Mémoires et documents originaux, Deuxième partie. Lettres de Cavelier de la Salle et correspondance relative à ses enterprises (1678-1685), Imprimerie D. Jouaust, París, 1877, pp. 124 y 127.

121. «Los nativos americanos usaban los ríos de la misma manera en que nosotros usamos las carreteras hoy día. Hacían resistentes embarcaciones de un solo tronco de árboles como robles o álamos. Después de talar el árbol, cortaban las ramas y prendían fuego cuidadosamente al centro. Poco después echaban agua al fuego y utilizaban conchas o piedras para raspar las zonas quemadas. Hacían esto numerosas veces hasta que la abertura era lo suficientemente amplia para albergar personas o efectos. Los colonos europeos adoptaron luego la piragua para sus propios usos en el comercio a lo largo de los ríos del Oeste», Missouri History Museum;

«Los *voyageurs* viajaban en canoas de madera de abedul al fuerte San José y otros puestos comerciales a lo largo de Nueva Francia. Los nativos americanos enseñaron a los franceses cómo hacer estas canoas», Fort St. Joseph Museum, Niles (Míchigan).

122. Janet Meredith, especialista en Relaciones Públicas del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos (U.S. Army Corps of Engineers) en San Luis, confirma al autor que en «un invierno extremadamente frío, con temperaturas árticas persistentes», es posible que se forme hielo suficientemente denso como para que

«los barcos se atasquen o la velocidad de tránsito se reduzca gravemente».

123. En español, Tierra Mala.

124. Jean-Baptiste Malliet a Francisco Cruzat, La Mauvaise Terre, 9 de enero de 1781, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 64. Original en francés.

125. Malliet a Cruzat, *ibid*.

126. Wisconsin, nombre de uno de los actuales estados de los Estados Unidos.

127. Emmanuel Hesse.

128. Malliet a Cruzat, *ibid*.

129. Malliet a Cruzat, *ibid*.

130. Malliet a Cruzat, *ibid*.

131. Malliet a Cruzat, *ibid*.

132. Malliet a Cruzat, *ibid.*

133. Malliet a Cruzat, *ibid.*

134. Cruzat a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 18 de enero de 1781, BL, Louisiana Papers, 1, 51-64.

135. La mayoría de autores relacionan este lugar con la actual ciudad de Peoria (Illinois). Otra posibilidad es que corresponda con De Pue, igualmente en el estado de Illinois y junto a un lago, por la afinidad toponímica y su emplazamiento, donde el río Illinois se curva hacia el este. Ello encajaría con la afirmación de William Collins, *The Spanish attack on Fort St. Joseph*, en Robert J. Holden (ed.), *Selected paper from the 1983 and 1984*

George Rogers Clark Trans-Appalachian Frontier History Conferences, Vincennes University Printing Service/Eastern National Park & Monument Association, Vincennes, 1985, p. 66, que sitúa Los Pés «cerca de un punto donde su ruta a lo largo del río gira abruptamente al este». El nombre De Pue procede de un antiguo comerciante francés, según Henry Gannet, *The origin of certain place names in the United States*, 2.ª ed., Government Printing Office, Washington, 1905, p. 104. El nombre dado al lago De Pue «indica un origen francés y fue sin duda conocido por los primeros descubridores franceses», apunta H. C. Bradsby (ed.), *History of Bureau County, Illinois*, World Publishing Company, Chicago, 1885, p. 435.

136. Cruzat a Esteban Miró, San Luis de Ilinueses, 6 de agosto de 1781, BL, Louisiana Papers, 2, 122.

137. Cruzat a Miró, *ibid.*

138. El Gran Pantano del río Kankakee, que en la época ocupaba cientos de miles de hectáreas y del que hoy solo queda una pequeña parte, ha sido calificado como «los Everglades del norte», en referencia a los pantanos del actual estado de Florida. Brian Kallies (dir. y ed.), *Everglades of the North: the story of the Grand Kankakee Marsh*, documental, For Goodness Sake Productions, Los Ángeles, 2012.

139. Ballard, *ibid.*, p. 46.

140. George A. Baker, *The St. Joseph-Kankakee portage. Its location and use by Marquette, La Salle and the French voyageurs*, Northern Indiana Historical Society, South Bend 1899.

141. Las aguas de este lago, como otros de la región, fluyen hasta el

río San Lorenzo, que a su vez desemboca en el océano Atlántico.

142. Baker, *ibid.*, pp. 6-7.

143. Cruzat a Miró, *ibid.*

144. Cahokia, la localidad en la orilla este del Misisipi atacada junto con San Luis el 26 de mayo de 1780. Se refiere al ataque a la expedición de Jean-Baptiste Hamelin y Thomas Brady derrotada el 5 de diciembre de 1780

tras saquear el fuerte San José.

145. Francisco Cruzat a Esteban Miró, 6 de agosto de 1781, Bancroft Library, Louisiana Papers, 2, 122.

146. Cruzat a Miró, *ibid.*

147. Cruzat a Miró, *ibid.*

148. Cruzat a Miró, *ibid.*

149. Cruzat a Miró, *ibid.*

150. Acta de toma de posesión del fuerte San José, Carlos Tayon, Luis Chavaliér, Joseph Laubusiere, Luis Honoré y Eugene Pourée, Fuerte San José, 12 de febrero de 1781. Enviada por Cruzat a Esteban Miró el 6 de agosto de 1781, BL, Louisiana Papers, 2, 122. Existe una copia de este documento en el AGI, Cuba, 1393.

151. Ver anexo II al final de este libro.

152. Cruzat a Miró, *ibid.*

153. Cruzat a Miró, *ibid.*

154. Cruzat a Miró, *ibid.*

155. Cruzat a Miró, *ibid.*

156. Cruzat a Miró, *ibid.*

157. Cruzat a Miró, *ibid.*

158. José de Gálvez a Bernardo de Gálvez, El Pardo, 15 de enero de 1782, AGI, en Louis Houck (ed.), *ibid.*, p.

159. Arent Schuyler DePeyster a Henry Watson Powell, Detroit, 8 de enero de 1781, en M. Agnes Burton (ed.), *ibid.*, p. 592.

160. DePeyster a Powell, Detroit, 17 de marzo de 1781, en Burton, *ibid.*, pp. 600-601 y Ballard, *ibid.*, p. 48.

161. DePeyster a Powell, *ibid.*

162. El Heturno.

163. Naquiguen.

164. Ballard, *ibid.*, pp. 48-49.

165. Ballard, *ibid.*, p. 49.

166. Ballard, *ibid.*, p. 49.

167. Frederick Haldimand a Patrick Sinclair, 31 de marzo de 1781, Ballard, *ibid.*, pp. 49-50. Original en inglés.

CAPÍTULO 9. LOS OTROS FRENTES

1. Bernardo de Gálvez, Junta de generales, La Habana, 30 de noviembre de 1780, Archivo General de Indias, Santo Domingo, 2083 A, en Carmen de Reparaz, *Yo solo. Bernardo de Gálvez y la toma de Panzacola en 1781*, Serbal, Instituto de Cooperación Iberoamericana, BarcelonaMadrid,1986, pp. 48-49.

2. José de Gálvez a Francisco Saavedra, 20 de abril de 1781, Archivo Histórico Facultad de Teología de Granada, Fondo Saavedra, citado en Reparaz, *ibid.*, p. 51.

3. Reparaz, *ibid.*, pp. 56-68.

4. *Estado que manifiesta los buques de guerra y convoy del mando del capitán de navío don José Calvo de Irazábal en el que se conduce el Ejército que a las órdenes del Sr. don Bernardo de Gálvez, mariscal de campo de ellos, se dirige al socorro de la Mobila y conquista de Panzacola,*

La Habana, 17 de febrero de 1781, Archivo General de Simancas, Marina, 421, en Reparaz, *ibid.*, pp. 67-68.

5. Reparaz, *ibid.*, p. 65.

6. Reparaz, *ibid.*, pp. 69-71.

7. Reparaz, *ibid.*, pp. 74-75.

8. Bernardo de Gálvez a José Calvo de Irazábal, Campo de Santa Rosa, 12 de marzo de 1781, Diario de Operaciones de la expedición contra la Plaza de Panzacola, AGS, Guerra Moderna, 6913, citado en Reparaz, *ibid.*, p. 76.

9. Irazábal a Gálvez, a bordo del navío *San Ramón*, 13 de marzo de 1781, Diario de Operaciones, *ibid.*, en Reparaz, *ibid.*, pp. 76-78.

10. Gálvez a Calvo de Irazábal, Campo de Santa Rosa, 13 de marzo de 1781, Diario de Operaciones, *ibid.*, en Reparaz, *ibid.*, pp. 78-79.

11. Reparaz, *ibid.*, p. 80.

12. Calvo de Irazábal a Gálvez, a bordo del navío *San Ramón* cerca de la costa de Panzacola, 14 de marzo de 1781, Diario de Operaciones, *ibid.*, en Reparaz, *ibid.*, pp. 80-81.

13. Reparaz, *ibid.*, pp. 83-84.

14. *Galveztown.*

15. Miranda, Francisco de, *Diario de Panzacola, en Archivo del General Miranda. Viajes. Diarios. 1750-1785,* tomo I, Parra León Hermanos, Editorial Sur-América, Caracas, 1929, pp. 143-144, citado en Reparaz, *ibid.*, p. 87.

16. Francisco Saavedra a José de Gálvez, La Habana, 7 de abril de 1781, AHFTG, Fondo Saavedra.

17. Saavedra a José de Gálvez, *ibid.*

18. *Reales cédulas en que el Rey se sirve hacer merced de Título de Castilla, con la denominación de Conde de Gálvez, y la adición de una Flor de Lis de Oro en Campo azul, para el Escudo de sus Armas al teniente general de los Reales Ejércitos Don Bernardo de Gálvez*, Aranjuez, 20 de mayo de 1783, Biblioteca Nacional, Manuscritos, 10, 639, en Reparaz, *ibid.*, pp. 256-263.

19. Miranda, *ibid.*, p. 147 y *Extracto del diario de la navegación del capitán de navío de la Real Armada Don José Calvo de Irazábal, comandante de todos los buques dirigidos a la conquista de Panzacola, en el que se contienen los hechos, cartas de correspondencia con el Sr. Don Bernardo de Gálvez y demás documentos que justifican en todas partes su conducta*, La Habana, 30 de mayo de 1781, AGS, Marina, 421, en Reparaz, *ibid.*, pp. 91-95 y Beerman, *ibid.*, p. 143.

20. Saavedra a José de Gálvez, *ibid.* y Miranda, *ibid.*, p. 145.

21. Reparaz, *ibid.*, pp. 108-113 y Beerman, *ibid.*, pp. 149-153.

22. Reparaz, *ibid.*, pp. 129-132 y Beerman, *ibid.*, pp. 153-154.

23. Memorias de José Solano, pp. 27-31, en José Luis Santaló Rodríguez de Viguri, *Don José Solano y Bote. Primer Marqués del Socorro. Capitán General de la Armada*, Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1973; Reparaz, *ibid.*, pp.136-163, y Beerman, *ibid.*, pp. 154-158.

24. Reparaz, *ibid.*, pp. 166-174 y Beerman, *ibid.*, pp. 158-162.

25. Reparaz, *ibid.*, pp. 175-178 y 188-193, y Beerman, *ibid.*, pp. 162-164.

26. Reparaz, *ibid.*, pp. 193-198, y Beerman, *ibid.*, pp. 162-164.

27. *Artículos de capitulación convenidos y acordados entre Bernardo de Gálvez, Peter Chester y John Campbell*, Panzacola, 15 de mayo de 1781, AGI, Santo Domingo, 1232, en Reparaz, *ibid.*, pp. 239-245.

28. Reparaz, *ibid.*, pp. 198-211 y Beerman, *ibid.*, pp. 164-165.

29. José Luis Terrón Ponce, *La baza menorquina del conde de Floridablanca (Breve análisis del proceso integrador de la Balear menor a la monarquía española tras la toma militar de 1782)*, en *Revista de Menorca,* vol. 87, n.º I, Ateneu Científic, Literari i Artístic de Maó, Mahón, 2003, pp. 81-132.

30. Conde de Aranda al conde de Floridablanca, París, 3 de marzo de 1780, AGS, Estado, 167, citado en Eric Beerman, *ibid.*, p. 250.

31. Miguel Bañuelos a Floridablanca, Palma, 23 de diciembre de 1780, Archivo Histórico Nacional, Estado, 4230, citado en Beerman, *ibid.*, p. 251.

32. Duque de Crillon a Señor, Madrid, sin fecha, AHN, Estado, 4205, en Beerman, *ibid.*

33. Floridablanca a Crillon, Aranjuez, 20 de abril de 1781, AHN, *ibid.* y Floridablanca a Castejón, Aranjuez, 6 de junio de 1781, AHN, E. 4230, citados en Beerman, *ibid.*, p. 252.

34. Crillon a S. M., San Pascual, 21 de julio de 1781, AHN, E. 4230, citado en Beerman, *ibid.*, p. 253.

35. *Memorial de D. Jean Eymar al Rey*, 16 de marzo de 1782, AHN, E. 4205, citado en José Luis Terrón Ponce, *La reconquista de Menorca por el duque de Crillon, 1781-1782. Aspectos militares y políticos*, Museo Militar San Felipe, Mahón, 1981, p. 61.

36. *Bando publicado por el duque de Crillon a su llegada a Menorca*, en Terrón Ponce, *ibid.*, p. 114.

37. Beerman, *ibid.*, pp. 253-254.

38. Beerman, *ibid.*, pp. 254-260.

39. *Plan de operaciones*. Marqués González de Castejón a José Solano, El Pardo, 8 de abril de 1780, AGI, Santo Domingo, 2086, citado en Eric Beerman, *La última batalla de la independencia norteamericana no fue Yorktown. La expedición hispano-norteamericana a las Bahamas en 1782*, en *Revista de Historia Naval*, n.º 5, Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 1984, p. 91 y en Eric Beerman, *España y la independencia de Estados Unidos*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 72 y 174.

40. Bernardo de Gálvez a José de Gálvez, La Habana, 1 de enero de 1782, AGI, Indiferente General, 1578, citado en Beerman, *La última batalla de la independencia norteamericana no fue Yorktown*, *ibid.*, p. 93.

41. *Expedición del general D. Juan Manuel de Cagigal desde La Habana a las islas Lucayas (Bahamas), en el canal de Bahamas: ocupación de la Nueva Providencia y demás de este archipiélago por su capitulación en 8 de mayo*. Juan Manuel de Cagigal, a bordo del South Caroline, en frente de isla Hog, 8 de mayo de 1782, Servicio Histórico Militar, Colección de Clonard, leg. 31, y *Courier de l'Europe*, Gazette Anglo-Françoise, 16 de julio de 1782, p. 36, citados en Beerman, *ibid.*, p. 95.

42. Cagigal a Bernardo de Gálvez, Nueva Providencia, 20 de mayo de 1782, en *El Sr. Fiscal con el teniente general D. Juan Manuel de Cagigal sobre la conquista de la isla de la Providencia*, AHN, Consejo de Indias, 20170, 4, 1785, citado en Beerman, *ibid.*, p. 97.

43. Isla de los Puercos.

44. Cagigal a John Maxwell, a bordo del South Caroline, enfrente de Nasáu, 6 de mayo de 1782, en Beerman, *ibid.*

45. Maxwell a Cagigal, Nasáu, 7 de mayo de 1782, en *Fiscal con Cagigal sobre Providencia*, citado en Beerman, *ibid.*, p. 98.

46. *Artículos de capitulación estipulados en Nassau de Nueva Providencia el 8 de mayo de 1782 entre el Excmo. Sor. Dn.*

Juan Manuel de Cagigal, capitán general y comandante en jefe de la isla de Cuba, gobernador de Havana, etc., el Excmo.

Sr. D. Juan Manuel Maxwell, Esquire, capitán general y comandante en jefe de las islas Bahamas, canciller, vicealmirante y primado de dichas islas y teniente coronel del Ejército de S. M. B., en Beerman, *ibid.*, y *Capitulación de las islas de Bahama*, en *Gazeta de Madrid*, n.º 74, Imprenta Real, Madrid, 13 de septiembre de 1782, pp. 760-764.

47. Resolución de Carolina del Sur en el Congreso de los Estados Unidos, Filadelfia, 3 de mayo de 1784, AHN, Estado, 3885, exp. 19, citado en Beerman, *ibid.*, p.101.

48. William Carmichael al conde de Floridablanca, San Lorenzo de El Escorial, 12 de noviembre de 1784, *ibid.*, exp. 16, en Beerman, *ibid.*, p.102.

49. George Washington a Floridablanca, Mount Vernon, 19 de diciembre de 1785, *ibid.*, exp. 26, en Beerman, *ibid.*, pp. 99 y 102. Original en inglés.

50. José Solano a Pedro González de Castejón, San Luis, La Habana, 26 de julio de 1782, AGI, Cuba, 3-a; Castejón a José de Gálvez, Escorial, 15 de octubre de 1782, AGI, Santo Domingo, 2085-b, y Antonio Valdés a Gálvez, San Ildefonso, 20 de agosto de 1783, AGS, Estado, 174, citados en Eric Beerman, *España y la independencia de Estados Unidos*, Mapfre, Madrid, 1992, p. 182.

51. *Fiscal con Cagigal sobre Providencia y El Fiscal con el ten. general Juan Manuel de Cagigal, Felipe Allwood, José de Ezpeleta, Marqués de Casa Enrile, Gilberto Antonio de St. Maxent… en el contrabando que introdujo en La Habana el ten. coronel Francisco Miranda*, AHN, Con., 20878, en Beerman, *ibid.*, pp. 182-183.

52. *Consulta del Consejo de Indias sobre la expedición y conquista de la*

isla de Providencia por el teniente general Juan Manuel Cagigal. Fol. 388-391, Aranjuez, 19 de mayo de 1791, AGS, SGU, 6845, 62.

53. Conde de Ricla, El Pardo, 3 de febrero de 1777, AHN, Estado, 3884, en Beerman, *ibid.*, pp. 187-188.

54. La derrota británica en esta localidad de Virginia el 19 de octubre de 1781 inclinó la balanza en favor de los sublevados.

55. Beerman, *ibid.*, pp. 189-204.

56. Beerman, *ibid.*, pp. 206-207.

57. José de Gálvez a Francisco Saavedra, 31 de agosto de 1781, AHFTG, Fondo Saavedra.

58. Juan Ignacio de Urriza a Bernardo de Gálvez, La Habana, 4, 5 y 8 de marzo de 1782, AGS, Marina, 423, citados en Beerman, *ibid.*, pp. 208-209.

59. Bernardo de Gálvez a Miguel de Múzquiz, Guarico, 28 de marzo de 1782, AGS, SGU,7303, 1, 300.

60. Beerman, *ibid.*, pp. 209-211.

61. Luis Huet a Miguel de Múzquiz, Cabo Francés, 3 de mayo de 1782, AGS, SGU, 7303,1,282, 283 y 288.

62. Gálvez a Múzquiz, Guarico, 17 de mayo de 1782, AGS, SGU,7303, 1, 305.

63. Alejandro O'Reilly a José de Gálvez, Cádiz, 27 de junio de 1782, AGI, Santo Domingo, 2084, citado en Beerman, *ibid.*, p. 218.

64. Memorias de José Solano, pp. 36-39, citadas en Santaló Rodrígues de Viguri, *ibid.*, pp. 124-125, y Beerman, *ibid.*, p. 219.

65. Bernardo de Gálvez a José de Gálvez, Guarico, 23 de diciembre de 1782, AGI, I.G., 1578, citado en Beerman, *ibid.*, p. 221.

66. *Estado de la fuerza con que se halla el Ejército de operación, Guarico, mayo, junio y julio de 1782*, AGS, SGU, 7303, 1, 302-312, y Bernardo de Gálvez a José de Gálvez, Guarico, 23 de diciembre de 1782, AGI, I.G., 1578, citado en Beerman, *ibid.*, pp. 221-222.

67. Gálvez, Guarico, 11 de agosto de 1782, AGS, SGU,7303, 1, 306.

68. El almirante francés Charles Henri (1729-1794).

69. Real Orden reservadísima, El Pardo, 7 de enero de 1783, citado en Porras Muñoz, Guillermo, *El fracaso de Guarico, en Anuario de Estudios Americanos,* vol. XXVI, Escuela de Estudios Hispano-americanos, Sevilla, 1969, pp. 600-601, en Beerman, *ibid.*, pp. 224-225.

70. Hoy Cayo San Jorge (Belice).

71. *Relación de lo practicado contra los ingleses en la costa de Campeche desde el día 2 de agosto hasta el 5 de noviembre del año próximo pasado*, suplemento a la *Gazeta de Madrid* del viernes 21 de abril de 1780, Imprenta Real, Madrid, 1780, pp. 281-284; Beerman, *ibid.*, pp. 237-238.

72. Ralph Lee Woodward, *Central America: a nation divided*, Oxford University Press, Nueva York, 1976.

73. *Relación de lo acaecido en Omoa desde el 23 de Septiembre al 30 de Noviembre del año próximo anterior*, suplemento a la *Gazeta de Madrid* del viernes 21 de abril de 1780, Imprenta Real, Madrid, 1780, pp. 284-292; Beerman, *ibid.*, pp. 238-240.

74. *Relación de las operaciones del presidente de Guatemala después de la recuperación del Castillo y Puerto de Omoa, para desconcertar las medidas que tomaban los ingleses y arrojarlos de sus establecimientos y usurpaciones que han hecho contra todos los Tratados, con el fin de extender y fijar sólidamente su dominio en aquel Reino*, en *Suplemento a la Gazeta de Madrid* del martes 20 de febrero de 1781, Imprenta Real, Madrid, 1781, pp. 137-141, y Beerman, *ibid.*, pp. 240-241.

75. El océano Pacífico.

76. El capitán Nelson (1758-1805), ascendido a vicealmirante en 1801, liderará la victoria británica contra la flota francoespañola en Trafalgar en 1805.

77. *Relación de las operaciones del presidente de Guatemala*, *ibid.*, pp. 141-142, y Beerman, *ibid.*, pp. 241-242.

78. *Gazeta de Madrid* del martes 12 de junio de 1781, Imprenta Real, Madrid, 1781, pp. 489-490, y Beerman, *ibid.*, p. 242.

79. *Relación de las operaciones del presidente de Guatemala*, *ibid.*, pp. 142-144, y Beerman, *ibid.*, pp. 242-243.

80. *Gazeta de Madrid* del martes 5 de junio de 1781, Imprenta Real, Madrid, 1781, pp. 454-457, y Beerman, *ibid.*, p. 243.

81. Los británicos volverán a tomar Quepriba y la Criba en agosto de ese año, 1782, en Beerman, *ibid.*, pp. 245-246.

82. Matías de Gálvez a José de Gálvez, Puerto Trujillo, 20 de abril de 1782, y *Diario general de los sucesos ocurridos en las expediciones de mar y tierra, dirigidas por el Mariscal de Campo D. Matías de Gálvez, Presidente y Capitán General del Reino de Guatemala, contra los ingleses establecidos en el Golfo de Honduras y sus aliados los indios Zambos y Moscos que habitan las montañas inmediatas a los ríos Paun, Agalta y Tinto de este Continente*, Puerto de Trujillo, 18

de abril de 1782, en *Suplemento a la Gazeta de Madrid* del viernes 5 de julio de 1782, Imprenta Real, Madrid, 1782, pp. 548-559, y Beerman, *ibid.*, pp. 243-245.

83. *Suplemento a la Gazeta de Madrid* del viernes 5 de julio de 1782, Imprenta Real, Madrid, 1782, pp. 559-564, y Beerman, *ibid.*, pp. 245-246.

CAPÍTULO 10. ROCES ENTRE LOS NUEVOS VECINOS

1. Balthazar de Villiers a Bernardo de Gálvez, Fuerte Carlos III de Arkansas, 11 de julio de 1781, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1, 83. Original en francés.

2. El capitán Jacobo Dubreuil, el teniente José de la Peña y el subteniente Pedro Oliver son despachados en febrero de 1781 «con ochenta soldados y los regalos para los indios para ese año», a bordo de «una de las gabarras del Rey y una perteneciente a Chouteau», en un viaje a San Luis que duró meses por ayudar en el puesto de Arkansas en «un ataque a las posesiones británicas». Borrador a Cruzat, Nueva Orleans, 15 de febrero de 1781, Archivo General de Indias, Cuba, 113; Dubreuil a Miró, n.º 1, San Luis, 1781 (sin día ni mes), AGI, Cuba, 9; Dubreuil a Miró, San Luis, 1781, AGI, Cuba, 2359 (incluido en Piernas a Gálvez, n.º 27, septiembre de 1781); Dubreuil a Miró, San Luis, 17 de agosto de 1781, y Cruzat a Miró, 7 de agosto de 1781, AGI, Cuba, 9, en Nasatir, Abraham Phineas, *The Anglo-Spanish frontier in the Illinois Country during the American Revolution, 1779-1783*, Journal of the Illinois State Historical Society

(1908-1984), vol. 21, n.º 3, University of Illinois Press, Springfield (Illinois,. Estados Unidos), octubre de 1928, pp. 350-351, citado en Stephen L. Jr.

Kling, Kristine L. Sjostrom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC Publishing, San Luis (Misuri, Estados Unidos), 2017, p. 182.

3. Hoy río Ohio.

4. Martín Navarro a José de Gálvez, Nueva Orleans, 10 de septiembre de 1781, Archivo Histórico Nacional, Estado, 3885, exp. 2.

5. Hoy río Kentucky.

6. Martín Navarro a Gálvez, *ibid.*

7. Martín Navarro a José de Gálvez, *ibid.*

8. Hoy Pointe Coupee (Luisiana), Estados Unidos.

9. Martín Navarro a José de Gálvez, *ibid.*

10. Martín Navarro a Gálvez, *ibid.*

11. Navarro a Gálvez, Nueva Orleans, 15 de diciembre de 1781, AHN, *ibid.*

12. José de Gálvez al conde de Floridablanca, Palacio, 26 de marzo de 1782, AHN, *ibid.*

13. *Ecores á Margot*, en francés. Son los riscos conocidos en inglés como Chicashaw Bluff, donde se asienta hoy la ciudad de Memphis (Tennessee, Estados Unidos). El río Margó es el actual Wolf River.

14. Declaración de don Silvestre Labadia ante el comandante en jefe y teniente de gobernador de la partida occidental de Ilinueses, Francisco Cruzat, y los testigos de asistencia Jacobo Dubreuil y José López de la Peña, San Luis de Ilinueses, 5 de julio de 1782, BL, Louisiana Papers, 2, 123.

15. Nacido en Santiago de Compostela hacia 1738, Benito Vázquez llegó a la Luisiana en 1766 como soldado de la compañía de Francisco Riu y pasó a San Luis en 1769 bajo el mando del teniente de gobernador Pedro Piernas. Tras licenciarse en 1773, se incorporó a la milicia y fue ascendido a teniente en 1778. Tuvo un papel destacado en la batalla de San Luis de 1780 y en el refuerzo de las defensas

ordenado ese mismo año por Francisco Cruzat. Sucederá a Eugene Pourée como capitán de la segunda compañía tras su muerte. Como este, participó en el comercio por el Misisipi entre Nueva Orleans y San Luis. En Kristine L. Sjostrom, Marie Ann Long y Mary Anthony Long Startz, *The militiamen of St. Louis & Ste. Geneviève 1779-1783*, publicación independiente, 2020, p. 236.

16. Seguramente Joseph Marie Papin, un comerciante de pieles que llegó a San Luis desde Montreal con su padre Joseph en 1770 y se casó con Marie Louis Chouteau. A menudo se le confunde con Jean Marie Papin, alias Lachance, procedente de la parroquia de St. Jean, en l'isle Orleans (Quebec) y que en 1765 residía en Santa Genoveva. En Louis Houck (ed.), *The Spanish regime in Missouri,* vol. I, R. R. Donnelley & Sons Company, Chicago (Illinois, Estados Unidos), 1909, pp. 191-192.

17. Aunque en el documento firma únicamente como Cerré, no parece haber dudas de que se trata de Jean Gabriel Cerré, originario de Montreal, que había sido el principal comerciante de Kaskaskia, en la orilla oriental del Misisipi, y que se trasladó a San Luis hacia 1780. Su hija Marie Therese se casó con Auguste Chouteau en 1786. En Houck, *ibid.*, p. 190 y Beatrice Clark Turner, *The Chouteau family. A genealogy of descendants and collateral branches*, Ditenhafer printing Co., San Luis (Misuri), 1934, p. 14.

18. Walter B. Douglas, *The case of Pourée against Chouteau, en Missouri Historical Society Collections,* vol. II, n.º 6, Missouri Historical Society, San Luis (Misuri, Estados Unidos), julio de 1908. Originales en francés y español.

19. Cruzat a Esteban Miró, San Luis de Ilinueses, 9 de julio de 1782, BL, Louisiana Papers, 2, 123.

20. Cruzat a Miró, *ibid.*

21. Cruzat a Miró, San Luis de Ilinueses, 5 de agosto de 1782, BL, Louisiana Papers, 2, 124.

22. Cruzat a las cortes de Kaskaskia y Cahokia, San Luis de los Ilinueses, 4 de agosto de 1782 (copia), BL, Louisiana Papers, 2, 124. Original en francés.

23. John Jay al conde de Floridablanca, Madrid, 2 de julio de 1781, Archivo Histórico Nacional, Estado, 3884, en Juan Francisco Yela Utrilla, *España ante la independencia de los Estados Unidos*, Istmo, Madrid, 1988 (reproducción facsimilar de la segunda edición de Gráficos Academia Mariana, Lérida, 1925), pp. 892-893. Original en

inglés.

24. Jay a Floridablanca, Madrid, 13 de julio de 1781, AHN, E. 1, 3884, citado en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 481-482.

25. Jay a Floridablanca, San Ildefonso, 18 de agosto de 1781, AHN, E. 1, 3884, citado en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 482.

Original en inglés.

26. Floridablanca a Jay, San Ildefonso, 20 de agosto de 1781, AHN, E. 1, 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 482-483.

27. Jay a Floridablanca, San Ildefonso, 22 de septiembre de 1781, AHN, E. 1, 3884 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp.

893-894. Original en inglés.

28. Proposiciones de Jay a Floridablanca para un tratado con España, San Ildefonso, 22 de septiembre de 1781, AHN, E. 1, 3884 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 894-902. Original en inglés.

29. Floridablanca a Jay, 22 de septiembre de 1781, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 902-903.

30. Jay a Floridablanca, 2 de marzo de 1781, AHN, E. 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 904-905. Original en inglés.

31. El tiempo transcurrido entre el regreso a San Luis de la expedición de Eugene Pourée y la publicación de la noticia de la toma de posesión del fuerte San José en la *Gazeta de Madrid* puede explicarse así: «Podemos suponer que Don Eugenio Pourré se presentó en la casa de gobierno de San Luis a su vuelta de San José e hizo su informe oficial a principios de marzo de 1781. Las noticias se enviaron luego por *bateau*, que descendió lentamente por el Misisipi y con el tiempo llevó los despachos a Nueva Orleans. Desde allí fueron remitidos en el siguiente barco en zarpar al comandante general del ejército de operaciones en La Habana, que era también el gobernador de la Luisiana, y fue mandada sin duda por él a España en el próximo buque que cruzase el océano. Desde el puerto los papeles fueron a la capital en caballos de posta y finalmente el relato se publicó en la *Gazeta de Madrid* el 12 de marzo de 1782, un año entero después del regreso de la expedición», Edward G.

Mason, *March of the Spaniards across Illinois*, en *The Magazine of American History with notes and queries*, vol. XV, Historical Publication

Co., Nueva York, enero-junio de 1886, p. 465.

32. *Gazeta de Madrid*, 12 de marzo de 1782, Imprenta Real, Madrid, 1782, pp. 221-222.

33. John William Nelson, *Spain's bid for the American interior?: the imperial contest over the revolutionary Great Lakes*, en Gabriel Paquette y Gonzalo M. Quintero Saravia (eds.), *Spain and the American Revolution. New approaches and perspectives*, Routledge, Londres/Nueva York, 2020, pp. 129 y 133.

34. *Espagne*, Cádiz, 13 de marzo de 1782, en *Journal Politique de Bruxelles*, pp. 57-59, reproducido en *Mercure de France*, Chez Panckouke, París, de 6 de abril de 1782.

35. *Espagne*, Madrid, 15 de marzo de 1782, en *Journal Historique et Littéraire*, Chez Les Héritiers d'André Chevalier, vivant imprimeur de feu Sa Maj. l'Impératrice-Reine Apostolique, Luxemburgo, 15 de abril de 1782, pp. 592-597.

36. Es decir: «El Sr. Purrè tomó posesión del Fuerte en nombre de Su majestad, izando la Bandera de España»; Espagna, Madrid, 12 de marzo de 1782, en *Notizie del Mondo*, Antonio Graziosi, Venecia, n.º 26, 30 de marzo de 1782.

37. Benjamin Franklin a Robert R. Livingston, Passy, 12 de abril de 1782. en Jared Sparks (ed.), *The diplomatic correspondence of the American Revolution,* vol. II, *New edition*, John C. Rives, Washington, 1857, pp. 245-246.

38. Jay a Livingston, Madrid, 28 de abril de 1782, en Jared Sparks (ed.), *ibid.*, vol. VIII, Nathan Hale and Gray & Bowen, Boston, 1830, pp. 76-78.

39. Jay a Livingston, *ibid.*

40. Floridablanca a Francisco Cabarrús, El Pardo, 16 de marzo de 1782, AHN, E. I, 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, p.

490.

41. Cabarrús a Floridablanca, Madrid, 15 de marzo de 1782, AHN, E. 3884, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 906-907.

42. Yela Utrilla, *ibid.*, p. 491.

43. Franklin a Jay, Passy, 16 de marzo de 1782, en Sparks, *ibid.*, p. 88.

44. Jay a Franklin, Madrid, 19 de marzo de 1782, en Sparks, *ibid.*, pp. 89-90.

45. John Adams, ministro plenipotenciario en los Países Bajos. Fue uno de los padres fundadores de los Estados Unidos y llegaría a ser su segundo presidente (1797-1801).

46. Thomas Jefferson, nombrado el 14 de junio de 1781 por el Congreso ministro plenipotenciario para negociar la paz, declinó el cargo el 4 de agosto de ese año. Redactó el borrador de la Declaración de Independencia y sería el tercer presidente de los Estados Unidos (1801-1809).

47. Henry Laurens, ministro para los Países Bajos, capturado por los británicos en 1780. Fue presidente del Congreso Continental (1777-1779).

48. Franklin a Jay, Passy, 22 de abril de 1782, en Ellen R. Cohn (ed.), *The Papers of Benjamin Franklin, vol. 37, March 16 through August 15, 1782,* Yale University Press, New Haven/Londres, 2003, pp. 198-199. Original en inglés.

49. Franklin a Jay, Versalles, 23 de abril de 1782, en Cohn, *ibid.*, pp. 201-202. Original en inglés.

50. Carta de Benjamin Franklin del 27 de abril de 1782 citada en otra de Diego de Gardoqui a Bernardo del Campo, Madrid, 11 de mayo de 1782, AHN, E. I, 3885, antes 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 491-493.

51. Jay a Livingston, Madrid, 28 de abril de 1782, en Sparks, *ibid.*, p. 98 y en Nuxoll, Elizabeth M., *The Selected Papers of John Jay,* vol. 2, *1780-1782*, University of Virginia Press, Charlottesville, 2012, pp. 747-777. Original en inglés.

52. Jay a Franklin, Madrid, 8 de mayo de 1782, en Cohn, *ibid.*, p. 288.

Original en inglés.

53. Gardoqui a Del Campo, Madrid, 11 de mayo de 1782, AHN, E. I, 3883, citado en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 492-493.

54. Floridablanca a Aranda, Aranjuez, 17 de mayo de 1782, AHN, E. I, 3885, antes 3883, citado en Yela Utrilla, *ibid.*, p. 491.

55. América Septentrional con las rutas, distancias en millas, pueblos y establecimientos == las ocho hojas francés e inglés == por el Dr. Mitchel traducido del inglés por Le Rouge, ingeniero geógrafo del Rey. Rue des Grands Augustins, 1753. Norteamérica, publicado por el Doctor Mitchel en Londres en 1775, pero ahora traducido al francés. *Diario de Aranda sobre los límites con las Colonias. Primera sesión, 3 de agosto de 1782 (remitido con carta n.° 2266)*, AHN, Estado, 3885, antes 3883, en Juan Francisco Yela Utrilla, *ibid.*, (reproducción facsimilar de la segunda edición de Gráficos Academia Mariana, Lérida, 1925), pp. 907-909.

56. El conde de Aranda las denomina también «diplomas». Son los estatutos otorgados por Londres a sus territorios coloniales.

57. Hoy río Kanawha, afluente del Ohio. Discurre por el actual estado de Virginia Occidental.

58. «En el mapa de Mitchel usado por los negociadores hay un único lago cerca del límite de la Florida Oriental, a unos 83 grados de longitud oeste»; Samuel Flagg Bemis, *The Rayneval Memoranda of 1782 on Western boundaries and some comments on the French historian Doniol,* en *Proceedings of the American Antiquarian Society,* vol. 47, parte 1, American Antiquarian Society, abril de 1937, p. 27.

59. Hoy río Altamaha. Discurre por el actual estado de Georgia y desemboca en el Atlántico.

60. *Diario de Aranda*, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 907-909.

61. Parte de la cordillera de los Apalaches que se extiende de noreste a suroeste por los actuales estados de Pensilvania, Maryland, Virginia Occidental y Virginia.

62. Benjamin Franklin a Robert R. Livingston, Passy, 12 de agosto de 1782, en Jared Sparks, *The diplomatic correspondence of the American Revolution,* vol. II, *New edition,* John C. Rives, Washington, 1857, pp. 360-361.

63. Proclamación de 1763 por la que Jorge III, rey de Inglaterra, prohíbe tras la guerra de los Siete Años que los colonos angloamericanos se asienten en las tierras recibidas de Francia al oeste de los Apalaches para no ocupar las tierras de los indígenas.

64. *The acts and proceedings of Congress, from the first meeting thereof to the dissolution of the Confederation, by the adoption of the Constitution of the United States,* vol. IV, Thomas B. Wait, Boston, 1820, pp. 71-73, citado en Frederick J. Teggart, *The capture of Fort St. Joseph by the Spaniards in 1781*, en S. A. Sampson (ed.), *Missouri Historical Review*, vol. V, n.º 4, The State Historical Society of Missouri, Columbia, julio de 1911, p. 221.

65. Toulouse en francés.

66. *Continuación del Diario sobre los límites con los americanos*, 1 de septiembre de 1782 (n.º 2), AHN, E. 3885, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 909-915.

67. *Mémoire concernant les Terreins situés à l'Est du Mississipi, depuis la Floride Occidentale jusqu'aux frontières du Canada*, en Bemis, *ibid.*, pp. 42-79.

68. *Continuación del Diario sobre los límites con los americanos*, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 915-916.

69. Conde de Floridablanca al conde de Aranda, San Ildefonso, 20 de septiembre de 1782, AHN, E. 4062, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 916-917.

70. Artículos preliminares del Tratado de Paz entre España e Inglaterra concluido en Versalles y otros documentos relativos al asunto, AHN, E. 3373, Exp. 12.

71. Tratado de París, 3 de septiembre de 1783, París, Perfected Treaties, 1778-1945, General Records of the United States Government, Record Group 11, National Archives, Washington.

72. Documentos relativos al tratado definitivo de paz entre Inglaterra y España celebrado en Versalles el 3 de septiembre de 1783, AHN, E. 3373, Exp. 13.

73. Testamento de Eugene Pourée, San Luis de Ilinueses, 5 de enero de 1783, Missouri Historical Society, Saint Louis Archives, 2219.

74. Católico, apostólico y romano.

75. A la muerte de Eugene Pourée, su esposa se traslada a Nueva Orleans y se vuelve a casar, ahora con Francisco López Godoy, subteniente de granaderos del Regimiento de la Luisiana ascendido posteriormente a teniente. Nacido en La Habana e hijo del pontevedrés Francisco Godoy y de la cubana Rita Méndez de Beixa, también es viudo. Su primera esposa fue Antonia Castillo, natural de San Roque, en el Campo de Gibraltar, con la que tuvo tres hijos, dos varones, ambos cadetes, y una mujer. María Josefa aporta para «soportar las cargas matrimoniales» 7.100 pesos, que incluyen una casa valorada en 3.500 y seis esclavos (una de ellos cocinera y otra lavandera y planchadora), a razón de 600 cada uno, según el contrato matrimonial firmado el 20 de julio de 1786. No obstante, cuatro de los esclavos fallecen en los dos años siguientes y la vivienda queda destruida en el gran incendio que sufre Nueva Orleans en marzo de 1788. El segundo marido de María Josefa Goudeau muere el 20 de octubre de ese año, sin que hayan «tenido hijo alguno» en común y dejándola a ella como tutora de los tres fruto del primer matrimonio de Francisco. Así lo señala su testamento, fechado el día anterior y recogido junto a una copia del contrato matrimonial en el inventario de bienes de Francisco López Godoy a cargo del auditor Juan del Postigo, transcrito por el escribano Rafael Perdomo. Nueva Orleans, 26 de enero de 1789, Louisiana Historical Center, Colonial Documents Collection, 1889, Box 52, Nueva Orleans (Luisiana, Estados Unidos). María Josefa Goudeau fallece el 4 de febrero de 1801. En la inscripción de su defunción figura como «viuda de Francisco Godoy». *Libro quarto de difuntos blancos de esta parroquia de San Luis de Nueva Orleans, 1793-1803*, p. 94, en Earl C. Woods y Charles E. Nolan, *Archdiocese of New Orleans Sacramental Records,* vol. 7: 1800-1803, Archives of the Archdiocese of New Orleans, Nueva Orleans, 1992, pp. 206-207.

76. Almoneda de los bienes inventariados de la difunta Francisca Millert, Francisco Cruzat, San Luis de Ilinueses, 17 de febrero de 1783, MHS, Saint Louis Archives, 22, 2371-2406.

77. «El año mil setencientos ochenta y tres, el treinta de abril, yo, padre capuchino misionero en el puesto, he inhumado en el cementerio de esta iglesia el cuerpo de Eugene Pourée, capitán de milicia, administrados todos los sacramentos, en fe de lo cual firmo el mismo día y año. F. Bernard». Registro de la defunción de Eugene Pourée en *Old Cathedral Burials 1781-1832*, p. 5, RG 04 F 74, Archdiocese of Saint Louis Archives, San Luis (Misuri). Original en francés.

1. Hoy conocidos como iroqueses.

2. Hoy conocidos como cheroquis.

3. Más conocidos por su grafía en inglés, *shawnee*.

4. Más conocidos por su grafía en inglés, *chickasaw*.

5. Más conocidos por su grafía en inglés, *choctaw*.

6. Más conocidos por su grafía en inglés, *loups*.

7. Nelson, John William, *Spain's bid for the American interior?: the imperial contest over the revolutionary Great Lakes*, en Gabriel Paquette y Gonzalo M. Saravia (eds.), *Spain and the American Revolution. New approaches and perspectives*, Routledge, Londres/Nueva York, 2020, pp. 130-131.

8. Francisco Cruzat a Esteban Miró, San Luis de Ilinueses, 23 de agosto de 1784, Bancroft Library, Louisiana Papers, 2, 122-135.

9. John Adams, Benjamin Franklin y Thomas Jefferson al conde de Aranda, Passy, cerca de París, 22 de septiembre de 1784. Archivo Histórico Nacional, Estado, 3885, en Juan Francisco Yela Utrilla, *España ante la independencia de los Estados Unidos*, Istmo, Madrid, 1988 (reproducción facsimilar de la segunda edición de Gráficos Academia Mariana, Lérida, 1925), pp. 917-918. Original en inglés.

10. Aranda a Adams, Franklin y Jefferson, París, 27 de septiembre de 1784, AHN, E. 3883, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 918-919.

11. Adams, Franklin y Jefferson a Aranda, Passy, 28 de octubre de 1784, AHN, E. 3885, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp.

919-920. Original en inglés.

12. El conde de Floridablanca a Aranda, San Lorenzo, octubre de 1784, AHN, E. 3885, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp.

920-921.

13. Floridablanca a Diego de Gardoqui, San Lorenzo, 2 de octubre de 1784, AHN, 3885, exp. 21, en Manuel Conrotte, *La intervención de*

España en la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte, Librería General de don Victoriano Suárez, Madrid, 1920, pp. 270-271.

14. Samuel Flagg Bemis, *Pinckney's Treaty. America's advantage from Europe's distress, 1783-1800*, Yale University Press, New Haven, 1965, reimpreso en 1973 por Greenwood Press, Westport, pp. 64-66.

15. James Monroe a Thomas Jefferson, Nueva York, 15 de julio de 1785, Library of Congress, Thomas Jefferson Papers, Series 1, General correspondence, citado en Bemis, *ibid.*, pp. 66 y 71.

16. Gardoqui a Floridablanca, Archivo Histórico Nacional, Estado, 3420, en Miguel Gómez del Campillo, *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos según los documentos del Archivo Histórico Nacional*, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1944, citado en Inés Abril, Berta Gasca, José María Moreno y Blanca Sazatornil (coords.), *Del Caribe al canal de la Mancha. La Armada española en la Independencia americana*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2022, p. 116, y Bemis, *ibid.*, pp. 61-62.

17. Bemis, *ibid.*, pp. 72-77.

18. Bemis, *ibid.*, pp. 77-80.

19. John Jay al Congreso de los Estados Unidos, 17 de agosto de 1786, *Informe sobre las reclamaciones de Francia y España sobre la navegación por el río Misisipi*, Library of Congress, Thomas Jefferson Papers, Series 1, General correspondence, 1651-1827, en Department of State, *The diplomatic correspondence of the United States of America from the signing of the definitive Treaty of Peace 10th September, 1783, to the adoption of the Constitution, March 4, 1789,* vol. III, Blair & Rives, Washington, 1837, pp. 217-228. Original en inglés.

20. Bemis, *ibid.*, pp. 81-108.

21. Bemis, *ibid.*, pp. 111.

22. Paul E. Hoffman, *Luisiana*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 221-222.

23. Bemis, *ibid.*, pp. 109-148 y Hoffman, *ibid.*, pp. 230-245.

24. Más conocido por su grafía en inglés, *creek*.

25. Hoffman, *ibid.*, pp. 245-265.

26. Manuel Trillo Lodeiro, *De Florida a Alaska: tres siglos de legado español en Estados Unidos*, Policy paper n.º 12, Madrid, The Hispanic Council, enero de 2019, pp. 8-13; Sylvia L. Hilton, *La Alta California española*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 205-221, y Salvador Bernabéu Albert, *Juan Francisco de la Bodega y Quadra. El descubrimiento del fin del mundo (1775-1792)*, Alianza,, Madrid, 1990, pp. 46-50 y 159-221.

27. Gardoqui al duque de Alcudia, San Lorenzo, 26 de octubre de 1794, AHN, E. 3898 bis, en Yela Utrilla, *ibid.*, pp. 925-927.

28. *Tratado de Amistad, Límites y Navegación celebrado entre España y los Estados Unidos de América, firmado en San Lorenzo el Real el 27 de octubre de 1795*, AHN, E. 3370, exp. 14.

29. El Real Decreto de 28 de mayo de 1785 establece: «Para evitar los inconvenientes, y perjuicios, que ha hecho ver la experiencia puede ocasionar la Bandera nacional, de que usa mi Armada naval, y demas embarcaciones españolas, equivocándose a largas distancias o con vientos calmosos con las de otras naciones, he resuelto que en adelante usen mis buques de guerra de bandera dividida a lo largo en tres listas, de las que la alta y la baja sean encarnadas, y del ancho cada una de la cuarta parte del total, y la de en medio amarilla, colocándose en esta el Escudo de mis Reales Armas reducido a los dos cuarteles de Castilla y León con la Corona Real encima;

y el gallardete con las mismas tres listas, y el escudo a lo largo, sobre cuadrado amarillo en la parte superior: Y

de las demas embarcaciones usen, sin escudo, los mismos colores, debiendo ser la lista de en medio amarilla y del ancho de la tercera parte de la bandera, y cada una de las restantes partes dividida en dos listas iguales encarnada y amarilla alternativamente, todo con arreglo al adjunto diseño. No podrá usarse de otros pabellones en los Mares del Norte por lo respectivo a Europa hasta el paralelo de Tenerife en el Océano, y en el Mediterráneo desde primero del año de 1786: en la América Septentrional desde principio de julio siguiente; y en los demás mares desde primero del año de 1787». El 8 de marzo de 1793 el uso de la bandera rojigualda se hizo extensivo a las «plazas marítimas, castillos y defensas de las costas», en Juan Álvarez Abeilhé, coronel de infantería, *La bandera de España*, en *El origen militar de los símbolos de España, Revista de Historia Militar,* 2.ª

edición, número extraordinario, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 2011, pp. 55-56.

30. *Charles Dehault Delassus al Regimiento de Infantería de la Luisiana, Destacamento de San Luis, Orden para el 9 de marzo de 1804*, San Luis de Illinois, 8 de marzo de 1804, Missouri Historical Society, Delassus-St. Vrain Family Collection, 2, 1798-1804, y Ceremonia de traspaso en San Luis por Delassus (extracto), Archivo General de Indias, Cuba, 140, 16, en la exposición *The American Revolutionary War in the West*, en el St. Charles County Heritage Museum, St. Peters (Misuri).

31. Fundada en 1789 a partir de un puesto de cazadores y comerciantes de pieles, Nueva Madrid (en inglés, New Madrid) es hoy una localidad del estado de Misuri.

32. Hoffman, *ibid.*, pp. 267-281.

33. Hoffman, *ibid.*, pp. 288-291.

34. *Tratado preliminar y secreto celebrado entre España y la República Francesa sobre el engrandecimiento de los Estados del Infante Duque de Parma en Italia y la retrocesión de la Luisiana*, San Ildefonso, 1 de octubre de 1800, Archivo Histórico Nacional, Estado, 3370, exp. 19, y Alejandro del Cantillo, *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias estranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón*, Imprenta de Alegría y Charlain, Madrid, 1843, pp. 692-693.

35. *Convenio original celebrado con Francia para la cesión del Ducado de Parma*, 21 de marzo de 1801, AHN, Estado, 8461, exp. 1, y Cantillo, *ibid.*, pp. 697-698.

36. Nota sobre el Tratado de Aranjuez en el Portal de Archivos Españoles (PARES), Ministerio de Cultura.

37. Tratado de San Ildefonso, *ibid.*, y *Convenio entre España y Francia para el arreglo y combinación de sus fuerzas de mar y tierra y de las de los aliados contra la Inglaterra y sus colonias*, Aranjuez, 13 de febrero de 1801, Cantillo, *ibid.*, pp. 697-698, y Pares, *ibid.*

38. Hoffman, *ibid.*, pp. 291-297.

39. *Poder de Pierre Clement Laussat a Amos Stoddard, firmado por Charles Dehault Delassus en San Luis de Ilinueses, 20*

de febrero de 1804, MHS, Louisiana Purchase Transfer Collection, 1783-1953. Original en francés.

40. *Nombramiento de Amos Stoddard como primer comandante civil del*

distrito de la Alta Luisiana, firmado por William C. Claiborne, gobernador del Territorio de Misisipi, Nueva Orleans, 24 de enero de 1804, MHS, Amos Stoddard Papers, 1796-1812; 1904-1958.

41. *Charles Dehault Delassus al Regimiento de Infantería de la Luisiana, ibid.*

42. *Charles Dehault Delassus al Regimiento de Infantería de la Luisiana, ibid.*, y Ceremonia de traspaso, *ibid.*

43. *Charles Dehault Delassus a los asistentes a la ceremonia de traspaso de la Alta Luisiana, 9 de marzo de 1804*, MHS, Delassus-St. Vrain Family Collection, 2, 1798-1804. Original en francés.

44. *Charles Dehault Delassus al Regimiento de Infantería de la Luisiana, ibid.*, y Ceremonia de traspaso, *ibid.*

45. Documento de transferencia de la Alta Luisiana, Villa de San Luis de Illinois, 9 de marzo de 1804, MHS, Louisiana Purchase Transfer Collection, 1783-1953.

46. *Charles Dehault Delassus al Regimiento de Infantería de la Luisiana, ibid.*, y Ceremonia de traspaso, *ibid.*

47. *Charles Dehault Delassus al Regimiento de Infantería de la Luisiana, ibid.*

48. *Charles Dehault Delassus al Regimiento de Infantería de la Luisiana, ibid.*

49. La disposición de las estrellas en la bandera de los Estados Unidos no seguía entonces un patrón fijo, ya que la ley vigente, de 1795, únicamente indicaba que tuviera quince franjas alternas en rojo y blanco y estrellas blancas sobre campo azul. Aunque en ese momento había 17 estados, hasta 1818 no se estableció que habría una estrella por cada estado. Desde ese año habría también trece franjas, una por cada uno de los estados originales de la Unión. En Robert A. Saindon (ed.), *Explorations into the world of Lewis and Clark: Essays from the pages of 'We proceeded on', the quarterly journal of the Lewis and Clark Trail Heritage Foundation,* vol. 2, Lewis and Clark Trail Heritage Foundation, Great Falls, 2003, p. 554.

50. Amos Stoddard, *Sketches, historical and descriptive, of Louisiana*, Mathew Carey, Filadelfia, 1812, p. 311.

51. J. Frederick Fausz, *Founding St. Louis*, The History Press,

Charleston, 2011, pp. 183-198.

52. J. Rankin a Amos Stoddard, San Luis, 4 de agosto de 1804, MHS, Amos Stoddard Papers, 1796-1812, 1904-1958. Original en inglés.

53. Thomas C. Fletcher, *Missouri's jubilee. Speech of Thomas C. Fletcher, governor of Missouri, delivered in the State capitol, on the occasion of the reception by the legislature of the news of the passage of the convention ordinance abolishing slavery in Missouri*, W. A. Curry, public printer, Jefferson Cit, 1865.

54. Fernando Martínez Laínez y Carlos Canales Torres, *Banderas lejanas. La exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*, Edaf, Madrid, 2009, pp. 372-374 y 477-483; Manuel Trillo Lodeiro, *La costa de los rebeldes. Un viaje a los orígenes de EE: UU: desde Boston hasta los confines de Florida*, Stella Maris, Barcelona, 2015, pp. 278-280, y Manuel Trillo Lodeiro, *De Florida a Alaska: tres siglos de legado español en Estados Unidos*, Policy paper n.º 12, Madrid, The Hispanic Council, enero de 2019, p. 13.

55. Guam, la mayor isla del archipiélago de las Marianas, en el océano Pacífico.

EPÍLOGO: UNA GESTA EN EL OLVIDO

1. Unos ocho kilómetros.

2. Para los locales, *Ste.* Genevieve.

3. Panel en la calle Cuatro, esquina con la calle Chesnut, Jefferson National Expansion Memorial (hoy Gateway Arch National Park), National Park Service, U. S. Department of the Interior, San Luis. Original en inglés.

4. Illinois Department of Natural Resources, Springfield.

5. *Illinois State Journal*, 19 de agosto de 1858 y Rushville, *Schuyler Citizen*, 18 de agosto de 1858, citados en *Collected Works of Abraham Lincoln,* vol. 2, University of Michigan Digital Library Production Services, Ann Arbor, 2001.

6. *Historic Havana, Illinois*, April M. Burgett Creative Marketing LLC y

Havana Chamber of Commerce, Havana.

7. National Agricultural Statistics, United States Department of Agriculture, Washington D. C.

8. United States Environmental Protection Agency, Washington.

9. Paneles informativos de I & M Canal, National Heritage Area, LaSalle.

10. Brian Kallies (dir. y ed.), *Everglades of the North: the story of the Grand Kankakee Marsh*, documental, For Goodness Sake Productions, Los Ángeles, 2012.

11. Michael S. Nassaney (ed.), *Fort St. Joseph revealed. The historical archaeology of a fur trading post*, University Press of Florida, Gainesville, 2019, pp. 1-6.

12. Original en inglés.

13. Erika K. Loveland y Michael S. Nassaney, *Sheltering New France, Fort St. Joseph Archaeological Project*, Booklet Series n.º 3, Western Michigan University, Kalamazoo, 2017, pp. 33-35.

CONCLUSIÓN

1. Cruzat, Francisco a: Esteban [Rodríguez] Miró, 1744-1795 Documento adjunto; acta de posesión en San José firmada por Eugene Pouré, 12 de feb. 1781.

2. Francisco Cruzat a Esteban Miró, 6 de agosto de 1781, Bancroft Library, Louisiana Papers, 2, 122.

3. *Acta de toma de posesión del fuerte San José*, Carlos Tayon, Luis Chavaliér, Joseph Laubusiere, Luis Honoré y Eugene Pourée, Fuerte San José, 12 de febrero de 1781, original en francés. Enviada por Cruzat a Esteban Miró

el 6 de agosto de 1781, BL, Louisiana Papers, 2, 122. Existe una copia de este documento en el Archivo General de Indias, Papeles de Cuba, 1393. Original en francés.

4. La colección Louisiana Papers aglutina cientos de manuscritos,

panfletos y octavillas de la Luisiana de entre 1767 y 1816, incluyendo abundante correspondencia entre los gobernadores y tenientes de gobernador con sus superiores en España, comandantes en puestos remotos, agentes, rudos hombres de frontera, nativos, *etc*. La colección fue obtenida por Hubert Howe Bancroft de Alphonse Pinart, quien había adquirido los documentos en La Habana a comienzos de la década de 1880. Berkeley Library, University of California, y Lawrence Kinnaird (ed.), *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794. Pt. 1. The Revolutionary period, 1765-1781, Annual report of the American Historical Association for the year 1945*, Government Printing Office, Washington, 1949, pp. XIII-XIV.

5. John William Nelson, *Spain's bid for the American interior?: the imperial contest over the revolutionary Great Lakes*, en Gabriel Paquette y Gonzalo M. Quintero Saravia (eds.), *Spain and the American Revolution. New approaches and perspectives*, Routledge, Londres/Nueva York, 2020, pp. 122-134.

6. Edward G. Mason, *The march of the Spaniards across Illinois*, en Magazine of American History, vol. XV, n.º 5, mayo de 1886, pp. 457-469.

7. Clarence Walword Alvord, *The conquest of St. Joseph, Michigan, by the Spaniards 1781*, en *Missouri Historical Review,* vol II, n.º 3, The State Historical Society of Missouri, Columbia, abril de 1908, pp. 195-210.

8. Frederick J. Teggart, en *Missouri Historical Review,* vol. V, n.º 4, The State Historical Society of Missouri, Columbia, julio de 1911, pp. 214-228.

9. Cruzat a Bernardo de Gálvez, San Luis de Ilinueses, 10 de enero de 1780, BL, Louisiana Papers, 1, 51-64.

10. Lawrence Kinnaird, *The Spanish expedition against Fort St. Joseph in 1781. A new interpretation, en The Mississippi Valley Historical Review, vol. XIX*, The Mississippi Valley Historical Association, septiembre de 1932, 173-191.

11. *Dictamen reservado que el conde de Aranda dio al Rey sobre la independencia de las colonias inglesas después de haber hecho el tratado de paz ajustado en París el año de 1783*, Biblioteca Nacional de España, Mss. 22023/4.

12. *Tratado de Amistad, Límites y Navegación celebrado entre España y los Estados Unidos de América, firmado en San Lorenzo el Real el 27 de*

octubre de 1795, Archivo Histórico Nacional, Estado, 3370, exp. 14.

13. William Collins, *The Spanish attack on Fort St. Joseph*, en Holden, Robert J. (ed.), *Selected papers from the 1983*

and 1984 George Rogers Clark Trans-Appalachian Frontier History Conference, Vincennes University Printing Center

/ Eastern National Park & Monument Association, Vincennes, 1985, pp. 63-79.

14. Samuel B. Griffith III, *The War for American Independence*, University of Illinois Press, Urbana y Chicago, 2002, pp. 575-576, citado en Stephen L. Kling Jr., Kristine L. Sjostrom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC, San Luis, 2017, p. 251.

15. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, p. 251.

16. Kling, Sjostrom y López, *ibid.*, pp. 251-254.

17. Nelson, *ibid.*, p. 130.

18. Arthur St. Clair al presidente George Washington, 11 de junio de 1790, en Smith, William Henry, *The St.*

Clair Papers: the life and public services of Arthur St. Clair: soldier of the Revolutionary War, president of the Continental Congress and governor of the North-Western Territory: with his correspondence and other papers, vol. II, Robert Clarke & Company, Cincinnati, 1882, p. 174, citado en Nelson, *ibid.*, p. 130. Original en inglés.

19. *Diario de Aranda sobre los límites con las Colonias. Primera sesión, 3 de agosto de 1782 (remitido con carta n.° 2266)*, AHN, Estado, 3885, antes 3883, en Juan Francisco Yela Utrilla, *España ante la independencia de los Estados Unidos*, Istmo, Madrid, 1988 (reproducción facsimilar de la segunda edición de Gráficos Academia Mariana, Lérida, 1925), pp. 907-909.

I ACTA DE POSESIÓN DEL FUERTE SAN JOSÉ Y SUS DEPENDENCIAS, CON EL RÍO DEL MISMO NOMBRE Y

EL DE LOS ILINUESES

* Acta de posesión de San José, 12 de febrero de 1781, Bancroft Library, Louisiana Papers, 1767-1816, Box 2, carpeta 122.

II. LA BANDERA ESPAÑOLA QUE ONDEÓ SOBRE EL FUERTE SAN JOSÉ EL 12 DE FEBRERO DE 1781

* Gálvez a Leyba, 30 de enero de 1779. AGI, Papeles de Cuba, 1, recogido en Lawrence Kinnaird (ed.), *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794, Annual Report of the American Historical Association for the year 1945,* vol. II, parte I, *The Revolutionary period, 1765-1781*, Government Printing Office, Washington, 1949, p. 329.

** Stephen L. Jr. Kling, Kristine L. Sjostrom y Marysia T. López, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia and the American Revolution in the West*, THGC, San Luis (Misuri), 2017.

*** Anna Lewis (traductora), *Mississippi Valley Historical Review,* vol. 20 (4), 1934, Mississippi Valley Historical Association, Baton Rouge, (Luisiana), p. 539.

* Juan Álvarez Abeilhé, coronel de infantería, «La bandera de España, en El origen militar de los símbolos de España», *Revista de Historia Militar*, 2.ª ed., número extraordinario, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 2011, pp. 13-78.